



UNIVERSIDAD AUTONOMA MATROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN HUMANIDADES

EL MUNDO HECHO PEDAZOS.
FORMAS DE ADMINISTRACIÓN ARQUEOLÓGICA Y PATRIMONIAL A PARTIR DE LA
PEDACERÍA DESDE EL VALLE DE TEOTIHUACÁN

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN HUMANIDADES
(Línea de Estudios Culturales y Crítica
Poscolonial)

P R E S E N T A
BEATRIZ VON SAENGER HERNÁNDEZ

DIRECTOR DE TESIS: DR. MARIO RUFER
COMITÉ TUTORIAL: DRA. FRIDA GORBACH
DRA. CAROLINA CRESPO

CIUDAD DE MÉXICO

01 DE OCTUBRE DE 2025

RESUMEN

La presente tesis examina las formas de administración arqueológica y patrimonial de los fragmentos –en particular los tepalcates– en el Valle de Teotihuacán, con el fin de comprender cómo estas materialidades mínimas participan en la producción de memoria, autoridad y valor dentro del régimen patrimonial mexicano. Desde una perspectiva etnográfica, que combina trabajo de archivo, observación en depósitos institucionales, recorridos territoriales y análisis de prácticas locales de recolección, la investigación propone una mirada crítica al patrimonio centrada en sus restos y no únicamente en sus piezas monumentales.

El estudio analiza tres ámbitos principales de gestión. En primer lugar, la administración estatal realizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), cuya clasificación, acumulación y confinamiento de fragmentos en bodegas, acervos y depósitos de rezago revela tensiones entre conservación, invisibilización y políticas de olvido. En segundo lugar, las prácticas comunitarias y domésticas del Valle de Teotihuacán, donde los fragmentos son encontrados, resguardados o reinterpretados, generando vínculos afectivos, territoriales y memoriales que contrastan con las lógicas estatales de sacralización y control. En tercer lugar, se estudian los espacios de desecho institucional, donde los fragmentos considerados “sin valor” son confinados, lo que permite problematizar las relaciones entre patrimonio, violencia simbólica y las economías políticas de la arqueología.

Además, la tesis incorpora dos interludios con artistas contemporáneos que trabajan con tepalcates y residuos, ampliando las preguntas sobre valor, materialidad y potencial narrativo de los pedazos dentro de debates contemporáneos sobre el Antropoceno y la crisis de las humanidades.

Los hallazgos muestran que los fragmentos constituyen una vía analítica para comprender las jerarquías epistémicas y políticas que estructuran el patrimonio en México. A través de su circulación, resguardo o descarte, los fragmentos evidencian disputas sobre la memoria, las formas de representación arqueológica y la relación entre Estado, territorio y

comunidades. La tesis propone, finalmente, considerar estos restos como materialidades que abren posibilidades para imaginar patrimonios más situados, plurales y críticos.

Palabras clave:

Fragmentos, Patrimonio, Teotihuacán, Estudios Culturales, Crítica poscolonial.

Autorizado

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Mario Rufer', with a long horizontal stroke extending to the right.

Dr. Mario Rufer

A mi familia.

A lo errante, lo minúsculo, lo fallido y lo roto.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a quienes participaron de manera directa en esta investigación brindando entrevistas, tiempo, esfuerzo e ideas. A Roberto Campos y Ema Ortega, del Frente Cívico en Defensa del Valle de Teotihuacán, por su testimonio, su guía y por formarme políticamente. A Jorge Martínez y Casa obsidiana de San Francisco Mazapa. A Sara Corona, Wendy Osorio, Edgar Mendoza y Zahira Arias del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas del INAH por su generosidad y tiempo. A Alix y Carmen Almendra. A Edgar Rosales, curador de la sala Teotihuacán del MNA. A María Margarita del Olmo, directora del Museo del Hombre de Tepexpan y a Elena Gonzáles Colín, directora del Museo Virreinal de Acolman. A todas las personas que me compartieron las historias de sus tepalcates de manera anónima, gracias.

A los artistas que entrevisté e inspiraron estética y políticamente esta tesis: Omar Gámez, Josué Martínez, Ilana Boltvinik, Rodrigo Viñas, Victor Badillo, Jesús Maya y Galería A4 en el Valle del Mezquital.

Agradezco al programa del Doctorado en Humanidades de la UAM-Xochimilco por recibirme, alojar esta tesis y gestionar su conclusión. Particularmente a Mario Rufer, mi director, por su guía excepcional. A Frida Gorbach, por las lecturas abiertas y por su orientación vibrante. A Carolina Crespo por aceptar ser parte de mi comité y por su mirada brillante. A los tres, siempre estaré agradecida por su calidez.

También agradezco al cuerpo docente que me formó en estos años: Rodrigo Parrini, Sara Makowski, Antonio Hernández, Yissel Arce, Carmen de la Peza y Emanuela Borzacchiello.

Inmensas gracias a María de los Ángeles Hernández, George von Saenger, Anna von Saenger, Sofía, Pedro, Julio Martínez, Agustina Villella, Claudia García, Amalia de Montesinos, Tannia Cossio, Karen Rodríguez, Nidia Gonzalez, Fernanda Latani Bravo, Fer Zendejas, Norman Monroy, Verónica Cortés, Paulina Álvarez, Eva Alsman, Marisa Cappetta, Samuel Albores, Marisol García Walls, Papús von Saenger, Bernardo y Malena Hernández, María Antonia Gutiérrez y Mónica Salas Landa.

A mis compañerxs de militancia y amistad de la Red de Juventudes Teotihuacanas: Paola Mijangos, Ernesto Rodríguez, Donatto Badillo, Salvador V. Banda, Zaira Fabiola Ascencio, Amaninaly Elizalde, Emanuel Ibarra y Aída Juárez.

A lxs compañerxs de la RIDAP, a Carina Jofré y Guillermina Espósito.

Al Seminario Equilibrium de la UAM-Cuajimalpa, particularmente a Miruna Achim y Javi Fresneda por las resonancias.

A lxs camaradas de la Juventud Comunista de México.

A mis compañeros de doctorado Verónica Peñaranda, Daniel Can Caballero, Omara Corona, Sergio Zapata, Carmen Cortés y Héctor Moreno.

Agradezco a la Secretaría de Ciencia, Humanidades, Tecnología e Innovación (Secihti) por apoyar a la realización de esta tesis a través de una beca doctoral del Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC).

A Manchas y Rojo.

Al Valle de Teotihuacán y a Xalapa.

ÍNDICE

Dislocamientos	11
Pedazo 1. Un amuleto (recuerdo)	11
Pedazo 2. Un cráneo que mira (rumor).....	14
Pedazo 3. Un secreto (nota etnográfica).....	16
Introducción	19
Conexiones.....	20
Lugar de enunciación	20
Una vibración en la planta de los pies.....	23
Yuxtaposiciones: recolectar, desechar y resguardar	29
Paisajes.....	30
Pedazos.....	35
Resguardos	38
Metodología hecha pedazos	39
Breve nota sobre la pedacería repartida en esta tesis	41
Capítulo I. Cajas, bolsas y polvo: la administración estatal de los fragmentos	43
Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del INAH	47
Abrir y tocar: la caja como paisaje de excavación.....	51
Sobre los fragmentos en la crítica al patrimonio: arruinación y colección.....	58
Imposibilidades enunciativas del archivo	62
Narración sobre la Colección Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología	73
Los fragmentos del Acervo arqueológico de Teotihuacán	80
Interludio I.....	87
Observar cosas donde nadie encuentra nada	87
Entrevista con Omar Gámez a propósito de su exposición <i>Vestigios</i>	87
Capítulo II. Evocación y profanación: la administración de pedazos no registrados en Teotihuacán	93
Tensión inicial: el problema del secreto	96
Evocación de la separación y consagración de las piezas: el altar de Doña Emma	98
La producción de templos de la nación: arqueologización del territorio.....	110
Los encuentros cotidianos: territorialización de la arqueología	114
Tianguis.....	114
Mi vecina la pirámide	118
Secuencia de la pirámide hecha pedazos.....	124
La bienvenida de los pedazos	128
Ejercicio de poder y secularización	135

<i>Interludio II.....</i>	<i>145</i>
<i>Continuum residual.....</i>	<i>145</i>
Entrevista a Ilana Boltvinik y Rodrigo Viñas de TRES art collective	145
<i>Capítulo III. Cementerio, fosa, depósito o basurero: técnicas de olvido y desecho.....</i>	<i>151</i>
Secrecía y marcas de desecho	152
Secretos interrogados: rodeando un fémur olvidado en Tepexpan, Acolman	161
Regímenes de visibilidad y conformación del espacio: Dos hospitales, una cancha de futbol, un museo y un basurero	167
El Hospital para Enfermos Crónicos Dr. Gustavo Baz Prada y el Hospital Psiquiátrico José Sayago: confinamiento y metonimia	169
Regímenes de sensibilidad: El Museo del Hombre de Tepexpan	174
La fosa y la sospecha sobre el “Otro”	181
<i>El tiempo hecho pedazos: rastros finales</i>	<i>187</i>
<i>Bibliografía</i>	<i>199</i>
<i>Anexo.....</i>	<i>209</i>
Autorización para la reproducción del material recabado en el Departamento de Colecciones Comparadas del INAH.....	209

TABLA DE FOTOGRAFÍAS

<i>Fotografía 1. Amuleto.</i>	13
<i>Fotografía 2. La cueva en la actualidad.</i>	15
<i>Fotografía 3. Fachada del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas (DCAC) del INAH.</i>	18
<i>Fotografía 4. Encuentro con una punta de flecha de obsidiana.</i>	25
<i>Fotografía 5. Campo seco en Teotihuacan. Fotografía propia. 29 de diciembre de 2022.</i>	32
<i>Fotografía 6. Cumulo de basura en los alrededores de la zona arqueológica. Fotografía propia. 29 de diciembre de 2022.</i>	33
<i>Fotografía 7. Apertura de una caja en la subárea de la colección Florencia Müller del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas del INAH. Fotografía propia. 11 de enero de 2023.</i>	47
<i>Fotografía 8. Pasillo en el DCAC. Fotografía propia. 27 de febrero de 2023.</i>	51
<i>Fotografía 9. Apertura de una caja de la Colección de Manzanilla. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.</i>	55
<i>Fotografía 10. Caja de cerámica marcada y clasificada del Proyecto: Túneles y cuevas de Teotihuacán. Investigadora: Linda Rosa Manzanillo, 1990-1997. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.</i>	56
<i>Fotografía 11. Caja de cabezas de la Colección de Manzanilla en el DCAC. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.</i>	57
<i>Fotografía 12. Semilla resguardada en aluminio encontrada en una caja de la Subárea de Lítica. Fotografía propia. 22 de febrero de 2023.</i>	64
<i>Fotografía 13. Cúmulo de piezas de cabecitas en el DCAC. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.</i>	65
<i>Fotografía 14. Marca de plumón sobre tepalcates de Teotihuacán. Proyecto: Túneles y cuevas de Teotihuacán. Investigadora Linda Rosa Manzanilla. 1990-1997. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.</i>	66
<i>Fotografía 15. Tepalcate encontrado en una caja de cigarrillos. Fotografía propia. 20 de febrero de 2023.</i>	68
<i>Fotografía 16. Un niño de Teotihuacan recoge una máscara del suelo frente a Manuel Gamio. A un costado, una mujer porta una máscara de barro. Al fondo, se resalta la figura de la Chalchiuhtlicue excavada, la cual fue extraída por Batres y trasladada a Moneda 16. Detalle del mural en la presidencia municipal de San Martín de las Pirámides, Valle de Teotihuacan, del pintor Ángel Vistrain. Fotografía propia. 6 de enero de 2023.</i>	71
<i>Fotografía 17. Maniobras de traslado de la escultura a su destino en la Sala Teotihuacan del Museo Nacional de Antropología, en el Bosque de Chapultepec. Foto: Archivo Histórico del MNA. Archivo Digital de las Colecciones del Museo Nacional de Antropología, INAH-Canon, 2018. Consultado el 29 de agosto de 2023.</i>	74
<i>Fotografía 18. Pasillo del área arqueológica del Museo Nacional de Antropología. Fotografía propia. 9 de junio de 2023.</i>	76
<i>Fotografía 19. Extracto del libro Eduard Seler: Inventario de las Colecciones Arqueológicas del Museo Nacional, 1907 (Achim, 2018). Gracias a la reproducción de este inventario, se pueden encontrar objetos de varias colecciones, en este resalta la presencia de cabecitas en Teotihuacán.</i>	78
<i>Fotografía 20. Entrada al Acervo arqueológico de Teotihuacán. Estacionamiento de Puerta 5, ZAT. San Francisco Mazapa, Teotihuacán. Fotografía propia. 29 de marzo de 2023.</i>	83
<i>Fotografía 21. Bodegas de proyectos de la ZAT, afuera se encuentran depositadas algunas piezas de gran formato. San Francisco Mazapa, Teotihuacán. Fotografía propia. 23 de marzo de 2023.</i>	85
<i>Fotografía 22. Omar Gámez mostrando una de sus últimas composiciones de piezas sobre tepalcates. Fotografía propia. CDMX, 16 de febrero de 2025.</i>	90
<i>Fotografía 23. Vestigios de Omar Gámez. Fotografías propias. Xalapa, 24 de septiembre de 2024.</i>	92
<i>Fotografía 24. Extremo derecho del altar de Emma Ortega. Fotografía propia. San Martín de las Pirámides, Estado de México. 14 de junio de 2023.</i>	101
<i>Fotografía 25. Cuadrilla de trabajadores durante el proceso de exploración de un montículo, núm. de inventario 371862, Fototeca Nacional del INAH.</i>	112
<i>Fotografía 26. Edificio 5 Plaza de la Luna Trabajos de restauración, Fondo Jorge R. Acosta, Fototeca Nacional del INAH.</i>	112

<i>Fotografía 27. Composición de encuentro de figuras en un tianguis. Fotografías propias.</i>	117
<i>Fotografía 28. Registro de pieza en Teotihuacán. Fotografía propia. 23 de abril de 2024.</i>	120
<i>Fotografía 29. Pieza resguardada y registrada. Fotografía propia. 23 de abril de 2024.</i>	121
<i>Fotografía 30. Pirámide. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	124
<i>Fotografía 31. Pirámide por dentro. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	125
<i>Fotografía 32. Suelo con tepalcates. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	126
<i>Fotografía 33. Tepalcates encontrados. Fotografía propia. 24 de abril 2024.</i>	127
<i>Fotografía 34. Pedazo de piedra de un mecate en un taller. Fotografía propia. 15 de diciembre de 2023.</i>	132
<i>Fotografía 35. Desechos reservados. TRES Art Collective. Disponible en: https://tresartcollective.com/2009-Desechos-reservados</i>	146
<i>Fotografía 36. Poema anónimo para la Habana. TRES Art Collective. Disponible en: https://tresartcollective.com/2019-Poema-anonimo-para-La-Habana.</i>	150
<i>Fotografía 35. Costal de piezas resagadas en el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del INAH. Fotografía propia. 20 de febrero de 2023.</i>	158
<i>Fotografía 38. Sala principal del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 7 de mayo de 2023.</i>	165
<i>Fotografía 39. Dos craneos y una reconstrucción del rostro del Hombre de Tepexpan expuestos en las vitrinas de la sala principal del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 7 de mayo de 2023.</i>	166
<i>Fotografía 40. Fachada del Hospital Psiquiátrico José Sayago, Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.</i>	168
<i>Fotografía 41. Parte trasera del Hospital Psiquiátrico José Sayago, al fondo se aprecia la frontera con el terreno del Museo del Hombre de Tepexpan y una villa. Las sombras corresponden de izquierda a derecha a la autora, Paola y una policía que nos acompañó. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.</i>	171
<i>Fotografía 42. Interior de las instalaciones del Hospital Psiquiátrico José Sayago. En la fotografía de la izquierda se muestra el pasillo de una enfermería y en la segunda un patio con algunos autos abandonados. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.</i>	173
<i>Fotografía 43. Fachada del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	175
<i>Fotografía 44. Exteriores del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. El camino de la derecha conduce a la cancha de fútbol y a la parte trasera del Hospital Sayago. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	177
<i>Fotografía 45. Un grupo de estudiantes de Antropología física de la ENAH dan el taller de excavación y detección de ADN a chicxs del Orfanato de San Juan Teotihuacán en el arenero del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.</i>	184

DISLOCAMIENTOS

Pedazo 1. Un amuleto (recuerdo)

Fue un invierno caluroso, casi tanto como este. La noche anterior me escribí con Ama, una compañera del nuevo colectivo que formamos meses antes. Nos vimos por la mañana en una calle muy cercana a la casa de mi mamá. Era la primera vez que la veía en vivo. Pasamos un año entero militando juntas y siendo vecinas sin conocernos en persona, todo por la pandemia. Nos saludamos con esa rara sociabilidad que caracterizó a los días posteriores al encierro: saludo de puño cerrado y un diálogo tenso: ¿Te molesta si me quito el cubrebocas? ¿Cómo te fue en la pandemia?

Caminamos juntas. Muy pronto dejamos las calles pavimentadas del pueblo y entramos a Oxtoyahualco, la zona donde se registran los primeros asentamientos de lo que sería la ciudad de Teotihuacán hace ya miles de años, y que hasta 1920 era un rancho en manos de uno de los cinco terratenientes que poseían el 90% de la tierra en la región (Mendoza García, 2017, p. 1985).¹ Ahora es una serie de campos baldíos, calles de terracería y algunas casas alejadas que pertenecen a los ejidatarios propietarios. Mientras Ama y yo platicamos, pasamos por los pulques de don Toño, una palapa pequeña con piso de tierra, techo de paja y un refri con cervezas. Nos pregunta para dónde vamos: al mirador, vamos a ver la construcción. Tengan cuidado –nos dice– hay pistoleros. Seguimos. Ya sabíamos de los pistoleros y la noche anterior chateamos un plan para evitar sospechas; a parte, diez amigos del colectivo nos monitoreaban cada minuto: ¿Cómo van? –nos chateaban– sigan mandando ubicación.

Avanzamos. El camino estaba cada vez más accidentado, las veredas se perdían entre la yerba seca, los nopales y montones de tierra suelta. Íbamos al mirador, una pirámide no excavada que todo el mundo prefería hacer como que no existía, como que era un cerro

¹ Parte del barrio de Oxtoyahualco fue expropiado en 1907 tras el *Acuerdo por el que se declara que es de utilidad pública y se decide la adquisición de los inmuebles que se expresan y están comprendidos en la zona arqueológica de Teotihuacán* publicado en el Diario Oficial el 11 de julio (Gallegos Ruiz et al., 1997, pp. 73–79). Este predio es el único de 163 terrenos en donde no está identificado el propietario previo a la expropiación. Más adelante se volverá a este primer decreto de expropiación.

chiquito, no más. Desde ahí podríamos ver bien la construcción ilegal que se estaba a un kilómetro, la que había clausurado el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) tras varias demandas de vecinos y la que estaba rodeada de pistoleros.² Mientras subíamos a lo más alto del mirador, unos cinco metros, empecé a notar que las piedras del camino cambiaban. Empecé a ver más obsidiana de lo normal, piedras que empezaban a ser piezas de barro. Me detuve ante una pieza, inmediatamente fantaseé sobre su origen: la agarradera de una jarra de barro o una olla. Como le encontré forma, la tomé y la guardé en la bolsa de mi pantalón, un gesto de mi infancia recolectora.

dislocar

1 tr. Sacar algo de su lugar. Referido a huesos y articulaciones.

2 tr. Torcer un argumento o razonamiento, manipularlo sacándolo de su contexto.

3 tr. Hacer perder el tino o la compostura

Nos detuvimos. Nos agachamos levemente y empezamos a tomar fotografías de la enorme construcción ilegal: en esto consistía nuestra misión. Hay un pistolero a lo lejos, en la esquina superior izquierda de la construcción cuadrada. Guardamos los teléfonos y ejecutamos nuestro plan, hicimos como que hablábamos, como que éramos dos jóvenes más, bebiendo o fumando lejos de la policía. Estábamos lo suficientemente lejos para que no nos viera, pero nos vio. Decidimos partir. Tuve miedo. En ese momento, cuando me levanté del piso, saqué la pieza de mi pantalón y la tomé. No quería que se me cayera en la huida. Caminamos de regreso a los pulques don Toño, fuimos despacio, sabiéndonos observadas. Cuando el mirador nos cubrió por completo, escuchamos la señal: un disparo al aire. Ese no era un pistolero pulquero como el de las historias del pueblo, ese era un narco. Él no era

² Tras varias denuncias de habitantes de Teotihuacán, en mayo de 2021 el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) suspendió una obra habitacional que se construía en Oxtoyahualco. La construcción era grande e implicaba la excavación para colocar pilares, por lo que se empezó a sospechar de saqueo en una zona donde está prohibida este tipo de construcción (Forbes, 2021). La obra fue interrumpida, pero durante esos días el predio fue custodiado por personas armadas vestidas de civil que evitaban el ingreso al predio, el cual fue delimitado por una reja meses después.

primo de un vecino, hermano de un amigo en el pueblo. La advertencia estaba dada: no teníamos que estar ahí y no habría piedad fraternal.

¿Todo bien? Nos preguntó don Toño. Todo bien –respondimos, con la garganta seca—. No se dice nada, no se habla de eso, él escuchó el disparo, pero él era pistolero de otra época y seguramente conoce a los narcos de la zona. Mejor no hablar. La pieza siguió en mis manos. Recuerdo haber regresado a casa de mi madre con ella. El sudor de mi mano la había humedecido un poco y ahora tenía lodo. Después de recolectar una pieza extraña del suelo, subí a mi cuarto y me dediqué a estudiarla. Un gesto de infancia ante un evento terrorífico. Decidí hacerlo en la casa familiar en lugar de ir a mi actual casa, donde nunca había llevado una pieza. Era naranja y porosa, no sabía su edad, su uso, sus motivos, su historia. Me fascinó y la guardé. Han pasado dos años desde entonces, me mudé y aquí tengo la pieza, dando vuelta entre mis dedos mientras escribo esto. Vive en un pequeño altar que he diseñado en la parte superior de mi librero. Sigue siendo porosa y me fascina verla, en ocasiones me inunda su capacidad indiciaria y siento que me cuenta una historia que no entiendo, en otras se me presenta contenedora de mi imaginación y mis elucubraciones sobre su historia. Un amuleto.



Fotografía 1. Amuleto.

Ahora poseo ese amuleto y no lo dejo, un encuentro apotropaico perdurable. Tampoco se me ha escapado, no se ha perdido en las mudanzas, lo he transportado en varias ocasiones y sigue siempre aquí. ¿Un amuleto que me protege de qué? Este encuentro ocurre en un momento donde se hizo evidente una dinámica de violencia que circunda el espacio contenido de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT), ubicada a unos cuantos kilómetros de Oxtoyahualco. Ese día nos sentimos en peligro por la amenaza, días después, tras haber pasado el episodio, volví a sentir un peligro del cual no me había percatado: recolecté de manera ilegal una pieza. Una yuxtaposición de peligros y resonancias sobre la ilegalidad.

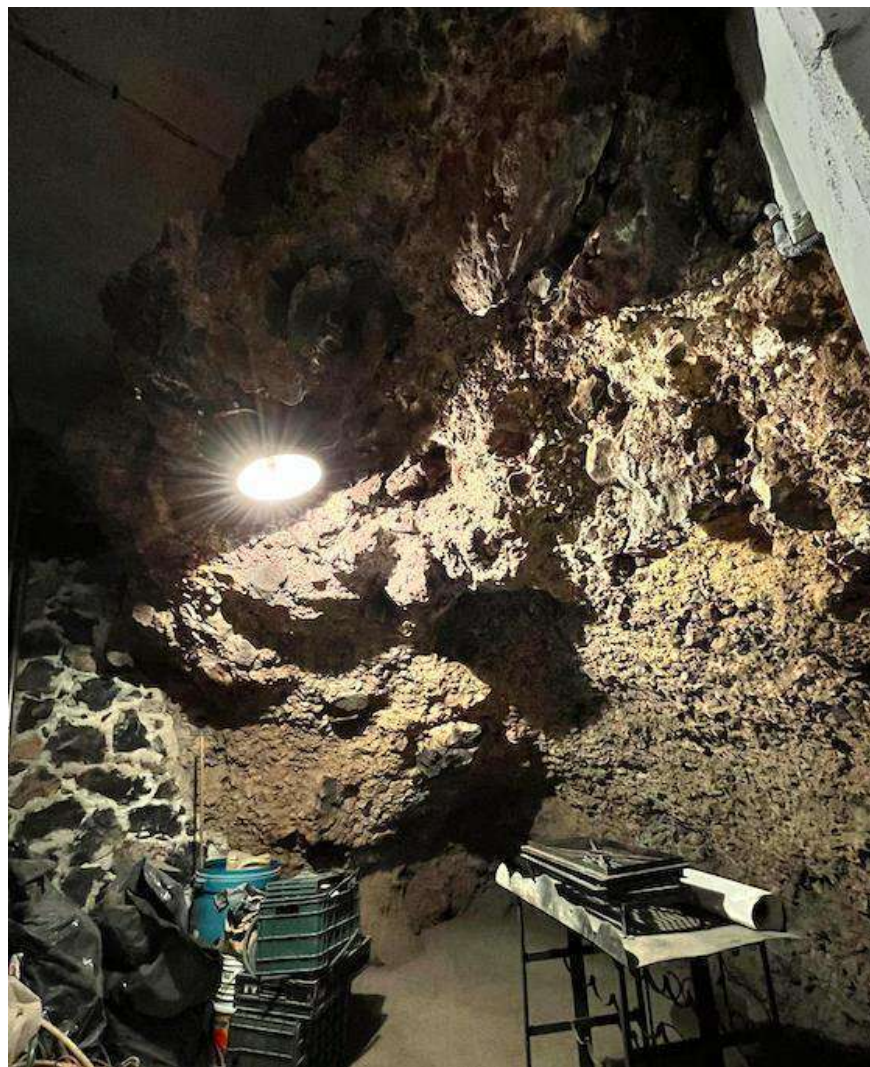
No sé la data de la pieza, pero su indicio y su aparición es particular. Provoca en sí un conjuro hacia la idea de patrimonio y una condición fundante: su amenaza. La construcción ilegal para hacer condominios forma parte de una irregularidad en el ordenamiento territorial, cuya única legislación en Teotihuacán se rige por la conservación de los monumentos históricos. La conservación está ligada a la amenaza de la pérdida.

Pedazo 2. Un cráneo que mira (rumor)

Alguna vez alguien me contó la siguiente historia: durante la construcción de una casa se encontró una cueva llena de huesos humanos. Era la fracción de un ejido lleno de nopales que fue vendido. La familia que lo compró comenzó a construir los cimientos, a rascar la tierra. Ésta se hundía y la máquina rascaba con una facilidad inesperada. A cinco metros de profundidad sobre la tierra había una cueva. Se decidieron plantar los cimientos allí y hacer de la cueva una bodega de la casa, así que la limpiaron. Mientras lo hacían aparecieron huesos de personas que estaban acompañados de piezas, figuras, barro y obsidiana. ¿Qué hacer con los huesos? —se preguntó la familia— ¿reportarlo al INAH? Eso les haría perder su terreno, según se dice en Teotihuacán tras las expropiaciones de tierras. En complicidad con los trabajadores, se sacaron los huesos, se hizo una ceremonia, se pidió perdón y permiso. Eran ellos o la familia. En costales, los huesos fueron montados en la cajuela de una camioneta. Iban de manera desordenada y poco rigurosa, no como en el Museo de Sitio de Teotihuacán donde la familia había visto un entierro y donde habían entrenado su mirada para saber con qué tipo de muertos trataban.

La camioneta subió hasta el Cerro Gordo o Tenan, el cerro que inspiró la construcción de la pirámide de la Luna, el cerro madre del valle. La familia asegura que mientras subían al cerro por el accidentado camino de terracería, un cráneo logró escapar de su costal y rebotó por toda la camioneta. Se detuvieron. Los niños de la familia gritaron de terror. Los adultos pidieron perdón otra vez, tomaron el cráneo y lo acomodaron al frente “viendo el camino”. Lo hicieron parte de la operación.

Los huesos no fueron enterrados, fueron depositados en el cerro. No fueron dejados en costales, sino expuestos y los acompañan las piezas del entierro. La familia decidió no quedarse ni una pieza, como lo haría después con otros encuentros anónimos de cosas menos ominosas. Allí estaban los propietarios de los pedazos, los dejaron con sus pertenencias. Un cráneo que mira.



Fotografía 2. La cueva en la actualidad.

Pedazo 3. Un secreto (nota etnográfica)

Diario de campo. 10 de noviembre de 2022. Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, CDMX.

[...] Salí de clase, comí un sándwich, tomé un camión (lectura: NPDN-Mariana Enríquez). Bajé unas cuerdas antes para ver el lugar del lugar. ¡Siempre paso por aquí! Iba por Canal de Miramontes, una avenida frondosa y linda (la única que me gusta de Coapa).

Doblé en la calle José Azueta, una línea recta de concreto y hierba seca lleno de bodegas. Encontré el Departamento de inmediato. Es una bodega de un cuarto de cuadra, con la fachada verde bandera, algunos logos del INAH y dos portones blancos por donde entran camiones.

Afuera un joven estudiante veinteañero y un hombre de 40 o 50 años cargaban un costal de cemento. Los saludé, les dije que iba porque quería hacer algo de mi tesis de doctorado sobre Teotihuacán. “Pásate” me dijo el señor sin dejarme profundizar en mi tema de tesis. El joven me sonrió y me dio ánimos. Yo estaba nerviosa ¿por qué me pone tan nerviosa ir al INAH?

Entré y *wow*. Era todo lo que había soñado que sería una colección arqueológica. Una fantasía coleccionista: filas y filas de estantes con cajas de cartón fichadas. “Anótate” me dijo el señor, que no permitió —en ese momento o después— que perdiera mi mirada por los estantes. No importa, lo esencial de esa visita era el contacto humano, no con las cajas.

En la entrada: una mesa con libros ochenteros acomodados con el letrero “gratis”. Pequeñas oficinas (parece una fábrica ochentera). Un gato hermoso pasea.

Me registro.

Señor: ¿De dónde vienes?

Yo: UAM Xochimilco.

Me indica que deje mis cosas en un lugar, no puedo pasar con mochila. Tomé mi cuaderno y una pluma. Se fue un metro y entró a una oficina (él está en control de la situación: de mi mirada, de mis movimientos en el espacio. Sé que no podré pasar más de lo que él me permita).

mirar

1 tr. Dirigir la vista a un objeto.

2 tr. Observar las acciones de alguien.

3 tr. Revisar, registrar.

Habla con alguien, le dice que quiero hablar con ella para mi tesis (¿Con quién habla? No puedo verla).

Espero apenas unos segundos. Me indica que anote en la lista que paso a ver a Sara Corona. Paso a la oficina.

Sara Corona es una arqueóloga (lo sé de inmediato) amable y platicadora. Le cuento: le digo que me interesan los pedazos y formas de guardarlos. De inmediato me dice que haga un oficio para entrar, que ella encantada, que nunca va nadie, que ella me recibe, que agende las citas que quiera. Me pasa sus datos, me explica que tienen una manera muy buena de archivar, una manera *única*. Me explica que en ese departamento *sólo hay fragmentos, son muestras*, “no tenemos piezas grandes, sólo *pedazos* de todas las excavaciones del instituto”. Me impresiona lo sintonizadas que estamos.

Me dice a donde más ir. A qué departamentos, archivos y colecciones. Me cayó muy bien, fue muy gentil. No me lo esperaba, pensaba que sería más difícil hablar con alguien del INAH.

Mientras hablábamos una mujer se movía entre dos estantes. Tenía la corporalidad de estar en un archivo: la mirada meditabunda, la cabeza agachada, pensativa. Moviò la caja al menos cinco veces por una gran mesa que dividía los estantes. Nunca pude ver qué sacaba de ahí, ni qué le hacía. Notó que la miraba de reojo. Salió de la ensoñación, movió por última vez la caja y, después, en lugar de regresarla al estante, la cubrió con un plástico negro que estaba tirado en el suelo. Un secreto.



Fotografía 3. Fachada del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas (DCAC) del INAH.

Sobre la materia de la hoja del diario de campo que guarda aún pedazos de polvo del archivo se aloja la contingencia de la nota etnográfica como un pequeño momento, un pedazo de una experiencia por-venir, una experiencia alojada sobre un dispositivo incompleto. ¿Un secreto registrado etnográficamente es una develación? ¿Algo oculto al registro etnográfico es necesariamente un secreto? ¿Cómo algo tan pequeño, reducido y contingente como una hoja puede alojar un secreto?

INTRODUCCIÓN



Conexiones

Lugar de enunciación

Imaginémonos una mesa larga. En ella, el amuleto, el cráneo y la caja tapadas por una bolsa negra. Tres cosas del mundo hecho pedazos o los pedazos de este mundo. Las tres forman parte del terreno de lo arqueológico nacional, sin embargo, ¿qué decir de esa escena? ¿Se puede articular un relato? Hay un forcejeo en el lenguaje ante la conexión de un material fragmentado con un relato que no se centre en la ruptura. Como ejercicio escritural es complicado y como ejercicio argumentativo es inestable. Es la ambivalencia de la dislocación y de intentar narrar desde materialidades polarizadas. Hay algo indiciario en estos materiales compuestos, en sus gestos caprichosos, en el encuentro, en los sentidos que exige para su interacción y en los sentimientos que cada pedazo provoca. También hay algo obtuso en todas sus características: todos los sentidos son exigidos ante su presencia (Kernaghan & Zamorano Villarreal, 2022).

En las postales anteriores presento tres pedazos definidos brevemente en sus propias condiciones: materiales, gestos, sentidos y sentimientos. A pesar de la fluctuación de los lugares, las postales están enmarcadas en uno de los sitios más recorridos en la arqueología mexicana, como teleprompter nacionalista.

Teotihuacán es una toponimia que resuena en la cabeza de la mayoría de las personas que conocen un poco de la historia de México. Se encuentra en los libros de texto, promociones turísticas, opciones de visita de fin de semana y también, tiene una fuerte impresión en la vida de quienes habitamos en el valle que lleva el mismo nombre. Sabemos que fue una de las principales ciudades en el periodo clásico y posclásico mesoamericano, que es la primera Zona Arqueológica decretada en el México posrevolucionario y que es uno de los principales referentes en la materialización de legislaciones para la producción, conservación y promoción del patrimonio (Delgado, 2008; Vázquez León, 2003; von Saenger, 2021). También, por su importancia económica, tenemos claro que es una de las zonas que más afluencia turística tiene el país desde mediados del siglo XX hasta la actualidad (Delgado, 2010).

Yo crecí por aquí, precisamente en la zona de Oxtoyahualco, uno de los barrios vecinos a la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT). Crecí transitando todos los días cerca

de las pirámides, atravesando la zona para cruzar de un pueblo a otro con mi credencial de estudiante, paseando por los terrenos y campos que la rodean; jugando en sus alrededores y vendiendo cualquier cosa a los turistas junto con mis amigos para sacar algo de dinero y comprar dulces. A lo largo de la historia de la arqueología muchas personas blancas, académicas y con apellidos europeos han transitado por Teotihuacán intentando definirlo científicamente, pero también instaurando relaciones de extracción, despojo y desposesión que reafirman condiciones y relaciones coloniales con las personas que habitan los pueblos que comprenden la amplitud del Valle de Teotihuacán.

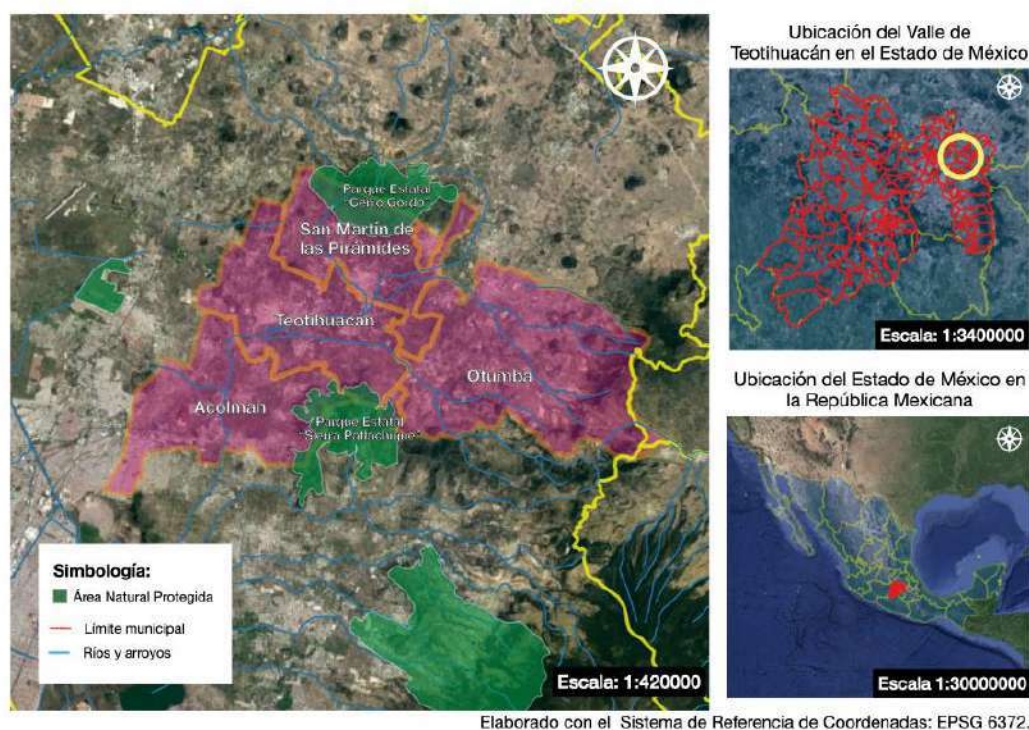
Es importante para mí no obviar que yo también soy una persona blanca, académica y con apellido europeo estudiando Teotihuacán (en este caso, contemporáneo) con la particularidad de ser originaria y de ser militante de colectivos de defensa del territorio y acciones de turismo comunitario desde 2014, por lo que esta tesis también está marcada por constantes debates con compañerxs del Valle, así como por una postura política en contra del despojo y la violencia sostenida que se ha instaurado en el noroeste del Estado de México.³ Djamila Ribeiro en *Lugar de enunciación* (2023, pp. 38–39) retoma una tradición crítica antirracista para hablar sobre la relación entre el privilegio social y el privilegio epistémico, donde se suelen legitimar posiciones eurocéntricas del pensamiento, por lo que propongo tener en cuenta a quien lee, en todo momento y como debería ser con todo texto, mi lugar de enunciación y los cruces subjetivos marcados en mi narración. En términos de lo que se estudia en esta tesis, mi corporalidad, mi historia de vida como originaria de Teotihuacán y el ser estudiante doctoral me autorizaron en muchos sentidos para acceder a espacios y materiales que forman parte importante de las narraciones etnográficas de esta tesis.

A través de este punto de enunciación, quiero aclarar explícitamente que propongo aquí hablar desde el Valle de Teotihuacán como una micro-región compleja que comparte múltiples características entre diferentes pueblos del noreste del Estado de México, tales como los municipios de Acolman, San Juan Teotihuacán, San Martín de las Pirámides y Otumba, así como sus comunidades (véase Mapa 1). En diversos estudios y políticas públicas contemporáneas enfocadas en las relaciones territoriales en este valle, se suele dividir el territorio por municipios o centralizarlos todos alrededor de la ZAT. Desde una lectura local,

³ Al respecto, recomiendo el corto-documental *Abrevadero* que realizamos en 2021 a través del colectivo Red de Juventudes Teotihuacanas donde ensayamos una reflexión en torno a nuestra relación con el Valle de Teotihuacán tras un ecocidio. Véase en: <https://youtu.be/wZwQEv-vxE> (consultado el 11 de abril de 2023).

varias personas pertenecientes a colectivos de este valle hemos reflexionado que esta división provoca dinámicas de desconfianza y competencias entre pueblos, aunque estén profundamente relacionados, así que sostenemos que es fundamental considerarnos parte de un territorio más amplio que comparte cosas y dinámicas dentro de profundas diferencias. Por lo tanto, mi lugar de enunciación es desde el Valle de Teotihuacán y durante el texto podrá encontrarse también como Teotihuacán, diferente a la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT) que hace referencia únicamente a la zona delimitada por el INAH.

Valle de Teotihuacán en el Estado de México, México



Mapa 1. Vázquez Banda, S. (2023). "Valle de Teotihuacán delimitado por los cuatro municipios que lo conforman y microcuenca del río San Juan". Tomado de von Saenger, B. & Vázquez Banda, S. (2024). *El giro ontológico en la defensa del territorio: ensamblajes y espectros hídricos en Teotihuacán*. A&H, Revista de Artes, Humanidades y Ciencias Sociales, 11(20), 22-48.

En términos político-teóricos, advierto que esta tesis está pensada desde una perspectiva local como punto de partida para analizar las relaciones que se establecen en

torno dinámicas estatales de gestión del patrimonio y los usos materiales del pasado a través de la arqueología como una disciplina institucional. Me sumo a la propuesta post-arqueológica de Cristóbal Gnecco (2017), en su libro *Antidecálogo*, de pensar una economía política de la arqueología, “los circuitos de producción, circulación y consumo del conocimiento arqueológico y las relaciones de poder inscritas en ellos” (p. 17). Un gesto político-teórico disciplinario necesario para inscribir nuestras relaciones con el pasado en circuitos posibilitados a la emancipación de discursos nacionalistas que reproduzcan desigualdad y dominio, no sólo hacia las localidades, sino entre los mismos agentes estatales. Por lo tanto, esta tesis se centra en “el pasado liberado de la excavación [que] aparece en otra parte: en las memorias, en los paisajes, en las enseñanzas, en el futuro” (p. 155).

Así, en esta tesis trabajaré sobre tres prácticas distintas de recolección, resguardo y desecho a través de tres lugares regulados por el INAH que manifiestan maneras dislocadas y conectadas de administración de los tepalcates: 1) El Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del INAH como un gran archivo de fragmentos; 2) las colecciones familiares y privadas de habitantes de Teotihuacán como una relación evocativa con el pasado y la regulación estatal; 3) el depósito/cementerio de piezas arqueológicas del INAH ubicado en la comunidad de Tepexpan, municipio de Acolman, como un espacio de desecho y una fosa.

Una vibración en la planta de los pies

Una actividad que disfruto desde la infancia es el acostumbrado encuentro sorpresivo de pedazos⁴ de barro y obsidiana en los terrenos aledaños a la zona arqueológica. Una actividad que convive con la caminata, la mirada distraída en el campo y la interacción con la tierra, que exige siempre algo de movimiento. Es una operación sin método, con la constancia de la vida cotidiana: recoger alguna pieza que llame la atención, analizarla brevemente, imaginar alguna historia del repertorio prehispánico escolar, seguir caminando y depositarla en

⁴ En esta investigación se usa la palabra pedazo, variando con tepalcate, fragmento, resto o vestigio. Pedazo porque es una palabra utilizada por quienes no pertenecemos a la institución arqueológica, pero tenemos contacto con estas cosas en Teotihuacán. En este caso, retomé un concepto no arqueológico que refiere de igual manera a un desprendimiento (según la definición de la Real Academia Española), una parte de un todo, separada por completo. Más adelante incluiré algunas reflexiones sobre esta relación enunciativa entre el pedazo, la acción de separación y el “todo” como ficción.

cualquier campo antes de llegar a casa, o guardarla. Tiempo después me enteré que algunas de esas piezas se llaman tepalcates⁵, que hay arqueólogos que aborrecen que la gente los mueva de lugar porque pierden gran parte de su información, pero también que las bodegas del INAH están repletas de ellos, como los aproximados 78,000 tepalcates recolectados durante el Proyecto Teotihuacán 1980-1987 (Vázquez León, 2003, p. 207)⁶. Aun así, nunca he dejado de hacerlo, aunque es verdad que mi constancia ha disminuido. ¿A quién le va a interesar lo que yo haga con esos tepalcates dormilones que reposan en terrenos baldíos junto a la basura perdida? ¿No han sido movidos antes por la yunta o el azadón? ¿O por la llanta de algún automóvil? ¿O por la máquina que limpia el campo para la construcción?

Esta tesis indaga sobre esos pedacitos, los desechos, los sedimentos materiales de la historia de este territorio. Los encuentros, materialidades, significados y efectos que generan cuando son expuestos, tocados, resguardados, movidos o abandonados. Esta tesis indaga y analiza los trazos de mandatos de olvido como procesos activos que las estructuras del Estado establecen sobre estas experiencias, que son trazos profundos en el surco de la memoria nacionalista y el relato patrimonial.⁷ Para ello, profundizo en las materialidades de los tepalcates, así como en las relaciones que establecen con las personas quienes tienen contacto con ellas, incluyendo mi propia experiencia.

Cristina Rivera Garza (2021) dice: “nuestra presencia en cualquier sitio es una señal de alarma: algo estuvo aquí antes. ¿Por qué ya no está?, es una pregunta sobre la acumulación. ¿Qué está en su lugar?, es una pregunta sobre la acumulación”. Nunca profundicé conscientemente sobre el significado arqueológico de esa pedacería que encontraba o guardaba. Sus propias condiciones fragmentarias no permitían imaginar nada más que resabios de algo más, imaginaciones siempre inconclusas, permeadas de escenas pedagógicas como las pirámides o una vida prehispánica desconocida y colorida. Mi propio imaginario

⁵ La palabra nahua “tepalcate” suele utilizarse para referirse a vestigios, aunque en términos concretos se refiere a los fragmentos de barro. El término no abarca la pedacería de piedra (como puntas de lanza de obsidiana o pedazos de tezontle tallado), material óseo (esqueletos), material orgánico (como conchas) o minerales. Por este motivo, uso la palabra de manera alusiva al pedazo en algunas ocasiones, siendo el pedazo de barro el más común, aunque variará el tipo de material.

⁶ Luis Vázquez León (2003) retoma este dato para criticar la dinámica de acumulación de tepalcates por parte del INAH; la cual no tiene una relación estrictamente directa con la posibilidad de analizar y generar investigaciones arqueológicas.

⁷ Paralelamente realicé una reflexión etnográfica sobre estas relaciones de olvido con los tepalcates, que son discusiones paralelas a esta tesis, pero complementarias sobre las condiciones ontológicas de los procesos de olvido (von Saenger Hernández, 2025).

fantástico. Como migajas de desmoronadas ruinas. Familiarmente su presencia fue doméstica, conviviendo con plantas o rocas con formas curiosas. Siempre dudé sobre su originalidad pensando que podrían ser pedazos de artesanías, réplicas o falsificaciones de los talleres de Teotihuacán.⁸

Sé que no soy la única que realiza esta práctica de recolección. De hecho, me pregunto si habrá alguien de Teotihuacán que no haya encontrado un pedazo y lo haya ocultado.



Fotografía 4. Encuentro con una punta de flecha de obsidiana.

Vuelvo hacia delante en mi historia. Intentaré hacer evidente el proceso de dislocamiento reciente que me trajo hasta este tema, los pedazos inconexos del pensamiento.

⁸ Teotihuacán fue un punto importante en la producción de falsificaciones durante el siglo XX a la par que aumentaron las rutas de viajeros, coleccionistas y arqueólogos a la región, donde se evidenciaron las “expectativas en relación con la experticia técnica, las prácticas de fabricación, los ideales estéticos y el origen cultural de los pueblos antiguos de México” (Achim & Olmedo, 2023, p. 98). En *Antigüedades mejicanas falsificadas. Falsificaciones y falsificadores*, Leopoldo Batres menciona: “En los barrios de México los indios fabrican alfarería en abundancia. Estas antigüedades fantásticas y grotescas, que representan criaturas extravagantes, raras y sin inspiración, no son ni moldeadas, ni copiadas de los monumentos antiguos” (1910, p. 4). En esta misma publicación presenta el caso de un taller de falsificaciones perteneciente a la familia Barrios, de la comunidad de San Sebastián Xolalpa, ahora parte de San Juan Teotihuacán.

Esta tesis implica abordar una práctica íntima y un material que poco conocía en términos analíticos. La pedacería es nueva y no en el campo de mi lenguaje. Su antecedente –y a la vez su efecto– es mi obsesión sobre Teotihuacán: estudiar el turismo, el patrimonio y el despojo en grados académicos previos.

Empiezo a rumiar en el proceso. Llegaron las lecturas y los diálogos del doctorado. Preguntas sobre el archivo, sobre la memoria, sobre el testimonio, sobre la visualidad y sobre la colonialidad en las formas de administración del patrimonio. Diálogos sobre la escritura, sobre los registros, los enfoques. ¿Qué ver sobre Teotihuacán en un doctorado de Estudios Culturales y Crítica Poscolonial? ¿cómo profundizar en el patrimonio desde esta perspectiva? El patrimonio dejó de parecerme una realidad estatal fija, pasó a ser un relato, una práctica discursiva de la nación (Hall, 2017), una estrategia plástica a pensar. Interrumpir, una palabra que me trastocó. Interrumpir un relato ¿se puede pensar en algo así? A fuerza me permití la interpelación, hacer mi proyecto poroso. No hay nada más estimulante que dejarse cambiar por los materiales y las condiciones que ofrecen, por las discusiones y sus indicios.

Dislocar: sacar algo de su lugar.

¿Hay un lugar, un origen o una totalidad para el pedazo? ¿O es el pedazo una rebeldía epistémica al lugar, al origen o a la totalidad?

Dislocar implica una lesión entre las articulaciones, la imposibilidad de articular se vuelve un espacio para pensar, un terreno obtuso donde la mirada debe reorientarse a otros sentidos (Kernaghan & Zamorano Villarreal, 2022). Dislocar también implica preguntarse por las operaciones ontológicas de la totalidad, de las esencias y de la linealidad.

Ante la dislocación, la pulsión de la secrecía y el ocultamiento de las piezas es constante. Hay una firma estatal de secrecía, donde la pedagogía patrimonial recibida por quienes vivimos los encuentros es utilizada para tomar, ocultar o desechar algo peligroso de poseer, produciendo la desconfianza constante hacia las personas que tienen cercanía hacia el patrimonio. Un fragmento de la administración del tiempo (Rufer, 2020). Tres pedazos dislocados: sacados de su lugar. Sin embargo, a diferencia de otras piezas arqueológicas, estas no entran en el circuito de la exhibición, del monumento, del museo; no son cooptadas de manera exhibitoria en el relato patrimonial, sino que son eso que habilita la exhibición: la acumulación ocultada. La caja es la más cercana, pero se mantiene en la condición de la

bodega de los fragmentos. ¿Cuál es la relación que establecen estos pedazos dislocados y el relato patrimonial? ¿Es la secrecía una condena o también una potencia política?

Si asumimos que el patrimonio es una práctica discursiva de la nación, ¿qué lugar tiene la pedacería? En términos lingüísticos, siguiendo a Foucault (2002, p. 152) un discurso es “un acontecimiento en la instancia que le es propia”, en constante pugna, circulación y apropiación; así, un enunciado sería ese acontecimiento, que no está ligado a un correlato o a la ausencia de éste, sino a su referencial: leyes de posibilidad, reglas de existencia para los objetos del enunciado, relaciones afirmadas o negadas. El referencial y las posibilidades de su aparición construyen el nivel enunciativo, diferenciado del acto del habla, que establece valores de verdad. En este caso, los pedazos no son una fuga del discurso patrimonial, sino una forma de acontecimiento de éste, donde el análisis de las relaciones establecidas con los pedazos y las regulaciones sociales alrededor proponen una nitidez para analizar la patrimonialización que elabora en su discurso su propia contradicción. Hay algo incompleto y a la vez inenarrable que habita en este acontecimiento. Lo que permite el pedazo es aislar el detalle heterogéneo y extraño del relato patrimonial colonial (Jáuregui, 2020).

Por otro lado, al pensar el pedazo en términos lingüísticos dejamos de lado una diversidad de relaciones sociales que ocurren en otros registros con estas materialidades. El patrimonio como práctica estatal socializada no sólo se reduce al discurso y su inestabilidad, sino que implica dimensiones mucho más amplias de sentidos sociales que pueden ser analizadas a partir del encuentro material. En la actualidad, la patrimonialización, así como la comprensión de la historia en términos de experiencia regulada por el Estado, no se reducen a las operaciones arqueológicas, museísticas y archivísticas, sino que están imbricadas en contextos complejos que forman parte de la crisis de las humanidades y la idea de lo humano en el Antropoceno (Chakrabarty, 2022). Las ruinas forman parte de la asociación de naturalezas, culturas, sujetos y “objetos” que no preexisten a sus configuraciones entrelazadas del mundo, sino que devienen de la “configuración del mundo semiótico-material relacional” (Haraway, 2019, p. 36).

El giro lingüístico, desde el post-estructuralismo, brinda a los estudios críticos del patrimonio las posibilidades de analizar las relaciones de poder yuxtapuestas en contextos de naciones poscoloniales, que implican una relación particular con la producción del patrimonio, por lo que son marcos teóricos valiosos dentro del análisis sobre los usos de las

materialidades arqueológicas. Sin embargo, un análisis únicamente discursivo sobre el patrimonio al tenor de la pedacería implicaría ignorar los estudios contemporáneos en torno a las políticas de las cosas (Gorjón et al., 2023), a decir de los estudios en cultura material, la teoría de la cosa, los nuevos materialismos, el giro ontológico, la teoría Actor-Red o el realismo especulativo.

Así, pensar las cosas como parte fundamental de nuestro tiempo y de nuestra relación con el Estado, se engarza con las preguntas sobre las relaciones más que humanas con las materialidades, las cuales cuestionan la ontología de la totalidad a partir de su contingencia y constante cambio. Apunto a trabajar la conceptualización del antropólogo Tim Ingold (2018), donde propone pensar en un mundo de cosas y no de objetos. Las cosas, siempre están deviniendo, a través de procesos de crecimiento y movimiento. En este sentido, por la condición orgánica de los pedazos, pero también por sus usos, su naturaleza caprichosa y la intención de pensarlos en sus propios materiales; utilizo el concepto cosa que abre la posibilidad de pensar en cómo se unen o se dislocan los pedazos. Una cosa está constantemente en un proceso de devenir.

Así, los pedazos, fragmentos o tepalcates en esta tesis deben ser leídos como sustantivos, no sólo por reconocer sus dimensiones materiales y agencias como valiosas, sino porque dentro de las estrategias estatales del patrimonio y la administración de la experiencia con el pasado, los fragmentos arqueológicos son metonimias de sujetos, cosas y narrativas administradas. El análisis de la forma en la que el Estado administra estos fragmentos dice mucho de las formas de poder que se establecen sobre cuerpos y territorios referentes a estos vestigios, a sus estrategias frente a lo que significan estos pedazos, considerados monumentos arqueológicos muebles por la *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* (Diario Oficial de la Nación [D.O.F.], 2018). Siendo esto no sólo una forma estatal de administrar lo humano y lo no-humano, sino también de intentar separar o unir estratégicamente los entramados políticos que se generan entre ellos.

Ante todo esto, ¿por qué guardar pedacería? ¿cuáles son las condiciones contingentes de su materialidad, pero también la regulación histórica de su presencia como una marca de propiedad del Estado sobre el relato del pasado?

Yuxtaposiciones: recolectar, desechar y resguardar

El problema de estudio de este proyecto es pensar, a través de los pedazos y sus encuentros, la idea de pérdida, ocultamiento y desecho frente al relato patrimonial basado en resguardos y conservación. Analizar la dificultad que implica narrar desde ahí, desde lo que no hay, desde lo que no se habla, desde lo que siempre tiende a perderse, pero aún así se encuentra, busca, resguarda y colecciona como si fuera una condición para que lo que se dice y exhiba pueda existir. Desde eso que encuentra lugar siempre en la excepción, constantemente repetida, como una técnica cotidiana de poder en la patrimonialización como legalidad. Contextualizar a los pedazos ante un todo implica incluirlos, como verbos y como sustantivos, en su tiempo contemporáneo, no como excepciones, sino como contingencias. Como cosas que reclaman un tiempo para sí, que elaboran un secreto sospechado. No como partes de un todo, sino como materialidades con exterioridades que, por estrategias estatales o por invenciones locales, se ensamblan para formar un evento en la complejidad social (DeLanda, 2021). Es decir, no como evidencias de alguna realidad prehispánica, sino como artefactos culturales que producen relaciones y operaciones en nuestro mundo presente. El tepalcate tepalcatea el patrimonio: refleja su falta y su ficción totalizadora.

Tras presentar las conexiones que generan el problema de investigación y una serie de cuestionamientos dislocados, propongo una primera serie de preguntas para la investigación:

¿De qué manera se relacionan la pedacería y el relato patrimonial mexicano partiendo del caso de Teotihuacan? ¿qué conexiones y dislocaciones producen sus materiales, gestos, sentidos y sentimientos? ¿qué nos permite pensar en torno a las políticas de administración de la arqueología nacional, de la forma de conocimiento articulado, de las políticas de identidad como regulación sobre la experiencia sobre la historia? ¿De la ruina monumental y la propiedad como ejercicio de poder? Así, el objetivo de esta investigación es analizar los efectos en los sujetos de los encuentros, usos y resguardos de los pedazos en el relato patrimonial mexicano. Es decir, los pedazos como materialidades devenidas en distintos registros relacionados a la experiencia con el pasado, mediado por las distintas políticas patrimoniales.

Cada uno de los pedazos implica materiales, gestos, sentidos y sentimientos particulares en el campo, que indican también los valores y usos que les son dados. Retomando a Tim Ingold (2018, p. 39): “la cuestión sobre las cosas es que ocurren, vale decir, prosiguen y se extienden a lo largo de sus líneas. Esto es admitirlas en el mundo no como sustantivos sino como verbos, como ‘en-marcha’. Es traer las cosas a la vida [...]”. En este caso, propongo ampliar a los pedazos tanto como sustantivos, como verbos, sumando, el problema de los pedazos ante el relato que evidencia, su dislocación o la complejidad de abordar una posible conexión, es analizarlos y traerlos dentro de la dificultad etnográfica de narrar “una historia que tiene que contarse a la manera de sus propios materiales” (Rivera Garza, 2021, p. 31).

Para analizar las dimensiones de la pedacería en este contexto, propongo acercarse a partir de tres dimensiones yuxtapuestas que implican el objeto de estudio y los campos donde las cosas se problematizan: paisajes, pedazos y resguardos.

Paisajes⁹

Hay algo de seco y arrancado en Teotihuacán. Siempre parece que ahí donde se está parada hubo algo –una pregunta por la acumulación–. La tierra da la sensación de tener algo ausente, hay siempre algo expuesto asomándose, que a la vez imprime una falta.

Por su cercanía a la Ciudad de México, la urbanización y el turismo arqueológico, la tierra ha cambiado de manera significativa en los últimos años. Durante la década de los años ochenta había un río que ya no existe, quedan sus surcos y su ecosistema expuesto. En los años noventa comenzaron múltiples construcciones cerca de la zona arqueológica para hacer nuevos restaurantes, a los alrededores quedan los pedazos de las construcciones que ya no paran. En los últimos veinte años llegó con dureza la urbanización, lo que queda son algunos campos.

Para la construcción de la zona arqueológica se hicieron varias modificaciones territoriales a partir de la expropiación y compra de terrenos para posibilitar la excavación de los monumentos. Las dos más extensas, que marcaron un parteaguas en las operaciones de

⁹ El paisaje es una categoría central para entender las conexiones o dislocaciones de los pedazos. La descripción etnográfica del espacio es, siguiendo a Navaro-Yashin (2013), la posibilidad de encontrar una metáfora situada.

patrimonialización del INAH, fueron en 1906 y 1964. La primera fue realizada por el Inspector General de Monumentos, Leopoldo Batres, con el objetivo de ofrecer una imagen monumental en las exposiciones internacionales (López Caballero, 2010). La segunda, en 1964, extendió las actividades hacia nuevas zonas para explorar, con un gran presupuesto para la excavación y formación de arqueólogos, sumado a la coincidencia con la habilitación de espacios turísticos durante las Olimpiadas de 1968 (Ortega-Cabrera & Medina-González, 2020).

En ambos casos, hubo una gran inversión de capitales nacionales para la excavación y reproducción de la zona, donde se resaltaron constantemente imaginarios nacionalistas sobre la producción de lo que significaría posteriormente el “México prehispánico”¹⁰. En este contexto, la población del Valle de Teotihuacán cercana a la zona participó de muchas maneras en la producción de este imaginario en términos materiales, debido a que, mientras que se generaron trabajos tercerizados en la zona (Delgado, 2010), muchas familias fueron despojadas de sus tierras y desplazadas (von Saenger Hernández, 2021). Aunado a la extracción constante de piezas expuestas y enterradas para ser llevadas a museos o colecciones personales. Todo esto construyó una idea de desconfianza hacia las instituciones patrimoniales. Actualmente, se traduce en el ocultamiento de piezas en casas que son recelosamente protegidas, incluso de vecinxs o familiares, para evitar ser expropiados. Aunque ya no es una dinámica vigente la expropiación, sino el nombramiento de custodios de piezas, existe una tensión constante que se traduce en una relación entre el peligro de poseer una pieza y el peligro que eso signifique se puede ser expropiado todo un terreno donde haya sido encontrada.

El paisaje es distinto si se observa el suelo en lugar de los monumentos. La mayoría del año el suelo se ilumina por el pasto dorado y seco, tenemos cada vez menos meses verdes, la nariz siempre se nos llena de polvo. Parece que las milpas pasan más tiempo secas, que son más pequeñas. El único verde constante viene de los nopales que viven de poca agua y desde hace dos años en la casa donde crecí no hay agua potable porque se secaron los pozos

¹⁰ Es paradigmático el proyecto *La Población de Teotihuacán* del antropólogo Manuel Gamio que dio origen al discurso del mestizaje, el nacionalismo y la arqueología como política de estado (López Caballero, 2010). En la actualidad, la perspectiva de Gamio sigue permeando los estudios sobre la población de Teotihuacán y los monumentos, por este motivo, será interesante indagar sobre las posibilidades de enunciación que ofrece la condición fragmentaria ante este relato.

por el mal manejo hídrico de la región debido a su cercanía con la Ciudad de México que demandó históricamente la desertificación de esta micro-cuenca (Vásquez Banda, 2024), ahora el paisaje es pisado todos los días por pipas que recorren los pueblos.



Fotografía 5. Campo seco en Teotihuacan. Fotografía propia. 29 de diciembre de 2022.

La vida transcurre en estos campos de polvo áureo. Cerca de la zona arqueológica hay mucha tierra expuesta, la esperanza de nuevas excavaciones ha interrumpido la pavimentación y la construcción desde el *Decreto por el que se declara zona de monumentos arqueológicos el área conocida como Teotihuacan* de 1988¹¹, aunque no faltan las construcciones que siguen

avanzando. La gente que transita y vive cerca de la zona habita con esa latente posibilidad del encuentro de piezas, con la vibración de un secreto bajo los pies, ya sea real o ficcional por el miedo del decreto. Es así la condición arqueológica de Teotihuacán, un paisaje de narraciones inacabadas. Una letra, una palabra, una frase ruidosa navegando la tierra, el relato por fuera, expuesto en una zona arqueológica, siempre rígido y, a su vez, siempre incompleto. Un campo de lexias alumbradas por la secrecía. Un mundo de pedazos que no llegan a ser cubiertos por el lenguaje.

Los pedazos de este leviatán arqueológico, como lo nombró el antropólogo Luis Vázquez León (2003), son múltiples. De manera general se diferencian sus materiales: obsidiana, barro, piedra y huesos humanos. Quizá haya más, pero reconozco que no puedo verlos por ahora. Alrededor de la zona arqueológica hay tres zonas delimitadas por el Instituto

¹¹ En 1988 es publicado en el Diario Oficial de la Federación el *Decreto por el que se declara Zona de Monumentos Arqueológicos el área conocida como Teotihuacán* que establece en su Artículo 13: “En la zona de monumentos definida en este Decreto no se autorizarán construcciones cuya función, diseño o ubicación alteren, afecten o distorsionen los valores monumentales o el uso educativo y de investigación a que la misma está destinada”. Desde entonces, hay una constante atención sobre las construcciones de las poblaciones cercanas por parte del departamento de Salvamento arqueológico de la zona.

Nacional de Antropología e Historia (INAH) donde se restringen y se aprueban ciertas actividades a través de permisos. Este ordenamiento territorial (el único en el Valle) surge con el ya mencionado Decreto de 1988, el cual ha mantenido una planeación urbana contenida para priorizar el paisaje de la zona; también, ha generado múltiples conflictos entre pobladores y el INAH (Delgado, 2010; von Saenger, 2021). Lo que da cuenta esta zonificación es de lo que puede haber, de la sospecha de un posible encuentro, la importancia de los kilómetros habitados por la diversidad de pobladores del valle. De lo que no da cuenta esta zonificación ni muchos estudios sobre el patrimonio, es de la reaparición siempre anticipada y espectral de lo Otro no escriturado (Jáuregui, 2020), del pedazo. De su arbitrariedad y su imposibilidad de regulación que manifiesta un paisaje donde esos pedazos aún continúan, ya sea enterrados sin descubrir o al interior de las casas de los habitantes. De lo que jamás se permitirá dar cuenta esta zonificación es del velado miedo sostenido de quienes vivimos aquí, de que las piezas que tenemos sean descubiertas, de que tu casa sea expropiada, de que aquello que ha sido heredado sea un motivo para ser expulsados.



Fotografía 6. Cumulo de basura en los alrededores de la zona arqueológica. Fotografía propia. 29 de diciembre de 2022.

Siendo que los pedazos no sólo existen en los lugares donde ya han sido resguardados, sino que tienen un aura en el paisaje, es interesante para este proyecto pensar en un paisaje arqueológico hecho pedazos, no centrado en los espacios patrimoniales, sino en los fragmentos desperdigados, en su presencia no separada en un archivo o en una colección, sino en su acto desobediente de habitar en la soledad del estruendo de o presente. En su convivencia con la basura, con la yerba, con el cascajo, antes de ser encontrados o siendo anónimos toda su vida. Un paisaje arruinado (Navaro-Yashin, 2013) que contrasta con el gran paisaje turístico y

patrimonial. Por eso, para este proyecto de tesis propongo contextualizar no solo los pedazos, sino también los paisajes donde ocurren los encuentros o los resguardos. Retomo la idea de arruinación de Navaro-Yashin como una involucración con lo abyecto. Un paisaje arruinado sería un paisaje en constante contacto con lo arruinado, usándolo, haciéndolo propio. Viviendo sobre las ruinas de alguien más, una reflexión sobre la yuxtaposición de temporal-material.

Tim Ingold (2000), en torno al paisaje como una red enmarañada de relaciones humanas/no-humanas, ha sostenido una relación profunda que existe entre los paisajes y los significados que se generan en una compleja cadena de conexiones que existen en un ambiente. Los paisajes donde se encontraban los pedazos fueron tan relevantes que pareció inevitable tomar este concepto como un elemento vital a conceptualizar, no sólo retomando el paisaje de Teotihuacán con las ruinas exhibidas, sino principalmente los paisajes que ha construido el INAH. En *The Perception of the Environment* trabaja una conceptualización sobre los lugares a partir de las relaciones entre memoria y la relación imbricada que existe entre estas redes:

Places, however, can possess meaning at different levels. Some have a fundamental spiritual potency connected with the Distant Time story of their creation. Some, where people have died, are avoided for as long as the memory persists. Others, again, are known for particular hunting events or other personal experiences of encounters with animals. On all these levels – spiritual, historical, personal – the landscape is inscribed with the lives of all who have dwelt therein, from Distant Time human-animal ancestors to contemporary humans, and the landscape itself, rather than anything erected upon it, stands in memory of these persons and their activities (Ingold, 2000, p. 54).

Siguiendo esta idea, el paisaje nos permite pensar en las dimensiones de la memoria en el espacio en relación a las cosas. Hay algo en el espacio que dimensiona las condiciones de la memoria a partir de una serie de relaciones humanas y no-humanas que se van manteniendo en el paisaje. Esta reflexión sobre la conexión entre paisaje, memoria y relaciones no-humanas centrada en las ruinas permite reflexionar profundamente en cómo la contextualización del paisaje a partir de un encuentro o un resguardo, posibilita comprender también las condiciones de estos pedazos. Particularmente porque, como se verá más adelante en los capítulos, los paisajes donde se encuentran están marcados por la territorialización del relato patrimonial o su rumor, por lo tanto, por las complejidades coloniales, racializantes, capitalistas, patriarcales y antropocéntricas que revisten al

patrimonio como un discurso colonial, en su herencia de la permanente búsqueda de “tesoros”¹².

No la condición de una operación estatal cerrada, sino un relato que transita por el paisaje como aquellas huellas que también permanecen y lo desbordan, lo sortean o lo ignoran. Así, el paisaje es una categoría política importante para reflexionar en torno a los pedazos, ya que “el control colonial impide a las conciencias situarse en su paisaje y expresarse a partir del mismo; su discurso es capturado por un poder político que lo persuade u obliga a localizarse con referencia a centros geográficos impuestos a la subjetividad por la poderosa retórica administradora del mundo, es decir, la retórica colonial” (Segato, 2015, p. 51). En este sentido, es importante ante el tenor de la legalidad contemporánea del patrimonio y el abordaje de su herencia colonial, pensar el paisaje teotihuacano.

En este sentido, el paisaje como parte del ensamblaje con la pedacería aloja la complejidad de relaciones que se establecen en ese lugar. El problema, por ejemplo, de que cosas reguladas como propiedad de la nación habiten en el patio de la casa de una familia. El problema, también, de que las cosas reguladas por la nación vivan amontonadas en bodegas, sin registro, desterritorializadas, sin posibilidad de restitución; o el caso más extremo, que sean depositadas en un lugar similar a una fosa, como un desecho estatal. Es volver a la idea de la propiedad y las dimensiones de poder que la legislación patrimonial necesita para ejercer un poder de legitimidad sobre un paisaje, sobre las personas de un lugar particular y sobre las relaciones que existen con las narrativas del pasado.

Pedazos

Aunque para el ordenamiento de una de las zonas arqueológicas más visitadas del país hay mucho control territorial, es claro que se le escapa algo. Eso que se escapa del relato patrimonial, del leviatán arqueológico y de la monumentalidad, es lo que presenta pensar en las cosas fragmentadas que se encuentran, guardan, mueven, tiran o contrabandean en Teotihuacán, pero también en otros puntos de gran presencia de vestigios. Luis Vázquez León (2003), en su famoso libro *El leviatán arqueológico*, apunta el saqueo ilegal como la

¹² Uno de los principales antecedentes del registro de las ruinas en Teotihuacán durante el primer periodo de la colonia en los documentos referentes a la búsqueda y el encuentro de “tesoros” en el Valle (Gallegos Ruiz et al., 1997). Al respecto se abordará este tema en extensió en el Capítulo 2: Evocación y profanación.

indeseable sombra que acompaña la nacionalización excluyente de un pasado. Dentro de su estudio sobre el modelo arqueológico patrimonialista de México, sostiene que el rasgo restrictivo de la administración de la herencia deja siempre la posibilidad al contrabando de piezas, generalmente, para su comercialización a grandes compradores. Este proyecto se propone a través de un mundo de cosas asediantes por el discurso de lo patrimonial, asteroides que orbitan el relato sobre el pasado prehispánico, pero no son ni exhibidos ni consumidos como las cosas museografiadas, y a la vez desestabilizan la idea de la zona arqueológica contenida. Un mundo de cosas dislocadas y la vez unidas de alguna forma a partir de metáforas relacionadas más con el espacio que con el tiempo (Ingold, 2018) que desnaturalizan la idea de la herencia ¿quiénes pueden heredar y cuál es el riesgo de la herencia?

Algo vibra bajo los pies. Hablé de los encuentros, lo caprichosos que son, lo mucho o poco que pueden significar. Ahora mismo, mientras escribo, pienso que más tarde podría encontrarme algo. La vibración también se puede activar en el cuerpo si se sabe en dónde buscar, si hay cercanía, si se moviliza un deseo, si se ha vivido en otras ocasiones.

Mencioné anteriormente los materiales orgánicos de los pedazos que conozco: obsidiana, barro, pero también piedra y huesos humanos. Su materialidad orgánica, extrañamente perdurable y caprichosa perturba constantemente a quien se lo encuentra. Tiene algo de su espectralidad “como en el signo que debía permanecer enterrado pero que retorna como diferencia engañosa e inquietante. Por un lado, el espectro que ‘regresa’ no es el mismo, sino la apariencia de lo ausente” (Jáuregui, 2020, pp. 33–34).

El encuentro con los pedazos genera un estado ominoso en el ambiente, algo que asusta, la certeza de que, algo que debía permanecer en secreto, salió a la luz (Freud, 1992). Esto depende de muchos factores: el lugar, el material, el momento, los sentidos involucrados, el valor potencial de la pieza, lo que puede indicar, lo que exige ocultar y lo que reclama de quien lo encuentra. Hay pedazos que son ocultados por el peligro de que sea expropiada la propiedad por el INAH, sin embargo, hay otros que tienen diversas cargas afectivas, espirituales, terroríficas y ominosas que comprometen la interacción con el pedazo.

El pedazo exige, pues, una sensibilidad etnográfica a explorar, una sensibilidad abierta a la vibración de lo ominoso. El pedazo también permite pensar en distintas posibilidades ante el relato patrimonial, es siempre una huella de violencia, de algo expuesto

a la ruptura, al dislocamiento, a la pérdida; se imbrica con distintos niveles de construcción de memoria y olvido formada por políticas estatales de patrimonio y turismo a partir de lo que uno no puede testimoniar (Hartman, 2011). El mundo hecho pedazos y un paisaje arruinado. El pedazo habita una condición fronteriza entre la conservación y el olvido (Asado-Neira et al., 2018), tiene la habilidad de poder hablar de lo ausente sin mostrarlo: le da entidad material a la falta y al tajo violento.

En este sentido, uno de los principales elementos para pensar el pedazo será su contextualización en sus condiciones espaciales, de resguardo, históricas y afectivas. Este proceso tiene que ver con los elementos sensoriales que se puedan percibir, así como las narraciones de las personas que conviven con ellos. Sin embargo, también vale la pena retomar algunos momentos de la historia de la arqueología mexicana, de la construcción de su discurso como ciencia y de la legislación sobre el patrimonio que marcan las condiciones de existencia contemporánea de aquellos pedazos que son develados o que perviven en archivos.

Anteriormente, en las postales que dan inicio a este texto, se presentan algunos escenarios donde emergen estos pedazos. Cada relato se relaciona con un verbo que moviliza a los pedazos con sus condiciones contemporáneas: el amuleto con recolectar, el cráneo con desechar y el secreto con resguardar y mirar. Estos verbos se sostienen a lo largo de la tesis como formas de relacionarse con lo no-humano como estos pedazos, particularmente con estas huellas de memorias que persisten, pero que no nos transportan a su momento de creación, sino que hacen temblar nuestro momento, nuestra contemporaneidad y hacen evidente la inaccesibilidad de acceso a su relato, a pesar de las instituciones creadas para ello. En este sentido, no propongo indagar sobre “otras formas de...” memoria, resguardo, desecho; sino sobre los límites de la administración de la memoria, la materialidad de su producción de olvidos y mandatos a partir de la patrimonialización. Estos límites se perciben claramente en la puesta de la subjetividad de las personas ante los pedazos y los fragmentos en sus distintos paisajes.

En la entrevista “Derecho de mirada” que Bernard Stiegler le realiza a Jacques Derrida (1998) hay una parte donde reflexiona sobre la condición de lo visto en un mundo de teletecnologías (que en este caso pueden incluir a la fotografía o a la escritura) que muestran en el espacio público. Frente a la constante mirada, existen secretos que perviven.

Para Derrida es en esos secretos donde puede invocarse una razón de Estado que pueda ser apelada, como la manifestación de algo no domesticado por regímenes de poder y de control. En este caso la idea de pedazo contextualizado para esta investigación pretende hacerle preguntas por ese secreto, por la razón de Estado que hace a ese pedazo en su contemporaneidad, pero a su vez, intentaré mantener una ética de la mirada para este texto. Es decir, respetar ciertos secretos, asumiendo que no todo debe ser mostrado para reflexionar sobre lo que aquí ocupa, y también que hay cosas que la gente prefiere mantener ocultas, pero que a su vez esa marca permite preguntar y apelar dinámica que produce lo que no puede ser dicho hacia las instituciones: los límites materiales de nuestra relación con el pasado. El secreto marcará constantemente los tránsitos de esta tesis hasta la conclusión, no como un secreto develado al final, sino como una tensión que no terminará de aparecer.

Resguardos

Ahora, lo particular de los pedazos es que no son cosas que devengan sólo en el terreno del polvo, la tierra o el barro. Hay pedazos visibles en un mundo archivístico e íntimo. También, hay pedazos resguardados como desecho en tiraderos oficiales. Muchos pedazos han sido recolectados en distintas excavaciones y proyectos del INAH. Residen ahora en ceramotecas, bodegas, museos, colecciones o depósitos. También, circulan en espacios íntimos: colecciones domésticas, altares, patios y salas. En otros casos más imperceptibles, como muestras para réplicas en talleres artesanales.

Los tratamientos en estos tres espacios son distintos abordados en la tesis son centrales para entender la relación con estas marcas de ausencias. La forma en la que llegan las piezas también es diversa, así como son preservadas o valorizadas. El último punto de problematización del mundo hecho pedazos es el resguardo de los fragmentos. ¿Qué salvamos de este mundo? ¿qué conexiones hacen que esté un pedazo en un lugar? ¿de qué está rodeado? ¿qué uso se le da estando ahí? ¿qué diferencias generan estos tres métodos de resguardo? ¿qué tienen que decir sobre el relato patrimonial?

Me interesa explorar los resguardos. Los archivos de cosas, pedacerías y colecciones administradas en las bodegas del INAH. Me interesa el uso arqueológico que se le da a la pedacería, la forma en la que se intenta conectar con una totalidad hecha relato nacional, la complejidad del pedazo como evidencia, la forma en la que entra a la trama arqueológica y

patrimonial. Es aquí, en el mundo de las cajas de pedazos dislocados, anti-exhibibles, donde se hace evidente el “secreto del ocultamiento” del pedazo que provoca, como menciona Mario Rufer (2021, p. 6), que se dificulte la posibilidad de relatar. ¿Cómo se puede domiciliar¹³ un pedazo arqueológico? Y a su vez, ¿cómo nuestra mirada le ofrece al pedazo su pedacería y no una presunción de totalidad?

Los altares y colecciones privadas, así como los resguardos para la reproducción, sostienen otro secreto. Sin embargo, ¿no es el gesto del resguardo un efecto de la arqueología en la relación con la pedacería? ¿de qué manera se traducen en la vida cotidiana las firmas del estado que hacen (i)legibles ciertas conexiones o dislocaciones (Das, 2007)? ¿de qué manera se encuentran ciertos materiales, gestos, sentidos y sentimientos sobre la pedacería? Es, recordando a Cristina Rivera Garza, una pregunta por la acumulación. Pero también por la forma dislocada de la memoria, de la exhibición y del archivo en un contexto poscolonial. Como propone Jáuregui (2020), el retorno espectral de aquella cosa —la pedacería—, nos permite leer a contrapelo el conjuro colonial, de una huella, de una ausencia indiciaria de una violencia colonial traída al presente como posibilidad de invocación. La imagen dialéctica de Benjamin para pensar en las condiciones de los estados latinoamericanos modernos¹⁴ en su manejo de la memoria. Es decir, que el resguardo es una pregunta sobre lo que se guarda, cómo se hace, cómo se dispone, cómo se muestra y cómo se oculta.

Metodología hecha pedazos

En esta investigación pretendo abordar las discusiones en torno al patrimonio, que se relaciona profundamente con las temporalidades nacionales como política desde los Estudios Culturales, siguiendo a Mario Rufer (2010), rescato la perspectiva de la temporalidad como política de homogeneización de las temporalidades híbridas en la experiencia. Para ello, me interesa abordarlo desde la pedacería como cosas que devienen en formas dislocadas del terreno de las poéticas y políticas patrimoniales en México. Particularmente, pensando en el patrimonio como una práctica discursiva de la nación poscolonial (Hall, 2017), así como un

¹³ Me refiero a la domiciliación como un gesto fundamental del archivo en el sentido derridiano en *Mal de archivo* (1997).

¹⁴ Aquí particularmente recupero la forma en la que Jáuregui (2020) y Taussig (2015) trabajan la imagen dialéctica en contextos de conjuros, posesiones y mimesis.

proceso y una práctica política material (Crespo, 2017), es decir, las posibilidades de enunciación dentro del relato temporal (Trouillot, 2017).

Me interesa discutir a contrapelo de los trabajos que se han hecho, desde la antropología, sobre la relación entre patrimonio, memoria y nación. También, me interesa dialogar con los estudios sobre las cosas y su relación con la producción material colonial antropocéntrica desde diversas vetas del llamado giro ontológico y algunos aportes de los nuevos materialismos. Esto con las formas políticas y poéticas de las cosas, las construcciones de paisajes y las formas de resguardo de las huellas coloniales como vuelta a la idea de pérdida (Jáuregui, 2020).

Uno de los principales retos de esta investigación es plantear una discusión desde las cosas dentro de sus propias materialidades desde una perspectiva política. Para ello propongo abordar este debate teórico y metodológico al pensar en las condiciones de acumulación como operación ontológica de totalidad, de las cosas abandonadas, de las huellas, así como los encuentros con esas cosas ocultas e indiciarias. Particularmente, en la forma en la que pueden aportar metáforas posibles para analizar el relato patrimonial desde los límites de sus “desechos”.

Para ello, propongo una etnografía hecha pedazos, espejeada con una etnografía espectral (Armstrong, 2012) que retoma los lugares, devenires y espectros generados de las cosas que tienen algún tipo de cualidad relacionada al olvido o al abandono. Para ello, se relizaron recorridos de trabajo de campo, charlas informales, entrevistas, colaboraciones y ejercicios autoetnográficos para entender las relaciones que se establecen entre las personas que recolectan, desechan o resguardan las piezas etnográficas, así como quienes se relacionan en alguna parte de la yuxtaposición de la pedacería. En este sentido, es una etnografía que se pregunta por la condición dislocada y arruinada del paisaje, de los materiales, gestos, sentidos y sentimientos producidos por los pedazos, así como por las condiciones de su resguardo como forma de enunciación incompleta.

Apunto a realizar recorridos de campo para la posibilidad de generar encuentros con piezas, pero principalmente a indagar sobre las rutas que toman los pedazos una vez encontrados, es decir, cuando su exterioridad en el mundo se ensambla contingentemente con personas, discursos y paisajes (DeLanda, 2021). En este sentido, la experiencia sobre las materialidades y las temporalidades (Armstrong, 2012, p. 245) es vital para la comprensión

de los pedazos. Sin embargo, también presenta un problema ontológico sobre la mediación entre la experiencia con materialidades, la triada regulatoria de la arqueología de Estado, la legislación sobre el patrimonio y la administración de las cosas arqueológicas. En este sentido, rescato la propuesta de Tim Ingold (2018, 123–24) de experimentar productivamente con lo no-humano dentro de la etnografía a través de su compuesto de cualidades –sonoridad, luminosidad, palpabilidad, entre otras– como una atmósfera. La pedazo *es* en su palpabilidad, en un primer momento, sin embargo, todas las demás cualidades que los pedazos desprendan constituyen una experiencia todo-envolvente que abre la discusión en torno al ejercicio escritural y representativo de ella.

A su vez, los pedazos alojados en las bodegas/archivos del INAH, así como en los altares y colecciones privadas, en sus condiciones de posibilidad dentro del sistema de enunciación (Foucault, 2002) de las temporalidades arqueológicas y antropológicas disciplinares en México. Para ello, propongo contextualizar los archivos y depósitos como espacios etnográficos donde también pueden ocurrir encuentros particulares con los pedazos. Así, es interesante de estos espacios la posibilidad de legibilidad o ilegibilidad (Das, 2007) del relato patrimonial y sus derivas enunciativas, así como los circuitos narrativos paralelos que proponen. Me interesa también conocer las manifestaciones que presentan los pedazos en las personas que los resguardan, esto, a partir de entrevistas y charlas. Así, también es importante pensar en las evocaciones que provocan los pedazos, como las leyes coloniales en torno a los tesoros, la construcción de la propiedad sobre lo arqueológico como una marca colonial y las relaciones nacionales postindependentistas construidas en México para sostener la soberanía sobre las ruinas.

Así, el diario de campo, el registro fotográfico y sensorial será imprescindible para esta etnografía. Uno de los grandes retos es la escritura etnográfica ¿cómo relatar la condición dislocada de los pedazos sin caer en el orden totalizante de una narración? Este proyecto es también una propuesta escritural construida con las mismas condiciones de los materiales, gestos, sentidos y sentimientos de la pedacería. Una escritura hecha pedazos.

Breve nota sobre la pedacería repartida en esta tesis

En la escritura de esta tesis fueron tomadas algunas decisiones de forma y estructura para la presentación de los materiales, tales como la incorporación de elementos resaltados que

constituyen el texto, pretendiendo que una disonancia en la escritura/lectura, donde el gesto de remarcar genere distintos niveles de lectura, no necesariamente para jerarquizar, sino para producir una especie de ruptura en la linealidad que corresponde a la noción de pedacería, ruptura, dislocamiento o diversos sentidos trabajada en esta tesis.

Por un lado, la distribución en tipografías e imágenes presentadas tiene la intención de implicar a la lectura plana –en términos dimensionales del papel o la pantalla– en la tridimensionalidad de las materialidades, pero también en la complejidad de los paisajes, rupturas entre pedazos y contactos que genera la acumulación de piezas. También, se encontrarán algunos extractos del diario de campo con la tipografía en color café para diferenciar la fuente de ese texto, la selección del color se debe a que algo que pervive incluso ahora en mi diario de campo son las partículas de polvo de los archivos y paisajes visitados que rodean a los tepalcates. La etnografía estuvo profundamente marcada por el tacto, el olfato, la mirada, el oído y hasta el gusto a polvo, por lo que estos niveles intentan aludir en la lectura esta experiencia.

Por otro lado, los verbos resaltados que se han presentado (dislocar o mirar) y los que vendrán, fueron formando parte importante de la tesis al encontrar en su definición del Diccionario de la Real lengua española gran densidad, a pesar de ser enunciados breves. Me pareció un ejercicio interesante resaltar cómo esas definiciones cortas podrían dejarnos rumiando (como me sucedió a mí) en los términos del lenguaje de la operación arqueológica, archivística o de resguardo local. La selección de los términos es una decisión política, por lo que en el texto seguiré presentando otros verbos que, como menciona Tim Ingold (2018), se relacionan con las cosas, ya que devienen, es decir que marcan una acción, un lugar, un tiempo, una agencia y una posibilidad. Admitir los pedazos en el mundo como verbos, ¿pero cuáles podrían ser esos verbos? Aquí un intento de pensar algunos.

CAPÍTULO I. CAJAS, BOLSAS Y POLVO: LA ADMINISTRACIÓN ESTATAL DE LOS FRAGMENTOS



La alegoría es, en el dominio del pensamiento, lo que
las ruinas en el dominio de las cosas.

Walter Benjamin.¹⁵

La pedacería arqueológica, o tepalcates, reside en diversos lugares. Pensar en una multiplicidad significativa del paisaje permite entender, de manera prismática, las condiciones históricas para la producción de lugares donde los tepalcates generen significados sobre la temporalidad, ya sea de la narrativa nacional o de otras experiencias con el pasado. En México, el resguardo oficial estatal de los tepalcates es el acervo, el museo o la bodega, todas parte del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que imprimen sobre los tepalcates una normatividad de un lugar donde pueden ser vistos, tocados o experimentados dentro de la temporalidad nacional. Así, las condiciones de los tepalcates dentro de la administración oficial permiten reflexionar sobre la forma de taxonomización, identificación y normatividad de las cosas en los archivos, colecciones, museos y zonas arqueológicas; por lo tanto, hablamos de la administración de la experiencia con el pasado, la memoria y la temporalidad.

resguardar

1 tr. Defender (amparar).

2 prnl. Cautelarse, precaverse o prevenirse ante un daño.

Este capítulo analiza el trayecto de los fragmentos a través de la etnografía hecha pedazos de esta tesis, espejeada con una etnografía espectral (Armstrong, 2012) que retoma

¹⁵ Citado en *Dialéctica de la mirada* de Susan Buck-Morss (2001, p. 187).

los paisajes, devenires y espectros generados de las cosas¹⁶. Para ello, presento un montaje¹⁷ de tres lugares para intentar pensar en un paisaje fragmentado del INAH como productora del discurso nacionalista del patrimonio. Estos lugares son: el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas (DCAC), así como algunas postales sobre la bodega de la colección Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología y el Acervo arqueológico de Teotihuacán. En este capítulo reflexiono sobre el uso oficial de estos pedazos para la construcción del pensamiento arqueológico a partir de la acumulación y el resguardo como gesto cautelar. También las contradicciones y operaciones de ocultamiento a partir de la producción de paisajes en lo que se podría considerar archivos de/hechos pedazos.

Particularmente, por la condición fragmentaria de los materiales; paralelamente, por las formas de precariedad institucional de estos espacios. En este sentido, también abordo con mayor profundidad las formas de enunciación de las temporalidades que se basa en el presupuesto de la evidencia; así como la construcción del conocimiento arqueológico estatal a partir de una imaginaria bélica de soberanía que se manifiesta en formas estatales de despojos internos, fundamentados en estructuras clasistas, racistas, coloniales y patriarcales que la arqueología de Estado heredó como práctica que posibilita la acumulación de cosas. Por último, retomaré las estimulantes discusiones latinoamericanas en torno a la crítica del patrimonio que forman parte importante del marco transversal de esta investigación.

Para esto, llevé a cabo un trabajo de campo de cuatro meses dentro del DCAC del INAH, creado en 1992 y ubicado en el sur de la Ciudad de México. Este trabajo de campo fue posible gracias a la divulgación que ha realizado el equipo del departamento a través de la mediateca digital del Instituto, la que me permitió conocer de manera imprevista este lugar. Reconozco y agradezco la apertura de la jefa del departamento, Sara Corona; así como de lxs encargadxs de subáreas Wendy Osorio, Zahira Arias y Edgar Mendoza. Durante este periodo pudimos entablar una serie de entrevistas y visitas. Sin embargo, la posibilidad de trabajar junto a ellxs, rotando en todas las subáreas, fue lo que dio una forma particular al

¹⁶ Apunto a trabajar la conceptualización de cosa de Tin Ingold (2018), donde propone pensar en un mundo de cosas y no de objetos. Las cosas, siempre están deviniendo, a través de procesos de crecimiento y movimiento. En este sentido, por la condición orgánica de los pedazos, pero también por sus usos, su naturaleza caprichosa y la intención de pensarlos en sus propios materiales; utilizo el concepto cosa que abre la posibilidad de abordar cómo se unen o se dislocan los pedazos. Una cosa está constantemente en un proceso de devenir.

¹⁷ En este caso retomo la idea de montaje de Benjamin trabajada por Susan Buck-Morss (2001, p. 186) para construir una imagen de paisaje a partir de los fragmentos de la fracturada línea entre naturaleza física y significado.

acercamiento con el departamento y, por lo tanto, a este capítulo. También, en fue vital para el artículo “Olvido y desecho. Reflexiones etnográficas sobre las prácticas arqueológicas de resguardo de tepalcates en las colecciones del INAH” (von Saenger Hernández, 2025) que forma parte de un avance de investigación de esta tesis, centrado en algunas discusiones periféricas que se dieron en torno al DCAC. Mi participación en la apertura, contacto, registro, resguardo y repetición de la operación arqueológica durante los encuentros en el departamento, fue fundamental para entender este trabajo particular de la disciplina arqueológica¹⁸, de su administración estatal y de los pedazos. Es importante mencionar que este archivo es público, sin embargo, su acceso es limitado a consultas especializadas, por lo que la experiencia aquí narrada requiere de condiciones particulares de gestión académica, a diferencia de otras rutas especializadas para acceder a otros paisajes de los tepalcates, como se verá en el siguiente capítulo.

En este capítulo anticipo el paisaje de éste y otros espacios oficiales de resguardo para comprender los usos de los tepalcates: los materiales, gestos, sentidos y sentimientos que destapa abrir una caja, mover una bolsa, tocar una pieza tras otra, buscar una marca y clasificar; cerrar la caja, guardarla en un estante, repetir una y otra vez. Posteriormente, apunto una reflexión sobre las formas de resguardo y la conceptualización de este espacio como archivo, acervo, biblioteca o colección, problematizado a la luz de las condiciones de los fragmentos, así como su relación con la construcción de las políticas de la temporalidad en la arqueología estatal mexicana. Por último, incluyo una reflexión a partir de los materiales presentados sobre la ruta y la posibilidad de narrar desde los fragmentos hacia la construcción del patrimonio como práctica discursiva y material totalizadora de la nación poscolonial (Hall, 2017). Es decir, problematizar el pedazo como evidencia de un discurso científico anquilosado. En este sentido, me pregunto: ¿Qué relación existe entre el relato patrimonial y estos pedazos? ¿Qué metáforas posibles nos permite el pedazo para discutir las condiciones del archivo y del pensamiento arqueológico que hace de la parte un todo estratégico para el estado? ¿Son los tepalcates objetos-actores (en clave latouriana) que forman parte activa de la construcción de lo social en la patrimonialización?¹⁹ Pensando en los tepalcates también a

¹⁸ Las fotografías y extractos de entrevistas a continuación presentados fueron consentidos y autorizados por el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas (ver Anexo 1).

¹⁹ Aquí pienso específicamente en la Teoría de Actor-Red de Bruno Latour (2005) en *Reassembling the Social* donde propone pensar en un zigzag entre las conexiones entre humanos-objetos.

partir de figura particular que me dijo Edgar Mendoza (entrevista para la autora, 19 de abril de 2023): la romantización de la basura y el desecho en la arqueología.

Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del INAH



Fotografía 7. Apertura de una caja en la subárea de la colección Florencia Müller del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas del INAH. Fotografía propia. 11 de enero de 2023.

Notas²⁰:

Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas

11 de enero de 2023

11:30 – llegada

Cajas/bolsas negras/másquin/Ruido pero no veo quien trabaja.

Recuerdo: la Ciénaga – película.

En un pasillo hay un letrero: peligro área restringida

Máterial óseo – Cartón - ¿morgue? - un poco de miedo.

Sonidos de bolsas negras moviéndose.

Zumbido. Ladridos de perros.

Cajas de plástico y bolsas.

formas de archivación

Cajas al lado del refri y un microondas.

Acervo / Bilbioteca / Laboratorio / Cementerio

Se escapan los pedazos. Hay errores.

Siento mucha emoción por el encuentro de las piezas. Me sentí fascinada. Materiales.

Sentidos= cuando se abren las cajas me pica la nariz y los ojos.

Las cajas son las protagonista.

Tengo **ganas de tocarlo todo.**

Todo el tiempo están pasando muchas cosas.

EUFORIA

OLOR A ALGO ABIERTO à CRISTINA RIVERA GARZA

Dos filas de estantes llenos de cajas de cartón. En medio, grandes mesas de trabajo con objetos ocultos por plásticos negros. Bolsas de basura abiertas para ser carpas, pareciera que su objetivo principal es dibujar formas abstractas debajo de ellas, sin la certeza de que algo exista en verdad. A lo lejos truena con fuerza una bolsa mientras es abierta, pero no veo a nadie. Estoy nerviosa. Empiezo a mover ansiosamente la pierna izquierda. No sé que esperar de este lugar.

²⁰ Extracto de diario de campo. Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas, 11 de enero de 2023.

Estoy sentada en una banca con cojines mullidos dentro de una enorme bodega con techo de lámina. Hace calor aunque es enero y el tictac de un reloj cercano parece medir la transpiración incómoda de mi cuerpo acalorado y nervioso. Espero a que me atienda la arqueóloga Sara Corona. La última vez que estuve aquí fue breve: entré, hablamos de mi tesis, nos entusiasmos, me dio instrucciones para tramitar el ingreso de trabajo de campo y me fui. Sentí pudor de mirar mucho. Hoy siento mi vista distendida y curiosa, soy consciente que es gracias a la carta oficial que autoriza mi ingreso, como si la impresión de un logo oficial en mi pupila me permite ver.

Es 11 de enero de 2023 y tendré mi primer encuentro con Sara Corona y el equipo del departamento. En mi visita anterior le dije que hacía mi tesis sobre memoria y arqueología, ella me anunció el perfil bajo del departamento y, quizá previendo una posible desilusión, me adelantó: este es un acervo de fragmentos, sólo tenemos pedazos. No pude ocultar mi emoción, son los pedazos los que me importan. Quizá esa conexión y afinidad por la condición fragmentaria generó el espacio para permitirme ingresar. Le confesé que me interesaba todo el departamento por su interacción con los fragmentos y los diversos materiales: cerámica, lítica y material óseo.

Desde esa primera charla noté en su habla y en la mía una confusión conceptual para nombrar este lugar: pasamos de departamento a colección, de archivo a acervo, incluso me reafirmó en varios momentos: esto es una biblioteca. No queda claro qué es y esa aparente confusión del habla me intriga, no es solo una dificultad de nombrar el lugar, sino de delimitarlo.

El techo de lámina no deja de ser un tema: el frío y el calor incrementan dependiendo de la temporada, hay goteras y ruidos extraños de aves pisoteando. En la gran bodega que alberga al departamento hay una serie de estantes de dos metros de altura que forman pasillos cortos, interrumpidos en algunas secciones por mesas de trabajo anchas y escritorios. En todas estas superficies hay cajas, algunas de plástico firmes y nuevas, pero son las pocas, la mayoría son cajas de cartón muy viejas. Algunas incluso son “originales”, las mismas que usaron arqueólogos y arqueólogas en diversas décadas del siglo XX para albergar piezas excavadas. Se nota el constante esfuerzo por remover este archivo, se le nota una transición material: hay zonas donde las cajas están al borde del colapso y otras donde son modernas y lindas. Están por todos lados, algunas cerradas, otras abiertas en las mesas o derramadas por

alguna esquina. No dejo de pensar: ¿Cómo puede todo esto estar lleno de piezas? ¿Cómo esas lindas cajas pueden tener materiales tan pesados y tan antiguos? ¿Cómo las cajas viejas han sostenido décadas tepalcates o piedras? Es como ver el tiempo corporizado, como si la gravedad lo hubiera alcanzado.

Este momento inauguró una serie de visitas que realicé por cuatro meses al departamento. Mi intención era poco clara porque no sabía qué esperar de este lugar. Mi principal objetivo era conocer el DCAC, con esa gran abstracción metodológica que implica un acercamiento exploratorio, posibilitado por la amabilidad del equipo, que nunca vio en esa abstracción desconfianza, sino curiosidad. Ese primer día de trabajo de campo tuve la oportunidad de recibir un recorrido donde me explicaron cómo funciona todo el departamento. Charlamos con las arqueólogas Sara Corona, jefa; Wendy Osorio, encargada del subárea de la colección de Florencia Müller y ceramoteca; Edgar Mendoza, encargado de la litoteca y Zahira Arias, encargada de la ceramoteca. A partir de este día los encuentros sucedieron mientras rotaba entre subáreas y participaba del trabajo que se realiza en el departamento, a veces junto a estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia que realizaban sus prácticas profesionales. El trayecto de los pedazos y sus efectos ante el contacto fue vital durante estos encuentros, muchas veces sin preverlo. En la siguiente narración presento esta experiencia a partir de una coreografía archivística²¹ ante los fragmentos: abrir, tocar, registrar, a veces desechar, cerrar y repetir.

²¹ A continuación iré desarrollando la idea de la coreografía archivística relacionada con los pequeños gestos que implican diversos códigos de movimiento, administración del espacio y del tiempo de este archivo (Lepcki, 2009). Esto, para entender las condiciones corporales de un archivo de objetos arqueológicos y las relaciones corporales con objetos patrimonializados.



Fotografía 8. Pasillo en el DCAC. Fotografía propia. 27 de febrero de 2023.

Abrir y tocar: la caja como paisaje de excavación

Zahira Arias y yo estamos frente a una mesa grande de trabajo ubicada en un pasillo del DCAC. Es 30 de enero y sobre la mesa tenemos preparados los instrumentos: una libreta donde se registran todas las colecciones, una charola de plástico duro, un bonche de bolsas pequeñas de plástico, un manojo de plumones, tijeras y cinta adhesiva. Una de las primeras cosas que aprendo es a ahorrar todo lo que pueda, ya que las condiciones del DCAC son muy precarias y todo recurso es invaluable para el trabajo, hasta una pequeña parte de cinta adhesiva.

Todas me dicen que tengo suerte porque justo hoy a Zahira le toca revisar Teotihuacán. Así que mi primera experiencia trabajando será específicamente con esa zona. Hoy en la mañana, mientras salía de mi casa hacia el DCAC pasé al lado de la Zona Arqueológica, ahora siento que estoy haciendo un viaje íntimo y microscópico. Me pongo unos guantes azules quirúrgicos y una bata que encuentro colgada, por mi parte traje un cubrebocas nuevo que me protege de los hongos, a su vez todo este investimento me autoriza

en la operación racionalista, legal y científica (Foucault, 2004) que implica este procedimiento científico. Mientras que pasé toda mi vida interactuando con este tipo de materiales, es la primera vez que lo realizo de manera oficial. Me paro frente a un extremo de la mesa mientras Zahira está en el otro. Baja dos cajas pesadas de los estantes. Emocionada, me dice que esa colección es muy bonita porque tiene muchas cabecitas. ¿Cabecitas? Estoy nerviosa, pero comparto su emoción. Este es un momento sumamente íntimo en mi relación con Teotihuacán a través del tacto.

Abrimos las cajas y casi al momento me empieza a explicar cómo es el proceso. Intento poner atención a fuerza, estoy fascinada con la apertura, siento fugarse entre mis deseos el fetiche por el tesoro arqueológico. Es verdad, son cabecitas, cientos de figuras de barro de personas y animales. Están todas juntas en bloques de bolsas de plástico, se nota que el único criterio de separación entre las bolsas es la capacidad del recipiente. Las cabecitas se rozan los labios, las narices, los párpados, las trompas, las orejas, las nuca.

La apertura de la caja hace que me pique la nariz, ya me había pasado en la visita anterior y me doy cuenta que es por el polvo. No hay olor, pero sí una respuesta en la nariz: el olor de algo abierto, un olor fantasma. La emoción pasa a segundo plano y de inmediato me preocupo, pregunto si no es peligroso que estén de esa manera, tan juntas, sin separación material en cada pieza, si no se rompen o van perdiendo pedacitos del pedacito. Zahira me dice que puede que sí, pero que son resistentes y así son las colecciones.

Me sigue picando la nariz. Hay polvo por todos lados: en la mesa, en mi libreta abierta que está a un costado, adentro de la caja, adentro de las bolsas, sobre la caja, en los estantes, en el piso, en el aire. No es un polvo discreto, sino estruendoso y denso, como si al abrir una caja ese olor fantasma se manifestara como tierra, como si entre sus pliegues guardaran un poco de aquello que cubría a la que fueron excavadas; o como si las piezas, en la ruptura microscópica de su desgaste orgánico, manifestaran que una pequeña desintegración, multiplicada por la acumulación de miles de piezas, produciendo un revoltijo de polvos a punto de ser tierra. El polvo persiste en el paisaje de los fragmentos, aquí y en Teotihuacán.

Como se mencionó en la introducción, el paisaje es una categoría central para entender las conexiones o dislocaciones de los pedazos. La descripción etnográfica del paisaje es, siguiendo a Navaro-Yashin (2013), la posibilidad de encontrar una metáfora situada. A su vez, en *Mal de archivo*, Jacques Derrida (1997) apunta en sus primeras

reflexiones sobre el archivo, el “cruce de lo topológico y de lo nomológico, del lugar y de la ley, del soporte y de la autoridad, una escena de domiciliación se hace a la vez visible e invisible” (p. 11). En este sentido, la descripción etnográfica de este paisaje no sólo brinda una dimensión descriptiva, sino política en sus términos topo-nomológicos. Así también, nos permite comprender las condiciones históricas y temporales de un espacio significado o culturalizado (Ingold, 2000).

Abrir implica remover ese polvo. El olor a algo abierto (Rivera Garza, 2012), un olor fantasmal que se confunde con el tacto, no se percibe como una fragancia sino como una sensación. Parece que el polvo es algo inmanente a la arqueología como una operación que apertura algo, ya sea en la tierra o en una caja que no ha sido abierta en 50 años. La experiencia de la arruinación que generalmente está asociada a los restos, como menciona Navaro-Yashin (2013), una arruinación metafórica que, a través de la producción del escombros en su significante moderna de ruina, hace más íntima la noción de lo abyecto que producen los restos materiales o artefactos al habitar con ellos.

Saco la bolsa de la caja de cartón. Estoy nerviosa. Pongo la bolsa en la mesa, me doy cuenta que se va a desparramar, la regreso a la caja y la abro ahí. Se desparrama de cabezas igual. Ruego porque no se me caiga alguna y pierda una nariz del patrimonio mexicano. El miedo a que se rompa el fragmento arqueológico es uno de los gestos más comunes en los paisajes de sus encuentros, el miedo a su fragilidad y a la vez el peligro de su profanación más radical: la destrucción. El valor temporal y político depositado en él condiciona la interacción, es una coreografía archivística marcada por la precaución, el miedo y el deseo. Desconfío de mí como posible agente de destrucción, aunque no tenga la mínima intención de hacerlo, pero igualmente quiero seguir interactuando con ellas. Algunas piezas se me resbalaron y cayeron levemente, tuve terror, por fortuna no se perdió nada.

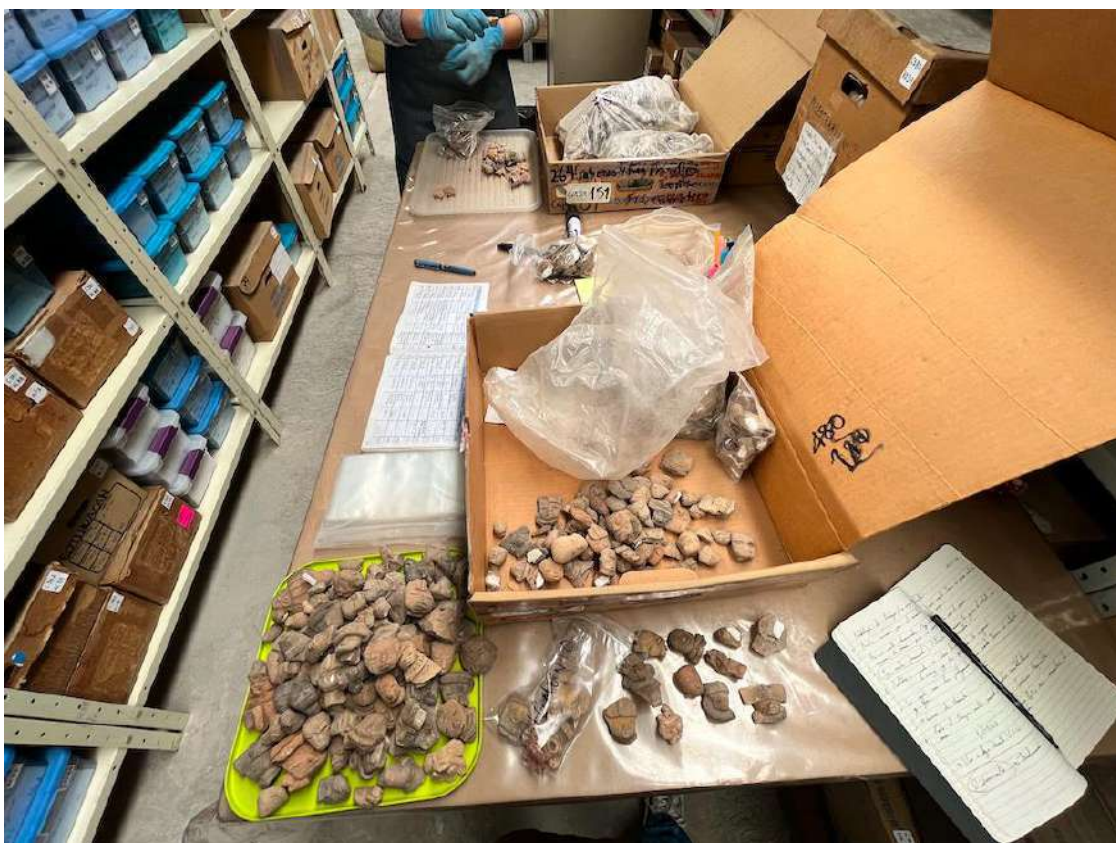
Mi tarea consiste en lo siguiente: confirmar que todas las cabezas tengan alguna marca impresa durante su excavación (número de serie, número de investigación, nombre del lugar o arqueólogo). Después, debo registrarla en una hoja reciclada y, posteriormente reviso si fue registrada antes, en el caso de que no, la anoto y la registro yo. También debo ubicar las que tengan algún tipo de pigmento de color y separarlas en una bolsa ziploc en la cual escribí con plumón: pigmento. Estas últimas serán embaladas en algún momento para poder conservar el color.

Superficialmente, el único criterio para que un fragmento esté en el DCAC es que “tienen que tener por lo menos 75% de su integridad. O sea, si tienes la mitad... y la mayoría aquí pues son pedacitos”²². Por lo tanto, todas las piezas que toco se asume que tienen menos del 75% de su totalidad, de ahí viene la diversidad porcentual de la fragmentación que en diversas entrevistas se me sugirió que es imposible que sea exacta. También, que más allá del fragmento, sea la idea de totalidad abstracta la que organiza el archivo.

Partiendo de una totalidad difícilmente cuantificable, se clasifica y taxonomiza la pieza en un registro *sui generis*. Me parece interesante la constante intención de organizar y crear una metodología de archivación sobre fragmentos como condición primaria, particularmente en las diversas formas que en la arqueología y antropología se han construido la idea de organizar y taxonomizar, ya sea para el archivo y su ocultamiento; o para el museo y su exhibición (Bennett et al., 2017). Es decir, este es un archivo que tiene la falta como condición mínima fundante, no porque es un archivo habilitado a seguirse nutriendo de objetos y documentos completos en su unidad, sino lo contrario: no puede recibir más piezas por sus condiciones de precarización y aquellas que tiene no están completas.

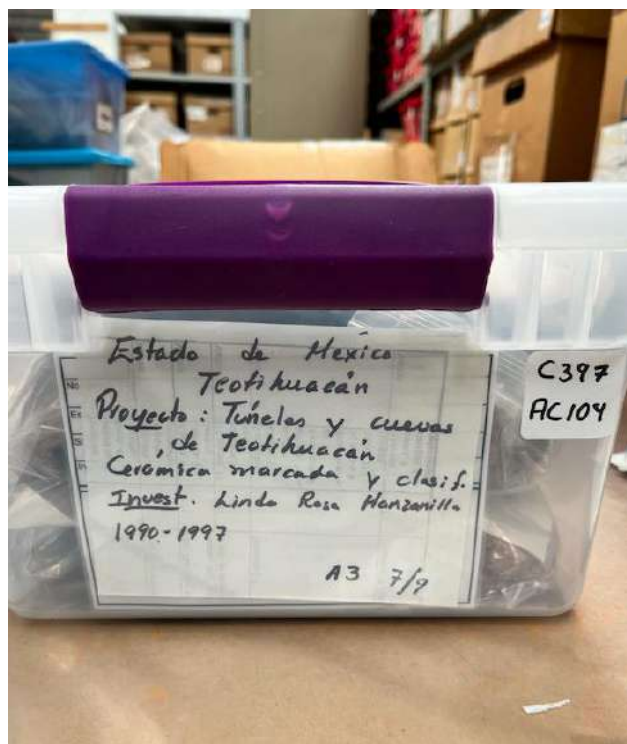
Pronto comprendo algo que se repetirá en diversas conversaciones dentro del departamento: esto es como una excavación arqueológica. Zahira se detiene en diversos momentos, analiza las piezas, ubica cómo estaban registradas y rescata todos los datos posibles de la excavación. Pero también, se toma momentos para ver la pieza, ver sus materiales y su composición. Estas son particularmente impactantes por ser solo cabezas.

²² Sara Corona, entrevista para la autora, 30 de enero de 2023.



Fotografía 9. Apertura de una caja de la Colección de Manzanilla. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.

El día transcurre mientras las revisamos y a mí se me cae una que otra. Se me resbalan todo el tiempo porque las intento tocar con un cuidado desmedido que me hace temblar un poco. Me da miedo la presencia de la pieza cuando la toco y me asustan los movimientos resbaladizos que tienen al ser tan pequeños. Pareciera que mi cuerpo está educado a acercarse a las cosas como si fueran reliquias sagradas, en términos de la relación afectiva y consagrada hacia el Estado (Agamben, 2005). En la coreografía de este archivo hay algo de lo siniestro en el movimiento, pero también en lo que emiten los artefactos arqueológicos en una condición abyecta. Siguiendo las reflexiones de André Lepcki (2009) sobre la coreografía y la invocación fantasmal, lo siniestro se relaciona con el movimiento inesperado que desafía las leyes del hogar como espacio de familiaridad. En este caso, los fragmentos condicionan una relación particular e inesperada del movimiento en el archivo, su condición fragmentaria implica dos cosas: la evidencia material de su posible ruptura y el peligro de que se pierda más.



Fotografía 10. Caja de cerámica marcada y clasificada del Proyecto: Túneles y cuevas de Teotihuacán.

Investigadora: Linda Rosa Manzanillo, 1990-1997. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.

No puedo dejar de pensar qué harían otras personas de Teotihuacán en mi lugar. Pienso en Doña Ema Ortega y Don Roberto Campos²³, quienes han reclamado toda su vida la importancia de que las piezas se queden en Teotihuacán y que sean administradas por sus habitantes. Las piezas están aquí y las estoy tocando. Pienso incluso que quizá algunas piezas en el DCAC pudieron ser retiradas de las antiguas casas de sus familias antes de ser expropiadas. Mi lectura es totalmente afectiva y la comparto un par de veces con Zahira, quien las apoya y menciona la importancia de actualizar la disciplina. No sabía que unas semanas después encontraría dos cabezas muy similares a estas, pero expuestas a su venta en un tianguis en algún pueblo teotihuacano. Ella ve principalmente la composición de las piezas a vuelo de pájaro, lo que le interesa es la clasificación de cada cabeza, que coincidan, que respondan a una misma colección. Sin embargo, las dos compartimos impresiones estéticas

²³ Ema Ortega y Roberto Campos son habitantes de Teotihuacán, militantes del Frente Cívico de Defensa del Valle de Teotihuacán, prestadores de servicios turísticos y tienen una profunda relación con las ruinas y sus fragmentos. En capítulos siguientes se presentará a mayor profundidad las acciones restituyentes que realizan a través de los tepalcates.

de los tepalcates. Hay muchos momentos donde nos detenemos ante algunas características de piezas que nos parecen bellas. Esto coincide con lo que después abordaré, cuando el curador de la sala Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología, arqueólogo Edgar Rosales,²⁴ me comenta que uno de los factores que influyen en el manejo de las piezas es su condición estética, su belleza y aparente posibilidad de exhibición. El resto permanece en las bodegas. A nosotras, aquí en el DCAC, nos cuesta devolverlas a la caja, el valor estético se resiste a la caja.

A su vez, siendo este departamento un conjunto de colecciones, me parece interesante la conexión propuesta por Wendy Osorio²⁵ cuando comenta que en la comunidad arqueológica “todavía tenemos como esta idea [...] de estos coleccionistas del siglo XVII o XVIII, de irte por las piezas completas y estilísticamente más llamativas, todavía tenemos esos prejuicios, pero cada fragmento realmente tiene un potencial para aportar”.



Fotografía 11. Caja de cabezas de la Colección de Manzanilla en el DCAC. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.

²⁴ En entrevista para la autora, 20 de abril de 2023.

²⁵ En entrevista para la autora, 19 de abril de 2023.

Sobre los fragmentos en la crítica al patrimonio: arruinación y colección

Antes de continuar con las reflexiones surgidas en el DCAC y una vez presentado un escenario de fragmentos, me interesa hacer una pausa sobre las discusiones entre la crítica al patrimonio y su relación con materiales como éstos, ruinas fragmentadas. Particularmente, pensando en una relación que aborda la disciplina arqueológica, la formación de colecciones, el papel de la nación y la idea de desecho, todo de manera imbricada. Aunque aquí presento esta breve reflexión, las fuentes y discusiones aquí mencionadas se irán imbricando, a su vez, a lo largo de esta tesis, por la apertura que proponen para pensar escenarios concretos. También, me parece vital introducir esta discusión mientras se presenta al DCAC, como un gesto de análisis que pone al departamento en discusión contemporánea más allá de las fronteras del país, al ser un espacio que nos permite tener discusiones sumamente valiosas para la crítica contemporánea al patrimonio.

Afortunadamente existe una creciente literatura que aborda las aristas del departamento, particularmente retomando dos ejes conceptuales: arruinación y colección. Me interesa rescatar aquella literatura inscrita en una postura crítica del patrimonio dentro de contextos poscoloniales. Así, aquellos textos cercanos en términos contextuales y epistemológicos a este caso, se encuentran enmarcados en torno a las reflexiones sobre la arruinación, una categoría que, como la precarización o la fragmentación, quedan ocultas en los procesos de patrimonialización que enaltecen la monumentalidad, como ha propuesto Mónica Salas Landa (2018), todo como metonimia de las operaciones estatales.

El concepto de arruinación se inscribe dentro de los estudios sobre las genealogías imperiales del presente, como una forma de nombrar la sedimentación temporal de los proyectos imperialistas y sus reminiscencias, sus sentidos corrosivos, como microecologías multiplicadas y aumentadas. Arruinación es una forma de nombrar “un proceso en cambio que aloja escombros imperiales diferenciados y ruina como un verbo violento que une aparentemente distintos momentos, lugares y objetos” menciona Ann L. Stoler (2013, p. 7) en *Imperial Debris. On Ruins and Ruination*, un texto fundamental para explorar distintos paisajes arruinados. En este apartado se recopilan textos que reflexionan en torno a la arruinación, no como una acción naturalizada (la corrosión de un material), sino como una acción política extendida hacia ciertas personas, relaciones, cosas y paisajes acumulados en

lugares específicos. Esta especificidad está marcada, según las experiencias exploradas, por lugares, cosas y personas que se relacionan con las políticas nacionales que buscan hacer un uso de las ruinas imperiales en el presente, principalmente, en un proceso de forclusión de categorías de racialización asociadas a las cosas (Segato, 2015).²⁶ Es decir, una racialización enmarcada en la administración, apropiación y despojo de cosas, mientras que a la par, se construyen prácticas de patrimonialización para “poblaciones que, se asume, necesitan ser guiadas en cómo valorarlas y conservarlas” (Stoler, 2013, p. 15).²⁷ Pero también la administración de las ruinas, como producciones modernas de domesticación del tiempo (Gnecco, 2023), las cuales necesitan ser protegidas –o conservadas, o preservadas– a través de expertos que las manipulen, más no de sus vecinos o residentes, quienes en sus intereses presentes de reproducción de su propia vida, pueden no sostener la operación domesticadora del Estado (Gordillo, 2014).

Como ya mencioné, Navaro-Yashin (2013) retoma la idea de arruinación para trabajar sobre las relaciones que se construyen a partir de cosas inmersas en el conflicto territorial en Chipre, profundizando en la idea y llevándola a un extremo similar al de Stoler y Gnecco: como una estrategia de los regímenes modernos y coloniales. Sin embargo, hace uso del concepto para reflexionar también en una condición del pensamiento contemporáneo: la sedimentación. Es decir, hablar de arruinación, tras lo antes dicho, puede ser una forma de contextualizar al pensamiento dentro de las condiciones complejas del presente. Asumir que lo arruinado es parte fundamental de nuestro presente, no como algo extraordinario, sino como una condición de sedimentación de múltiples marcas de violencia. ¿Qué se produce entonces en medio de las ruinas?²⁸ En ese sentido, Alejandro Haber (2017) ha realizado un aporte sustancial desde la posarqueología para pensar al sedimento y a la estatigrafía como una forma de conocimiento del conocimiento mismo, la ruina como operación moderna a

²⁶ Rita Segato analiza el caso de la forclusión de raza y género en Brasil dentro de la historiografía nacional. En el caso mexicano es interesante pensar en la operación que desvincula a los objetos arqueológicos de la racialización a través de su instrumentalización en el mestizaje (López Caballero, 2010; Rozental, 2014). Siguiendo a Judith Butler, Segato (2015, p. 205) comenta: “La negación efectuada por el mecanismo de forclusión es más radical que la efectuada por el mecanismo de represión. Si esta última consiste en rasurar algo dicho, aquella es la ausencia misma de inscripción. Una ausencia que, con todo, determina una entrada defectuosa en el simbólico o, dicho en otras palabras, determina la lealtad a un simbólico inadecuado que llevará ciertamente un colapso cuando ocurra la irrupción del real, es decir, de todo aquello que no es capaz de contener y organizar”.

²⁷ Todas las citas son traducciones propias.

²⁸ Al respecto de esta reflexión, Anna Tsing (2021), en *La seta del fin del mundo*, explora las condiciones de producción de vida arruinada en el colapso de algunos ecosistemas por formas de explotación capitalista.

analizar en sus diversas conexiones sociales y políticas en la producción del espacio, el tiempo y las subjetividades. Así, me parece importante pensar cómo el DCAC se mueve y se organiza en torno a la multiplicidad de sedimentaciones que implican entonces huellas de procesos estatales a lo largo del siglo XX en México.

Así pues, las ruinas son hechas de manera moderna y poscolonial: patrimonializadas de forma que sean administradas, instrumentalizadas y tuteladas, no sólo como cosas, sino como una parte de un entramado con los lugares, materialidades y personas. Por ello, al referirse a las ruinas como producción moderna, incluso desde un análisis centrado en los objetos, es referirse a las comunidades humanas y no-humanas relacionadas a las formas de administración del Estado sobre el tiempo. En este caso, una colección de fragmentos de ruinas es también un paisaje arruinado, donde no es menor que existan condiciones de precarización para los trabajadores que las resguardan.

Ahora bien, en discusiones latinoamericanas, desde diversas naciones poscoloniales, la ruina se constituye como una figura importante en discursos imperialistas, ya sea como apología del estado moderno en culturas prehispánicas, o diaspóricas africanas y asiáticas; o como la evidencia de una superación civilizatoria (Rufer y Gnecco, 2023). Dos formas entrelazadas de violencia y tutelaje de marcas racializadas. Sobre los usos presentes de las ruinas y las críticas a los procesos de patrimonialización, se encuentran trabajos fundamentales como los de Mario Rufer (2017; 2011, 2017) para pensar la relación entre memoria, patrimonio y violencia en contextos poscoloniales de construcción de nación. Así también, los de Cristóbal Gnecco (2021, 2023) y Carina Jofré (2017) sobre la relación contemporánea de extractivismo, despojo y patrimonialización. Igualmente, relevante para este caso son los estudios de Carolina Crespo (2012, 2017, 2020, 2022) en torno a los procesos identitarios de autoctonía, restitución, usos políticos de vestigios, conservación y construcción de colecciones.

En el caso de esto último, las colecciones forman una parte importante en la reflexión contemporánea de las ruinas fragmentadas que son administradas por instituciones estatales. Particularmente porque, desde el siglo XX con la consolidación de los estados-nación y la ampliación de las ciencias sociales, se fueron construyendo amplias colecciones que forman la sedimentación de zonas, sitios y museos con materiales arqueológicos (Vázquez León,

2003). Al respecto, Carolina Crespo (n.d., p. 68) comenta sobre las colecciones arqueológicas y etnográficas:

como parte de la construcción de una soberanía sobre el territorio, los recursos naturales, las expresiones culturales, los cuerpos y sujetos, dichas colecciones –que han implicado el desplazamiento y la fragmentación de objetos y cuerpos de sus espacios territoriales, “yacimientos”, “ruinas” y cementerios a los museos– operaron junto a otros dispositivos administrando la “vida” y la “muerte”, desconectando y reconectando historias y estableciendo un orden y una moral en torno a subjetividades anheladas e indeseables.

Así pues, la relación de la ruina como cosa y operación se encuentra marcada por las formas de coleccionar, como dinámicas de ordenamiento y gobernabilidad (Bennett et al., 2017). En ese sentido, hablar de arqueología, patrimonio y ruinas en México, es también tener en cuenta las formas de administración a partir de las colecciones, que son la base de la producción de las muestras tanto en archivos como en museos (Achim et al., 2023). En el caso mexicano hay múltiples reflexiones en torno a las formas de construcción de las colecciones arqueológicas a partir de procesos complejos y contradictorios entre la construcción de la disciplina arqueológica, la construcción de ciudadanía, los regímenes de valor de los objetos, el dominio sobre la empiria del encuentro, la violencia y silencio del museo; así como las tecnologías de formación del estado a través del despojo. Sobre todas estas reflexiones, rescato particularmente el libro colectivo *Objetos en tránsito, objetos en disputa*, editado por Miruna Achim, Susan Deans-Smith y Sandra Rozental (2023) que comprende esta gran variedad de debates, nada sencillos de resolver, pero infinitamente interesantes de explorar. Así, aunque hay una vasta literatura teórico-empírica en torno a los vestigios arqueológicos y sus usos políticos, en donde se encuentra el trabajo de Mónica Salas Landa (2018), hay pocas reflexiones específicamente sobre las condiciones fragmentarias y los desechos sobre los vestigios.

Así pues, propongo continuar las reflexiones en torno al DCAC tomando en cuenta este marco teórico y empírico de análisis que pone al centro los debates en torno a lo que percibimos como ruina y como colección. Así también, esto implica entender aquello que es puesto en valor y aquello que es desechado, así como su administración, todo en torno a las reflexiones de la administración del estado sobre los objetos y los discursos temporales.

Imposibilidades enunciativas del archivo

Como he mencionado, el DCAC tiene una vaga definición entre biblioteca, acervo y archivo. Incluso la colección se ve reducida al ser un compendio de colecciones. Las condiciones de los materiales generan una confusión, pero también los objetivos de resguardo y constante revisión de los materiales. Pronto me doy cuenta que para el equipo del DCAC este es un lugar cuya enunciación es *sobre* la historia de la arqueología en México, una estratigrafía constante (Haber, 2017). Sara Corona define este espacio de la siguiente manera:

Lo que también tienes aquí, a parte de una **biblioteca** de la arqueología mexicana, también es cómo los investigadores iban investigando e iban desarrollando sus clasificaciones en diferentes épocas. Entonces también es la historia de la arqueología mexicana a través de sus clasificaciones.²⁹

En repetidas ocasiones las arqueólogas del departamento me mencionan lo similar que es esto a una excavación. Abrir la caja es un evento particular y extraordinario. Es importante remarcar esto: siempre hay sorpresas en la apertura. Nunca es un evento menor. Durante los meses en el DCAC viví de cerca la emoción de abrir una caja y no tener idea de lo que contiene, como una repetición caricaturesca de la arqueología como el constante descubrimiento de tesoros. En ese sentido, la apertura emula el gesto del descubrimiento y peligro de la ruina una y otra vez. Es curioso que el departamento simule su práctica más a la remoción, propia de la excavación, que a la consulta, propia de un archivo, como una sedimentación de tierra organizada en un edificio. A este punto se remarca que este paisaje de resguardo tiene varias cualidades y que el descubrimiento a partir de la excavación/apertura depende de la relación con la materialidad de la pieza que es de interés: si es por la marca del arqueólogo que tomó esa muestra o si es la pieza en sí.

Es decir, que es sólo dentro de la administración de las piezas ya extraídas donde la cosa desdobla su valor hacia la narrativa arqueológica, no sólo como evidencia de una temporalidad prehispánica, sino también de la marca de Estado sobre un fragmento-evidencia de “una especie de memoria social colectiva” que conocemos como patrimonio nacional (Hall, 2017, p. 18). Esto, a diferencia del encuentro con una pieza en Teotihuacán –ya sea por una excavación arqueológica o de manera fortuita–, donde la pieza no tiene impreso el

²⁹ Sara Corona, entrevista para la autora, 30 de enero de 2023.

gesto de la marca de Estado a través de la arqueología, sino de maneras más ambivalentes, y es ahí donde se desdobra hacia narrativas paralelas. Esto no implica que los sentidos y sentimientos hacia la cosa encontrada no estén intervenidos por una pedagogía de la arqueología nacional y una noción política del pasado, de la cual la arqueología y sus archivos fungen como soporte (Vázquez León, 2003).

Aún así, existen posiciones ambiguas de las piezas encontradas, lo cual establece que la misma colección no está en absoluto “completa” en términos de la marca del estado que daría información sobre el lugar, la fecha y quien excavó la pieza. Así lo menciona Edgar Mendoza: “en el peor de los casos hay materiales que no tienen ni marcado. O sea, no tienen marcado el material ni nada, entonces esos materiales están en un limbo existencial porque podrían ser de cualquier lugar. Y en el mejor de los casos, traen etiquetas con toda la información y hay algunos muestrarios donde viene el fragmento y viene la etiqueta del fragmento, bien bonito”.³⁰

Wendy Osorio me comparte en una entrevista que le parece que este lugar es un privilegio enorme porque contiene muestras de todo el país. También, que siempre es una sorpresa la apertura:

cada caja que vas abriendo, no sabes lo que te puede salir, porque... bueno creo que te tocó un poquito de esto. Cuando, pues tú piensas, es que sí, la etiqueta que dice afuera, ya. Pero por protocolo la abres, para corroborar y te das cuenta que no tiene nada que ver y dices: bueno, ¿qué pasó aquí? [...] Y también ver los nombres y la letra de quienes en la escuela pues leíamos o nos contaban.³¹

Una cosa que me impresionó de los meses en el DCAC fue que las piezas parecían tener una especie de gestualidad escurridiza. Cuando Wendy menciona que “no sabes lo que te puede salir”, es porque, en la mayoría de los casos, al abrir una caja se encontrará algo que no se había visto: una pieza que no corresponde a la colección o una nota no registrada en el cuaderno. Quizá lo que Jáuregui (2020) conceptualiza como la huella de un tiempo abolido y preservado, que siempre es un fragmento y, por lo tanto, siempre está en deuda en términos derridianos. Pero es la repetición constante de la experiencia de hallazgo lo que hace particular esta condición de las piezas arqueológicas. Pareciera que el discurso científico en el DCAC no termina de agotar el registro y ordenamiento de la evidencia. A su vez, el registro

³⁰ Edgar Mendoza, entrevista para la autora, 11 de enero 2023.

³¹ Wendy Osorio, entrevista para la autora, 19 de abril de 2023.

del departamento es único porque contempla no sólo la taxonomización de las piezas, sino principalmente de las colecciones. Es decir, la posibilidad de que se organicen los proyectos de excavaciones de los y las principales arqueólogos en México, así la dificultad de enunciar qué es el DCAC se manifiesta.

El olor fantasmal de algo abierto, de la excavación como metáfora de un archivo y la búsqueda de una marca estatal en constante tensión con la pulsión de deseo material con la pieza. Todo esto unido a la idea del fragmento y el pedazo escurridizo, me lleva a pensar en la constante interacción de la interpretación al interactuar con las piezas. Derrida (1998, p. 30), en *Espectros de Marx*, reflexionaba sobre la idea de la herencia, la cual necesita –para existir en su finitud– desgarrarse, hablar a la vez varias veces, mientras es también un secreto dentro de su imposibilidad de



Fotografía 12. Semilla resguardada en aluminio encontrada en una caja de la Subárea de Lítica. Fotografía propia. 22 de febrero de 2023.

articular una unidad. Es decir, que quizá el fragmento arqueológico es la manera más explícita de mostrar la forma de construcción de la herencia dentro de las políticas de la memoria: siempre incompleta y con la imposibilidad de una legibilidad clara. A la vez, considerando que el patrimonio es una práctica discursiva y material, una forma que tiene la nación de construir una memoria colectiva dentro de una tradición autoritaria (Hall, 2017); la condición fragmentaria de la herencia en constante deuda implicaría una constante apertura a la heterogeneidad de la interpretación de las narrativas de nación. Es decir, que el pedazo, por su condición escurridiza, aparecida, repentina, ominosa y abyecta en distintos paisajes, habilita constantemente el relato abierto a la interpretación, lo cual en este caso demuestra

que mantiene en constante revitalización a la narrativa nacional. En este sentido, es interesante ver ahora la forma de habitar del pedazo arqueológico dentro de un archivo estatal, donde el relato patrimonial se instituye como ley ante los artefactos de la memoria.³²

Otra cosa para resaltar es que en el DCAC sólo hay piezas precoloniales, es decir que hay una primera selección y clasificación del tipo de material para que se encuentre allí, a parte de la cantidad que puede completar de la totalidad abstracta de una pieza. Wendy Osorio³³ aclara que el corte temporal se delimita a partir de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos (1972). Por lo tanto, en el DCAC se resguardan fragmentos de la narrativa sobre ese pasado específico, totalizado dentro de la narrativa nacional como el pasado precolombino, complejizado geográficamente. El DCAC está dividido no sólo por materiales, sino que a su vez por regiones geográficas.



Fotografía 13. Cúmulo de piezas de cabecitas en el DCAC. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.

Dentro de la arqueología mexicana, en Mesoamérica, se reconocen cinco regiones geográficas: Altiplano Central, Occidente, Golfo de México, Región de Oaxaca y Caribe (también llamado Zona Maya). Estas regiones son parte de la predominancia de la historia cultural de mesoamérica en la arqueología mexicana, siendo ampliamente criticada por las fronteras que marca, la arqueologización del territorio y la predominancia del Altiplano Central como una naturalización de la centralización contemporánea del país (Vázquez León, 2003, p. 79).³⁴ Durante las entrevistas en el DCAC, se resaltó constantemente que en el departamento

³² De memoria en relación también a las producciones de olvidos y silenciamientos (von Saenger Hernández, 2025).

³³ En entrevista para la autora, 19 de abril de 2023.

³⁴ Luis Vázquez León (2003, pp. 45-94) realiza un análisis heurístico sobre la creación de esta división territorial a partir de la arqueología histórico-cultural que predomina en la tradición mexicana. Particularmente, ahonda sobre la contradicción entre la gran acumulación de piezas como evidencia causal de las similitudes culturales, y los pocos elementos culturales (p. 43) que fueron utilizados por Kirchhoff para la creación de la delimitación de Mesoamérica.

predominan los materiales del centro de México, así que es la sección más grande, los arqueólogos lo asocian constantemente a la cantidad de recurso que, históricamente, se ha destinado a esta zona. A su vez, había una incomodidad personal ya que solo Sara Corona es del centro de México, casi como una relación personal de representación entre los trabajadores del DCAC y los materiales. Un recordatorio constante de las políticas estatales que han arqueologizado el territorio.

Así, es la condición de arruinación como el contacto con lo abyecto (Navaro-Yashin, 2013) que forma parte del disciplinamiento sobre la experiencia del pasado a través de la homogeneización y centralización siempre inacabada de los fragmentos. Sin embargo, el gesto de archivación y resguardo como defensa ante un peligro, en el caso de los fragmentos arqueológicos, imprime acciones de violencia sobre los territorios de donde son extraídas estas piezas (Crespo, 2012). Siguiendo a Ann Laura Stoler (2013), la ruina establece una relación colonial entre las personas y los objetos, donde se se construye la imagen de la ruina como sujeto y causa de pérdida.



Fotografía 14. Marca de plumón sobre tepalcates de Teotihuacán. Proyecto: Túneles y cuevas de Teotihuacán. Investigadora Linda Rosa Manzanilla. 1990-1997. Fotografía propia. 30 de enero de 2023.

No es una pieza en un museo, porque nunca es sólo una. Como se ha mencionado tangencialmente, la caja como parte esencial del paisaje contiene varias piezas. Todas tienen la marca del anonimato que paradójicamente le ha dado el número que un arqueólogo escribió sobre ellas, son colectivas por acumulación de la muestra depositada en una bolsa de plástico y en una caja. El desdoblamiento de su valor dentro de la historia de la arqueología y las políticas de la temporalidad implica una densidad específica por su posibilidad de narrar a través de la acumulación dentro del circuito discursivo del INAH. Pareciera que la deuda que deviene de la huella necesita intensificarse para reafirmar una verdad en la construcción de una noción política sobre el tiempo de la nación (Rufer, 2010).

Es decir, que la falta legitima la acumulación como práctica extensiva inacabada, por lo tanto, la caja está estratégicamente en falta, la muestra es una parte que logra remarcar con mayor intensidad la totalidad como ideal inacabable de lo que Luis Vázquez León (2003) llamó un “rompecabezas arqueológico”. Así, la marca de esa muestra también funciona como evidencia del archivo, siendo que la clasificación, anotada constantemente en un cuaderno sencillo de libreta, contiene una columna llamada **marcado**, que en ocasiones es la evidencia necesaria para validar la pieza, más que por su material en sí.

En la colección Teotihuacán encontramos piezas que tienen pedazos de cemento y pintura. Cuando pregunto por esto me comentan que en muchos casos eran piezas que las personas tenían pegadas a las fachadas de sus casas, por lo que arqueólogos compraban o solicitaban las piezas para incluirlas en sus muestrarios. Así, estas eran arrancadas de las fachadas. También me comentan que dentro de las colecciones se han encontrado documentos de compra, trueque o expropiación de piezas a particulares de las zonas cercanas a las excavaciones. Estos documentos son resguardados igualmente, lo cual es una gran labor del DCAC, ya que forma parte importante para comprender, dentro de la historia de la disciplina, las prácticas de recolección de piezas que no siempre son realizadas a través de excavaciones, sino como negociaciones de bienes con pobladores (Rozenal, 2014; Salas Landa, 2024). Una relación para nada lejana a las prácticas de búsqueda de “tesoros” practicada desde la colonia para coleccionistas (Achim & Olmedo, 2023). Así, otra imposibilidad enunciativa de este archivo es, también, la sistematización de las rutas de proveniencia de las piezas.

En *El Leviatán arqueológico*, Luis Vázquez León (2003) hace una revisión histórico-antropológica sobre la arqueología mexicana. En ella, apunta que la excavación en la antropología se convirtió en una actividad acumulativa, la cual buscó confirmar áreas culturales, regiones geográficas, periodos, horizontes y fases basados en teorías formalistas y evolucionistas. Esto se relacionó con la política científica de una arqueología histórica y etnogenética, profundamente plagada de conceptos como evolución socio-cultural o desarrollo; los cuales se conectaron con políticas estatales. En este caso, otra unión con las políticas estatales resulta de la imaginaria bélica en la arqueología, así lo comenta sobre Teotihuacán, donde a través de las expropiaciones de Leopoldo Batres en 1911, se consolida una lógica de extrañamiento de los pobladores de las ahora zonas arqueológicas, instaurando la idea de la sociedad enemiga de los artefactos culturales patrimoniales. Así también, se sostienen proyectos de excavación extensiva en donde se resguardan piezas arqueológicas, limitando profundamente (aunque no por completo) la posibilidad de interacción de sentidos, sentimientos, gestos y conocimiento de materiales de miles de piezas. Siendo pues, la museografía arqueológica y la monumentalización, el epítome de la exhibición del disciplinamiento de la experiencia del pasado a través del contacto con materiales.

En el DCAC, el tacto, como gesto de cercanía, no resuelve la condición escurridiza,



Fotografía 15. Tepalcate encontrado en una caja de cigarrillos. Fotografía propia. 20 de febrero de 2023.

sino que parece estar asociada. En el museo – donde el tacto es controlado, limitado y castigado– la pieza parece ser más estática, aunque quizá sea por el soporte de cientos de piezas descartadas que habitan en la bodega de una misma colección. Pero en este caso, el tacto y el constante movimiento de las piezas producen efectos en su ubicación dentro del paisaje. Pareciera que hay una coreografía constante entre las piezas y los arqueólogos en su condición de archiveros/bibliotecarios/coleccionistas que organiza el tiempo y el espacio en función de la creación de un archivo, es decir, de dar orden a un acervo. El dislocamiento (sacar algo de su lugar)

sigue siendo parte de la interacción con los fragmentos arqueológicos y el gesto de excavación extensiva se sigue replicando en el archivo como una especie de botín. En este caso, la nomenclatura Departamento de Colecciones tiene todo el sentido, al ser las colecciones autorizadas de agentes del Estado. Sin embargo, a partir del gesto reciente de archivación, este espacio ha dado un giro que permite incluso la consulta de los materiales.

Zahira Arias³⁵ me comenta que antes cada encargado de subárea administraba los muestrarios o colecciones como deseaba. No había un sentido de organización ni clasificación: “entonces no era homogéneo como ahorita, que ya es más homogéneo. Solo era como la parte de resguardar las muestras, pero no organizarlas”. Me menciona que la base de datos es de reciente creación desde la llegada de Sara Corona al DCAC, donde tuvieron que ingeniar una metodología muy particular de organización donde no reclasificaron los materiales, sino que sólo registran y organizan las colecciones por regiones geográficas de México y tipos de materiales.

A través del dislocamiento en el departamento –el continuo movimiento y descubrimiento de colecciones anquilosadas– se rompe el anonimato de la marca de la pieza para ser incluida dentro de la trama narrada del vínculo entre nación, historia y verdad (Rufer, 2010). Sospecho que esto sucede porque, sin el dislocamiento en el DCAC, la pieza en sí pasaría a develar no sólo las condiciones materiales de su existencia, sino también las condiciones estatales precarias y arruinadas de su acumulación en las bodegas del INAH. Esto quiere decir, que a través de la construcción de una metodología concreta de archivación del DCAC se da orden parcial a esta forma de acumulación del instituto, lo cual ha permitido también que se difunda como un nuevo gesto de autoridad sobre los botines de las ruinas, pero particularmente como un gesto de lxs arqueólogxs por difundir y abrir las colecciones a otras miradas y otros sentidos.

Para definir este lugar, Sara Corona³⁶ recorre su historia a través del siguiente orden:

Es una biblioteca de materiales arqueológicos³⁷, tuvo su origen en 1992 cuando al arqueólogo Jorge Quiroz le encomendaron revisar las bodegas de prehistoria que

³⁵ En entrevista para la autora, 20 de abril de 2023.

³⁶ En entrevista para la autora, 11 de enero de 2023. Este extracto es fundamental para explicar la historia de este espacio, por lo que una parte también es incluido en el artículo “Olvido y desecho” (von Saenger Hernández, 2025) como avance de investigación.

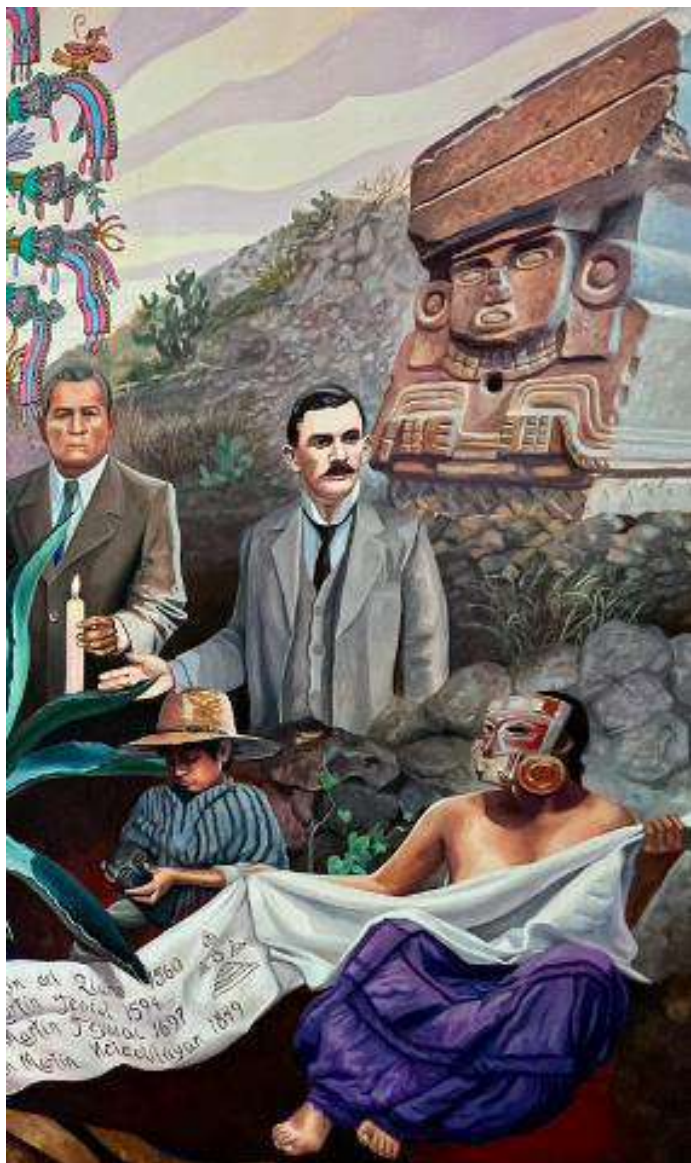
³⁷ No deja de sorprender la relación con una biblioteca, como una práctica letrada de los materiales, aunque como se ha dicho a lo largo del capítulo, es un archivo que se sostiene más por el tacto como experiencia con lo material, más que a través del lenguaje. Esto, por la falta de datos para “leer” los materiales.

estaban en Moneda 16, en el Centro Histórico. De hecho, esas oficinas todavía son del instituto pero antes eran bodegas. Entonces cuando él empezó a revisar las bodegas se dio cuenta que... empezó a detectar ciertos muestrarios, que un muestrario sería como el material que un investigador dijo: esto es *representativo*. Porque cuando excavan en un sitio salen toneladas y toneladas de materiales. Entonces lo que hacen pues son muestrarios y selección de los tipos más representativos, de los tipos diagnósticos y eso es lo que se guardaba. Claro, también había otro tipo de materiales que no estaban analizados y que se le empezó a dividir y seleccionar y comenzó con la idea de crear el departamento que de hecho tuvo varios nombres. Son como tres nombres antes del departamento. [Edgar Mendoza interrumpe] Compilación, catálogo...

Entonces el arqueólogo Quiroz estuvo dos años, luego estuvo la arqueóloga Claudia Espejel, que ella también estuvo como un año y cachito. Y ella recibió otros materiales de las bodegas y siguió más o menos con la misma idea. Y ya después regresa Quiroz en el 95 y está hasta el 2016, finales del 2015, que es cuando ya quedo yo. Y él empezó, obviamente los pasitos se van dando de a poquito, pues ya cuando yo entré, Edgar fue el primero en entrar, después llegó Wendy y luego Zahira. Y digo, no es por hacerle feo a las personas anteriores, yo creo que cada quien puso lo que tenía dentro de sus posibilidades, pero bueno, creo que con ellos tres estamos trabajando muy bien y pues ellos también han trabajado en desarrollar una metodología para tener el registro, el control y que se puedan hacer búsquedas.

La imposibilidad de delimitar la nomenclatura de este paisaje como archivo, biblioteca, acervo o colección coincide con las nociones de archivo de Derrida (1997), donde menciona que no hay un concepto dado. Esto, porque el archivo no es una cuestión del pasado, es una cuestión del porvenir, la cuestión de una respuesta, una promesa y una responsabilidad para mañana (p. 45). Esta condición de un mundo futuro ubica al archivo en su dimensión política de la temporalidad de la nación. En el caso del DCAC, siendo el gran archivo de colecciones arqueológicas del INAH, debe definirse en términos no sólo de nomenclatura, sino de su condición ante la administración política de la experiencia sobre el tiempo (Rufer, 2010). Pero también, encuentra múltiples complejidades, ya que en la actualidad el INAH enfrenta una de las peores crisis presupuestarias y de alcance institucional desde su fundación (Torres, 2020). Es decir que, ante este escenario de precarización, el departamento y sus trabajadores, encuentran la complejidad de su cuestión presente y su porvenir. ¿Cómo estabilizar a partir del lenguaje a estos materiales? ¿Cómo estabilizar a partir del lenguaje este complejo paisaje en crisis?

Esta administración política se construye actualmente en el constante intento de crear una metodología concreta para ordenar y dar sentido a la colección oficial de pedazos arqueológicos más grande del país. Es decir, que el ejercicio de la generación de orden y su posibilidad de consulta no asegura una apertura, sino la creación de un código que reafirma el discurso científico arqueológico y su imaginaria. Donde incluso las condiciones de



Fotografía 16. Un niño de Teotihuacan recoge una máscara del suelo frente a Manuel Gamio. A un costado, una mujer porta una máscara de barro. Al fondo, se resalta la figura de la Chalchiuhtlicue excavada, la cual fue extraída por Batres y trasladada a Moneda 16. Detalle del mural en la presidencia municipal de San Martín de las Pirámides, Valle de Teotihuacan, del pintor Ángel Vistrain. Fotografía propia. 6 de enero de 2023.

precariedad institucional contribuyen a la falta de crítica al discurso totalizador de la arqueología, al no tener las condiciones de accesibilidad para nuevas generaciones, a pesar de los esfuerzos extra-laborales del equipo del DCAC.

La apertura y el tacto transcurren como metáforas de la coreografía del archivo para entender la manera en la que se administran los fragmentos arqueológicos y su función dentro de la práctica discursiva patrimonial. Así, es importante considerar en este archivo, más que la legibilidad, el disciplinamiento y autorización necesarios para el movimiento, las formas de contacto, los cuidados al mover, sostener, rozar, limpiar y transitar las piezas, así como su condición sedimentada como una especie de producción simbólica de un suelo patrimonial. Aún así,

como se verá en los siguientes capítulos, en Teotihuacán existen otras experiencias de contacto y de resguardo que transcurren a la par de los gestos de marca estatal. Incluso, como se muestra en la Fotografía 16, hay una constante alusión al gesto del tacto tutelado de las piezas frente a los arqueólogos más reconocidos en la formación de la Zona Arqueológica de Teotihuacán. En este caso, este mural ubicado en la presidencia municipal de San Martín de las Pirámides, en el Valle de Teotihuacán, presenta una escena erótica de una mujer con el pecho descubierto y el rostro cubierto por una máscara, así como un niño que toca una pieza. Al fondo Manuel Gamio tutelando, como una alusión al poder que desde la arqueología se ejerce sobre sujetos minorizados de la nación, donde la relación con el pasado está profundamente mediada por el tacto (reflexiones que resultarán interesantes para el siguiente capítulo).

Estamos entonces ante un archivo de fragmentos, cuya condición está enmarcada en un discurso sobre la experiencia sobre el tiempo (Rufer, 2010) con una asepción corporizada, en términos de la administración nacional y que produce gestos de monopolización de la promesa sobre las narraciones futuras sobre la historia prehispánica y la historia de la disciplina arqueológica. Escojo archivo para llamar al DCAC en este texto, ya que posibilita inscribirlo en las discusiones sobre resguardo estatal y gestos archivísticos de orden y secrecía. Sin embargo, no descarto lo escurridiza que es su definición, parte de su condición contingente.

Me parece, entonces, que la complejidad de nombrar el archivo se relaciona a sus condiciones materiales de constante movilidad y a su aparente imposibilidad de controlar el incesante flujo de piezas que se fugan entre las cajas. Pero también, por la “heterogeneidad radical y necesaria de una herencia” (Derrida, 1998) que el fragmento genera en el pensamiento arqueológico.

En este caso será interesante pensar no a manera de contraposición, sino de yuxtaposición, las formas de administración, orden y movimiento de las piezas en los contextos en altares y colecciones privadas en Teotihuacán del siguiente capítulo, con los paisajes estatales de este capítulo. Para ello, presento otros dos paisajes de tepalcates teotihuacanos que demuestran la frecuencia de la fragmentación de las piezas, la secrecía para su acceso y sus usos impresentables en una estructura patrimonial que reafirma la

exhibición. Sin embargo, antes de llegar a ese momento, propongo pasear por otros dos paisajes de la acumulación arqueológica.

Narración sobre la Colección Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología³⁸

El 9 de junio de 2023 fui al Museo Nacional de Antropología (MNA) en la Ciudad de México, como tantas otras veces en mi vida. Aprecié los espacios verdes del Bosque de Chapultepec, pasé cerca del Tláloc extraído de Coatlinchán en 1964³⁹, un pueblo cercano a donde vivo. Recordé a la Chalchiuhtlicue⁴⁰, la diosa del agua dulce y dualidad de Tláloc, cuyo monolito fue extraído en 1888 de la Plaza de la Pirámide de la Luna, en Teotihuacán, por Leopoldo Bartres. Para su extracción se diseñó una vía de ferrocarril de la plaza hacia el pueblo de San Sebastián Xolalpan, donde entroncaría con la línea Veracruz-México (Ortega Cabrera, 2018), a su llegada a la Ciudad de México estuvo un tiempo alojada a un costado de la entrada del entonces Museo Nacional Mexicano⁴¹, una extracción y una ubicación que se repetiría 76 años después con la piedra de Coatlinchán.

³⁸ Advierto a quien lee que, a diferencia del DCAC, en los siguientes dos espacios arqueológicos no pude acceder a las bodegas y colecciones, sólo transité de manera paralela. En estos casos, la burocracia fue mucho más complicada debido a que no son espacios diseñados para la consulta, aunque espero en futuras investigaciones poder acercarme.

³⁹ Sobre el caso de esta extracción recomiendo el trabajo de Sandra Rozental (2010) sobre la relación que establecen los habitantes de Coatlinchán con el Tláloc a partir de su ausencia.

⁴⁰ En el pueblo de San Martín de las Pirámides hay múltiples alusiones restitutivas a la Chalchiuhtlicue. Se encuentran pinturas (como la representada en la Fotografía 9), esculturas, rótulos en tiendas o purificadoras de agua. Una cosa similar a lo que sucede en Coatlinchán.

⁴¹ El Museo Nacional Mexicano es fundado en 1825. En 1866 se traslada del Palacio Nacional (antes imperial) a la antigua Casa de la Moneda, por órdenes de Maximiliano de Habsburgo (Achim, 2018). Las colecciones arqueológicas se mantienen en este recinto hasta 1964, con la inauguración del actual Museo Nacional de Antropología, la cual coincide con una serie de proyectos masivos de oferta cultural.

Hago esas conexiones mientras pienso si pasaré a la Sala Teotihuacán el día de hoy, donde ahora está el monolito de la diosa del agua y muchas piezas más. Sin embargo, hoy mi interés no es ese, vengo a una cita que me intriga bastante y me pone a pensar en la posibilidad de acceder a un lugar que nunca he visto del MNA: los cubículos de los investigadores. Mientras me pregunto si podré ver alguna pieza no expuesta, paso a la mesa de control del



Fotografía 17. Maniobras de traslado de la escultura a su destino en la Sala Teotihuacán del Museo Nacional de Antropología, en el Bosque de Chapultepec. Foto: Archivo Histórico del MNA. Archivo Digital de las Colecciones del Museo Nacional de Antropología, INAH-Canon, 2018. Consultado el 29 de agosto de 2023.

área de arqueología a anunciarme, exactamente como me lo indicó el arqueólogo Edgar Ariel Rosales, curador-investigador de la Sala Teotihuacán, quien me permitió entrevistarlos.

Tras varias vueltas entre mostradores y algunas revisiones de

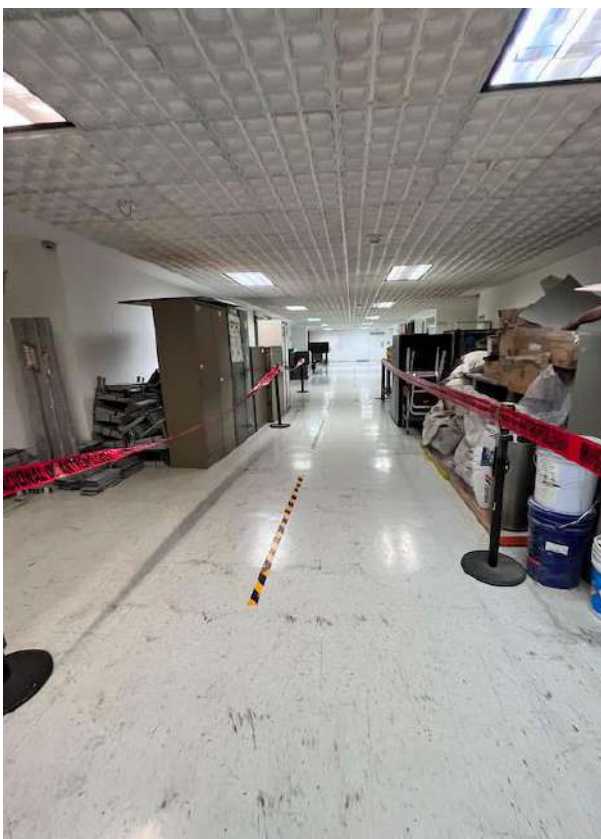
mi mochila, obtengo un gafete que me autoriza pasar por los pasillos debajo del MNA. Estoy emocionada, nuevamente siento cómo la autorización institucional me permite acceder a ese espacio que siempre fue un enigma. Ahora estoy mucho más suelta, tras la experiencia en el DCAC, siento que me muevo con más naturalidad en estos espacios. Reaparece el sello institucional en mi mirada. Una policía me indica que camine por un pasillo y luego gire a la izquierda para ingresar a los cubículos. “Desde aquí la veo”, me dice. No entiendo a que se refiere hasta que, mientras avanzo por el largo pasillo, me doy cuenta que salió de su mostrador para verme hasta que llegue a la entrada. Me siento vigilada y se me resquebraja el sello de la universidad en la mirada y el del INAH se impone sobre mí. No me permito detenerme, presto atención a mis movimientos: no muy rápido para evitar que se note mi nerviosismo, no muy lento para evitar que piense que quiero detenerme en alguna otra zona. En el pasillo se encuentran materiales de exposición, mobiliario, bolsas negras arrumbadas y

cajas (ver Fotografía 18). Todo se ve tirado y está empolvado, las imágenes de la precarización vuelven constantemente, contradiciendo mi imaginario del museo como una fortaleza donde todo está bajo control. Me sorprende que sea tan similar al DCAC. Paso al lado de la entrada al Archivo Nacional de Arqueología y veo sus grandes puertas con timones.

Camino unos metros confundida hasta que doy con la oficina de Edgar Ariel Rosales. Me saluda amablemente y me pasa a su cubículo, una oficina ochentera atiborrada de libros, mapas y cuadernos. Casi de inmediato comenzamos a charlar sobre el tema, yo presento mis intereses a mayor profundidad y Edgar me hace ciertas preguntas. Tiene algo de prisa, así que no me detengo mucho. Me doy cuenta que está acostumbrado a dar entrevistas como servidor público, dentro de la velocidad y expedición de la conversación no noto una intensión de complicidad, sino una acción burocrática. Me doy cuenta que me despachará rápido, pero no me molesta, es su trabajo. Comenzamos la entrevista y le pregunto sobre cuál es su cargo y qué funciones tiene:

Mi nombramiento oficial es curador-investigador, que atiende las colecciones, no sólo las salas, sino las colecciones que están bajo el resguardo y que están catalogadas como de procedencia teotihuacana. En realidad es un puesto de profesor de tiempo completo, donde cumplimos con las funciones sustantivas que marca el instituto, y que son atribuciones por ley, que es proteger, conservar, investigar y difundir el patrimonio, en este caso, arqueológico, que está bajo resguardo de este recinto.⁴²

⁴² Edgar Ariel Rosales, en entrevista para la autora, 9 de junio de 2023.



Fotografía 18. Pasillo del área arqueológica del Museo Nacional de Antropología. Fotografía propia. 9 de junio de 2023.

De entrada me impresiona nuevamente el uso del término colecciones para referirse al conjunto de piezas. Recuerdo la inquietud de Zahira Arias cuando habla de los gestos coleccionistas de los arqueólogos actuales, sin embargo, el patrimonio mexicano está sustentado en una serie de objetos convertidos en colecciones que pasaron de privados a las estructuras estatales y que decantaron en el INAH tras la creación de una institución que administrara las ruinas y las huellas subterráneas u absorbidas por organicidad, o que fueron fundadas en estructuras nacionalizadas. Todo esto, como un acto de soberanía a través de técnicas de disciplina y regulación sobre la interacción de las personas con los fragmentos arqueológicos

(Agamben, 2006)⁴³, pero también como una forma de acumulación del fragmento como evidencia que pretende construir la totalidad de un relato sobre la formación de la identidad nacional (López Caballero, 2010).

El Museo Nacional está conformado por múltiples colecciones arqueológicas desde su fundación en 1825, registrando 300 piezas. Para 1907, durante la dictadura de Porfirio Díaz, el director del Museo Nacional, Genaro García, comisiona al coleccionista y antropólogo alemán, Eduard Seler, a realizar el segundo inventario donde se registraron 10,222 piezas (Achim, 2018)⁴⁴. En la actualidad, Edgar me comenta que tan sólo la colección Teotihuacán rebasa las 13,000 piezas, de las cuales, nunca han tenido más de 400 piezas en

⁴³ Es decir, una extensión de la soberanía sobre los cuerpos, la subjetividad, la temporalidad, las cosas y los espacios.

⁴⁴ Eduard Seler, aparte de realizar el inventario, dedicó la mayor parte de sus viajes al coleccionismo. Su colección llegó a tener alrededor de 13,000 piezas de México y Guatemala, ésta forma parte del Museo Real de Etnología de Berlín, en donde trabajó como director de la Sección Americana (Achim, 2018).

exposición permanente. Es decir, que bajo el museo habitan miles de piezas en bodegas y laboratorios que, en muchos casos, se encuentran aquí desde principios de siglo. Como si la exposición de la Sala Teotihuacán (como pasa con otras salas) estuviera sostenida sobre pilares de piezas, como si la acumulación fuera justamente la sedimentación necesaria para el suelo donde se erige el museo.

También me comenta que desde la década de los años sesentas, tras el traslado al ahora MNA, la colección Teotihuacán no se ha modificado, a pesar de que los hallazgos en la zona no han parado desde sus primeras excavaciones.⁴⁵ Para el arqueólogo, esta falta de actualización se puede asociar a un intento del museo de evitar la crítica sobre el expolio:

Porque siempre se ha hablado, por ejemplo, de los museos del expolio en el extranjero, como el British o el Louvre, que tu ves piezas de quién sabe dónde, arrancándolas de su contexto, arrancándolas de las manos de las comunidades originarias, y de alguna manera, pues el museo nacional también llegó a hacer eso en su momento, ¿no? Es una interpretación, tendría que demostrar históricamente.⁴⁶

Después me cuenta que las piezas encontradas en Teotihuacán se están quedando allá, en las bodegas de la zona arqueológica. Las piezas expuestas en la sala Teotihuacán del museo, por su parte, han sido poco modificadas. Una crítica del arqueólogo Edgar es que se conocen las mismas imágenes de Teotihuacán, incluso desde hace un siglo, debido a que no hay una actualización de la sala con las miles de piezas que se encuentran “abajo”.

Cuando le pregunto –aunque la respuesta sea algo obvia– sobre los motivos por los que una pieza teotihuacana se encuentra expuesta en el MNA y no en las bodegas de la zona arqueológica o en el DCAC, me comparte que se empieza por el valor estético y el valor histórico. Para que fueran consideradas para la exhibición se pensaron en los fines o las funciones que tienen los objetos:

México en particular, y en la capital, Teniendo el museo nacional, pues estamos hablando de un espacio que siempre ha perseguido el objetivo de crear un discurso identitario que pueda crear unión entre diferentes grupos de la sociedad. Y en el caso de Teotihuacán, algo que parece que ha sido una constante, es que ha sido un referente muy importante para construir la idea de nación.⁴⁷

⁴⁵ Incluso, el arqueólogo Edgar Ariel Rosales participó en uno de los hallazgos contemporáneos más relevantes en 2002, durante el proyecto de Linda Manzanilla *Proyecto Teotihuacán: élite y gobierno*, conocida como la figura de mármol de Xalla.

⁴⁶ Edgar Ariel Rosales, en entrevista para la autora, 9 de junio de 2023.

⁴⁷ Edgar Ariel Rosales, en entrevista para la autora, 9 de junio de 2023.

Aproveché este breve encuentro para preguntar su opinión sobre el motivo por el cuál, a pesar de que las piezas sólo se mantenían en bodegas anquilosadas, no había actos de restitución hacia las poblaciones de donde fue extraída. Ya sea a partir de los museos de sitio, museos comunitarios u otros tipos de formas. Coincide que es una buena propuesta, pero vuelve a un argumento frecuente: ¿A qué población teotihuacana se le va a dar las piezas? ¿Cómo se garantiza que serán protegidas las piezas?

Esta respuesta coincide con las otras hechas por las arqueólogas del DCAC, a quienes les hice la misma pregunta mientras reflexionábamos sobre la precariedad de las condiciones de resguardo y de trabajo que tienen. La respuesta gira en torno a que no hay una reglamentación clara sobre este procedimiento, a la vez que su pregunta es: ¿Cuál es la población originaria que podría recibirlas? Me sorprende, a la vez, que esta responsabilidad parezca recaer sobre la diversidad de personas que habitan en territorios cercanos a las excavaciones y extracciones que dieron lugar a las colecciones, naturalizando una idea de borramiento de la relación entre las piezas y las personas, que es también una relación territorial, de clase y de racialización. Mientras, no hay una reflexión sobre la violencia que implicó que esas piezas fueran extraídas borrando la relación que tienen con los territorios habitados por personas concretas. Incluso, aunque el INAH tenga miles de documentos en sus archivos donde se relaciona nombres de personas expropiadas para la creación de zonas y sitios (Gallegos Ruiz et al., 1997; Mendoza García, 2017). En el caso de Teotihuacán, por ejemplo, hay gente que reconoce en su historia familiar la expropiación de tierras y piezas. La pregunta sería, más bien, ¿Por qué los mecanismos del INAH hacen tan imposible pensar en esta posibilidad? Y por otro lado, si se reconociera como una problemática, ¿se podrían modificar los procedimientos actuales sobre la forma de excavación?

En este paisaje subterráneo del MNA descubro que la impresión del sello institucional no me permite más que ver resonancias de un lugar que se mantiene en misterio, sin embargo, me doy cuenta que hablar de los fragmentos y no de las piezas completas, permite hablar de condiciones precarizadas, ocultas o poco nombradas dentro del instituto. Incluso, en esa visita, salí tan distraída por la charla que olvidé pasar a la Sala Teotihuacán, no quería ver las grandes piezas que he visto tantas veces. En este caso, mi cabeza se queda rondando ahí “abajo”, en el inframundo del MNA.

Después de esa visita no entenderé jamás por qué no pude ingresar a la bodega, simplemente no hubo respuesta. Me llevé el discurso oficial de restauración, conservación y protección del patrimonio. Lo que me parece relevante aquí es saber que existe esa colección, que es enorme, que está en el MNA desde 1964, que no ha tenido modificaciones incluso para que otras piezas sean exhibidas.

Es decir, que el conocimiento científico arqueológico sobre Teotihuacán en términos exhibitorios no se ha modificado ¿pero esto qué quiere decir? Me interesa las formas de control de la narrativa y el papel de la acumulación para la efectividad de éste.

Los fragmentos del Acervo arqueológico de Teotihuacán

Por recomendación de la arqueóloga Sara Corona y varias personas que sabían de mi tema, llegué a contactar al equipo del Acervo arqueológico de Teotihuacán durante el primer trimestre de 2023, que se conoce coloquialmente como la Ceramoteca. Esto, para intentar ingresar y conocer las condiciones del espacio, así como el manejo de las piezas. Sin embargo, la burocracia para acceder a ese espacio fue mucho más complicada, siendo que no está diseñado para consulta. Para ingresar hay que solicitar un permiso con el director de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT), empecé este proceso mientras inicié con las demás entrevistas y me acerqué a las oficinas que se encuentran en la ZAT.

Sin embargo, la complejidad para acercarse aumentó. Por dos razones decidí que, quizá para esta investigación, no era precisamente necesario *ver* las piezas del Acervo —en donde podía conocer una bodega con cajas y bolsas por dentro y tocar diversas piezas—. La primera y principal razón fue porque me di cuenta que, aunque era interesante y apasionante ver y tocar las piezas, no las necesitaba para pensar lo que quería, al contrario, sentí la vorágine de la acumulación de piezas tanto en los paisajes oficiales como los que no. En ese momento, me di cuenta que continuar tocando piezas no iba a sumar a nada más que a mi fetichismo sobre ellas. Quizá también, en este caso, es interesante pensar en las piezas en sus condiciones diferenciadas de resguardo y las grietas de su visibilidad.

La segunda razón fue que, en esos meses, ocurrió una coyuntura en la que agentes del INAH se acercaron a diversas personas que conformamos colectivos de defensa del territorio

y promoción de la cultura en Teotihuacán⁴⁸. Este acto inédito en los últimos años generó un poco de desconfianza debido a la conflictiva relación entre la institución y los habitantes (Delgado, 2010), así como por las declaraciones del director de la ZAT, Rogelio Rivero Chong, en octubre de 2022 durante la presentación del “Plan maestro del Valle de Teotihuacan”⁴⁹. En este, se enfocó en el crecimiento privado del turismo masivo y realizó una serie de comentarios racistas y clasistas hacia la población, asegurando “que lo único que tienen para ofrecer son perros callejeros”⁵⁰. Sin embargo, hasta la actualidad se han establecido algunos proyectos de ese contacto, como la recuperación del Teatro al aire libre⁵¹ en la ZAT y el uso de algunos espacios del INAH como su biblioteca o auditorio. Estos acercamientos me permitieron observar la práctica arqueológica en la ZAT, el uso de los fragmentos y las formas de administración de éstos, sin ser necesario verlos, incluso me parece más productivo pensar ¿por qué es más complicado entrar a estos acervos? Pareciera que entre más cercanía geográfica a los monumentos, los fragmentos resguardados por el INAH son más obtusos. También, que entre más visible sea el monumento, más obtuso es su sedimento.

Estos acercamientos han sido intermitentes y cada vez más complicados a lo largo de 2024, cuando el INAH le comunicó a algunos de los colectivos que por falta de presupuesto no podrían seguir con el proceso de acercamiento. Aunque quedaron valiosos proyectos culturales en la activación del Teatro al aire libre. Sin embargo, la inconformidad creció

⁴⁸ Estos colectivos hemos conformado, desde 2022, una red de defensa del territorio. Son: la cooperativa Los Caminos del Nahual, la Red de Juventudes Teotihuacanas y el Frente Cívico de Defensa del Valle de Teotihuacán (un brazo de orientación moderada creado después de la separación en 1985 del Frente de Lucha Agua, Tierra y Libertad, en el Estado de México) (von Saenger, 2021).

⁴⁹ La presentación se hizo a través de la página de Facebook de divulgación del Área de Comunicación de la ZAT, Teotihuacán en Casa. Un medio de comunicación que en su presentación oculta su procedencia institucional, por lo que muchas personas del Valle piensan que es un medio local autogestionado. Es interesante remarcar los medios obtusos por los cuales se establece la comunicación entre lo que Jaime Delgado (2010) llama como Sociedad e Institución en el Valle. Ver: <https://www.facebook.com/teotihuacanenCasa>, consultado el 23 de agosto de 2023.

⁵⁰ Ver: https://www.facebook.com/watch/?v=619784969732015&extid=NS-UNK-UNK-UNK-AN_GK0T-GK1C&ref=sharing, consultado el 23 de agosto de 2023.

⁵¹ El Teatro al aire libre es una obra diseñada y construida en 1920 por Manuel Gamio y Rafael Yela Gunther durante el proyecto *La población del Valle de Teotihuacan*. Es reconocido por su arquitectura neoprehispánica o indigenista, en el cual Gamio presentó la obra Tlahuicole frente a turistas y habitantes de Teotihuacán (Schávelzon, 2008). En esta obra se representa una épica gladiadora desde un guerrero mexica, sin embargo, no hubo continuidad en el proyecto cultural de Gamio. Desde hace al menos dos décadas, el teatro ha estado abandonado y se ha cerrado para darle preferencia al restaurante privado La Gruta, concesionado por el INAH. Este año, tras varias gestiones entre el instituto y habitantes del pueblo de San Francisco Mazapa, se pretende recuperarlo para actividades culturales.

debido a que esto no frenó el aumento del turismo masivo y las concesiones a grandes empresas privadas. En el primer trimestre de 2024 volví a contactar a la encargada del Acervo, intentando consultar el espacio. Sin embargo, si antes había conseguido respuestas confusas sobre un procedimiento largo, en esta ocasión no tuve ninguna respuesta, coincidiendo con esta vuelta cerrada del INAH hacia varias personas habitantes de Teotihuacán.

Aunque no pude acceder al Acervo, pude ver a su alrededor una serie de fragmentos desperdigados cerca de las bodegas de proyectos y de salvamento arqueológico. En la ZAT, detrás de la pirámide del sol y sutilmente alejadas de las zonas destinadas a la visita de turistas, se encuentran estas oficinas administrativas, a un costado del Centro de Estudios Teotihuacanos (CET)⁵² y al Teatro al aire libre. En estas oficinas se resguardan piezas encontradas en el valle durante construcciones, así como las muestras de excavaciones realizadas por arqueólogos. La directora del área de salvamento me explicó que esas bodegas se conforman por piezas de proyectos de lxs arqueólogxs y que no pertenecen al Acervo. Las oficinas se encuentran en un gran predio con varias áreas verdes, al fondo veo que se ha instalado un cuartel de la Guardia Nacional, intento acercarme, pero un trabajador del INAH me intercepta y me dice que esa área está prohibida, aunque aparentemente no hay “nada” más que un contenedor con el logo de esta fuerza militar.

Me indica que para ingresar al Acervo debo entrar nuevamente a la ZAT al estacionamiento de la puerta 5 y bajar por un desnivel. Yo siempre pensé que esa era la entrada a un estacionamiento subterráneo fallido o clausurado, pero no, nuevamente “debajo” de los monumentos exhibidos, se encuentra la bodega con las piezas de Teotihuacán (ver Fotografía 20). Me dirigí hacia esa rampa empolvada y descuidada, para ingresar había que brincar una cadena. Nuevamente sentí algo de miedo, no entendía si había una puerta, un portón o una reja, ya que el techo de la entrada producía una oscuridad que hacía imposible vislumbrar desde cualquier ángulo la entrada, a pesar del sol abrazador de la primavera. En este caso no tenía ninguna autorización, aunque me valía de “estar en mi terreno”

Avancé unos pocos pasos, tomé una foto y escuché un grito. De pronto, había dos guardias de la ZAT y dos guías oficiales viéndome y gritándome algo a lo lejos. Se acercaron

⁵² El Centro de Estudios Teotihuacanos alberga un acervo sobre la ZAT, la fototeca y algunas salas para eventos culturales.

corriendo y me dijeron que esa área estaba restringida. Les expliqué que buscaba el Acervo para una investigación y que venía de hablar con la directora de salvamento, pero me dijeron que tenía que mandar una carta al director de la zona para solicitar un permiso. Que no me podía acercar. Les pregunté si la bodega se encontraba debajo de la calle, es decir, entre la ZAT y las oficinas de salvamento. Sí lo es, una bodega subterránea. Me subrayaron que **nadie puede entrar**, sólo los funcionarios del acervo. Me animaron a desistir. Toda la escena me pareció extraña: el acervo subterráneo, escondido, pero a la vez con una entrada evidente, como si su encanto estuviera en propiciar que la mirada desee alejarse, a parte de los diversos agentes que, sin yo saberlo hasta ese momento, se encargan de que nadie se acerque.



*Fotografía 20. Entrada al Acervo arqueológico de Teotihuacán.
Estacionamiento de Puerta 5, ZAT. San Francisco Mazapa,
Teotihuacán. Fotografía propia. 29 de marzo de 2023.*

Después de esa experiencia volví a las oficinas laterales de la ZAT que conectan subterráneamente con el Acervo con el objetivo de acercarme al proyecto del teatro, sin embargo, me fue sorprendiendo que mientras había una bodega famosa y enterrada, alrededor de las bodegas por proyectos que son pequeños cuartos de tabique rojo, parecían brotar algunas piezas. Nuevamente aparece la condición escurridiza de las piezas y lo patrimonial. Mientras la marca del estado se presenta en la construcción de un paisaje de secrecía y ocultamiento, la condición de valor del fragmento en su cercanía inmediata a los monumentos o piezas exhibidas, también se manifiesta en las condiciones de su aparición. Aquí las piezas fragmentarias, tepalcates o pedazos son acumulados y resguardados, algunos son utilizados para el análisis y la construcción de nuevo conocimiento sobre la arqueología mexicana, aunque siguiendo la crítica de Luis Vázquez León (2003), la mayoría son instrumentos axiomáticos para confirmar los significados míticos nacionalistas, en los que la arqueología constituye un papel central para la formación de narrativas, tales como el mestizaje o la naturalización del carácter bélico e imperialista de la nación. Es decir, que las conexiones para la producción del paisaje fragmentado que es el INAH –en términos de sus archivos y colecciones–, son ejercicios de dominio sobre la experiencia entre las cosas, el ambiente y las personas a través de la patrimonialización.

A lo largo de este capítulo me interesó presentar los fragmentos asociados a Teotihuacán como un paisaje fragmentado que se conforma de distintas maneras. En este caso, la administración institucional de los fragmentos a partir de la marca del estado, que los registra como cosas patrimonializadas, se puede pensar como una yuxtaposición donde se aprecian diversos niveles operacionales de secrecía como la cooptación del enunciado sobre el tiempo-espacio (Rufer, 2020). La exhibición estratégica, la formación de archivos y colecciones como formas de resguardo frente a otros despojados de esa relación, así como el gesto de formar bodegas subterráneas (enterradas), son formas de gestionar la relación con las cosas.

Sin embargo, en el acercamiento y contacto con los fragmentos es interesante ver la proliferación de preguntas dentro del discurso científico. A diferencia de la contemplación del museo y de la zona arqueológica, de la invisibilidad de la bodega y la colección, o del acceso especializado del archivo y el acervo; la intervención con los fragmentos rompe la política melancólica del tiempo construido por objetos muertos –en términos benjaminianos

(Buck-Morss, 2001, p. 197)–, sino que muestra la transitoriedad y el papel presente del fragmento, no como alegoría ni evidencia, sino como una presencia inquietante sobre nuestro flujo en el paisaje como una experiencia radicalmente presente. Una presencia que no es pedagógica, a diferencia de los marcos de la patrimonialización, es una presencia que no enseña algo, sino que nos visita y provoca un interrogante, incluso provoca algo más disruptivo para las políticas de las temporalidades estatales: provoca una intimidad.



Fotografía 21. Bodegas de proyectos de la ZAT, afuera se encuentran depositadas algunas piezas de gran formato. San Francisco Mazapa, Teotihuacán. Fotografía propia. 23 de marzo de 2023.

A su vez, es interesante pensar en las formas de resguardo y obstrucción de la mirada en el MNA y el Acervo arqueológico de Teotihuacán en contrapelo de las prácticas locales y no oficiales de resguardo de piezas. No me parece menor el gesto de entierro de las piezas en predios federales controlados, como medidas cautelares de disciplinamiento de la experiencia. En este caso, es abrumante la cantidad de cosas que resguarda el INAH sobre Teotihuacán, su zona arqueológica más antigua y más famosa.

Cada excavación en el Valle de Teotihuacán, cada salvamento arqueológico o cada expropiación de piezas ha significado, más que la exhibición, el ocultamiento de piezas. El fragmento arqueológico no se define entonces por el porcentaje de constitución (como en el DCAC donde se mide por tener menos del 75%), sino por las operaciones estatales de despojo, resguardo, secrecía y ocultamiento. El fragmento sería aquello que hace vibrar a la totalidad, no es que su gran efecto sea contradecir al discurso totalizado de las temporalidades prehispánicas⁵³, sino que hace evidente las condiciones de precariedad, abandono e inutilidad que le brinda a las cosas, contrastando con la idea monumentalizada del patrimonio, de la ruina imperial y el argumento colonialista (Gordillo, 2014; Stoler, 2013, p. 15) de que las poblaciones no pueden valorizar y conservar los fragmentos.

⁵³ Para afirmar esto sería interesante una tesis sobre arqueología.

INTERLUDIO I.

OBSERVAR COSAS DONDE NADIE ENCUENTRA NADA

Entrevista con Omar Gámez a propósito de su exposición *Vestigios*

El sol del mediodía arrasa con fuerza el inicio del año en el norte de la Ciudad de México. Es febrero de 2025 y el ambiente se siente bastante seco, aunque hay promesas de lluvias para los próximos días. Omar Gámez, artista y fotógrafo de la Ciudad de México, me recibe con una calidez inédita y enternecedora en un bello departamento de espacios amplios y ventilados en la colonia Santa María la Ribera.

Conocí a Omar en una cena en casa de una amiga en común, en Xalapa, Veracruz, quien nos presentó y remarcó nuestra afinidad en común: los pedazos. Era enero de 2024 y él se encontraba desarrollando el proyecto *Vestigios* junto a su compañero y curador Luis Josué Martínez, a quien también tuve el enorme gusto de conocer esa noche. El proyecto era una exposición pensada específicamente para el Museo de Antropología de Xalapa (MAX), uno de los más importantes del país, famoso por albergar piezas icónicas de distintas culturas prehispánicas que habitaron el Golfo de México, como las representativas cabezas Olmecas. Sin embargo, dentro de su colección Josué y Omar notaron una estruendosa ausencia: la falta de piezas del Papaloapan. Esta región ribereña del sur del estado de Veracruz es particular al contar con una gran cantidad de “custodios” y “custodias” de piezas arqueológicas o colecciones familiares que la gente se encuentra en el río, en sus campos o que hereda.

Esta condición la conocían bien el artista y el curador, por lo que viajaron por la región fotografiando tepalcates, pedazos, piezas completas pequeñas, colecciones privadas y registrando los relatos asociados a las piezas. Con esto diseñaron la exposición *Vestigios*, expuesta de septiembre a noviembre de 2024 en una sala de exposiciones del MAX, donde por primera vez tepalcates no registrados, resguardados en secreto fuera de sus instalaciones, ingresaron a uno de los museos más importantes del patrimonio mexicano. Este acto profanador fue marcado por la fantasmagoría de las piezas, las cuales estaban impresas en

una transparencia a través de los ventanales del museo, permitiendo ver a través de los tepalcates. ¿Qué es lo que se ve a través de ese fantasma?

Por este proyecto tuve el gusto de comentar la exposición junto a ellos y es por su acto profanador que en febrero de 2025 llegué a casa de Omar para indagar un poco más en sus motivaciones sobre los tepalcates.

Beatriz von Saenger: Cuando yo te conocí tenía la impresión de que poco se hablaba de los tepalcates. No solo porque tienen esta cosa estigmatizada de que son prohibidos, o que la gente no debería tenerlos, o de que son pedazos ahí tirados; sino también porque dentro de ciertas narrativas sobre la arqueología son los más desplazados de las representaciones, de los estudios, etcétera. Entonces me impresionó mucho cuando supe que estabas trabajando sobre los tepalcates, así que me gustaría empezar preguntándote justamente ¿por qué te interesaste en estos objetos en particular? ¿Qué te llevó ahí? Y también, ¿por qué específicamente la zona del Papaloapan?

Omar Gámez: Yo creo que fue más que nada como una asociación de contraste, porque desde el inicio Luis Josué Martínez, el curador, y yo pensamos en llevar este proyecto al MAX. Entonces era un contraste de ver cómo estos pequeños pedazos o piezas insignificantes, de cierta forma para el museo o para el instituto, podían referirse o llevarse al museo de una forma simbólica o en imagen frente a estas piezas o a estas pirámides que son mucho más significativas para ellos en términos de investigación o de lugares turísticos. Entonces, más que nada, mirar hasta esta cosa “pequeña” o esta cosa partida o fragmentada, prácticamente que no funciona más que de una forma simbólica para las familias que la conservan, fue el motivo de tratar de fotografiarlas y buscarlas a lo largo del río Papaloapan, para tratar de hacer el contraste una vez que las llevamos al MAX. Esa fue la idea.

Por otro lado, pues bueno, en el río Papaloapan no hay estructuras grandes que existan todavía, que hayan sobrevivido. Entonces, era mirar estas pequeñas partes que el río o la tierra están botando. Están sacando y que son partes que los propietarios del terreno o los que las encuentran deciden si se las quedan o las regresan al río. Es como una forma cíclica de conservar los pedacitos. Me enteré también que muchas de ellas se rompen al momento, cuando las encuentran, porque está pasando el tractor o están labrando la tierra y ahí cuando

oyen que algo se rompe es cuando ya vieron una pieza. Entonces, ellos las vuelven a pegar o las conservan así en pedazos como las encuentran.

Entonces, pues más que nada fue esa mirada hacia lo pequeño para luego hablar de algo mucho más grande que es que en el MAX pues no está representada la cultura del Papaloapan en absoluto. Es un museo que representa las culturas del Golfo, pero no es tan específico.

B. S.: Y, en tu práctica artística anterior, ¿ya habías trabajado esta perspectiva de ver lo pequeño para hablar de algo mucho más grande?

O. G.: Ya lo había hecho en 2009 porque hice una intervención también a los depósitos de la colección del Castillo de Chapultepec del Museo Nacional de Historia. Entonces, la selección que hice de los objetos que también fotografié fueron miniaturas. Entonces fotografié un pequeño coral, fotografié una pequeña moneda, retratos miniatura o fotos pequeñas, escapularios. Me dirigía a fotografiar cosas pequeñitas que mucha gente no observa generalmente o que no están mostradas en grandes exposiciones, de Hidalgo, por ejemplo. Fotografié una bala de cañón redonda, que pues es una bola, puedes darle todo ese contexto de que era una bala de cañón de la época o no, pero sí me referí a esas piezas también que son insignificantes para mucha gente, pero que están dentro de la colección también de cierta forma, o que deberían de ser mostradas porque es parte de la colección que tienen ellos. Entonces, esta parte de mirar lo insignificante me gusta mucho que pueda ser de pronto reunido para hacer una nueva colección. Era parte de lo que hice en el Castillo de Chapultepec, hacer una nueva colección de las piezas de ellos y esa nueva colección luego en fotos se la doné al castillo para que la tuvieran armada.

Y acá en el caso del Museo de Antropología, lo que quiero ahora es estas piezas que ya estaban de por sí rotas, yo las estoy rompiendo en imagen para hacer imágenes más abstractas, pero al final lo que da cuenta es que también son pedazos de las imágenes. Entonces, ahora las quiero desprender con todo y vidrio simbólicamente del museo, de la fachada.

B. S.: Entonces, diríamos que un punto de partida es el museo como este lugar que por un lado representa, digamos, de manera muy ruidosa ciertos objetos o ciertos personajes o ciertos lugares incluso, y por otro lado en silencio están justamente otros lugares u otros objetos dentro del museo, porque existen. En este caso, ¿hubo reflexiones políticas sobre cómo acercarse al museo? ¿Cómo fueron esas decisiones que tomaron?

O. G.: Bueno, era importante porque pudimos haber decidido llevar las piezas rotas al museo, pero era como seguirle la idea al mismo museo, ¿no? Como mostrar una colección de cosas objetuales. Entonces, la idea de ahí mostrarlo en las ventanas de la fachada a través de estas transparencias impresas en acetato era también darle como... cuando tú te parabas en la sala, las piezas estaban con un afuera del museo, como flotando afuera. Y también, dependiendo de la luz, daban cierta solidez o transparencia. Entonces, ese juego visual creo que era importante también tenerlo para entender más la idea de una colección o la idea de cómo se aceptan ciertas piezas en una colección o entran o se clasifican o se legitiman. Y es un tanto también lo que pasaba en el Castillo y en el MAX porque hay piezas que son legitimadas dependiendo de las personas.



Fotografía 22. Omar Gámez mostrando una de sus últimas composiciones de piezas sobre tepalcates. Fotografía propia. CDMX, 16 de febrero de 2025.

Cómo las clasifican y quién decide qué pertenece al museo. Una pieza rota que no tiene referencia de nada, que me pasó también en el Castillo porque había pedazos de platos rotos de cuando era colegio militar y nadie sabía que había una vajilla especial para el colegio militar hasta que lo encontraron en la basura. Entonces, guardaban los pedacitos del plato porque ya tenía un significado para ellos. Eran como nuevos tepalcates, como tepalcates modernos. Y acá también era lo mismo, decidir no traer los objetos sino más bien traer las imágenes, desarmarlas y armar nuevas imágenes y ahora el siguiente paso es para armar nuevos objetos que son vidrios con imágenes.

B. S.: Con la investigación y con todo el acercamiento que has tenido, ¿qué opinas sobre cómo se administran actualmente los objetos? ¿Qué opinas de cómo es la vida actual de los tepalcates?

O. G.: Por lo que he visto, creo que la vida de los tepalcates está súper relegada a un nuevo olvido, como un segundo olvido, porque el proyecto de antropología de Xalapa empezó porque yo quería hacer fotos de un entierro que encontró un antropólogo del Instituto de Antropología de Xalapa. Y yo fui a visitar las mesas en las que tenían las piezas y la mayoría eran tepalcates, y ni siquiera le iba a alcanzar la vida para clasificarlas. Yo creo que no le iba a dar la vida para organizar eso y me decía, tengo tres cajas más ahí. Entonces yo veía eso y lo veía como algo... Yo quería fotografiar en un inicio esas piezas para hacer el mismo proyecto. Ahí se vieron muy celosos ellos, ya en términos institucionales, de que no querían que los usáramos para fotos. Entonces empezó a ser muy complicado, o sea, iba a ser un intercambio, de hecho, ¿no? Yo te hago tus fotos, te doy las fotos y tú me dejas usar las piezas dentro del mismo museo, a lo cual se negaron y pusieron muchos peros. Pero yo veía que él no iba a poder, nunca, organizar todos esos pedacitos de tepalcates. Es la idea general que yo tengo de estos lugares donde los acumulan y ahí los van como guardando. ¿Qué se deberían hacer con todo eso?

Nuevas piezas, quizá.

B. S.: ¿Como utilizarlas para otras piezas más contemporáneas? Eso estaría interesante, estaría loquísimo.

O. G.: Porque serán piezas originales [reímos fuerte]. Eso me encantaría. Sí, estaría buenísimo, imagínate. Porque el material es de época, es original. Pero la escultura que estás viendo, ¿qué es? ¿Dónde debería de clasificarse esa pieza?

Pues no sé, creo que da para mucho la idea de estos descubrimientos de pedacería, de cosas que de pronto podrían ser inservibles para la antropología, pero sin embargo tú estás haciendo tu tesis de eso, ¿no? Entonces también a nivel de estudio yo creo que dan para mucho. A mí como artista a nivel creativo también me da para mucho. Entonces yo creo que nosotros estamos observando cosas donde nadie encuentra nada. Donde ya nadie le da la cabeza para hacer algo. Entonces yo digo: pues creo que hay potencial de mirar y repensar qué son y qué puede suceder con estos pedazos.



Fotografía 23. Vestigios de Omar Gámez. Fotografías propias. Xalapa, 24 de septiembre de 2024.

CAPÍTULO II. EVOCACIÓN Y PROFANACIÓN: LA ADMINISTRACIÓN DE PEDAZOS NO REGISTRADOS EN TEOTIHUACÁN



Yo puedo decir –y será tan cierto– “hablo con los muertos”. ¿Y qué significa? Miren, vengan, miren aquí: este es mi ojo vacío y este mi ojo lleno. Esto soy yo. Huesos, huesos, mensajes mordidos, intraducibles. Soy como todos. Tengo esta necesidad. La agito. La agito y es una piedra. Dentro de la piedra, una bolsa de signos.

Eugenia Almeida.⁵⁴

Este capítulo es quizá el que motivó esta tesis. Aquí, presuponía compartir aquellos contactos que tuve de manera más directa con los pedazos arqueológicos a través del encuentro en Teotihuacán y principalmente las maneras locales de administrarlos. Sin embargo, a diferencia del capítulo anterior, propongo una presentación distinta, respetando el anonimato para abordar la pedacería en Teotihuacán. Este registro de escritura se encuentra movilizado y trastocado por el debate constante de narrar una forma de poseer las piezas que se enmarca en un contexto donde este tipo de resguardo es ocultado debido a algunos temores de la gente que habita en Teotihuacán y que tiene piezas. Temor de ser “descubiertos” por agentes del INAH que podrían expropiarles las tierras donde fueron hallados los tepalcates. Por esto aquí, en este capítulo, me interesa abordar como un tema específico el dilema de narrar esta práctica cercana (siendo yo también habitante y comprendiendo este temor) como una forma de relacionarse con el discurso patrimonial que se mueve entre formas de exhibición y secrecía de las piezas. A su vez, es una forma también de relacionarse con los tepalcates.

Posteriormente, en este capítulo presento un caso particular de evocación a las piezas que se recuerdan de una excavación antes de haber sido llevadas para ser archivadas, investigadas o exhibidas. Desde este caso en particular, me interesa presentar formas de resguardo que ocurren de manera cercana a este altar evocativo. Cercanas porque más que paralelas, similares o parecidas, son formas de resguardo profundamente unidas a la territorialización del encuentro de las piezas arqueológicas. Por esto, invito a quien lee a hacer asociaciones imaginándose más un encuentro en medio de una caminata, como una

⁵⁴ *La boca de la tormenta* (2015).

unión que se produce en el paisaje, más que una asociación premeditada en la operación excavatoria.

De esta manera, en este capítulo se analizan las relaciones con el pasado que se establecen al contacto con estos pedazos y la territorialización de las relaciones sobre las cosas. Así, se parte de un altar icónico exhibido de manera estretégica a un costado de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT), algunos otros en casas o colecciones privadas dispuestas a partir de decisiones domésticas y afectivas. A través de este escenario, propongo reflexionar en torno a la producción de relaciones que provoca el encuentro, recolección y resguardo de las piezas, así como la construcción de la mirada arqueológica que se manifiesta en la identificación de éstas por parte de habitantes de Teotihuacán y la posibilidad de experimentar el pasado como una materialidad fuera de instituciones oficiales, como los museos, las zonas arqueológicas o los archivos.

Dentro del repertorio anecdótico de la población del Valle de Teotihuacán, con relación a las ruinas, se pueden encontrar susurrantes relatos sobre el encuentro con piezas arqueológicas. No es únicamente con las grandes piezas monumentales como las pirámides o las esculturas, sino aquellas piezas que motivan esta tesis: los fragmentos. De manera personal he tenido encuentros propios, he presenciado ajenos y también he escuchado hablar de otros, como rumores o datos que me compartieron algunas personas. Nunca son encuentros casuales ni menores aunque la relación afectiva imprime elementos distintos a los encuentros de los espacios regulados. Estos momentos fortuitos suelen estar revestidos por varias emociones: sorpresa, emoción, miedo, rechazo, fascinación, entre otras. Me imagino varios motivos para estas emociones y será importante abordarlos en términos contextuales para entender las condiciones particulares de las cosas y sus materialidades dentro de las particularidades de una administración “local” que no implicará, necesariamente, una oposición a la reglamentación patrimonial u “oficial”, sino una parte de una compleja administración de las narrativas sobre el tiempo nacional que se traduce en profundas marcas de estatalidad.

Tensión inicial: el problema del secreto

Durante el periodo de trabajo de campo en los archivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) antes presentados, también me enfoqué en explorar relaciones con estos materiales en el Valle de Teotihuacán, particularmente en los municipios de San Juan Teotihuacán y San Martín de las Pirámides⁵⁵; pero también en Otumba y en el Museo del Hombre de Tepexpan, en el municipio de Acolman, Estado de México –que se presentará en el siguiente capítulo—. A lo largo de estos tránsitos de trabajo de campo, cuando abordaba particularmente los resguardos de gente que habita de manera cercana a la ZAT, me encontré con un constante forcejeo sobre la pertinencia de tomar fotos, realizar entrevistas, registrar y tocar las piezas. Me parecía que, en repetidos escenarios, acercarme de esa manera era invasivo. Esta sensación no paró y me pareció interesante que, aunque nunca he sido particularmente apasionada de la entrevista antropológica clásica, en este caso me pareciera tan brutal. No encontraba una forma de acercarme a través de estos mecanismos, que me hacían sentir lejanía con las personas y las relaciones que me interesaban, por lo que lo más sencillo en ocasiones era mantener charlas constantes. Aunque realicé varias entrevistas, fue únicamente a personas muy cercanas o con quienes he construido relaciones de vecindad estrechas a quienes pude compartirles mi preocupación constante de registrar una práctica de recolección y resguardo que se considera poco regulada.

Aunque en el fondo pienso, como lo mencionaba en la introducción de esta tesis, que justamente este tipo de piezas parecieran no tener importancia, y por lo tanto no tuviera gravedad su conservación, algo siempre me detenía para acercarme demasiado a los materiales. No es novedad para los arqueólogos y arqueólogas mexicanas que las personas que viven cerca o sobre vestigios arqueológicos tengan en su posesión las piezas. Tampoco es novedad para las personas habitantes que las y los arqueólogos compren, intercambien o se lleven piezas para ser resguardadas, investigadas o exhibidas. En todo caso, tampoco es novedad para nadie que también, dentro de estas prácticas, circulan redes de saqueo y compra-venta de piezas arqueológicas fuera del sector público. Yo, por mi parte, dentro del

⁵⁵ Aunque lo mencioné anteriormente, es importante tener en cuenta que entre estos dos municipios se encuentra la ZAT. A su vez, están zonificados por el *Decreto por el que se declara Zona de Monumentos Arqueológicos el área conocida como Teotihuacán* de 1988. Particularmente, cuando hablo de estos municipios, me refiero a los pueblos próximos a la ZAT: la cabecera municipal de San Martín (mi pueblo) y los pueblos de San Francisco Mazapa, Santa María Coatlán, San Sebastián Xolalpan, pertenecientes al municipio de San Juan.

trabajo de campo nunca pude acceder a casos concretos de saqueo o contrabando, ya que el tipo de resguardo que encontraba era generalmente a través de asociaciones afectivas con las piezas y con los terrenos donde habían sido encontrados. Así, uno de los impedimentos para buscar más contacto con las piezas fue, justamente, que se hallaban en espacios íntimos de los hogares o talleres, un límite que me pareció justo ya que, contrario a la acumulación anónima de piezas que había visto en el DCAC, en Teotihuacán encontré una intimidad afectiva particular sobre cada tepalcate que conocí.

Así, pues, aunque no creo que este tipo de prácticas y relaciones domésticas con las piezas fueran alarmantes o que llegaran a ocasionar que este texto develara redes de contrabando, igualmente me detenía. ¿Por qué? Desde pequeña escuché la misma advertencia que se repitió a lo largo del trabajo de campo: si en tu terreno llegas a encontrar una pieza, no debes decirle a nadie, ya que alguien podría contarle, el rumor llegaría hasta los oídos del INAH y alguien vendría a tu casa a indagar. Si allí encontraran información suficiente para considerar que tu terreno tiene valor arqueológico, podrían expropiarlo. Así, te quedarías sin terreno o, peor aún, si es tu casa te quedarías sin techo.

Esta advertencia la seguí escuchando a lo largo del trabajo de campo. Ni la constante apertura del mundo arqueológico en términos mercantiles, ni la disminución institucional del presupuesto del INAH cambió este rumor, tampoco modificó su efecto de secrecía en la forma de resguardar las piezas.

Así, el acercamiento a las formas de resguardo de las personas que me permitieron conocer sus colecciones fue en el tenor de esta preocupación y advertencia. Esto produjo un primer efecto en la escritura donde me detenía constantemente a “no mostrar nada”, sin embargo, avanzando en el texto y recibiendo generosas lecturas, pude acceder a un momento de descripción y análisis donde intentaré describir las prácticas de resguardo de quienes habitamos en Teotihuacán poniendo subrayando las formas de disposición que tienen, el lugar que ocupan en los hogares, las formas de encuentro, de administración y de experiencia. Sin ahondar en la descripción y presentación de las piezas en sí, sino el resguardo y la territorialización que producen en relación con las personas que las resguardan.

En *Defensa del secreto*, Anne Dufourmantelle (2024) elabora una serie de textos en torno a la intimidad, el misterio, la transparencia y las condiciones del secreto en nuestro presente, profundamente marcado por la hiperconexión. La psicoanalista y filósofa francesa

apunta que en el secreto somos siempre tres: el guardián, el testigo y el excluido. En esta relación marcada por la intimidad y el devenir del secreto, el guardián puede confiar al testigo, generando así un excluido de esa relación, quien puede representar individual o colectivamente un resentimiento al sentirse engañado. Por otro lado, el testigo se ve inmerso en un juramento, por lo tanto puede traicionarlo. Pero si, como apunta la autora, el secreto es un tiempo en sí, una relación con la verdad y no una verdad misma (p. 61), el secreto es, no lo podemos contener, porque la tensión de su revelación excede la individualidad y su tiempo.

A pesar de estos límites, considero la multiplicidad de prácticas de resguardo como una actividad digna de ser narrada ya que, como proponen Blázquez y Lugones en “De cómo no infamar” (2016), ensaya la posibilidad de considerar las narraciones y prácticas de las personas como la transmisión de una experiencia concreta, a su vez que nuestra narración como investigadoras también la construye. En este sentido, las formas de resguardo en Teotihuacán nos permiten entender la complejidad de las relaciones que producen los tepalcates de manera contemporánea en formas de construcción del territorio, el paisaje y las relaciones políticas generadas en la experiencia concreta de tocar el pasado.

Pero también el tepalcate nos presenta un secreto que establece su relación con la verdad: la totalidad como imposibilidad. Esta tensión constante en la ruptura como una ausencia de algo más es quizá el mayor misterio que el tepalcate ofrece al estudio del pasado y, por lo tanto, inaugura con quienes estamos en contacto una intimidad donde la totalidad no encuentra lugar más que en las operaciones de extracción y despojo. Por lo tanto, el secreto es el tiempo de esta investigación, porque nos involucra en la búsqueda de transparencia, de verdad y de testimonio sin resolver como perpetua inauguración.

Evocación de la separación y consagración de las piezas: el altar de Doña Emma

Doña Emma Ortega es un personaje paradigmático en el Valle de Teotihuacán. Un referente indiscutible para entender la relación que existe entre la arqueología, la patrimonialización y la defensa del territorio en este valle. En distintos momentos hemos tenido la oportunidad de

dialogar sobre las complejidades territoriales de nuestra región⁵⁶. En su trayectoria se le ha reconocido como una interlocutora clave dentro de investigaciones sobre la defensa del patrimonio ante proyectos neoliberales, particularmente por su participación en la fundación del Frente Cívico en Defensa del Valle de Teotihuacán (Lay Arellano & González Zarandona, 2020), donde diversas personas habitantes se organizaron itinerantemente para cuestionar y detener distintos proyectos para la instauración de plazas comerciales en las inmediaciones de la ZAT durante la década de los años ochenta (von Saenger, 2021), con el argumento de que eso afectaría los vestigios arqueológicos.⁵⁷ Posteriormente, en 2004 el Frente se consolidaría ante el proyecto de la multinacional Walmart de construir un supermercado a escasos kilómetros de la zona, donde se denunciaron en distintos momentos actos de corrupción en colusión con directivos del INAH (Lay Arellano & González Zarandona, 2020). La obra se realizaría, pero sería el Frente quien sostendría una intensa discusión sobre la participación ciudadana como parte fundamental de la defensa del patrimonio arqueológico ante actos de corrupción.

A su vez, doña Emma ha sido un referente para pensar las formas contemporáneas de conceptualización de la indigeneidad con relación a los espacios arqueológicos. En “El enfrentamiento de conceptos de indigeneidad en el espacio arqueológico de Teotihuacán”, Ingrid Kummels (2015) retoma constantemente sus argumentos políticos para complejizar la idea de la propiedad sobre el patrimonio ante la importancia que han tomado los grupos *New Age* de danzantes como los concheros, quienes han establecido prácticas rituales importantes relacionadas a los monumentos. Doña Emma es considerada una lideresa espiritual de la zona y de algunas danzas importantes de la mexicanidad, siendo ella quien ha organizado en

⁵⁶ En mi tesis de maestría en Antropología Social (von Saenger, 2021) realicé una recopilación sobre los momentos de quiebre entre algunos habitantes cercanos a la ZAT y el INAH a partir de las expropiaciones y formas de despojo material o simbólico. La narración de Emma Ortega fue fundamental para esta recopilación por su participación política. A su vez, nos hemos encontrado en asambleas y reuniones políticas entre colectivos del Valle de Teotihuacán.

⁵⁷ El Frente Cívico en Defensa del Valle de Teotihuacán tiene como referente distintas organizaciones populares y agrícolas en el Estado de México. Varios miembros del Frente participaron muy activamente en el Frente de Lucha Agua, Tierra y Libertad (FLATyL) que entre 1981 y 1985 se opuso fuertemente a la obra hidráulica “Sistema Apan-Chiconautla” que pretendía perforar 23 pozos a lo largo de los estados de Hidalgo y Estado de México para el abastecimiento de agua de la Ciudad de México (Badillo Cuevas & Cortés, 2009). El Frente Cívico en Defensa del Valle de Teotihuacán pervivió como una facción más ligada a la población cercana a la zona arqueológica.

diversas ocasiones representaciones al interior de la ZAT.⁵⁸ A su vez, esto ha causado una ríspida relación con funcionarios del INAH y de los gobiernos municipales, ya que se cuestiona el buen manejo y el respeto hacia los monumentos por parte de los habitantes en este tipo de prácticas (Delgado, 2010). Este debate redunda constantemente en el argumento de los funcionarios que cuestionan la legitimidad de estas prácticas rituales en recintos arqueológicos, ya que se consideran ficciones en torno a discursos anti-científicos que resuenan en monumentos arqueológicos, como la asociación a extraterrestres.

Dentro de todo este mundo de discursos y disputas se encuentra doña Emma, con quien he tenido el privilegio de dialogar para investigaciones, pero también dentro de los procesos de militancia que establecemos distintas redes políticas en el Valle de Teotihuacán. En este trayecto, hemos tramado conversaciones y proyectos para la recuperación de la historia oral en Teotihuacán, así como el registro de medicina tradicional que practica. A pesar de contadas excepciones, suelo encontrarla siempre en el mismo lugar, donde hemos platicado y compartido: frente a su altar.

En la parte trasera de la pirámide de la Luna, en el extremo norte de la ZAT, cruzando la verja, se encuentra “la zona de restaurantes y bares” sobre un trayecto del circuito que rodea la zona, donde se puede encontrar una variada cantidad de inmuebles dedicados a los servicios turísticos: restaurantes, tiendas de artesanías, puestos de comida o locales con venta de cerveza. En esta parte del circuito está Techinanco, el restaurante de Emma Ortega y su familia. La mitad es un restaurante con mesas y la cocina, en el resto de la construcción se encuentra una larga terraza pintada de rojo, con techo de lámina, a un costado de un temazcal y un baño. En la terraza, pegada a una pared, está una serie de tres pinturas con motivos “mexicas” que tienen representaciones de serpientes y cráneos que emulan a Quetzalcóatl, Mictlantecuhltli y Chalchiuhtlicue, a sus pies y sobre ellas se disponen una serie de artesanías, semillas, rocas, obsidiana, caracoles, esqueletos de algunos animales, braseros y copal.

⁵⁸ En 2019 un grupo de danzas mexicas llamado Movimiento Confederado Restaurador de la Anauak, Tenamaztle A. C. reconoció a nivel nacional a Emma Ortega como defensora de patrimonio cultural mexicano (Enigma 360 grados, 2019), tras haber formado parte desde hace años (variando de administración municipal) en el Consejo de Ancianos y Ancianas de Teotihuacán que funge como un brazo de los municipios cercanos a la ZAT para aprobar y regular proyectos de turismo. Una de las críticas realizadas a estos grupos es que aseguran a instituciones gubernamentales que se han realizado consultas libres e informadas a pueblos originarios, aunque funcionarían como un tapón de información hacia otros sectores con menos legitimidad política en los pueblos.

Frente al altar hay unas sillas arrumbadas y unas mesas que se habilitan cuando hay eventos o reuniones.

Siempre que llego a ver a doña Emma Ortega me pasa frente al altar, como lo hace con todas las visitas. Quienes solemos visitarla más seguido, vamos directamente a “saludar” el altar. Después, pasamos a acomodar una mesa y unas sillas para trabajar. Es allí donde solemos tener las reuniones, asambleas y donde ella ejerce la medicina tradicional, siendo una de las pocas que aún practica en Teotihuacán. Es incluso frente a este altar donde me hizo una limpia después de que terminara mi trabajo de campo en el DCAC, por su recomendación, para evitar que me enfermara con todo lo que había “cargado” al tocar tantos vestigios.



Fotografía 24. Extremo derecho del altar de Emma Ortega. Fotografía propia. San Martín de las Pirámides, Estado de México. 14 de junio de 2023.

Este altar no tiene piezas arqueológicas y no importa, porque las evoca en un sentido restitutivo.

La historia del altar es la siguiente. Sostiene Emma Ortega que cuando ella era niña, entre la década de los años cincuentas y sesentas, se encontraba paseando por la zona arqueológica, como solía hacerlo todos los días –antes de que pusieran una valla que le impidiera el paso—. Solía ir mucho porque su familia vivía muy cerca de los vestigios, en el pueblo de San Francisco Mazapa, de donde es originaria, a parte de que su padre se dedicaba itinerantemente a vender artesanías a los turistas, cuando no trabajaba el campo. Ese día pasó justamente frente a la pirámide de la luna, en donde vio que comenzaba una excavación. Se acercó y miró dentro del hueco, donde trabajaban un par de arqueólogos y varios habitantes del pueblo contratados por el INAH para realizar las actividades de excavación y recolección de piezas. Adentro del hueco, en el suelo, vio una ofrenda enorme de vestigios. Doña Emma sostiene que se acercó a los arqueólogos para pedirles que no se la llevaran, porque ella sintió que si lo hacían, se llevarían el espíritu de Teotihuacán. Sin embargo, con el pasar de los días presenció como la ofrenda fue retirada, guardada en cajas y bolsas para ser llevada. Sostiene doña Emma que recuerda bien la ofrenda y que desde hace años decidió construir una similar, ahora atrás de la pirámide, lo más cerca que pudo. Allí ha ido construyendo una ofrenda para que continúe el espíritu de Teotihuacán, para que “no se derrumbe todo”.⁵⁹

Según la historia, esta excavación sería en la plaza de la luna, donde en 1888 fue extraída la escultura de Chalchiuhtlicue para ser llevada a la capital del país, la cual fue mencionada en el capítulo anterior. A su vez, este encuentro sucedió entre las exploraciones y excavaciones de 1960-1962, y el “Proyecto Teotihuacán” de 1962-1964⁶⁰ en donde se realizaron actividades de reconstrucción que habilitaron grandes zonas que en la actualidad conforman el atractivo turístico de Teotihuacán: la Calzada de los Muertos, la Plaza de la Luna, la Plaza del Sol, La Ventilla y Tetitla (*Zona Arqueológica de Teotihuacán. Plan de Manejo 2010-2015*, 2010).

El altar de Doña Emma Ortega no tiene piezas originales, sino que las evoca. Evoca un momento que quedó marcado en su memoria como extracción. Ella ha sido muy crítica a

⁵⁹ Entrevista y conversaciones con Emma Ortega para la autora, febrero de 2023.

⁶⁰ Ambos proyectos fueron ejecutados durante el sexenio de Adolfo López Mateos y fue un parteaguas para la arqueología de estado, ya que por las enormes dimensiones de los proyectos, aumentó la participación y profesionalización de arqueólogas, arqueólogos y estudiantes. A su vez, es un referente en la reconstrucción monumental profesionalizada por Jorge Acosta, como se verá a continuación. Al respecto de estos proyectos se puede consultar el valioso trabajo historiográfico de Verónica Ortega Cabrera y José Humberto Medina González (2021; 2020).

las prácticas arqueológicas. La historia de su familia está marcada por la arqueología: el lugar en el que vive, a lo que se dedica, lo que ve todos los días y lo que cree. Su familia y vecinos fueron expropiados para la conformación de la ZAT, a su vez, trabajaron en las excavaciones, donaron piezas y viraron sus prácticas económicas al turismo.

Emma Ortega: Antes vivía la gente adentro. Fíjate adentro y hay como melgas. Eran dueños de melgas, de terrenos, eran dueños. Eso era propiedad privada que no existían tampoco papeles, nomás decían: “esto te heredo y hasta aquí pinta tu raya y todo”. Cuando el INAH hace las expropiaciones, ¿tú crees que les haya pagado? Si no había papeles.

Beatriz von Saenger: Lo que sé es que les prometieron puestos en dependencias.

E: Y ni puestos, das el cajón, das tu derecho, punto. Me acuerdo que en los noventa me decía una vez Matos Moctezuma: es que ustedes son paracaidistas. Y le digo, Matos, párateme ahí –así me le enfrenté–, párateme ahí. En la historia, tú que tienes acceso a los archivos nacionales, ahí busca y vas a ver que somos pueblos originarios, no somos paracaidistas, somos pueblos originarios de aquí.⁶¹

Doña Emma lamenta constantemente lo que llama falta de identidad de la gente de Teotihuacán, ella es de las pocas pobladoras que promueve el reconocimiento como pueblos originarios y herederos de los vestigios arqueológicos. También es de las pocas que aún convivió con una población que hablaba náhuatl en la región y en su discurso la lengua tiene una relación directa con la legitimidad en el uso de los vestigios para prácticas espirituales como herencia y propiedad en Teotihuacán. En este sentido, estar frente al altar con ella significa la evocación a una excavación exhibida. No son solo las personas habitantes de Teotihuacán o sus compañeros de las danzas quienes acuden a Techinanco y ven el altar, también lo frecuentan turistas cuando esa parte del restaurante es habilitada. El altar funciona como un atractivo turístico para quienes están interesados en conocer las prácticas locales de sanación y espiritualidad asociadas en muchas ocasiones a los grupos *new age*, sin embargo, en ese meollo de deseos de consumo es interesante que, para entender lo exhibido en ese espacio, haya que reconocer las prácticas arqueológicas como formas de extracción y despojo de piezas que son valorizadas como parte del territorio.

⁶¹ Entrevista para la autora, octubre de 2020.

evocar

1 tr. Recordar algo o a alguien, o traerlos a la memoria.

2 tr. Dicho de una cosa: Traer algo a la imaginación por asociación de ideas.

3 tr. Llamar a un espíritu o a un muerto.

En una entrevista que grabé con doña Emma se sumó brevemente uno de sus nietos, quien pasaba a saludarla. Estábamos frente al altar tomando agua y charlando, él sumaba algunas anécdotas de su abuela con otros relatos que sus abuelos le habían contado, todos asociados a las relaciones que habían mantenido en su familia con agentes del INAH y la administración municipal.

Nieto: Y por ejemplo, lo que me decía el abuelito, que había muchos teocallis [templos] y el mismo gobierno, hace muchos años, vino a derrumbarlos, que se querían llevar las piedras, las derrumbó.

Emma Ortega: Un día una señora me dice: ay, usted cuida las pirámides como si se las fueran a llevar. ¡Sí, porque sí se las llevan! ¡Las enumeran y se las llevan! [...] Saqueo en México nunca se ha acabado ni se va a acabar. En todo nuestro continente está lleno de vestigios. Como le dije a Matos [Moctezuma], ¿qué darías por estar viviendo donde yo vivo? A mí me tocó vivir aquí: nacer, vivir y morir aquí. A ti no. Pero así me dijo la señora esta, que los cuidaba yo como si se los fueran a llevar, le dije: sí, son capaces, y si me dejas abrir la boca hablo más. Y no hablaba yo, nomás calladita, pero cuando les decía, les decía, órale, ahí les va.

Es una obligación de todos los originarios de estos pueblos, de este lugar de este valle, cuidar nuestro centro ceremonial, pregunta ¿quién lo hace? [se enoja]. Nada más quiero preguntarte: ¿quién lo hace? Nadie. Que, si se están llevando las piedras, hasta te ayudo a cargarlas. Teotihuacán se está desmonorando, los escalones se están desgranando.⁶²

Así como doña Emma, muchas personas en Teotihuacán coinciden en que hubo una extrema expoliación de piezas arqueológicas. Incluso, historias en las que se menciona que los arqueólogos contrataban artesanos de la región para falsificar piezas originales, ingresarlas como legítimas a los archivos y posteriormente vender las auténticas a coleccionistas extranjeros. Teotihuacán es el ejemplo de la excavación extensiva ya criticada por Luis Vázquez en *El leviatán arqueológico* (2003) y mencionado en el capítulo anterior.

⁶² Entrevista para la autora, octubre de 2020.

Aunque en términos científicos, durante el periodo este proceso funcionó en la dinámica de acumulación de piezas como una forma de muestra y administración de los vestigios, como crecimiento de la profesionalización arqueológica, en términos locales, resaltan las narrativas sobre la abundante presencia de arqueólogos en la zona como agentes estatales. En la narrativa fluctuante de un sector se sostiene que hubo una profanación a la zona, no sólo por las expropiaciones a las familias originarias y la excavación con poca información a la población, sino también por las formas cuestionables de reconstrucción de los monumentos. Sin embargo, el relato no es binario en absoluto, ya que las relaciones entre profesionales de la arqueología y habitantes es contingente, estrecha y cotidiana, como se verá más adelante.

Cercanamente se mantienen actos disruptivos ante un relato unificado en la historia de la zona, como el de doña Emma al construir un altar como un acto de restitución ante una profanación a los vestigios y a Teotihuacán como un territorio consagrado. Pero a su vez, es importante pensar contemporáneamente el investimento estatal de la patrimonialización como una forma de consagración, ante la cual, el acto de doña Emma se presenta como una profanación dentro de la formación de la ZAT como parte del misticismo de la soberanía (Taussig, 2015, p. 30) instalada en el terreno del tiempo, específicamente del pasado.

Profanar es un acto que se mantiene en relación a la consagración. Mientras que la consagración extrae una cosa de la esfera humana para convertirse en representación de dioses, la profanación es su acto inverso: extraer o retraer la cosa a lo humano (Agamben, 2005). Siguiendo esta idea, el contacto, la piel interactuando, es el medio de la profanación, ya que es el uso de la cosa, la ruptura de la esfera sagrada, lo que establece un uso que es negligente con la relación que existe con los dioses. Ese uso también se relaciona a la superposición de un valor sobre la cosa sagrada, que rompería su condición aurática. “¿Qué es propiamente el aura?” –lanza Walter Benjamin (2003, p. 47) en “La destrucción del aura”– “Un entretejido muy especial de espacio y tiempo: apareamiento único de una lejanía, por más cercana que pueda estar”. El aura en Benjamin se encuentra en decadencia por la demanda de las masas de acercarse a las cosas en imagen y más aún en copia, lo que la reproducción permite. En uno de los textos póstumos de Benjamin en relación a la operación contemporánea de consagración-profanación, retomado por Agamben (2005, p. 107-108), propone pensar al capitalismo como religión, una dimensión misticista. En este contexto, la

religión capitalista reproduce constantemente el acto de sacralización que es un acción de separación del objeto de lo popular, de lo no burgués, negando su uso. Retomando a Benjamin con la idea de la religión capitalista, la separación sucede en la fase extrema del capitalismo que es el espectáculo. Es decir, que la separación de un objeto –ritualizada a partir del sacrificio– es llevada a la consagración ya no en términos religiosos, sino a la consignación de la exhibición y el consumo desigual. Es decir que la patrimonialización como acto de separación produce que la ZAT sea percibida como un templo en constante tensión entre la consagración y profanación (Hernández Martínez, 2017). Difuminando así estas separaciones dialécticas (la institución consagra, la población profana), sino complejizando las operaciones de manera contextual, dependiendo del momento político y el interés que se tenga sobre las cosas.

Siendo así, los pedazos arqueológicos, cosas asociadas al entretejido de espacio y tiempo de la patrimonialización, manifiestan en su materialidad una doble tensión: al ser separados para su exhibición, resguardo o consumo como mercancías del turismo son consagradas por el Estado y, por lo tanto, su contacto y posesión resultan peligrosos por ser profanadores, a la vez, repositivos a lo “mundano”. Así, menciona Cuauhtémoc Nattahí Hernández (2017, p. 132) sobre el pensamiento de Agamben:

La profanación sería, por contra, aquel acto que libera lo que ha sido capturado y confiscado a través del dispositivo de la separación; se trata de un acto simbólico y práctico que arrebató lo que había sido separado para restituirlo a un posible uso común. Así, por ejemplo, el contacto profano que quita el halo sagrado que la consagración había puesto en las cosas religiosas; se trata de un contagio profano que desencanta y devuelve a la esfera profana lo que había sido despojado.

Emma Ortega presenció un uso que se le dio a las cosas enterradas asociadas a los muertos y a la relación que construyó con los *zacuallis*, o templos, como ella llama a los monumentos. A partir de ahí, en su adultez, construyó un acto repositivo hacia lo sagrado concreto, en uso, en su relación contingente y territorializada. En este caso es relevante pensar la relación que establece doña Emma con las cosas que vio en esa excavación y cómo podemos entender, a partir de estos actos de consagración-profanación, las relaciones que se mantienen entre las personas y las instituciones en contextos de arqueología de Estado. Es decir, allí donde la administración de las narrativas sobre el pasado nacional son materializadas debajo, a un costado o sobre las personas. Mientras que la arqueología

arqueologizó los territorios de México (Vázquez León, 2003), estas prácticas de evocación y reconocimiento de las piezas en su contexto territorializan la arqueología.

¿Cómo ocurre este dispositivo de separación en términos materiales y concretos como una experiencia con la arqueología? Es decir, ¿cómo fue que doña Emma consideró una separación a esa excavación y las que siguieron, como un acto significativo para un lugar que le era cercano, pero no propio? ¿Por qué resultó tan significativo para ser narrado ahora como un despojo? En este caso, existen distintas respuestas: 1) porque había visto ese tipo de piezas antes de las excavaciones y las había valorizado en su contexto local; 2) porque había visto otras excavaciones arqueológicas y conocía su valor a través de la mirada arqueológica; o 3) por las relaciones espirituales de su entorno con la zona, que habrían considerado importante no excavar ningún entierro. En el primer y tercer caso existe una asociación directa a la cosa y en el segundo una asociación a la práctica científica extendida. Podría, en este caso, haber entrado en el debate sobre la validez de la percepción de lo sagrado para Emma Ortega y aquellas personas que se inscriben en el amplio espectro de los grupos *new age* como concheros o parte de la mexicanidad, parte de un amplio efecto de las políticas multiculturales de inicios de milenio que significaron procesos alterofílicos y alterofóbicos en términos de racialización, clase y género.⁶³ Sin embargo, para el caso de la gestión de la pedacería propongo acercarme a partir del análisis de la construcción del discurso patrimonial y el papel de las cosas como una complejidad para la administración. Lo que sí tiene relevancia es pensar en los actos que establecen las personas no arqueólogas y habitantes de Teotihuacán con las piezas. Donde la arqueología hegemónica en México taxonomiza la pieza para su registro y posterior resguardo como una reliquia al interior de un templo estatal, las personas que habitan Teotihuacán realizan una mimesis del acto a partir de un dispositivo distinto: el de la profanación.

Así, rumiando la idea de consagración y profanación cruzando la argumentación de Agamben y el acto de Emma Ortega pienso que la consagración y profanación complejizan algunos argumentos sobre la relación que existe entre los habitantes y los agentes del estado del INAH, como tensión entre la “sociedad y la institución”, una clasificación usada para

⁶³ Sobre este tema recomiendo el trabajo de Renée de la Torre (2018) quien tiene diversos trabajos dedicados a reflexionar sobre las tensiones que genera la forma de expresión religiosa de distintos grupos de danzantes y concheros en México dentro de la mexicanidad como una religión ligada a símbolos nacionalistas y las políticas contemporáneas de multiculturalismo neoliberal.

analizar las relaciones contemporáneas en Teotihuacán sobre el patrimonio. El antropólogo y arqueólogo Jaime Delgado es quizá el autor que más se ha dedicado sobre la relación contemporánea de la población hacia la zona. Sus argumentos han sido ampliamente validados dentro de la academia arqueológica preocupada por la vinculación de la sociedad, pero también en la administración de los planes de manejo de la ZAT.⁶⁴ En diversos artículos de Jaime Delgado (2008, 2010; 2005; 2017) se ha mantenido la idea de la diversidad de intereses que existen en el uso, manejo y aprovechamiento de la ZAT, la cual está en constante debate, sosteniendo que el problema para la conservación del sitio se encuentra en la población cercana:

Presentamos aquí uno de los aspectos que por décadas han dinamizado este sistema patrimonial y que extrañamente ocupa un lugar secundario dentro de las preocupaciones académicas e institucionales. Nos referimos a las prácticas sociales de acceso y uso del patrimonio por parte de las comunidades contiguas a la zona arqueológica, que no sólo han reclamado el acceso al recurso material que deja el turismo, sino que han construido diversas estrategias para acceder a éste, por vías legales y factuales, muchas veces a contrapelo de las políticas públicas en materia de protección. Se trata de un poder factual de índole comunitario, que no sólo ha cumplido con el propósito de lograr los “usufructos económicos” derivados de la derrama turística dentro de la zona arqueológica, sino que también ha construido una serie de prácticas de evasión de la normatividad del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) —centrada en los permisos de construcción en zonas de alto potencial arqueológico— que permiten a los pobladores construir casa o negocio con relativo “éxito” para sus intereses, pero a costa de la destrucción de este bien público (Delgado Rubio, 2017, p. 30)

En este sentido, hay una presente separación entre los habitantes y los vestigios, donde los primeros resultan contraproducentes para los intereses de conservación de los segundos. En el capítulo anterior he mencionado el uso de lenguaje bélico durante las excavaciones a principios del siglo XX en Teotihuacán, y así será importante seguirlo retomando como una herencia importante que la arqueología mexicana contemporánea no ha transformado, prueba de esto es el lenguaje de ilegalidad y daño que se le atribuye constantemente.⁶⁵ Sin embargo, me parece importante remarcar que el discurso de la

⁶⁴ En el documento *Zona Arqueológica de Teotihuacán. Plan de Manejo 2010-2015* (2010) Jaime Delgado fue uno de los redactores, donde se remarca constantemente el “crecimiento urbano” como una de las principales problemáticas para la conservación de la zona, tal crecimiento es asociado de manera generalizada a la población.

⁶⁵ Al respecto, recomiendo el análisis de Mónica Salas Landa (2024) en el libro *Visible Ruins*, donde aborda las relaciones de desigualdad de clase y racialización establecidas en El Tajín, Veracruz, entre los habitantes y agentes del INAH tras el despojo de tierras.

separación se sostiene sobre la idea de que la población es responsable del deterioro del patrimonio arqueológico. Incluso, cuando la misma población organizada, como el Frente, han denunciado que son las concesiones irregulares del INAH hacia empresas privadas, las que no contemplan la conservación (*Al rescate de Teotihuacán. “Lugar donde los Hombres se convierten en Dioses,”* 1995; Vázquez León, 2003; von Saenger, 2021).

Es en esta franja de tensión y conflicto sobre la extracción de piezas que residen distintas formas de resguardo de la pieza, donde la conservación como pilar de la arqueología entra en cuestión al funcionar como un discurso estratégico de discriminación y administración social (Crespo, 2022). Aunque los mecanismos sean diametralmente distintos, pienso ¿no hay una operación similar entre los arqueólogos y los pobladores? El encuentro, la excavación, la taxonomización, el resguardo y administración de la pieza se sostiene en el caso de la pedacería. Quizá lo que ha diferenciado a los habitantes es la ausencia de la excavación extensiva, así como la cantidad de recursos destinados a ello. El acto de acumulación existe y el discurso se enmarca en el mismo contexto de patrimonialización. A diferencia de los argumentos sostenidos por el arqueólogo Jaime Delgado, me parece que para realizar un análisis más propositivo es importante no reproducir los discursos bélicos sobre los habitantes, para este análisis y para ninguno, sino enfocarse con esa mirada microscópica que exigen los pedazos en las formas de experimentación del pasado. Esto, por un lado, permite complejizar relaciones históricas y territoriales en Teotihuacán, y por otro, apunta a reconocer la importancia de los habitantes en la defensa de los vestigios no por sí mismos, sino como parte de su lugar de origen, de su vida presente, pasada y futura.

Agamben menciona que “la potencia del acto sagrado reside en la conjunción del mito que cuenta la historia y del rito que la reproduce y la pone en escena” (2005, p. 100). Pero ¿dónde reside el mito y el rito al que nos referimos? Mientras que Emma Ortega puede considerar a la excavación una profanación de un lugar sagrado con el que convivía cotidianamente y que se volvió significativo para su vida; un agente del Estado, en este caso un arqueólogo, puede considerar el altar una forma de profanación a la ley sobre el patrimonio. Sin embargo, recordando la advertencia sobre el capitalismo como religión y la ZAT como un templo estatal, los pobladores no tienen los mismos mecanismos de consagración y, por lo tanto, de exhibición y consumo. Es decir, la estrategia de consagración del Estado como mito y sus acciones como ritos efectivos son mucho más potentes, tal es el

caso de la patrimonialización. En muchas ocasiones los habitantes son obligados a vivir en secreto las prácticas espirituales en torno a los vestigios o recibiendo comentarios muchas veces racistas al respecto, restando esa experiencia como una forma de mandato de olvido sobre una parte fundamental de la relación con el territorio como un entramado de relaciones humanas y no-humanas (Krenak, 2023). Por lo que los actos de evocación son interesantes como territorializaciones de la arqueología.

El altar de Emma Ortega no incurre en la ley, sin embargo, evoca a la excavación como una operación que establece una lejanía con las piezas y retoma performáticamente una cercanía. La evocación da sentido a la territorialización de la historia de Emma Ortega, como menciona Carolina Crespo (2012, p. 44):

Las historias narradas alrededor de los sitios arqueológicos evocan acontecimientos desarrollados en lugares específicos a la par que sitúan o territorializan las historias. Los recursos arqueológicos son restituidos así en narrativas que, más allá de operar en el tiempo, intervienen en la significación del espacio, discutiendo presencias y expropiaciones ligadas a un territorio [...]

Este acto de composición de un altar tan potente como el de doña Emma abre la posibilidad de pensar nuevamente en las formas contingentes y normativas en las que se relaciona el Estado con la sociedad a través del discurso patrimonial sin caer en aseveraciones criminalizantes. En este caso, me parece interesante pensar en la pedacería como una materialidad vibrante, susurrante, escurridiza y difícil de domesticar como una metonimia de lo que para el Estado es aquello que no alcanza a separarse completamente, que se fuga de la normatividad y que, como menciona Carolina Crespo (2012), es constantemente restituido en las narrativas sobre el espacio.

La producción de templos de la nación: arqueologización del territorio

El 20 de septiembre de 2022 el INAH inauguró el Simposio “Proyecto Teotihuacan: sesenta años 1962-2022” en el Museo Nacional de Antropología.⁶⁶ Este primer día de cuatro, que conformaba el simposio, se presentaron varios ponentes que se centraron en personajes

⁶⁶ Todas las conferencias y actividades realizadas alrededor del simposio pueden ser consultadas a través del canal de YouTube INAH TV. Recomendando particularmente la conferencia inaugural del arqueólogo Eduardo Matos Moctezuma, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ah0-i955e1Y> (consultado el 8 de enero de 2023).

relevantes para el proyecto y las orientaciones políticas que posibilitaron el primer gran proyecto de la arqueología oficial en México. El simposio empezó con la participación de Eduardo Matos Moctezuma, ya mencionado en el relato de doña Emma, quien siendo joven fue llamado a trabajar al enorme proyecto –como muchos otros arqueólogos y arqueólogas en formación de la época–. Relata que en 1962 el presidente Adolfo López Mateos promovió una inversión *sui generis* para un proyecto arqueológico que consistió en destinar 17 millones de pesos por decreto presidencial para la restauración de la Zona Arqueológica de Teotihuacán. Muchas prácticas arqueológicas del momento fueron aplicadas para este proyecto: la investigación de cerámica liderado por Florencia Müller⁶⁷, los estudios sobre el paisaje y el ecosistema, entre otros. Sin embargo, dos prácticas fueron centrales: la excavación (para la extracción de piezas) y la restauración (para la reconstrucción de los montículos).

Matos Moctezuma termina su charla, rodeado de aplausos y da paso a los demás ponentes. En su participación y en las subsecuentes resuena un nombre central en la historia contemporánea de Teotihuacán: Jorge Acosta. Un arqueólogo oficialista total. Resuena porque fue uno de los principales investigadores encargados del proyecto, el día se centra en su trabajo. Sin embargo, también se menciona un tema: la crítica constante a su perspectiva de arqueología monumental, crítica que también sostiene Matos Moctezuma. Así, se filtran en los powerpoints de las presentaciones fotos como las de a continuación: el paso de las ruinas a los monumentos gracias a la perspectiva de Acosta.

⁶⁷ La arqueóloga Florencia Müller es considerada una de las pioneras en el análisis de cerámica en Teotihuacán. Su colección es una de las más completas sobre diversas zonas y se encuentra alojada en el DCAC. Al respecto sugiero consultar la nota “El INAH recataloga las colecciones de los pioneros de la arqueología en México” donde se narran las acciones que realizan en el DCAC, disponible en: <https://inah.gob.mx/boletines/el-inah-recataloga-las-colecciones-de-los-pioneros-de-la-arqueologia-en-mexico> (consultada el 15 de diciembre de 2023).



Fotografía 25. Cuadrilla de trabajadores durante el proceso de exploración de un montículo, núm. de inventario 371862, Fototeca Nacional del INAH.



Fotografía 26. Edificio 5 Plaza de la Luna Trabajos de restauración, Fondo Jorge R. Acosta, Fototeca Nacional del INAH.

Ambas fotos las recuperé posteriormente tras el encuentro visual en el simposio. Presentan cuadrillas de trabajadores en un montículo de lo que ahora se conoce como la calzada de los muertos. En la primera, una fotografía tomada en 1961, se está llevando a cabo un trabajo de excavación superficial sobre las ruinas. En la segunda, tomada en 1962, podemos ver la construcción de la fachada de, lo que allí “empieza a tomar forma” de monumento.

Durante toda la tarde del simposio, Matos Moctezuma participó entre ponencias para insistir en que él estuvo en total desacuerdo en la reconstrucción monumental liderada por Jorge Acosta ya que no se relacionaba con la restauración. Así también Ortega-Cabrera y Medina-González (2020) mencionan que fue sumamente criticada esta técnica, ya que entorpecía la investigación arqueológica, a la vez que no estaba basada en ningún sustento arqueológico, sino que se sustentaba principalmente en una perspectiva estética monumental orientada a la reconstrucción de montículos engrandecidos para favorecer la visita, lo que Ann Laura Stoler (2013) llama nostalgia imperial traducida en la producción de ruinas como una marca colonial e imperialista asociado al poder soberano. Este relato sobre Jorge Acosta se relaciona en las charlas con las fotografías, las cuales son parte de la colección de este arqueólogo ¿qué hay ahí? ¿Por qué se expone, precisamente en un simposio que celebra el primer gran proyecto de la arqueología oficial, que lo que conocemos como Teotihuacán es parcialmente una mentira?

Quizá porque ahora se hace evidente que uno de los grandes efectos de esa visualidad –en términos de Mirzoeff (2011)– producida por el Estado-nación no permite ver la historia que los y las arqueólogas obsesivamente indagan. Sino que, por otro lado, sólo deja ver ficciones e imágenes fijadas de lo que resulta una especie de función escópica de la pirámide: “una fragmentación visual capaz de evocar un todo *sin mostrarlo*”⁶⁸ (Rufer, 2023, p. 9). La reafirmación de la arqueologización del territorio como práctica de poder instaurada como discurso y práctica. Quizá también porque, como insistió Matos Moctezuma en el simposio, la arqueología monumental no permitió profundizar en las indagaciones sobre la sociedad teotihuacana y ahora los arqueólogos deben sortear su precario trabajo frente al uso principal de la zona: su exhibición y consumo a través del turismo. Es decir, la producción evidente de templos consagrados para el Estado-nación capitalista. En este caso, es importante notar

⁶⁸ Las cursivas son del autor.

cómo las relaciones de poder instauradas en Teotihuacán a partir de la arqueologización del territorio también afectaron, a la larga, a profesionales de la disciplina

Es interesante cómo este cruce entre un evento evocativo y las imágenes apeladas conectan a la pedacería y lo que dicen de Teotihuacán, como una ruta por indagar para continuar entendiendo los mecanismos de uso del pasado por parte del Estado⁶⁹. Es un pasado a reivindicar, a sostener, a explotar, a consumir, a vender. ¿A qué tipo de pasado apelan los templos como Teotihuacán, Monte Albán, Palenque o Tula (todas intervenidas por Acosta) tras su producción moderna, ficticia y nostálgica? La reconstrucción provocó una domesticación de los vestigios para el uso total de los aparatos estatales, a la vez que aquellos que los orbitaban fueron consignados a los museos, bodegas y archivos. Por este motivo, es interesante pensar en aquellos pedazos que no se encuentran en estos circuitos, que habitan de manera cercana en términos espaciales, pero no acaban de ingresar ni tener la misma marca.

Las fotos antes presentadas no nos cuentan en sí mismas el proceso de ficción, sin embargo, gracias a las ponencias del Simposio del INAH es posible conectar, por este montaje, en la función escópica que las pirámides, como monumentos destinados al misticismo del Estado, templos que ofrecen discursos y proyectos culturales de la nación. Es la función que propicia, como menciona Paula López-Caballero (2010), el pasado prehispánico sea el pasado de todos los mexicanos. Incluso, un pasado construido con el trabajo precarizado de habitantes anonimizados en las fotos mostradas anteriormente.

Los encuentros cotidianos: territorialización de la arqueología

Tianguis

Mientras transcurrieran mis visitas al DCAC a inicios del 2023, tocando diversas piezas arqueológicas, entre ellas la colección de cabezas de Teotihuacán, tuve una experiencia particular con piezas muy similares en un paisaje totalmente distinto: un tianguis. Una tarde de marzo fui a comprar verdura a uno de los tianguis más famosos y surtidos de la región.

⁶⁹ Aquí no entran aún otras complejidades: la percepción y uso local de los habitantes; el uso mercantilista de los grandes capitales turísticos y el uso extractivista de grandes proyectos de infraestructura paralelas a Teotihuacán.

Mientras iba caminando por el inicio del tianguis con mi madre, me detuve en un puesto de chácharas instalado sobre dos mantas en la calle. Para mi sorpresa, ante mí, había una colección bastante amplia de fragmentos arqueológicos o tepalcates, rodeados de otras imágenes católicas como estampas y medallitas. Dentro de esta colección encontré varias cabezas de personas y animales, en este caso no estaban encimadas ni apretujadas en una bolsa, escondidas en una caja. Estaban expuestas para su venta al igual que collares, anillos, cadenas, monedas antiguas y figuras de santos. El vendedor me invitó a acercarme y checar la mercancía, a tomar la que gustara.

Primero tuve miedo: ¿es esto un delito? ¿Debería de comprar piezas si mi investigación es precisamente sobre este tema? Le pregunté rápidamente a mi mamá qué pensaba. No me respondió, sino que volteó a ver al vendedor y le preguntó el precio de las piezas. “Veinte pesos la chica, cuarenta la grande, escójale”. Mi madre me miró denotando que le parecía un precio justo.

Me incliné y las observé para después tocar aquellas que me llamaban la atención. Le pedí a mi madre que escogiera una que le agradara, pero se negó, después me contó que no le parecía acercarse a esas piezas porque no se sabía de donde venían y podían ser peligrosas (en términos espirituales). Escogí dos chicas, las seleccioné pensando en que fueran parecidas a las que había visto en el DCAC, ya que pensé que eso aseguraría que estuviera ubicando una pieza original y no una réplica falsificada. Así, posteriormente confirmé que es posible que sean originales y que aunque fueron adquiridas por una transacción monetaria (de \$20 MXN por cada pieza) es posible que las registre ante el INAH para que pasen a su resguardo, como todas las piezas encontradas a lo largo de esta investigación.

Ahora estas dos piezas viven en mi casa. Me impactan bastante y por semanas las mantengo en la misma bolsa donde las compré, confieso que mi mayor temor es que, dentro de la vorágine de la investigación, haya incurrido en comprar una pieza, aunque me haya parecido un acto mínimo por el precio y el contexto. Sólo las saco una vez para enseñárselas a una arqueóloga conocida que me indica que una es original, mientras que la otra no lo parece. Me sugiere quedármelas mientras dura la investigación y luego registrarlas ante el INAH. Estas cabezas entraron de contrabando, en la bolsa de mi pantalón, al DCAC, donde estuvieron a centímetros de encontrarse con otros fragmentos. Sin embargo, no las saqué por miedo y por pena.

Ahora, dos cabezas se suman a mi pequeña colección de encuentros en Teotihuacán que rondan por escenarios poco exhibitorios. A veces están a la orilla de mi librero junto a objetos que me han regalado, otras sobre un ropero. Debo admitir que todavía me dan algo de miedo. Hace poco les prendí una vela como hacen las arqueólogas del DCAC cuando un fantasma les acecha, aunque no me ha pasado nada. Pensaba en su potencial para iniciar conversaciones y empecé a acudir a entrevistas con ellas para que, cuando se lograra un momento de confianza, pedirle a la persona dueña de una colección, de un altar o trabajadora del INAH que me aconseje qué hacer con ellas. En todo caso, me recomendaron tratarlas con respeto y algunas personas me sugirieron registrarlas o regalarlas. Ahora el mayor miedo que me genera tenerlas es en realidad legal, aunque son pequeñas, posiblemente falsas y fueron baratas, entiendo que comprar vestigios arqueológicos es ilegal. Mientras escribo este apartado pienso en borrarlo, anonimizarlo como los otros relatos sobre piezas.

Estas piezas se encuentran completamente descontextualizadas en su sentido arqueológico, por lo que no adquieren una dimensión presente en los discursos de patrimonialización hasta que finalice el registro de ellas ante el INAH. Sin embargo, a pesar de la complejidad de tener una pieza como un delito y a la vez un posible acecho, me resulta atractivo indagar sobre la forma de hospitalidad del ingreso de una cosa con estas características a un hogar. Es decir, el gesto no sólo de encuentro, sino de asumir una relación hospitalaria de resguardo en el hogar.



Fotografía 27. Composición de encuentro de figuras en un tianguis. Fotografías propias.

Como he mencionado anteriormente, en Teotihuacán existen distintas prácticas de resguardo de las piezas que dependen de la dimensión de la cosa y la relación contingente que cada persona establece con ella. La Comunidad Kaqchikel de Investigación, en Guatemala, ha realizado un ejercicio de análisis interesante de la relación que establecen las personas, en este caso en contextos comunales, con el encuentro de piezas arqueológicas en su territorio. No pretenden, por ejemplo, invalidar el conocimiento arqueológico que también ha nutrido de argumentos a la comunidad y a su historicidad, pero sí intentan “demostrar que el pasado no se construye de una sola manera, sino de múltiples formas, de acuerdo a las experiencias e intereses de los grupos sociales” (2018, p. 75). En este sentido, retomo esta premisa, junto a las prácticas locales de hospitalidad de las piezas que suceden tanto en Cerritos Asunción, Guatemala, así como en las comunidades locales de Teotihuacán que tienen un constante encuentro con piezas para pensar la operación que la arqueología de Estado postula de interioridad patrimonial sobre las cosas. Ver la grieta de la operación, es decir, otras relaciones contingentes que proponen que las cosas tienen una exterioridad, nos permite entender que una cosa no es un patrimonio dado ni una pieza sagrada dada, sino que requiere de una operación donde la cosa y las personas, en un acto de territorialización, establecen una relación contingente. Es decir que, a pesar de la legislación patrimonial colonial y la violencia sobre las personas a partir del uso de los vestigios, estos últimos mantienen de manera contemporánea relaciones históricamente contingentes. Por lo que no tienen una esencia patrimonial, sino una red de ensamblajes completos en un espacio donde son usados para establecer discursos políticos sobre la propiedad, la herencia y la memoria. Por eso, el acto de hospitalidad requiere también, una exterioridad de los sujetos para decidir establecer ese acto como una legitimidad del discurso patrimonial o una crítica emergente.

Mi vecina la pirámide

Son inicios de 2024 y voy a visitar al hijo de una excompañera de puesto, de cuando trabajaba en el tianguis de artesanías de los fines de semana en San Juan Teotihuacán. Su familia, como muchas otras de Teotihuacán, es artesana de obsidiana, aunque él no vive de ese oficio, desde pequeño aprendió las redes de producción y mercado, en la actualidad a veces ayuda en el taller familiar. No nos conocemos tanto porque vive en la ciudad, pero por años hemos establecido vínculos cercanos de vecinazgo y suele venir a Teotihuacán todos los fines de

semana. Voy con él porque escuché una historia que me pareció muy interesante: que tiene la habilidad de encontrar piezas. Así pues, lo entrevisto, advirtiéndole desde el inicio que, por acuerdo mutuo, lo narrado quedará en anonimato.

Le pregunto cómo suceden sus encuentros con las piezas, sabiendo que es una persona con esa “habilidad”:

Siempre han sido casuales, pues vas caminando y te encuentras una figurita, o encuentras algo en los caminos. Siempre que venía caminando de la escuela, me venía por el panteón, por las nopaleras, pasaba los campos de cultivo y así, y encontrabas una figurita, un tepalcate, una carita, un bracito, un pedazo de olla, la orejita de la olla. Aunque más son las caritas pequeñas, teotihuacanas, que al final, si te das cuenta, son unas figuras muy arcaicas, una rallita del ojo, una de la boca y es lo básico. Hay unas que sí son muy elaboradas que encuentras que tienen su vestimenta completa, que están dentro de un guerrero jaguar, hay unas más padres y te emocionas, y empiezas a rascar y le sigues buscando. Igualmente en las construcciones de las casas se encuentran piezas. Quizá no se le da el correcto resguardo, pero lo mantienes aquí, lo tienes en tu casa y lo mantienes, yo creo que es algo sentimental, porque dices: yo me lo encontré, salió en la construcción de mi casa. Pues esa situación que sí te genera mucha emoción.⁷⁰

Así, me cuenta algunos encuentros significativos en su vida, todos cercanos a su casa de la infancia. En una ocasión, por ejemplo, acompañó a un tío a la construcción de una barda que estaban haciendo en su casa, mientras rascaban para poner poner unos pequeños cimientos encontraron un drenaje prehispánico: “podías ver incluso cómo corría el agua, es un drenaje que tiene siglos y sigue funcionando mucho mejor que nuestros drenajes”. Después de verlo lo taparon e idearon una barda distinta. En otra ocasión fue con unos compañeros del trabajo a la zona arqueológica, donde les dio un breve tour. Como muchas personas de Teotihuacán, evitó la larga y tortuosa caminata por la Calzada de los Muertos y les propuso caminar por la parte trasera de la Pirámide del Sol, cerca del museo de sitio. Allí, mientras caminaban, él se encontró una cabecita. Sus amigos se emocionaron, porque incluso en la zona, donde todo estaría excavado, se encontró algo.

¿Cómo surgió este gusto o esta experiencia? Pues desde niño, realmente desde niño, que sales y andas buscando. Que encuentras una pieza, la enseñas y todos se emocionan, todos empiezan a hacer conjeturas de cómo se vería si estuviera completo, si es un brazo o un piecito. Será muñeco, una muñeca o algo más elaborado. Así empiezas a buscar. Es muy emocionante encontrar en todos lados. Pero también no hay que estar rascando tanto, porque a veces no sabes qué te vas a encontrar, a veces te encuentras huesos y ahí sí te da miedo, no vaya a ser una mano o un pie. Y así decían: si rascas te puede hacer daño, por lo que aspiras, te puede hacer daño. Entonces ahí no rascas. Pero bueno, es como un juego, desde niño, pero

⁷⁰ Entrevista para la autora.

siempre cosas pequeñas. Hay gente que luego te cuenta que encuentra piezas grandes y que las ha vendido, pero eso no está bien porque deberíamos de tener un correcto resguardo. A lo mejor, no sé, que puedan registrarlas y tenerlas a resguardo. Pero yo no me he encontrado piezas elaboradas.⁷¹

Mientras hablamos de este tema le cuento de otra entrevista que hice, donde una persona me contó que, motivado por el arqueólogo Jaime Delgado, hizo la solicitud para el registro de sus piezas, con la ilusión de que esto promoviera que la gente “saque y hable” de sus piezas, como una característica comunitaria. Sin embargo, de todas sus piezas sólo le registraron una y las demás no las consideraron de “suficiente valor”, lo cual indignó a esta persona, para quien las piezas eran bastante significativas. Sin embargo, anotaron las piezas que tenía y le indicaron que, de saber que tenía más o menos, estaría incurriendo en una falta. Esto lo indignó aún más, porque se lo indicaron hasta el final del trámite y, aunque ahora es



Fotografía 28. Registro de pieza en Teotihuacán. Fotografía propia. 23 de abril de 2024.

custodio, me comentaba que es inevitable dejar de encontrarse piezas: ¿ahora qué debe hacer? ¿Dejarlas? ¿Tirarlas? ¿Tenerlas ahora en un secreto mayor? Las piezas siguen resguardadas entre materiales de un taller de trabajo, entre cintas y esmeriles. No son centrales en el espacio íntimo, son parte, porque dan cuenta del lugar y de la construcción de su taller, del cual vive.

Después de contarle esta anécdota me comenta que no sabía sobre esa restricción a tener más piezas y le parece absurda, ya que es como pedirnos “que nos congelemos”.

⁷¹ Entrevista para la autora.



Fotografía 29. Pieza resguardada y registrada. Fotografía propia. 23 de abril de 2024.

Volviendo a la primera narración, este vecino me cuenta que tuvo grandes encuentros en su casa porque cerca de ahí hay una pirámide, donde hay muchas piezas tiradas que todo el mundo conoce. Incluso ahí se hace la crucifixión durante la semana santa. Me sorprende porque, aunque yo misma he visto y conozco pirámides pequeñas desperdigadas por el valle, no había escuchado con tanta naturalidad que la gente estuviera tan familiarizada con la relación que existe con la potencia del encuentro de piezas. Me invita a que, cuando terminemos la entrevista, vaya a verla, está en una nopalera muy cercana a su casa, así que puedo ir caminando. Me cuenta que ahí se suelen encontrar muchas piezas porque la pirámide está abierta, es decir que está rota y que hay una pequeña placa del INAH donde se marca que ese predio es propiedad federal.

Así mismo, me cuenta que ahí también se ha encontrado flechas de obsidiana: “yo sé que son originales porque conozco el trabajo de la obsidiana y este es muy fino, requiere una técnica muy especial que nuestros esmeriles no logran, nadie de aquí lo hace”.⁷² Él asocia a

⁷² Entrevista para la autora.

sus encuentros y la capacidad de identificar las piezas a la observación, porque él se considera una persona muy observadora, particularmente cuando camina.

Le empiezo a preguntar sobre el resguardo, pensando en estas otras piezas que he visto habitando las casas de manera cotidiana, depositadas en los jardines, como decoración. Me cuenta que tienen una pieza de piedra que se encontraron, como es muy grande está en el jardín. Sobre las otras que ha recolectado:

Las tengo resguardadas ahí en una cajita, una sobre la otra. Y así todas las personas, mis tíos y tías, las tienen en una caja. La mayoría de personas las tiene así, guardaditas. Uno de mis tíos tiene una vitrina, pero la mayoría de personas las tiene en cajas y muchos a lo mejor no tienen... Bueno, mucha gente dice: es que si las ponen, viene el INAH y se las quita, o te vas a meter en problemas o te van a demandar. Y yo creo que por eso muchas personas no exhiben sus piezas, a parte de que sí se necesita tener el espacio. Yo creo que si hubiera difusión, la gente cuidaría más esas piezas, pero con un correcto resguardo.⁷³

Igualmente, aproveché para contarle que, según lo que había visto en el DCAC, tenerlos en una caja, resguardados, me parecía bastante bien. Sin embargo, remarca la idea de que si hubiera mayor información de qué hacer con ellas, las personas podrían mostrarlas más. Me comenta que a él y a su familia no les interesa venderlas, que para ellos forma parte de su historia por generaciones, siendo originarios de los pueblos de San Martín de las Pirámides y San Francisco Mazapa. Eso lo he escuchado en otras charlas con personas que me han mostrado sus piezas o hablado de ellas, son la herencia de su familia, la forma que tienen también de relacionarse con las historias de sus campos o los terrenos de sus casas.

Por ejemplo, me cuenta que los abuelos de sus vecinos fueron expropiados y les asignaron estos nuevos terrenos, pero que justo ahí es donde se encuentra la pirámide de al lado. Me dice riendo: “no importa que les hayan quitado una pirámide, ahora tienen otra. Así les pasa a muchas personas porque hay muchas pirámides por aquí, hay muchas piezas, y la gente las cuida o las guarda”.⁷⁴

Cuando terminamos agarro camino para el terreno del costado para ver esa pirámide repositiva para sus vecinos. Veo a lo lejos un cerrito, es decir, una típica pirámide teotihuacana de la vida cotidiana. Entro al terreno baldío, hay muchos nopales pequeños y temo espinarme, continúo caminando y empiezo a ver por el suelo, desperdigados, muchos tepalcates de barro. Levanto tres que tienen pigmento, pero me asombro por la cantidad, no

⁷³ Entrevista para la autora.

⁷⁴ Entrevista para la autora.

tiene sentido levantar todos, están en la tierra, es eso. Me doy cuenta que como la noche anterior granizó, la tierra está muy movida. Sigo caminando, ahora lento, viendo el piso, como hace mi vecino desde niño. Veo una piedrita redonda semienterrada, la pateo sin mucha intención, como hago desde niña. De la tierra sale una cabecita teotihuacana. Otra cabecita. Sigo, estoy emocionada y conmovida: ¿Justamente, después de esta entrevista, me vengo a encontrar esta pieza? Es hermosa. Sigo a ver la pirámide, con la cabecita en la mano sudada, llena de lodo. La pirámide está abierta, hecha pedazos, así es, tiene árboles, pasto, nopales, lagartijas, hormigas, basura y piedras encima. Es una pirámide hecha pedazos.

Secuencia de la pirámide hecha pedazos



Fotografía 30. Pirámide. Fotografía propia. 24 de abril de 2024



Fotografía 31. Pirámide por dentro. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.



Fotografía 32. Suelo con tepalcates. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.



Fotografía 33. Tepalcates encontrados. Fotografía propia. 24 de abril 2024.

La bienvenida de los pedazos

Durante mi infancia y mi adultez escuché historias de encuentros con piezas. Ahora, para esta investigación, mientras avanzaba, empecé a encontrarme en escenarios con tepalcates, como la secuencia anterior. Había gente que me compartía fotos de sus piezas o que me invitó a conocer sus colecciones. Parecía que mi interés me ponía en disposición al encuentro. Por este motivo, conocí varias colecciones y piezas desperdigadas. Me encontré a la ya clásica carita en otras colecciones, como las que habitan a montones en los archivos del INAH; también algunas piezas de piedra, puntas de lanza de obsidiana o manoplas de barro. Durante estos días alternaba las visitas a los archivos del INAH y veía piezas sumamente parecidas en contextos de resguardo sumamente diferentes. También, podía ver similitudes con algunas piezas expuestas en el Museo de Sitio de Teotihuacán.

Mientras que las piezas que residen en los archivos del INAH se caracterizan porque su registro se asocia a las excavaciones y la autoría de su marca a los arqueólogos, en los resguardos locales se percibía constantemente una abierta relación a la coincidencia y la sorpresa. No hay en la narración un orden particular de búsqueda ni excavación, sino de encuentro fortuito asociado generalmente a una especie de bendición por encontrar algo valioso, pero también miedo por poseer algo que por ley es ajeno. Una especie de tesoro maldito.⁷⁵

En un caso recibí una foto de una amiga que me contaba que había encontrado una pieza mientras levantaban la barda de una casa. En otra ocasión, una persona de mi familia encontró debajo de su casa una serie de cuevas pequeñas interconectadas, inmediatamente le pregunté si había encontrado algo. Me contó que pensaba que así sería y que revolvieron la tierra extraída durante la construcción por si acaso, pero entre la tierra y los escombros solo encontraron una pequeña pieza de barro rojo que parecía el dedo pequeño de una mano adulta, así que ahora en esa casa nos referimos a ella como “el dedito”. En otro caso, fui invitada a conocer una colección personal mantenida por varios años por una persona cuya familia se

⁷⁵ La narrativa sobre el tesoro, la riqueza y la maldición se asocia de distintas maneras a los objetos arqueológicos. En la cultura popular hollywoodense, las populares películas de Indiana Jones cristalizaron una idea del arqueólogo blanco, nacido en algún país del norte global, como un cazador de tesoros que termina siendo perseguido por las redes mágicas y políticas que invisten al vestigio. Al respecto recomiendo “Indiana Jones and the Illicit Trafficking and Repatriation of Cultural Objects” de Shea Esterling (2010). A continuación también abordaré las narrativas coloniales en torno a los tesoros.

relaciona al trabajo agrícola, por lo que en muchas ocasiones, mientras araba la tierra, encontró piezas. También, en otras pocas ocasiones le pregunté sobre los tepalcates a gente cuyas familias llevan generaciones inmemoriales en Teotihuacán y obtuve un no por respuesta.

En este trayecto tuve la oportunidad de conocer distintas distribuciones espaciales y domésticas de las piezas, que quizá me fueron resultando más interesantes que la pieza en sí. A veces había un pedazo de barro sin una forma muy extravagante, pero formaba parte de un altar católico como un elemento de valor. Las piezas podían orbitar distintos recintos de la casa o ser centrales en secciones importantes. En este caso, describiré a partir de las observaciones en trabajo de campo y relatos realizados, sobre cómo las piezas llegan a habitar espacios específicos de los hogares.

Por un lado, a diferencia del altar de Emma Ortega que fue producido para la evocación de una excavación, cuando la pieza es encontrada no suele haber un gesto de producción de un lugar para que resida. Es decir, que no se produce una especie de altar o recinto específico, quizá lo más interesante del caso de la gestión local de varias personas que han tenido encuentros con piezas y han decidido guardarlas, es que las piezas habitan en sus casas. En una ocasión, fui a visitar a una persona que conozco desde que tengo 17 años, con quien he establecido una amplia relación afectiva de amistad, así como con varios miembros de su familia. Conozco su casa desde entonces, incluso he dormido algunas noches allí. Al compartirle un poco más de mi investigación, se emocionó y me confesó que en su casa por supuesto que guardaban piezas, que eran muy chicas, “inofensivas”. Me fue mostrando algunas. Primero pasamos por unas que se había encontrado, piezas que no sabía si eran legítimas, pero habían aparecido entre la tierra mientras manipulaba su terreno. Otras eran heredadas por familiares mayores que las fueron encontrando en sus terrenos y, aunque me contó que generalmente las entregaban al INAH, esas en particular se las habían quedado, como una especie de recuerdo. Había otras que parecían ser (aunque no estaba muy seguro) piezas encontradas en terrenos de su familia antes de ser expropiados para la formación de la ZAT a inicios del siglo XX. Contaba, como me contaron también en otros casos, que sus familiares más grandes llegaron a trabajar en las excavaciones o reconstrucciones de la ZAT, por lo que sabían cómo era una pieza arqueológica, que eran de interés para los arqueólogos.

Así, que a partir de esta práctica se fueron entrenando y teniendo experiencias cotidianas con las piezas, ya sea trabajando o en su entorno doméstico.

Aunque las piezas son importantes para las personas que me mostraron algunas colecciones, no son dispuestas de una manera que pudiera marcar como particular. Fui también a un taller en donde había piezas desperdigadas a lo largo del lugar. En algún momento pensé que estarían dispuestas de manera ritual exclusiva, como una fantasía propia sobre lo místico impreso en la pieza, aunque en mi experiencia tampoco es así. Sin embargo, los pedazos generalmente los encontraba desperdigados por las casas, talleres y patios. Por ejemplo, algunas disposiciones:

- Un pedazo de barro en una repisa junto al recuerdo de unos quince años en la sala de una casa.
- Una cabeza pequeña de una persona en barro colocada a un costado de la imagen de San Martín de Porres en un pequeño altar.
- Un pedazo de piedra de tezontle tallada que sostiene la puerta principal.
- Una flecha de obsidiana tallada en una maceta.
- Un bote de piezas y pedazos de barro mezclados con tierra que fueron recogidos en la construcción de una cisterna.
- Una repisa de piezas en el cuarto donde duerme una persona.
- Un tepalcate en un taller entre herramientas y pedacería pequeña.
- Una caja de tepalcates en un mueble de recuerdos que se encuentra en la sala de una casa.

Este tipo de escenarios no son menores aunque parecieran gestos minúsculos. Quizá lo impresionante es la constancia y pensar que, si cada pieza fuera un punto, existiría una amplia red de resguardos cercanos asociados al encuentro en el espacio. La mayoría de las personas que conocí que resguardaban piezas son originarias del Valle de Teotihuacán y tienen una relación generacional con el territorio. En las conversaciones, también se resaltaba una relación en la taxonomización de la pieza para su reconocimiento, una especie de entrenamiento constante donde la valorización se reconoce a partir del discurso arqueológico que consagra a la pieza. Especulábamos en conjunto cómo sería encontrarse piezas antes de que existiera todo el discurso arqueológico, antes de las excavaciones, ¿serían consideradas de valor o desechos? En varias conversaciones llegábamos a las generaciones más antiguas

que recordaban de sus familias en Teotihuacán. Aquí, había una relación de herencia clara: “esto ya estaba cuando estaba mi familia, antes de que si quiera existiera el INAH, y era de todos, estaba ahí”.⁷⁶

Casualmente varias visitas que realicé coincidieron con un proceso político local para la obtención del reconocimiento como pueblos originarios a las comunidades de San Francisco Mazapa, Santa María Cozotlán y San Sebastián Xolalpa, del municipio de San Juan Teotihuacán, y el municipio de San Martín de las Pirámides. Durante este proceso –velado para varias personas no cercanas a las autoridades locales– pregunté si había alguna relación con la declaración de pueblos originarios y la posesión de piezas arqueológicas. Las respuestas, de diversas maneras, coincidían que para las personas que tenían las piezas había una relación con las piezas como una evidencia de que había otras personas, siglos atrás, habitando la misma tierra que ellos, que aunque fuera lejano había una relación de respeto. La pieza no está vacía de significado, porque el resguardo y las prácticas que genera alrededor dan cuenta, sin embargo, el sentido excede el lenguaje y su uso doméstico, cercano, de tan falta de espectacularización, pareciera una profanación a la parafernalia patrimonialista de Teotihuacán. También, un trastocamiento a las políticas de mestizaje ejercidas en Teotihuacán a partir de la arqueología que producen un efecto aparentemente homogeneizador, como si no hubiera una posibilidad seria de discutir la indigeneidad relacionada a los vestigios, una separación patrimonialista (López Caballero, 2010) entre ciertos aspectos del espacio y las personas que son originarias de esos territorios. Por este motivo, los ejercicios de poder a través del tutelaje (Lugones, 2023), posicionan a las prácticas locales de encuentro, contacto y resguardo de las piezas en un nivel inferior para ser administrables. Las personas a quienes les pregunté sobre la relación entre la declaración de pueblos originarios y la posesión de piezas coincidieron en que esto debería de facilitar la gestión de los tepalcates de manera local, aunque para eso debía haber disposición por parte del INAH.

El encuentro con las piezas y su resguardo, aunque se encuentra como una práctica cercana a lo que se conoce como saqueo, también llevó “a la transmisión de conocimientos

⁷⁶ Extracto de entrevista anónima.



*Fotografía 34. Pedazo de piedra de un mecate en un taller.
Fotografía propia. 15 de diciembre de 2023.*

sobre el pasado milenario del recinto ceremonial” (Dansac, 2016, p. 61). Sin embargo, ese elemento no está relacionado al reconocimiento de indigeneidad o ancestralidad ya que las piezas en sí no ofrecen, dentro de las investigaciones contemporáneas en Teotihuacán, una clara evidencia para las personas y, por su carácter de patrimonio, tampoco para las instituciones estatales, por lo tanto no son un factor a considerar. Como si hubiera un corte percibido por las personas, una sospecha por la gran cantidad de piezas arqueológicas, pero una duda constante. La mayoría de personas que reconocen sin reparo una conexión ancestral son, en muchos casos, los grupos de danzas mexicas *new age*, lo que resulta complicado debido a su relación con las políticas multiculturales y los discursos anti-científicos que circulan en su enunciación, caso que ha estudiado en este caso Ingrid Kummels (2015). Sin embargo, las personas que me compartían la pieza no asociaban un discurso identitario de manera tan directa con el contacto con la pieza, sino que la experimentación del contacto se asociaba principalmente a tres elementos: 1) la relación que existe con el territorio y la pieza como un elemento que emerge de él; 2) la relación que existe con el INAH al ser una pieza

que se encuentra en constante tensión por su posesión; 3) la experiencia afectiva de procurar y respetar la presencia de una persona temporalmente lejana, la que produjo esa pieza. Esta última experiencia es difícil de traducir a palabras, aunque redundaba en el respeto, el cuidado, el orgullo, dejarla tranquila, ofrecerle un lugar o procurarla. Como un acto hospitalario que implica una experimentación con el pasado que excede el lenguaje (Navaro-Yashin, 2013).

A su vez, la posesión de piezas arqueológicas tiene una relación complicada con la idea de propiedad, ya que hasta este punto es difícil pensar en el acto de profanación a través del contacto cotidiano y el ingreso doméstico de las piezas como un acto de secularización en contraposición a lo sagrado. Hay una relación diferenciada entre profanación y secularización, siguiendo a Agamben (2005, p. 102), la primera significaría una neutralización de aquello que se profana, un juego con lo sagrado que lo instala allí donde no se espera: en un bote de pintura, sosteniendo la puerta de una casa. No es exhibido ni consumido, es bienvenido. Por otro lado, la secularización “no hace otra cosa que trasladar la monarquía celeste en monarquía terrenal, pero deja intacto el poder [...]. Tiene que ver con el ejercicio del poder, garantizándolo mediante la referencia de un modelo sagrado”. En este caso, también hay dispositivos de la secularización que interceden en la relación entre las personas con los pedazos y la representación que se hace de éstas.

En el caso de varias personas con colecciones, les pregunté si habían intentado registrar las piezas ante el INAH, ya que existe la posibilidad de ser custodio de piezas arqueológicas, ya sea una persona física (un individuo que pueda comprobar su ciudadanía o residencia en México) o moral (una empresa u organización de la sociedad civil). El trámite se realiza con una solicitud en línea o presencial donde se indica la pieza, posteriormente algún arqueólogo agente del estado la verifica, la cataloga y la registra siguiendo el *Manual de procedimientos para el manejo de colecciones y control de inventario de bienes culturales muebles*. Esta solicitud, por pieza, se anuncia como gratuita pero en realidad tiene un costo de \$19 MXN. El tiempo de la visita de los arqueólogos suele variar y puede requerir más de una visita para la identificación. Allí, se puede valorar si la pieza puede continuar bajo el resguardo de la persona que la encontró, o si por su valor debe ser transportada a alguna unidad del INAH. También, una vez que sean registradas una o más piezas, se le indica a la persona que no podrá registrar más. Es decir que, de ser el caso que se intenten registrar más

piezas en el mismo domicilio, se puede asumir que la persona está realizando actividades de excavación, las cuales en México sólo pueden realizar miembros autorizados del INAH.

A pesar de lo engorroso del proceso, este último punto suele ser el más determinante para que las personas con las que hablé, decidan continuar con el proceso de registro. Muchas asumen que es imposible dejar de tener piezas nuevas por el lugar en el que viven. Pareciera que el mismo lugar exige ciertas condiciones de encuentro, asegurando que siempre es posible uno nuevo, sin embargo, la regulación sobre la ley patrimonial no admite ese tipo de relaciones, sin embargo suceden. Y no sólo eso, sino que suceden con marcas difíciles de regular, como el afecto, el juego, el paseo y la curiosidad.

En este caso, propongo pensar que la relación que se establece con las piezas arqueológicas está estrechamente ligada a la legislación patrimonial y, que a su vez, marca la manera de construcción de memoria en relación al lugar en el que se habita. Es decir, la posesión como secreto existe por las relaciones de poder que establece la legalidad, es la excepción –la posesión “a pesar de”– como una necesidad constante para que exista la ley. Las personas que se encuentran una pieza están en una posición artificialmente creada de límite entre el coleccionismo y la custodia, pero no son ninguno de los dos. Las personas con las que tuve contacto durante el trabajo de campo no excavan buscando piezas de manera profesional, no son cazadores de tesoros, sino que viven en un lugar donde parecería que no paran de emerger las piezas. Tampoco llegan a ser custodios, aunque muchos han realizado el trámite, esa acción hace más evidente la “ilegalidad” de una posible pieza más.

Ahora bien, siendo la legislación sobre el patrimonio una condición para la relación con las piezas y la forma de administración, será importante revisarla en términos de contextuales e históricos. Particularmente, porque el tipo de relaciones que establece está marcada por la extensión de la soberanía relacionada a la colonialidad del poder (Quijano, 2021). Si existe una continuidad colonial en la forma de administración de las piezas arqueológicas, es importante pensar la manera en la que se sostiene como ejercicio de poder revitalizado en diversos momentos políticos y no como fórmula. Es decir, no asumir que la misma causa tendrá el mismo efecto en distintos contextos y en distintas escalas; no asumir que el coleccionismo extranjero y el tráfico de piezas es el mismo que las prácticas locales de encuentro, ni que la relación de las personas habitantes de Teotihuacán en la actualidad es la misma que estableció la población tras consumada la conquista. Pero, a la vez, es

importante notar que la legislación mantiene una continuidad discursiva en la forma en la que administra a la población y a las piezas, esperando el mismo efecto en distinta escala y distinto tiempo, una larga relación colonial.

Ejercicio de poder y secularización

La legislación sobre el patrimonio arqueológico tiene vertientes muy particulares sobre lo que se ha hecho en el coleccionismo, la relación colonial con las piezas y la extensión de la soberanía a través del uso de estas cosas. Siguiendo la pesquisa de Gustavo Ramírez Castilla (2023) desde el final de la conquista comenzó una extensiva recolección de piezas por parte de Cortés para el emperador Carlos V que fueron enviadas a Europa. Entre 1537 y 1627 se establece en la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias*, el Título XII del Libro VIII, “De los tesoros, depósitos y rescates”. En la Ley II establecía: “Que de los tesoros hallados en sepulturas, oques, templos, adoratorios, o heredamientos de los Indios, sea la mitad para el Rey, habiendo sacado los derechos, y quintos (El Emperador D. Carlos y la Emperatriz Gobernadora en Valladolid á 4 de Septiembre de 1536)”. De esta manera se promulgaba la propiedad sobre los edificios, cosas y especies resguardadas por los pueblos originarios tras la conquista, pero también sobre aquellas enterradas, proclives al encuentro: una legislación colonial sobre el pasado que se fue ejerciendo a partir de una serie de actualizaciones sobre la relación con las piezas.

Así, la Ley III mencionaba:

Que de hallarse sepulturas las registre. [...] El que hallare sepulturas, o adoratorios de Indios, antes de sacar el oro, plata, y otras cosas, que hubiere, parezca ante los Oficiales de nuestra Real hacienda de la Provincia, o sus Tenientes, donde hubiere, y allí lo manifieste, registre quanto ántes sea posible, y sin esta diligencia no lo aprehenda, ni saque, pena de haber perdido parte, que ha de haber, aplicada a nuestra Cámara (El emperador D. Carlos y la Emperatriz Gobernadora en Valladolid á 3 de Febrero de 1537).

En este caso, no sólo se extendía un acto de soberanía sobre las cosas, sino también se especificaba a los agentes de la corona para registrar la “riqueza” encontrada. Entre ellas se mencionan “oro, plata, piedras, perlas, cobre, plomo, estaño, ropa, enterramientos, sepulturas, oques, casas o templos de Indios, como en otros lugares en que ofrecían sacrificios á sus Idolos, y escondidas, ó enterradas en casa, heredad, tierra, ú otra particular, ofrecidas

al Sol, Guacas, ó Idolos, buscadas a propósito, ó halladas acaso [...]” (Ley II, Título XII, Libro VIII). Los agentes de la corona se encargaban de registrar un amplio espectro de materiales, entre ellos estos, que se consideraban tesoros de los indios. Este tipo de prácticas extendidas a través de los territorios colonizados de la corona española son el primer antecedente del coleccionismo y de la extracción de piezas que posteriormente se encontrarían repartidas en museos europeos (Ramírez Castilla, 2023, p. 55).

Posteriormente, en la Ley IV, se estableció una estrategia legal para obtener la “confianza” de los pueblos originarios por sobre sus “tesoros”, con el fin de obtener más información:

Que el descubrimiento de tesoros, guacas, enterramientos, y minas, se guarde con los Indios lo ordenado con los Españoles. [...] En algunas Provincias se presume que hay muchos tesoros escondidos, y enterrados, y Guacas, con mucha riqueza de oro, plata, esmeraldas, y otras cosas, y que los Indios no se atreven á descubrir, persuadidos á que no se les ha de dar parte, y han de ser castigados, y por estas causas encubren minerales ricos de oro, plata, y esmeraldas, que labran ántes de aquel descubrimiento, y que ahora los tienen ocultos (D. Felipe II en S. Lorenzo á 15 de Junio de 1573).

En esta ley, se estableció, a su vez, la estrategia para que fueran los habitantes de pueblos originarios quienes apoyen al descubrimiento de los tesoros, produciendo en las cosas primero un valor particular en el nuevo sistema colonial como una forma de riqueza, para luego, asegurarles que “se les dará parte”. Sin embargo, todo el Título XII establece las condiciones particulares de soberanía de los reyes sobre todos los descubrimientos como forma de propiedad.

Así, en la Ley V se estableció que todos estos edificios y cosas pertenecen a los reyes, más no a sus funcionarios: “Que los Visitadores, é Iglesias no tienen derecho á los tesoros, ni bienes de Adoratorios, y Guacas, y el ganado se aplique al Rey. [...] Y porque todo lo referido, conforme á derecho, y lo que está proveido, nos pertenece, y no á los Visitadores, Iglesias, ni personas particulares (D. Felipe II en Madrid á 27 de Febrero, y en el Pardo á 17 de Octubre de 1575)”.

Este título de la *Recopilación de Leyes de los Reynos de las Indias* me parece importante como primer referente sobre el registro en términos legales sobre varias piezas, monumentos e incluso sepulturas que ahora son consideradas patrimonio. Ya sea que estén dentro del territorio nacional mexicano o fuera. En este caso, se establece el valor de

propiedad y de cambio sobre las piezas, fundada en el ejercicio de poder que tiene la legalidad tras un violento proceso de dominación de la sociedad originaria.

El texto clásico de Pierre Joseph Proudhon, *¿Qué es la propiedad?* (2010), en la reflexión sobre la ocupación como fundamento de la propiedad, apunta los dos sentidos que adquiere la palabra:

1) Designa la cualidad por la cual una cosa es lo que es, las condiciones que la individualizan, que la distinguen especialmente de las demás cosas. En este sentido, se dice *las propiedades del triángulo o de los números, la propiedad del imán*, etcétera. 2) Expresa el derecho dominical de un ser inteligente y libre sobre una cosa; en este sentido la emplean los jurisconsultos (Proudhon, 2010, p. 62).

Una de las grandes apuestas de este texto clásico fue establecer que la propiedad por sí misma era imposible, ya que es una condición externa a la cosa que se designa, que generalmente se asocia a la fuerza o al fraude. Siguiendo la propuesta de los ensamblajes territorializados que la gente establece con las piezas, la dimensión de propiedad impuesta como acto de soberanía de la corona española sobre lo que ahora conocemos como piezas arqueológicas sería una condición de exterioridad de las leyes hacia las cosas, que constriñe lo que significan en terminos materiales y sociales, produciendo una forma de administración de las partes (piezas) para un todo (la propiedad soberana), lo cual trastoca las relaciones que las personas establecen con ellos como artefactos culturales, históricos y políticos.

La colonialidad se instauró como un nuevo poder mundial que durante el siglo XVI y XVII se dedicó a reglamentar la relación que se establecía con las piezas. En la conceptualización de la colonialidad como patrón de poder mundial y forma de intersubjetividad, Aníbal Quijano (Quijano, 2021, p. 209)⁷⁷ mencionó:

Todas las experiencias, historias, recursos y productos culturales, terminaron también articulados en un solo orden cultural global en torno de la hegemonía europea u occidental. En otros términos, como parte del nuevo patrón de poder mundial, Europa también concentró bajo su hegemonía el control de todas las formas de control de la subjetividad de la cultura, y en especial del conocimiento, de la producción de conocimiento.

⁷⁷ En este canónico trabajo, *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*, Quijano (2021) propuso una ruta epistemológica para pensar el proceso de conformación de América dentro del contexto de colonización y el impacto que tuvo en las nuevas formas de producción de subjetividades en la modernidad de manera global. Así, la colonialidad del poder se relaciona a tres ejes fundamentales: 1) la producción de la idea de raza, 2) la articulación de los modos de producción capitalistas, y 3) el control de la intersubjetividad a partir del eurocentrismo.

En este caso, hay un movimiento de concentración y de acumulación como un ejercicio de poder que genera la idea artificial de una totalidad. Es decir, que la colonialidad del poder, como clasificación social fundada sobre la idea de raza –en este caso nombrada por la diferencia como “los indios y sus tesoros”– produjo una construcción mental que se expresa en la dominación colonial, que es el eurocentrismo. En este caso, en las leyes antes mencionadas hay una clasificación y una administración de las cosas asociadas a los indios, es decir, que la idea de raza no sólo se construye a partir de los cuerpos y los territorios, sino también hacia las cosas. La legalidad construida sobre los cuerpos, territorios y cosas como propiedad de la corona, se establece a través de una totalidad producida como un ejercicio de poder: la colonia.

En este sentido, siguiendo la argumentación realista de DeLanda (2021) sobre las formas de construcción de totalidades, esta figura de pensamiento reificada por Hegel, asumiría que las partes tienen una interioridad dentro de la totalidad. Es decir, que sus características existen por esta totalidad: la operación de la racialización sería una forma de constreñir los cuerpos, territorios y cosas a la idea de raza y valor de cambio como una interioridad. Sin embargo, la idea de ensamblaje cuestiona la interioridad invirtiendo la operación: las personas, territorios y cosas tienen una exterioridad en torno a sí mismas, por lo que el ensamblaje, en este caso en torno a la colonialidad, es históricamente contingente, por lo que no hay como tal una totalidad esencializada como la colonia, sino una contingencia histórica que necesita de ejercicios materializados de poder sobre los cuerpos, territorios y cosas para sostenerse como discurso, materialidad, territorialización y subjetivación.

Así pues, en la legalidad sobre las piezas arqueológicas se puede entender la forma en la que se establece un ejercicio de poder colonial. A su vez, es interesante que este siga siendo el principal antecedente de la legalidad actual sobre patrimonio, donde es vital entender las formas de ejercicio de poder que ejerce, así como los cambios contingentes que modifican el papel de las piezas arqueológicas como propiedad y su uso en la definición de diferencias eurocéntricas.

Continuando con la línea sobre la legislación sobre las cosas como piezas arqueológicas, una vez dispuestas como posesiones de la corona, tras la firma de la independencia de México en 1821, pasan a ser parte del naciente gobierno mexicano. Menciona Ramírez Castilla (2023, p. 56) que para entonces no hubo una elaboración de

nuevas leyes para la gestión de esas propiedades de la corona que permanecían en la extinta Nueva España, por lo que se mantuvo la misma ordenanza, ahora en el nuevo estado independiente. A partir de ahí, durante el siglo XIX hay diversos hitos sobre la gestión de las piezas a través de ordenanzas de salvaguarda a través de la creación de museos⁷⁸. A su vez, a lo largo del convulso siglo, surgen diversos debates en torno a la gestión de este tipo de cosas, particularmente por la fuerte presencia de coleccionismo extranjero. Aunque la República independiente habría heredado las condiciones de soberanía extendidas sobre la cosa, la falta de actualización de las leyes no produjo un cambio significativo, sino una continuidad en la relación colonial hacia las piezas y monumentos.

En este caso, aunque no se promulgó ninguna ley, el Estado mexicano siguió ostentando la propiedad sobre las piezas arqueológicas como bienes, ahora, nacionales. Esto no implicó una disminución en la excavación y extracción de piezas, así como en su comercialización. Tras la independencia no surge una nueva legislación clara, pero sí hay registro de diversas apelaciones a lo largo del siglo XIX denunciando “la exportación de bienes arqueológicos” o la adquisición de tierras con monumentos (Ramírez Castilla, 2023).⁷⁹ La soberanía sobre las piezas se traduce ahora en mantenerlas en el territorio y en propiedad del Estado, tal como los reyes lo habrían anunciado. Menciona Mario Rufer (2019):

Para Quijano la conformación de las naciones independientes latinoamericanas marca una continuidad con la colonia no como mimesis, sino como una forma de reorganizar sus componentes en sistemas republicanos que necesitaban garantizar la conformación de patrones de diferencia que excediera la lógica ciudadana y de clase.⁸⁰

⁷⁸ En 1831 Lucas Alamán crea el Museo Nacional y ordena la creación del Instituto Nacional de Geografía y Estadística de la República Mexicana, que será el encargado de ejercer las primeras excavaciones modernas en la búsqueda de antigüedades. Para 1865, bajo el mandato de Maximiliano de Habsburgo, el museo se trasladará a la Casa de la Moneda, donde permaneció hasta 1964 antes de trasladarse a su actual recinto (Ramírez Castilla, 2023). En la actualidad la Casa de la Moneda funge como recinto para las bodegas de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH, en las cuales se reciben piezas de reciente encuentro o adquisición.

⁷⁹ El autor hace un recuento de algunos casos paradigmáticos de extranjeros exportando piezas o adquiriendo tierras. Donde se resalta que en 1827 se prohíbe “la exportación de monumentos y antigüedades” en el artículo 41 del Arancel de Aduanas Marítimas Fronterizas y en 1877 se genera una circular donde se prohíbe la adquisición de terrenos donde existieren monumentos, apelando a la propiedad de la Nación, aunque no existía una figura legal específica que estableciera su posesión y administración (Ramírez Castilla, 2023, p. 56).

⁸⁰ Sobre este punto, Quijano (2021) propuso pensar en “Estados independientes y sociedades coloniales” tras los procesos de emancipación en América. Esta paradoja se propone como una lectura históricamente situada del uso de la alteridad y la producción de diferencia como una forma de administración de la sociedad. A partir de una larga tradición de pensamiento sobre las vertientes de la colonialidad, se ha abordado esta paradoja a partir de la racialización, las formas de producción, la diferencia de género como categoría binaria de poder y el dominio antropocéntrico sobre lo no humano.

En este caso, se mantienen patrones de diferencia sobre los monumentos y piezas a través de su unión a los pueblos originarios prehispánicos. Hasta la actualidad, se establece como patrimonio arqueológico en México, toda evidencia de sociedades, pueblos y civilizaciones previas a la conquista. Por lo que la independencia y la formación de México no significó una ruptura con la idea de los indios prehispánicos, ya que se mantenía como una noción de diferencia. Así pues, no se integraron al repertorio de bienes arqueológicos piezas y monumentos generados posteriores a la conquista, aunque significaran una materialidad de una producción pasada. Esas cosas, las piezas arqueológicas, tenían como característica una diferencia que mantenía, la operación de temporalidad que menciona Quijano (2021, p. 210) donde lo prehispánico pasa a ser parte de un antecedente acumulado en el nuevo sistema moderno-colonial hegemónico: “los europeos generaron una nueva perspectiva temporal de la historia y re-ubicaron a los pueblos colonizados, y a sus respectivas historias y culturas, en el pasado de una trayectoria histórica cuya culminación era Europa”.

Siguiendo la legislación, no es sino hasta 1897 que, en el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, se publica el *Decreto por el cual los monumentos arqueológicos existentes en territorios mexicanos son propiedad de la nación y nadie podrá explorarlos, removerlos, ni restaurarlos, sin autorización expresa del ejecutivo de la unión*. Este decreto es el primero en la historia independiente de México tras más de tres siglos de la estipulación de las leyes sobre los tesoros establecidos por la corona española. El decreto surge trece años después de que se declarara a Leopoldo Batres el Inspector y Conservador de Monumentos Arqueológicos de la República, estableciéndolos como bienes de la nación.

Así, en las ocho leyes estipuladas en el decreto promovido por Porfirio Díaz se encuentran grandes similitudes con la forma de nombrar la soberanía de las leyes de indias. En este caso, en el artículo segundo resalta que no se mencionan piedras preciosas ni minerales, que pasan a formar parte de otro tipo de administración sobre el suelo, pero se mantienen las “ruinas de ciudades, las Casas Grandes, las habitaciones trogloditas, las fortificaciones, los palacios, templos, pirámides, rocas esculpidas ó con inscripciones” (*Decreto Por El Cual Los Monumentos Arqueológicos...*, 1897). A su vez, en el artículo tercero se tipifica como delito la destrucción o deterioro, antecedente de la política de conservación, y en el artículo sexto, se tipifica también su exportación ilegal. En los artículos

séptimo y octavo se establece que será el Ejecutivo Federal quien dará el nombramiento de “guardianes” para la vigilancia inmediata y el cuidado de los monumentos a agentes del Estado, a su vez que toda antigüedad “adquirida por el Ejecutivo” será depositada en el Museo Nacional.

Como se mencionó en el capítulo anterior, es durante este periodo, como primer referente de la arqueología de Estado, que se produce un gran avance de excavación extensiva en Teotihuacán, de la mano del extrañamiento de la población habitante. El lenguaje bélico asociado a la extensión de soberanía se anuda a la legislación que ejerce su poder sobre las cosas a través de la propiedad, donde no se funda nada nuevo, sino se actualizan las formas coloniales de posesión de los “tesoros”, ahora llamados “antigüedades”. Así también, se mantiene el gesto de los guardianes específicos nombrados por el Estado, lo cual significaría una forma de construcción de subjetividad soberana y de delegación de acciones.

Pocos años después, tras la revolución mexicana, la destitución del porfiriato y la purga política, se llevará a cabo el proceso de institucionalización con la promulgación de la Constitución de 1917, donde se facultó al Congreso de la Unión para legislar sobre los monumentos arqueológicos, artísticos e históricos (Ramírez Castilla, 2023, p. 58). En ese mismo año es creada la Dirección de Antropología a cargo de Manuel Gamio y la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología, a la cual se integran grandes referentes del coleccionismo, como el mencionado Eduard Seler, quien a parte de coleccionar y extraer diversas piezas para llevarlas a Alemania, sería quien en 1907 realizó el segundo inventario del Museo Nacional (Achim, 2018).

El indigenismo empieza a permear la práctica arqueológica, contraveniendo a las prácticas porfiristas. En 1917, Manuel Gamio comenzó el proyecto *La población del Valle de Teotihuacan*, el cual será un parteaguas en la gestión de la arqueología y su relación con la antropología contemporánea a partir de una etnografía de la población donde se buscaría establecer una relación temporal entre los habitantes con las ruinas. Paula López Caballero (2010) abordó la operación temporal de establecer una diferencia entre la evidencia arqueológica y los pueblos originarios que resisten el proceso genocida colonial en México. Al respecto, establece el trabajo de Gamio como fundamental, ya que rearticula la relación entre la población y la evidencia arqueológica, pero no dentro de su especificidad, sino produciendo una idea esencialista que se articula a los intereses posrevolucionarios de

producción de ciudadanía. Sobre esto, la autora propone pensar este parteaguas para la actualización de la idea de patrimonio como una propiedad gestionada por el Estado a partir de un monopolio sobre el tiempo, pero a la vez, extendida como una propiedad a la que pueden acceder los ciudadanos, es decir, la idea moderna del patrimonio. Sin embargo, yendo un poco más a profundidad a partir de la idea realista sobre los ensamblajes que se establecen con las cosas, el problema del esencialismo de la actualización de las subjetividades dentro de los estados del siglo XX, produjo en varios países latinoamericanos un engarzamiento con el mestizaje como una aspiración a la homogeneidad. Lo cual es también un acto de violencia sobre el borramiento de las diferencias, con una tendencia al silenciamiento de las culturas consideradas subalternas (Maihe, 2021, p. 319).⁸¹

Manuel Gamio fue un parteaguas dentro de la triada regulatoria de la arqueología de Estado, la legislación sobre el patrimonio y la administración de las cosas arqueológicas. Particularmente porque posicionó a la arqueología como una ciencia fundamental para el proyecto de nación ya que “el conocimiento de esas manifestaciones [precolombinas] contribuye, a explicar las características que durante la época colonial distinguieron a la población mexicana y permite por tanto abordar autorizadamente el estudio de la población actual, cuyo conocimiento constituye sin duda, el verdadero evangelio del buen gobierno” (Gamio, 2017, p. 60). En este sentido, Gamio propuso, bajo el argumento de la mejora de la ciudadanía y la nación, la integración a partir del conocimiento de las culturas indígenas.⁸²

Posterior a este hito y la formación de las grandes escuelas de antropología, etnología y arqueología en México, hay un lapsus de algunos años donde no existe una legislación concreta de arqueología aunque avanza la institucionalización del país a través de la formación de secretarías e institutos que estarían cercanamente relacionados a la materia. A

⁸¹ Alejandra Maihe (2021) rescata particularmente algunos textos canónicos de políticos e intelectuales que postularon el mestizaje a inicios del siglo XX. Algunos como: *Eurindia* de Ricardo Rojas, *La raza cósmica* de José Vasconcelos, *El nuevo indio* de José Uriel García y *Forjando Patria* de Manuel Gamio. Sobre este último texto, se encuentra en esta obra un tratado publicado en 1916 donde se conjuntan los conocimientos científicos para una política de una nueva nación tras la Revolución Mexicana. Allí el antropólogo y funcionario abordó temas de educación, arte, estadística, jurisprudencia, ciencia y arqueología. A lo largo de toda la obra, el autor critica que desde la colonia hasta la revolución se delegó el arte precolombino y la capacidad de los pueblos originarios a la producción. Por lo que apuesta a que la unión de lo indígena y lo occidental pueda ser una vía de armonía para la nación (Gamio, 2017).

⁸² No está de más mencionar que el mestizaje a inicios del siglo XX incluyó únicamente el reconocimiento de los pueblos indígenas con los occidentales, referidos generalmente a la herencia española. Sin embargo, el antropólogo de estado no hizo referencia a los pueblos negros y afrodescendientes.

inicios del siglo XX hay un aumento en la práctica arqueológica y comienzan excavaciones que serán paradigmáticas a lo largo de Mesoamérica.

En 1930, tras la firma de la *Carta de restauro* en Atenas para la restauración y la conservación de los monumentos arqueológicos, México promulga la primera “Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos y Bellezas Naturales”, para posteriormente, en 1934 hacer una segunda que abrogaría la primera en donde se establecería la diferencia entre monumentos arqueológicos y monumentos históricos (Ramírez Castilla, 2023, p. 59). Siendo, arqueológicos aquellos que fueron realizados en tiempos precolombinos e históricos los posteriores

Es hasta 1972 que es promulgada la *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas* donde se establece que será la Secretaría de Educación Pública, el Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura quienes podrán tener agencia en la investigación, protección, conservación, restauración y recuperación de los monumentos. Esta ley es, hasta la actualidad, el principal referente sobre el patrimonio. Se han realizado significativas modificaciones, sin embargo, es relevante que se sostiene la idea de la propiedad sobre toda pieza encontrada en el pasado, en el presente y en el futuro, así como que serán únicamente arqueólogos facultados por el INAH quienes pueden hacer registro de las piezas. Este mecanismo de regulación ante el sector privado guarda una relación con el rapaz tráfico de grandes capitales extranjeros sobre las piezas, sin embargo, a pesar de las diversas políticas indigenistas contemporáneas y al contrario de otros países latinoamericanos, no existe en México una discusión legal sobre la restitución de piezas a pueblos originarios contemporáneos.

Así pues, partiendo de la experiencia concreta con las piezas y sus formas de administración local se puede reflexionar en torno a los procesos de arqueologización del territorio en torno a la legislación patrimonial, pero también las formas de territorialización de la arqueología que se establecen en los lugares que han tenido una fuerte presencia con este tipo de administración estatal. El caso de Teotihuacán es paradigmático por la cantidad de literatura y mitos contruidos alrededor, pero también por la forma particular de administración territorial que el INAH establece. También, por su particular independencia del resto de sitios, museos y recintos del INAH Estado de México.

Así, las formas de arqueologización, como parte de una constante práctica sobre los paisajes, las personas y las cosas, son parte de un constante disciplinamiento sobre las relaciones que se establecen con el pasado en sus cuestionamientos presentes. El control no sólo sobre el discurso y los sentidos comunes, sino también sobre la relación material, corporal y temporal con las cosas. Este capítulo tuvo el objetivo de indagar sobre los resquicios de los pedazos para entender cómo se dan estos contactos ante el escenario de regulación estatal, bajo qué condiciones y qué tipo de prácticas producen.

Ante todo esto es interesante poner en cuestión las ideas de resguardo, protección y conservación del INAH sobre las piezas, particularmente cuando es por sobre la administración local. ¿Por qué sigue siendo tan complicado pensar que existan otras formas de administración de las piezas? ¿Por qué conservarlas, incluso a pesar de la legislación, en lugar de dejarlas morir? En el siguiente capítulo, exploro un tercer paisaje, cercano a Teotihuacán, pero con un halo sórdido: los espacios de olvido y no conservación del INAH. Sus depósitos y cementerios de piezas.

INTERLUDIO II.

CONTINUUM RESIDUAL

Entrevista a Ilana Boltvinik y Rodrigo Viñas de TRES art collective

La cita es en un café que se encuentra en una de las esquinas más transitadas de la ciudad. Quedamos de vernos a las 19:30 horas y las tres somos puntuales. Mantenemos una breve charla cotidiana, sobre mudanzas y especulación inmobiliaria, sobre lo difícil que es conseguir casa cuando no tienes grandes contactos y sobre las cucarachas. Esa charla nos toma 30 minutos, lo que indica que la entrevista comienza a grabarse a las 20 horas, justamente a la hora en la que pasa el estruendoso camión de basura, con la gritona campana que suena uno de los trabajadores por todas las calles de la ciudad. Nos reímos por la coincidencia. Dos basurólogas, pepenadores de ficciones materiales, como se definen, siendo entrevistadas a un par de metros del camión de la basura. Con esta invocación comenzamos. Ilana y Rodrigo, lxs TRES, son un colectivo de arte que sigo desde hace un par de años a través de sus reflexiones y prácticas artísticas en torno a las ecologías críticas. Cuando el depósito de desechos arqueológicos apareció en el trabajo de campo, encontré en sus experimentaciones algunas rutas para pensar cómo acercarme y pensar sobre la basurificación como parte de la cadena de producción de la historia.

Ilana Boltvinik: El largo viaje de TRES empezó en realidad en un taller en la Universidad del Claustro de Sor Juana, en donde me habían invitado a hacer una intervención para el Festival del Centro Histórico y decidimos mejor hacer un taller de tres meses que acabara en una intervención. Y pues, viviendo en el centro histórico (de la CDMX) y estando en el centro tanto tiempo era como muy claro que la basura era un tema por dos razones: una, porque pues siempre está lleno de basura el centro histórico de la Ciudad de México y también, por otro lado, porque también está muy invisibilizada.

Entonces, esa tensión entre algo que está ahí, que evidentemente es un problema, pero que al mismo tiempo nadie ve, pues parecía muy interesante. Entonces hicimos ese taller de tres meses que acabó en una intervención y nos quedamos clavadísimas en el tema y decidimos

seguirle. Y 16 años después seguimos clavadísimas en el tema y seguimos decidiendo seguirle, ¿no? Como ya hemos repetido muchas veces el tomado de Oscar Calabia, la basura es un principio estructurante. O sea, la basura no es consecuencia de acciones humanas sino algo que estructura la forma en que vivimos en general. Entonces ahí empezó la obsesión.

Rodrigo Viñas: Y bueno, sobre todo porque el centro de la Ciudad de México siempre había sido ancestralmente asqueroso, ¿no? Específicamente el centro. Pero a nosotros nos tocó un momento de transición bien importante porque parte de lo que nos llevó a esa pieza fue a ver que la basura tenía una cierta movilidad. Mira, hablando de...

[Suenan con mayor fuerza la campana de la basura]

Me parece que les invocamos. Sí.



Fotografía 35. Desechos reservados. TRES Art Collective. Disponible en: <https://tresartcollective.com/2009-Desechos-reservados>

Había partes en donde se acumulaba y se hacía un cagadero pero había otras partes donde no. Había ciertas cosas que prevalecían pero había otras que no. Había otras que aparecían de

repente y que nunca habían aparecido por lo menos en nuestras recolecciones y que aparecían después de modificaciones a ciertas leyes, ¿no? Que empezaban a proliferar muchísimo más en la calle. Entonces creo que ahí, sabiéndolo y no, en algunas cosas intuyéndolo y en otras no, pues sabíamos lo que es basura para unos no lo es para otros. Entonces ya ahí pensamos qué es basura, o qué es desecho, o qué es desperdicio. Cuáles son sus diferencias, cómo operan en el espacio. Y entonces eso nos fue llevando a una búsqueda de muchas cosas. Para esa pieza en específico, pues tenía que ver con cómo se movía, en qué hora se recogía, qué se producía en cada calle, en qué tipo, en qué proliferaba más. ¿Qué nos podría decir del centro? Toda esa basura. Y claro, o sea, ahí el centro empezó a hablar. Empezó a hablar a través de sus objetos. Empezaron a aparecer historias. Empezaron a aparecer dinámicas. Empezó a aparecer todo. O sea, se nos volcó todo...

Y empezó a aparecer la basura, obviamente, ¿no? Nos dimos cuenta que la recolectaban cada determinado tiempo. Que no la veíamos porque había personas que se encargaban de que no la viéramos, específicamente en ese momento en el centro, que fue un programa de reestructuración muy importante para la Ciudad de México en ese momento.

I. B.: Y tengo que decir que le llamamos basura por un motivo quizá ético-político. Porque residuos sólidos son muy específicos. Son municipales, y son domésticos o comerciales, y son objetos muy específicos. Podría ser desecho también, pero basura es un término mucho más genérico que, si quieres, abraza o abriga un montón de distintos tipos de desechos, basuras, residuos...

Es el término más amplio y también es el término más utilizado en la cotidianidad, digamos que las personas que usan residuos sólidos son personas que trabajan directamente en ese campo, pero si hablas con la banda en la calle, todo el mundo te va a decir que es basura. Nos gusta el término basura por eso, porque es amplio, porque es un término más cotidiano, y porque a partir de ahí puedes sacar un montón de coyunturas, no solamente de objetos materiales, basuras, sino también entidades humanas y más que humanas que también se consideran basura. Entonces, por eso usamos basura.

Beatriz von Saenger: Justamente me preguntaba, en estos 16 años que han trabajado el tema, ¿qué conexiones han encontrado en términos de trabajar con la basura? Conexiones en términos sociales humanos y más que humanos. Digamos también, ¿cuáles son, en este momento, las conexiones que más les interesan en torno a la basura?

R. V.: Ha cambiado mucho la cosa, o sea, porque ha sido todo un recorrido de la materialidad de, no sé si llamarle inerte, porque nosotros pensamos que no lo es. **[Hay una pausa por la cantidad de ruido que hace la basura]** Me gusta que este audio sea con la campana de la basura de fondo.

Entonces ha sido un recorrido largo.

I. B.: A ver, empezó con obsesiones materiales específicas.

R. V.: Objetuales, ajá.

I. B.: Empezamos obsesionados con cosas que nos íbamos encontrando y una cosa te iba llevando a otra. Empezamos con, primero con basura en general y recogiénola, pero nos dimos cuenta que hasta a los barranderos se les escapaban las colillas porque son muy ágiles, se van. Además es una basura muy particular porque además de que es muy ágil y se va a ciertas orillitas y es difícil de pescar si quieres barrer, también es algo que no es muy juzgado. Las personas pueden estar afuera fumando, tirar la colilla y en realidad poca gente lo ve mal, pero es un elemento que, de todos, es uno de los que más contamina el agua, por ejemplo. Entonces nos empezamos a obsesionar por las colillas, también por la ley antitabaco que ya no se podía fumar adentro de los lugares, entonces las calles se volvieron ceniceros y cosa que no sucedía antes del 2009 y eso nos llevó después a ver que habían ciertas basuras que se quedaban adheridas a la banqueta y que se rehusaban a irse, todo lo contrario a las colillas, que son los chicles. Y entonces empezamos así con materialidades muy específicas y en cada una de ellas seguíamos esta metodología un poco sin saberlo en ese entonces, pero como de la teoría de actor red, siguiendo los rastros. Los rastros en todas sus dimensiones.

Nos pusimos a investigar de las colillas las leyes que habían pasado, cómo contaminan, de qué material están hechos, cuántos, o sea, sus condiciones bioquímicas, incluso todos los rastros humanos que se quedan impregnados en las colillas, o sea, digamos que seguimos los rastros en todas las direcciones posibles, pero lentamente las materialidades y estar siguiendo estos rastros nos llevaron a empezar a agrandar el panorama. Empezamos a obsesionarnos también con su movilidad y empezó con una movilidad muy en términos de quién la recoge y a dónde va a dar, cuáles son los procesos por los que pasa, eso nos llevó también mucho a trabajar con barrenderos y barrenderas que tienen una chamba bien complicada y bien difícil. Muchas veces, en sus propias palabras, se sienten como personas basura porque así los tratan, o como pepenadores y eso nos llevó después a estudiar el tránsito de los plásticos en los

océanos o sea, que empezamos a cada vez agrandar la escena más, siempre colaborando con personas que supieran de algunos de los temas que estuviéramos hablando.

Eso nos llevó después a las especies que se consideran como basura, así fue llevarlo no solamente a lo humano sino también a un montón de formas de vida que están consideradas como basura como los zopilotes, por ejemplo, o las plantas.

Me gustaría definir lo que es basura: basura es un objeto, u otra cosa, temporalmente desactivado, que ha perdido su valor utilitario, simbólico o económico. Entonces si lo vemos como algo temporal también podemos ver que hay un montón de cosas que hemos tratado de no ver porque la basura es algo que no queremos cerca pero curiosamente tampoco queremos esforzarnos mucho porque esté lejos. Hay siempre contradicciones y paradojas súper hermosas en la basura y como que ese tipo de cosas nos importaban mucho.

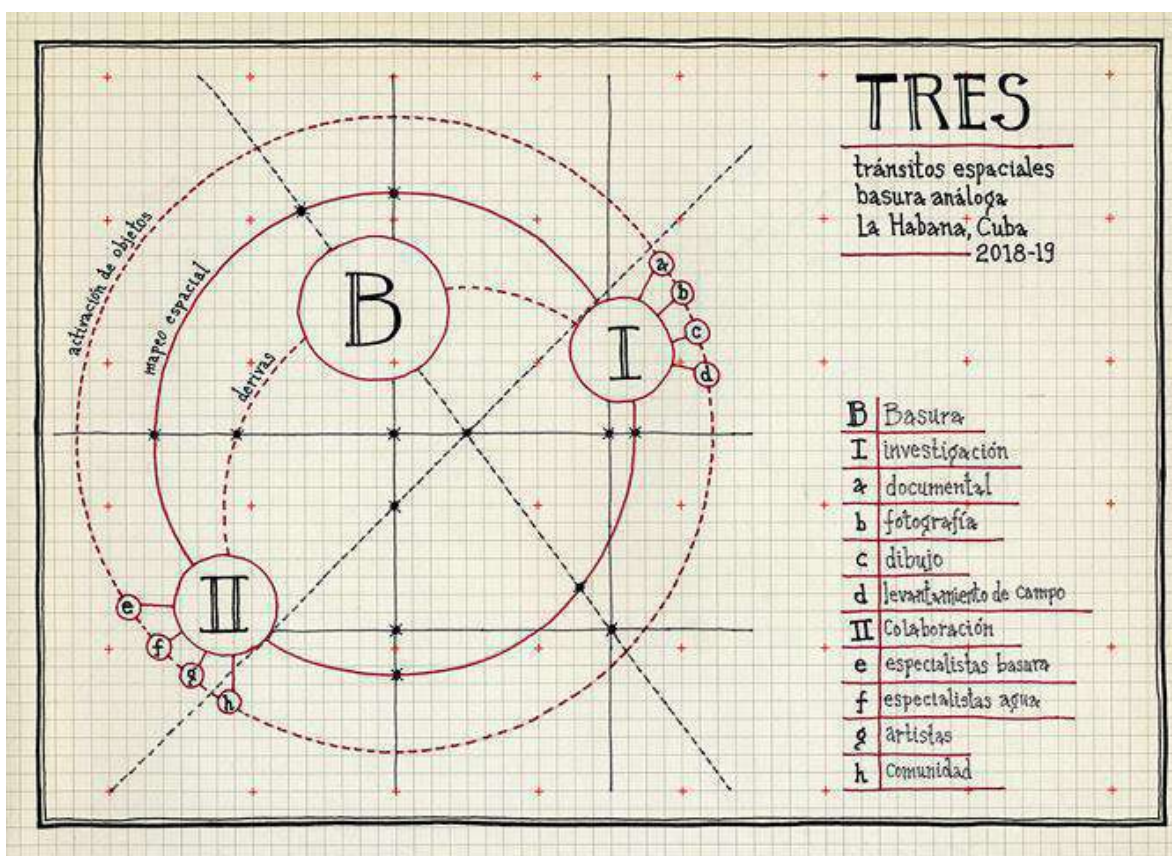
B. S.: Justamente una cosa que yo les quería preguntar es, desde su perspectiva ¿cuál era el tiempo de la basura? ¿En qué registros temporales estarían estos rastros?

I. B.: Yo pensaría que es un espacio-tiempo suspendido. O sea, como me gusta pensar si fuera un tiempo dantesco sería un limbo. Siento que está suspendido porque está dejado de lado, pero no está deshecho, está ahí pero no está ahí porque está ahí y lo queremos ver y simultáneamente no lo vemos ni lo queremos ver, como toda contradicción con la basura entonces es un tiempo suspendido y a mí me gusta mucho pensarlo con la basura de a diario. También es decir siempre la misma basura no está ahí siempre, digamos si yo ahora pongo mi bolsa aquí afuera ella va a estar ahí porque va a venir el camión de la basura que acaba de venir, se la va a llevar al día.

Ese lugar que ocupa mi bolsa va a ser reemplazada por otra bolsa con otras cosas probablemente muy similares pero no las mismas no está suspendido porque siempre está actualizándose aunque no sea la basura permanente está circulando todo el tiempo por ese mismo punto y eso hace que sea también una suspensión temporal muy peculiar porque están pasando muchas cosas por ese espacio, pero al mismo tiempo no pasa nada porque si uno llega hoy o mañana o pasada mañana va a haber la misma pila de basura como nos está sucediendo ahora.

Es un tiempo, en ese sentido, suspendido, porque opera con muchas temporalidades simultáneamente, como casi todo, solo que en la basura es mucho más notorio porque hay tiempos mucho más acelerados y mucho más largos simultáneamente. No podemos es

soportar que se acumule la basura entonces es un tiempo muy acelerado en ese sentido siempre tiene que estar activa la cosa recogiénndose y removiéndose en el centro histórico era en el 2009 era cada media hora que pasaba un barrendero o sea es una acción continua pero al mismo tiempo es un tiempo suspendido porque la basura vive en un limbo hasta que es una especie de inercia, en la arqueología se llama continuum cultural y que nosotros le llamamos continuum residual porque finalmente la arqueología, casi siempre, es la basura.



Fotografía 36. Poema anónimo para la Habana. TRES Art Collective. Disponible en:
<https://tresartcollective.com/2019-Poema-anonimo-para-La-Habana>.

CAPÍTULO III. CEMENTERIO, FOSA, DEPÓSITO O BASURERO: TÉCNICAS DE OLVIDO Y DESECHO



Una procesión es una búsqueda generalizada. La
señal de alarma de todos los tiempos por venir.
Organizaremos el camino hacia ningún lado y
las encontraremos ahí. Estoy segura de eso o de
aquello. Estoy segura, sí.
Cristina Rivera Garza.⁸³

Nunca nadie vio abismos más profundos que las
marcas de sus propios dientes en los brazos
convulso como si quisiera devorarse a sí
mismo en esa desesperada.
Raúl Zurita.⁸⁴

Separado de la tierra donde nací, como si
estuviera muerto. Somos miles los que estamos
metidos en esta noche. Todos tenemos las
mismas cicatrices. Desarraigados, arrancados.
Makenzy Orcel y Mati Diop.⁸⁵

Secrecía y marcas de desecho

Me tomó poco más de un año encontrar el cementerio. Por varios meses supe de su existencia imaginándolo lejos, pensando que cuando por fin diera con él, tendría que hacer una expedición sórdida a algún pueblo desconocido. Por varios meses no supe que el cementerio se encontraba a pocos kilómetros de mi casa, mucho menos supe que estaba a unos metros de la parada de camiones, en el cruce, al lado del hospital psiquiátrico para mujeres donde una amiga iba cada mes a recoger su medicamento. No sería la última vez que me sorprendería sabiendo que cerca de donde vivo hay un tajo en la tierra para desechar cosas,

⁸³ *La imaginación pública* (2015).

⁸⁴ “Las utopías” en *Anteparaíso* (2016).

⁸⁵ *Dahomey* (2024).

así como después sabría que tuve cercanía con una fosa ocultada por algún organismo estatal. Le digo cementerio para resistirme a la sórdida comparación que tiene con una fosa. No le digo por su nombre referencial, que es depósito, porque me parece un término aséptico y frívolo para lo que ocurre allí. Me auxilio de palabras similares que usan las personas que me lo fueron anunciando para pensar en ese lugar que no acepta metáforas, mientras vuelvo a él, día con día.

El 11 de enero de 2023, cuando comenzó mi trabajo de campo en el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas (DCAC) referido en el primer capítulo, vi por primera vez un cadáver custodiado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). O sería más correcto decir: pedazos de cadáveres, de humanos y animales. Inmediatamente supe el término correcto: material óseo. Eran un conjunto de huesos dispuestos sobre charolas en una mesa de trabajo grande, esperando a ser limpiados y luego embalados en unos moldes de unicel. Dos personas jóvenes que realizaban sus prácticas de antropología física estaban manipulándolos. A diferencia del resto del equipo del DCAC, estas dos personas tenían batas blancas y guantes quirúrgicos nuevos, así como cubrebocas y lentes. El contraste entre el mandil de trabajo gris y polvoso ante la bata blanca conviviendo en el mismo espacio hacía más bizarra la escena. Durante ese primer recorrido por el DCAC me dieron una breve explicación de lo que hacían y me invitaron a observar, pero me resistí, pasé rápido a otro tema, les agradecí a los forenses y profundicé en los pedazos de lítica y cerámica del departamento. Tuve miedo y pudor de ver los huesos. No tomé fotos y no profundicé tanto en el tema, incluso sabiendo que podría ser importante para mi tesis. Aunque me mencionaron que varias veces iban antropólogos físicos a hacer sus prácticas con el material óseo del departamento, nunca volví a ver esa escena, así que quedó fijado en mí el escenario quirúrgico. Los meses siguientes pase cotidianamente por un pasillo del DCAC con un letrero que decía “Peligro/Área restringida”, donde se guarda el material óseo. Ese primer día anoté y subrayé una pregunta en mi diario campo: ¿morgue?

Un mes después conocí los costales. El 20 de febrero de 2023, dentro de las actividades rotativas que hacía en el departamento, me tocó revisar algunas cajas de la subárea de Ceramoteca con Wendy Osorio. La operación era la cotidiana: abrir la caja, revisar el contenido, asociar por bolsa, marca o material; consultar la libreta de bases de datos, anotar los faltantes y separar algunas piezas bajo dos motivos: porque resaltaba entre todas o para

depurarla. En mi diario de campo, donde escribí algunas notas mientras llevaba a cabo este proceso e inmediatamente después de salir del DCAC, tengo anotado lo siguiente:

20-02-23

Proceso constante de depuración

Quirúrgico

COSTAL

REZAGADOS

Contexto-falta / Asociación por bolsa.

Precariedad

Las bonitas se separan.

Ventilla – costales

Por asociación

Concha y hueso –
Escalofríos por tocar
hueso

Salvaguardar las bolsas, las piezas, la cinta, los marcadores en hojas.

Continúa el polvo.

Hoy fue muy impactante ver el costal ¿Qué hacen con todo eso?

Hoy estuve en Oax.

Pensé que me estaba acostumbrando pero tuve el descubrimiento de una caja que no había sido abierta desde hace muchos años. Me sentí arqueóloga. Entendí a qué se refieren.

La precariedad es muy palpable en los materiales.

Noté que toco las piezas con más seguridad. Cada vez me parece más desacralizado.

¿Qué implica tocar tanto? ¿Es falta de sensibilidad? ¿Qué es?

Hoy vi una bolsa con hueso y deseé tocarla, cuando lo hice sentí escalofríos. Es quizá lo que me parece más atractivo del lugar. Deseé ver más huesos y tocarlos ¿Qué es eso? ¿morbo?

La falta de orden y la forma de construir conocimiento.

Después de un tiempo me sorprendió la coincidencia entre la aparición de las técnicas e instrumentos de desecho y olvido –como los costales–, con los huesos en el DCAC y el lugar donde se encuentra el depósito. Así también la cantidad de infraestructura, exigencias y divisiones del trabajo diseñadas para que justamente esos pedazos pudieran ser tratados, transportados y resguardados como desecho. Como lo que para Michel De Certeau (1987) corresponde a la empresa colectiva de la ciencia, donde toda la cadena de producción científica en la construcción del pasado como “lo real” se aísla en la erudición de la obra individual. Así recordaba los grandes nombres de la arqueología mexicana impresos en las

cajas del DCAC, aquellos que conocía desde la infancia en las clases de historia, pero que no dejan ver la cantidad de construcciones, espacios, técnicas y gente que se necesita para sostener esa autoría. Aquí quedan expuestas algunas de esas cadenas, esas rutas de acumulación de descartes que constituyen los sedimentos de la ciencia moderna y estatal, sus gestos vergonzosos que evidenciados darían cuenta de la arbitrariedad y violencia de sus relatos. Aquello que es desechado o mandado a un espacio de suspensión muestra, en términos de las reflexiones sobre la basura de Óscar Calavia, lo estructurante que es esa cosa para nuestra sociedad. Es decir, que la forma de acumulación, administración y desecho de piezas arqueológicas está mucho más cercana a cadenas de consumo capitalista, por lo tanto, es una forma estructurante de la producción arqueológica del tiempo.

La llegada al cementerio fue una concatenación de coincidencias que, a su vez, me permitieron adquirir sensibilidades, gestos y lenguajes que hicieran legible el momento cuando me encontré parada sobre él, con la fosa abierta, pisando miles de pedazos de vestigios arqueológicos rotos, mientras a pocos metros un grupo de niños huérfanos del Valle de Teotihuacán jugaban a ser antropólogos físicos.

Recuerdo ese día cuando vi los costales y cuando toqué un hueso sin querer, lo impactante que fue saberse autorizada a tocar más. No recuerdo el deseo de ver y tocar más huesos, incluso veo esa nota con vergüenza. Recuerdo el proceso de depuración y por qué me parecía quirúrgico: recordemos que cada caja contiene bolsas de plástico transparentes repletas de tepalcates, de ese proceso había que abrirlas, revisarlas a detalle, ordenarlas, registrarlas y volverlas a guardar. De la caja sólo podían salir piezas por dos motivos: porque son bellas (“las bonitas se separan”) o porque no lo son y tampoco dan información sobre su origen, incluso por asociación a la bolsa y a la caja en la que se encuentran. Las bellas se resguardan en cajas específicas, para después ser fotografiadas, embaladas y publicadas en la Mediateca del INAH. Las otras van a los costales, a los rezagados y posteriormente llegarán al cementerio. En medio quedan aquellas que no resaltan en ninguno de estos dos extremos, que son valiosas acumuladas y que contienen todos los elementos para ser conservadas, pero no exhibidas.

Cuando vi los costales pregunté qué hacían con ellos y sólo obtuve respuestas vagas, pero igualmente sorprendidas: van a depósitos.

¿Cómo? ¿Existe un lugar donde las tiran? ¿No se supone que una de las principales funciones del INAH es la conservación del patrimonio arqueológico? No podía entender la relación entre un depósito y la conservación. Alguna vez, en Teotihuacán, una arqueóloga amiga de una amiga nos dejó pasar a una excavación en la zona La Ventilla, donde se encontró un amplio piso pintado de rojo con blanco, como un ajedrez donde nosotras éramos las piezas y donde cada cuadro contenía un escudo. Lo pisamos, a pesar de ser un mural excavado a un metro bajo la tierra y ser tan bello; lo pisamos porque no había otro lugar por donde pasar y porque pronto iba a ser tapado de nuevo porque, no explicó la arqueóloga, en ese momento no existía la tecnología suficiente para conservarlo e investigarlo, y si ya se había conservado al menos 1500 años bajo la tierra, lo mejor sería que siguiera enterrado. Desde entonces, pensé que “volver a enterrar” era una de las mejores prácticas para conservar piezas que no son posibles al tiempo de la arqueología, sin embargo, el cementerio es distinto a esto.

En el artículo 2º de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticos e Históricos (2018), se estipula al INAH como una institución partícipe de “la investigación, *protección, conservación, restauración y recuperación* de los monumentos arqueológicos, artísticos e históricos y de las zonas de monumentos”⁸⁶. Por otro lado, en la Ley Orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia (2015), igualmente en su artículo 2º se menciona:

Son objetivos generales del Instituto Nacional de Antropología e Historia la investigación científica sobre Antropología e Historia relacionada principalmente con la población del país y con la *conservación y restauración del patrimonio cultural arqueológico e histórico*, así como el paleontológico; la *protección, conservación, restauración y recuperación de ese patrimonio* y la promoción y difusión de las materias y actividades que son de la competencia del Instituto.⁸⁷

Constantemente, en el tránsito en espacios administrados por el INAH, que conozco desde la infancia, resuena la misma línea: investigación, protección, conservación, restauración y recuperación. De ahí mi sorpresa al saber que el instituto desecha piezas, principalmente tepalcates, los cuales, incluso en su condición fragmentaria, menor al 75% de su composición, son considerados dentro de la normativa “monumentos arqueológicos

⁸⁶ Las cursivas son mías.

⁸⁷ Las cursivas son mías.

muebles”. Un tepalcate excavado, recolectado y guardado es un monumento. Un tepalcate no bello, no completo, no valioso, sin información, es un monumento desechado.

Igualmente, sostuve la sospecha de que esa estrategia de desecho tiene relación con la producción de sedimentación, que tiene un valor especial en el análisis de las materialidades arqueológicas, como una práctica precolombina y contemporánea de producción de espacios de desecho (Haber, 2010). Es decir, que sabía por mi experiencia con el tablero, así como por la sedimentación, que un espacio de desecho no es un espacio donde toda relación de la cosa sea olvidada, sin embargo, lo que se borra es aquello que parecería más valioso para el INAH como su marca de autoría y de excavación. Adquiere así una condición suspendida, una promesa futura arruinada, imposible, donde la única marca legible es la de la administración más estructurante de una condición de acumulación: el desperdicio.

¿A dónde va un monumento desechado? ¿Es enviado al olvido? ¿El olvido tiene un lugar? ¿Cuál es su peso, densidad, olor, color, textura? ¿Es necesario el olvido para la memoria? ¿No cabe todo en el mundo?

Un monumento desechado o enviado al olvido no sólo significa un desplazamiento hacia otro espacio, no significa un gesto menor, sino que implica una operación temporal, territorial y subjetiva sobre una relación. La cosa no existe en sí, sino en un entramado de relaciones. Como menciona Anne Dufourmantelle en *Derecho al secreto* (2024) mientras discute sobre el análisis del olvido de Heidegger y cómo el olvido permite mostrar la manera en la que la consciencia permanece impotente a la hora de pensar la fatalidad del olvido: “No porque el olvido no afectaría al sujeto en su relación con las cosas sino, por el contrario, porque lo afecta a la manera de un acontecimiento que se sustrae a su iniciativa y a su control. Dicho de otra manera, el olvido golpea al sujeto tanto como a las cosas con las cuales se relaciona. Olvidada una cosa, el sujeto se olvida a sí mismo en su relación con esa cosa” (p. 118).

La selección de aquello que no se puede conservar y que peligra en ser olvidado, existe en una condición fronteriza entre estos dos estados (Asado-Neira et al., 2018). El ejercicio de violencia sobre las cosas y materialidades designadas a esta tensión, reside en la forma de selección: quién puede hacerla, con base en qué la hace y bajo qué condiciones debe decidir. En este caso, un espacio que sortea condiciones laborales precarizadas, con escasez del más mínimo material, tiene que gestionar poco más de un siglo de acumulación

desordenada de materialidades que sedimentaron los discursos nacionales de soberanía sobre el tiempo y el espacio, no sólo el superficial, sino todo aquello que ha constituido el territorio.

Es decir, que el ejercicio de violencia impreso sobre los tepalcates seleccionados en los costales adquiere dimensiones estructurantes dentro de otras formas de organización de las materialidades, los lugares, las prácticas y las personas: la desigualdad, la escasez y la precarización. Quizá por esto dentro del DCAC el costal adquiere una figura tan complicada, porque hace evidente la imposibilidad de contener, a pesar de todo, la acumulación. También, contraviene a los deseos de quienes trabajan ahí, que más allá de sus experiencias profesionales, lamentaban profundamente enviar un tepalcate al costal.



Fotografía 37. Costal de piezas resagadas en el Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparadas del INAH. Fotografía propia. 20 de febrero de 2023.

Así, en mi relación cotidiana y al principio confusa con los costales, me enteré que el INAH tiene destinados depósitos oficiales para piezas que no tienen las características para habitar más un museo, una colección, un archivo, un departamento o una bodega. Los

depósitos a veces son nombrados cementerios, de manera alternada, lo cual no es menor, siendo que el cementerio podría ser un gesto de humanizar el acto de desechar la pieza, “un encadenamiento conmemorativo que une a los vivos con los muertos” (Huffschnid, 2023, p. 129). Sin embargo, en estos espacios no se produce un encadenamiento, sino que se generan distintas estrategias para imposibilitarlo como sucede más frecuentemente en México con la proliferación de fosas clandestinas, así como menciona Anne Huffschnid, la fosa invierte ese sentido, produce las condiciones y materialidades para borrar la posibilidad de memoria ritual y conmemorativa de lo muerto, en este caso incluso el vestigio o la ruina.

Si las formas de desecho son estructurantes a las relaciones que establecemos con las cosas y nuestro entorno, las cadenas de producción científica de la arqueología, al tener estrategias de desecho, constituyen también una condición a la producción de tiempo, de espacio, de materialidades y de subjetividades. Si la arqueología en México se ha propuesto desde principios del siglo XX la experimentación ontológica de la producción de una identidad nacional homogeneizada donde se enaltecen imaginarios de un pasado glorioso e imperialista a través de monumentos y objetos exhibidos (López Caballero, 2010), a la par que estructuras estatales precarizan las condiciones de vida de pueblos originarios, afrodescendientes, rurales y racializados; entonces esta cadena de producción ideológica-material, llegada a su punto “último” o de suspensión en el tiempo en los depósitos hace más nítida la contradicción de la conservación. ¿Cómo se puede tener tanto pasado, tantas reliquias, como para tirarlas?

Cuando intenté profundizar en el tema sobre el depósito, noté que tanto Wendy Osorio como Zahira Arias lo evitaban, pero sólo me aclararon que ellas no conocían el lugar del depósito. Desistí porque noté que era un tema incómodo y, aunque me generaba mucha curiosidad, en ese momento no lo consideraba tan importante para la investigación. Incluso, la circulación del fantasma del depósito como un secreto inconsistente, me hizo sospechar que no existía y que era una forma de decirle a otra bodega similar a esta, pero más alejada o menos administrada por la constante observación de las arqueólogas, algo así como las bodegas poco tocadas y hechas invisibles de la ZAT. Después, Edgar Mendoza me contó, mientras charlábamos un día de trabajo en el departamento, que él era a quien le toca llevar los costales al depósito más cercano, que está en el Estado de México. Cuando lo mencionó, al encontrarnos al sur de la Ciudad de México, me imaginé que el depósito debía de estar al

sur del Estado de México. Intenté profundizar en más datos, sobre cómo encontrarlo, el lugar donde estaba, pero no me dijo más. Noté entonces que era una actividad destinada sólo a varones, ya que también mencionó que en ocasiones algunos chicos del servicio social lo acompañaban para ayudarle a bajar los costales. Aunque todas las actividades del DCAC parecían tener una división equitativa del trabajo en términos de género entre lxs arqueólogxs, esta era la única actividad profundamente marcada con la fuerza y la resistencia que se le atribuía a la corporalidad y masculinidad de Edgar.

En los *Lineamientos Generales para el Manejo, Destino y Depósito de Monumentos Arqueológicos Inmuebles* (2015), publicado por el INAH, en su Capítulo VIII “Sobre las Bodegas de destino final” establece los procedimientos a seguir para que un pedazo “rezagado” sea ingresado a una “bodega de destino final” que podría ser cualquier bodega, siendo que en el siguiente capítulo de los *Lineamientos* se menciona la acción de depósito. En el capítulo octavo, en el artículo cuadragésimo noveno se menciona: “La Coordinación Nacional de Arqueología en acuerdo con el Consejo de Arqueología decidirá el destino de los monumentos arqueológicos muebles rezagados, sea con fines de estudio, intercambio o confinamiento”.

confinar

1 tr. Desterrar a alguien, señalándole una residencia obligatoria.

2 tr. Encerrar o recluir algo o a alguien en un lugar determinado o dentro de unos límites.

Sin.: aislar, recluir, encerrar, internar, encarcelar, enclaustrar.

Así pues, cuando una pieza es considerada rezagada es guardada en costales, los cuales son informados a la Coordinación en acuerdo con el Consejo, para que autoricen a donde serán llevados. Un proceso engorroso y burocrático, en esa espera las piezas descansarán en el costal por un tiempo tan corto a comparación del suyo, hasta encontrar la tierra de su entierro. Ahora entiendo la pregunta “¿Morgue?”. Aunque la coincidencia entre la aparición de huesos y la mención del depósito es interesante, reconozco igualmente que el proceso de desechar un fragmento o “monumento” hace referencia constantemente a la

muerte humana y a los procesos de entierro o desecho. A lo largo de todo el trabajo de campo caminé y conviví con esos costales, pensando en los cementerios y en las cadenas de producción, en las salas de espera de un hospital y en los basureros. Los costales parecían el soporte material del limbo en la producción de tiempo.

Exactamente dos meses después de esa nota de mi diario de campo realicé entrevistas al equipo del DCAC, las cuales profundicé en el primer capítulo de esta tesis. Sin embargo, hubo partes de esas entrevistas que fueron mucho más profundas y nos permitieron dialogar con el equipo del departamento sobre sus relaciones con las piezas, sus contactos y las dimensiones afectivas al respecto. A todas les hice la pregunta sobre la posibilidad de la restitución de las piezas, sin embargo, en todos los casos me mencionaron que les parecía imposible devolverlas, ya que no hay a quiénes, no hay información, no se sabe a dónde llevarlas o quienes podrían ser los custodios, aunque los *Lineamientos generales para el manejo, destino y depósito de monumentos arqueológicos muebles* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015) lo estipulan como la posibilidad de “restitución a sus lugares de origen”. Pero ¿qué pasa cuando no se sabe cuál es ese origen? Cuando la relación con ese espacio se ha roto, es cuando aparece el costal como instrumento y vehículo para el confinamiento de la pieza. No sabía, en ese momento, que quizá algunas piezas han vuelto de manera anónima al Valle de Teotihuacán, sólo especuladas.

Secretos interrogados: rodeando un fémur olvidado en Tepexpan, Acolman

Es 20 de abril de 2023 y me encuentro en la sala de juntas del DCAC que separa la recepción de entrada con la bodega. Es una habitación pequeña con una mesa grande, alta y con algunos bancos dispuestos alrededor. Acabo de entrevistar a Sara Corona y me preparo para la siguiente entrevista, la cual he pensado con una serie de preguntas similares como a las cuatro encargadas del DCAC. Esta entrevista es la última que haré, así que voy mucho más cómoda y tranquila, también porque es con Edgar Mendoza, con quien mantuve conversaciones amables y divertidas a lo largo de todo el trabajo de campo. Edgar tiene alrededor de 30 años, es poco mayor que yo y tiene un tono de voz perfecto para un profesor dinámico. Durante meses me resolvió todas mis dudas y siempre fue didáctico con sus explicaciones, fue cálido en su acercamiento, particularmente cuando me enseñaba que una roca que yo veía como

cualquier otra, estaba tallada, era un instrumento elaborado o un fragmento de una gran pieza. Fue Edgar quien me mencionó por primera vez el depósito, anunciándome que él se encargaba de llevarlas con ayuda de algún joven de servicio social. Como mencioné, a diferencia de las demás tareas del DCAC donde no solía haber una división sexual del trabajo, esta parecía muy marcada hacia las labores de varón.

La entrevista transcurre de manera vertiginosa por mil temas, hablando con velocidad y emoción. “¿Te has dado cuenta? De una manera muy rara, los arqueólogos y las arqueólogas somos muy románticos, nos encariñamos con los objetos. Yo no sé si eso está bien o está mal, pero es algo muy de este gremio. Una vez Wendy [Osorio] lo dijo y se me quedó muy grabado: nosotros romantizamos la basura”.⁸⁸ Ahí empezamos a hablar de los fragmentos, el pedacito, la facilidad con la que se pierde y los costales. Pregunto directamente por los costales y le comento lo impactante que fue para mí saber que existían depósitos gestionados por el INAH que destinaban estos materiales. Noto que la pregunta no es fácil, antes de empezar a explicarle menciona, a manera de chiste preocupante: me voy a quedar sin trabajo. Igualmente me pide que sigamos con ese tema y comienza a contarme:

Ahora que mencionabas lo de los costales, uno tiene ese sentimiento de arraigo. Yo en un primer momento decía: bueno, a lo mejor soy un poco pasional. Pero ahora lo veo con los chicos y veo que todos ponemos la misma cara, todos sentimos feo. Pero, ¿sabes? Son muchos sentimientos y entre esos sentimientos hay un dejo de impotencia y esa impotencia es derivada de saber que esos fragmentos pudieron haber tenido otro destino si la gente que los trabajó primero, los hubiera trabajado bien. O sea, yo como arqueólogo agarro y digo: si yo hubiera estado ahí, a lo mejor no soy el arqueólogo más preparado del mundo, porque la verdad que no. Pero mínimo le hubiera puesto una pinche etiqueta y poniéndole esa pinche etiqueta, todo esto nos lo hubiéramos tenido que ahorrar. Entonces sí te da mucha impotencia. Bajo esa lógica, con lo que preguntas, como muchas cosas en este país, en el papel no está mal, ¿no? En el papel tú lo lees y dices: mm, está justo... recolectamos, analizamos, lo que sea que los investigadores consideren digno – vamos a decirlo de esa manera– o representativo, lo ponemos en muestrarios y el resto, pues no lo podemos conservar porque no están las condiciones, pero ya está bien analizado y ya se puede ir a un área de depósito.

¡Suena genial! Suena hasta bastante lógico. Pero te atraviesas con la realidad latinoamericana, porque ni siquiera es de México, es latinoamericana, donde no hay recursos, hay problemáticas de egos, hay problemáticas de enseñanza, te atraviesa todo eso.

Entonces, si tú me preguntas institucionalmente, pues yo te diría que yo no estoy tan en desacuerdo en la manera en la que se plantean las cosas, porque sí digo, es una realidad, no podemos contener tanto. Pero si me lo preguntas como persona que trabaja en este gremio, soy consciente que habría cosas que no tendrían que acabar donde acaban y que se les pudo haber dado otro giro total.

⁸⁸ Edgar Mendoza, entrevista para la autora, 20 de abril de 2023.

A mí sí me ha tocado ir a las zonas de depósito. Fuimos a dejar materiales del área maya, que por cierto, rescatamos cosas de esos materiales, porque eran unos costalotes y que decían Yaxchilán y eran fragmentos de estuco enormes, moldeados. Yo le digo a la jefa: ¿esto se va a tirar? Me dijo: eso dijeron... Le dije: ¿me da chance de quedarme unas para la litoteca? Es estuco, no piedra, pero ¿me lo puedo quedar? Me dijo que sí, porque en realidad ya está descartado, o sea, en realidad lo estamos rescatando. Entonces lo agarré y me acuerdo con un chico de servicio social le dije: agárrate lo que tú digas, esto está y lo jalamos. Y ya lo demás nos lo llevamos a... hay un área de depósito ahí en **Tepexpan**... Hay un pequeño...⁸⁹

Interrumpo abruptamente a Edgar, no lo podía creer. En la grabación escucho mi grito de sorpresa: ¿En Tepexpan? Yo vivo en Acolman, ¡está al lado!

Edgar continúa: ¡Sí, pues estás al lado! ¿Ves que está el Museo del Hombre de Tepexpan? ¿ves que hay unas canchas de futbol? Atrás de las canchas de futbol, en ese bordo, ahí es donde ponen las cosas.

No lo podía creer, horas antes de la entrevista había estado justamente enfrente de ese depósito esperando el camión que me llevaría a la Ciudad de México. Me había bajado de la combi tras pasar el Hospital Psiquiátrico Sagayo y había bajado en el cruce que separa el municipio de Ecatepec de Morelos con Tepexpan. Había pisado el mismo polvo que revestía a las piezas que tanto me intrigaban, había posado mi mirada sobre ese cementerio sin saber que lo era. No lo podía creer.

Justo ahí está el lugar, apúntalo. Muchos materiales están en los sitios, eso es sabido, pero para los investigadores están ahí, en el museo, atrás, te digo que fuimos... Vamos, dejamos los materiales y yo dije: *esto es una masacre*, porque había materiales de todos lados, de todos tipos. Vi porcelanas chinas... Lo que pasa es que, en teoría, deberían de ir en unos costales y deberían de ser aprobados. Pero una vez más, te atraviesa la realidad y llegas y aventamos los costales, obviamente se abren, se desparraman los materiales.

De pronto íbamos caminando y veo un fémur. Y digo: wey, esto no debería de estar aquí, esto no tiene que estar aquí. O sea, un hueso...⁹⁰

Un fémur.

Ese día, después de la entrevista, salí a la calle y me puse los audífonos para motivarme a avanzar rápido. Estábamos en medio de una ola de calor y no quería quedarme más tiempo en la Ciudad de México, así que tomé un microbús hacia la estación de metro Tasqueña, recorrí trece estaciones, transbordé en la estación Hidalgo y llegué en hora pico al

⁸⁹ Edgar Mendoza, entrevista para la autora, 20 de abril de 2023.

⁹⁰ Edgar Mendoza, entrevista para la autora, 20 de abril de 2023.

paradero de camiones de Indios Verdes. Subí a un camión viejo y polvoso, no alcancé lugar así que fui parada, pero al menos tomé pronto el camión de la línea Teotihuacanos, que atraviesa el noroeste del Estado de México hasta el Valle de Teotihuacán. Soy de San Martín, pero meses antes de la entrevista me mudé a Acolman con Paola, una compañera de militancia del colectivo Red de Juventudes Teotihuacanas. Ahora vivimos más cerca de la ciudad, a pocos kilómetros de una de las zonas periféricas más urbanizadas: Ecatepec de Morelos, de donde es mi familia materna y que es el municipio que debo atravesar por la carretera para llegar a casa, agotada por el trayecto a pesar de entrenarme desde mi juventud en estos viajes. Llego al Estado de México sin querer pensar en nada y sin posar la vista con atención en ningún lado. Seguí escuchando música en el camión, deseando ruidosamente que alguien se bajara a penas llegáramos a Tepexpan para sentarme un rato al menos. Llena de cansancio, cuando entrábamos a Tepexpan por el crucero, frente al Museo del Hombre, volteé y entre la oscuridad no logré ver nada en el gran patio del museo, sólo una montaña de tierra al fondo, pero ningún surco en la tierra, ningún cementerio aparente. Sólo una montaña de tierra. Pasaría exactamente un año y cuatro días para que pudiera ver ese cementerio. El tiempo que me tomó entender cómo verlo, cómo entrenar la mirada al desecho, a lo oculto.

La primera vez que entré al Museo del Hombre de Tepexpan fue el 7 de mayo de 2023. Decidí ir caminando, por lo que atravesé calles polvosas y terrenos baldíos por cuarenta minutos hasta que me encontré en la entrada. Hacía mucho calor y el polvo se anteponía al aire, por lo que la nariz y la garganta se me secaban al instante, mientras sostenía que era buena idea hacer una caminata de ese estilo en medio de una de las olas de calor más intensas que haya vivido. El museo es un edificio de un piso rodeado por un terreno que cuadruplica su tamaño. Hay pocos árboles y plantas, por lo que la tierra se ve rasa, y con el calor, resalta la yerba seca y el polvo ocre. Al llegar estaba ya agotada, tuve que tomar unos minutos para limpiar el sudor de mi frente, para tomar agua y respirar para despabilar la pesadumbre que produce la sequía sin precedentes que se impone sobre la claridad de los pensamientos.

Esta visita fue sin intención, se diría que exploratoria. En toda mi vida en el Valle de Teotihuacán nunca fui a visitar este museo, aunque es de los pocos de la región. Tepexpan es quizá el pueblo del valle que menos conozco, pero desde que me mudé a Acolman, la cabecera municipal, lo transito varias veces a la semana. Sin embargo, si no hubiera sido por el dato de Edgar Mendoza, es muy probable que no me hubiera interesado lo suficiente un

museo sobre el hombre, donde presumía que habrá huesos. En esta primera visita tomé fotos desde la entrada al cartel del INAH, pasé la reja, que es del mismo estilo que la reja de la Zona Arqueológica de Teotihuacán; atravesé un parque principal que consta de una fuente seca en medio, rodeada de un camino y algunas bancas para sentarse. Frente a él, está el edificio, con un porche sombreado y agradable. Había dos hombres parados platicando y tres perros recostados intentando respirar.

Me saludaron, me registré y recorrí la exposición de genética que conformaba la primera de las dos salas del museo. Después, pasé a la sala principal, donde se encontraba al centro un entierro a manera de un hueco rectangular que, al asomarse, permitía ver la representación de unos huesos. Rodeando al entierro se encuentran una serie de vitrinas con cráneos y reproducciones de rostros en 3D. Los rostros miran distintos puntos del salón que contiene algunas fichas de información. No hay nadie más en la sala, más que estos rostros y yo. Por la ventana volví a ver la pequeña montaña de tierra ocre y sospeché que era parte del cementerio.



Fotografía 38. Sala principal del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 7 de mayo de 2023.



Fotografía 39. Dos cráneos y una reconstrucción del rostro del Hombre de Tepexpan expuestos en las vitrinas de la sala principal del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 7 de mayo de 2023.

Al salir pregunté si podía pasear por el parque trasero, a lo cual se negaron y me indicaron que necesitaba un permiso para ingresar más allá del museo. Ese día al volver a mi casa me enfermé por varios días del estómago. Semanas después, ya sana y siguiendo con mi trabajo de campo, doña Emma Ortega me hizo una limpieza y me sugirió dejar de acercarme a piezas arqueológicas, porque tocar objetos y huesos exhumados me iba a enfermar más. Me dijo que los arqueólogos son asediados todo el tiempo y que yo no veía los fantasmas porque era de Teotihuacán, pero si seguía buscando, iba a empezar a tener pesadillas. Pensé a la par en los actos restaurativos, a veces con tonos desesperados, que hacen arqueólogos como Edgar que intentan “rescatar” piezas de la cadena de producción de memoria, no como un reciclador, si seguimos con la analogía del desecho, sino por su relación íntima con las materialidades que generan en él afectos de cariño, de cuidado, de acercamiento, de permanencia. No sé si todos los arqueólogos viven asediados por las piezas, porque muchas de sus relaciones no son ominosas, como sí lo son a veces con la cadena de producción de la ciencia arqueológica, de la que forman parte y establecen negociaciones para transformarla. No sé si existen espacios para contar esas relaciones, si existen las condiciones para decirlo y elaborarlo de manera que haya una escucha que lo “reciba”, o si esas relaciones habitan fuera de otros registros conscientes, en los sueños o en las metáforas de sus vidas cotidianas.

A doña Emma le conté del cementerio y me sugirió tener más cuidado ahí. No sé si transmití la tensión que Edgar manifestó cuando habló del cementerio, si habré copiado en mi rostro el asco y el rechazo que él mostró cuando describía cómo tenían que tirar los costales, o la indignación y el terror cuando contó el encuentro con el fémur tirado en la tierra, expuesto a la superficie. Igualmente, doña Emma me sugirió tener cuidado, igualmente me enfermé del estómago y sinceramente pienso que es porque, por primera vez en mi vida, estuve consciente de mi cercanía con un basurero/depósito/cementerio/fosa. Recuerdo las palabras de Ilana Boltvinik cuando le pregunté sobre su relación íntima con la basura dentro de su práctica artística: todos deberíamos ver alguna vez en nuestra vida un basurero, es una experiencia ontológica que te cambia la vida, esos olores, esa vista, es algo indescriptible, íntimo. Yo creo que, desde ese día, hasta que conocí el depósito, comenzó una transformación en mi cuerpo para poder ver eso que emula algo con lo que mucha gente vive a diario, como trabajadores de la basura, colectivos de buscadorxs de personas desaparecidas, sepulteros, etcétera. A pesar de las advertencias de doña Emma, días después tuve la oportunidad de acercarme un poco más al cementerio a través del patio del Hospital Psiquiátrico Sayago.

Regímenes de visibilidad y conformación del espacio: Dos hospitales, una cancha de fútbol, un museo y un basurero

Es 19 de junio de 2023 y me despierto a las siete de la mañana, algo totalmente inusual en mí. Me visto con velocidad y me detengo a escuchar con atención antes de abrir la puerta de mi recámara. Percibo cómo en el cuarto de al lado Paola se mueve, lo que me da la señal de que está despierta y entonces abro la puerta para terminar de alistarme. Bajo a la cocina, tomo un desayuno frugal y saludo a Paola que ya está lista para salir. Abandonamos la casa, salimos a la calle y tomamos la combi que dice Tepexpan/Sayago. Veinte minutos después nos bajamos frente al hospital psiquiátrico.

Días antes, cuando averigüé que el cementerio se encontraba en el Museo del Hombre de Tepexpan, llegué a casa a contarle a Paola, sabiendo que ella iba recurrentemente al Sayago a algunas consultas y a luchar para que le surtieran medicamentos necesarios para ciertos malestares asociados al trastorno por déficit de atención e hiperactividad TDAH. Su reacción fue de sorpresa e impacto, charlamos un rato, era de noche y el tinte de la plática fue sórdido. No lo podíamos creer. ¡Justo al lado de ese hospital! Ahí Paola me contó que para ella el hospital era un espacio tenebroso, precario y profundamente controlado; pero ahora que le contaba esto, le daba mucho más miedo. La vi preocupada y pensé que quizá había hecho mal en contarle, le confesé esta preocupación y no le pareció mal saber, pero sí reafirmó que le impactaba la noticia, aunque a la vez *tenía sentido con ese lugar*. Esa misma noche me propuso que la acompañara a su siguiente cita médica donde, aunque el espacio era muy controlado, quizá podría ir con compañía aludiendo a su necesidad de “cuidado”.



Fotografía 40. Fachada del Hospital Psiquiátrico José Sayago, Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.

Así que ahí nos encontrábamos en junio, ante la reja del hospital que está sobre una avenida grande y polvosa, en una zona que da la sensación de que no hay nada, más que otro hospital junto. La composición de esta sola cuadra es inédita, me resulta casi irrisoria, comentamos juntas que si algún día tendríamos que explicar qué es el Estado como

institución de dominación, hablaríamos de esta cuadra perdida en el norte del Estado de México.

El Hospital para Enfermos Crónicos Dr. Gustavo Baz Prada y el Hospital Psiquiátrico José Sayago: confinamiento y metonimia

Yendo desde Acolman a la comunidad de Tepexpan, rumbo al Museo, la cuadra comienza con el Hospital para Enfermos Crónicos Dr. Gustavo Baz Prada, fundado en 1942, pensado “para el servicio de los pacientes que no tenían un hogar ni un espacio en hospitales existentes por el tipo de padecimiento que tenían (crónico degenerativo de evolución prolongada). Hasta hoy, el hospital para enfermos crónicos es el único en Latinoamérica que atiende este tipo de enfermedades” (Rivas Velázquez, 2013, p. 16). El hospital, que se encuentra en el kilómetro 34.5 de la carretera México-Pirámides, fue construido sobre lo que fue una hacienda que articulaba buena parte de la vida social del pueblo de Tepexpan y que, desde la creación de esta institución, influenció en su composición, haciendo parte a los pacientes ambulatorios de la vida cotidiana del pueblo.

A un costado se encuentra el Hospital Psiquiátrico José Sayago, fundado en 1963 sobre parte de lo que fue también la hacienda y donde son atendidas únicamente mujeres. Este sanatorio es derivado de la creación de una amplia red de hospitales en distintos estados del país entre 1960 y 1970 con el objetivo de sustituir parcialmente al Manicomio General de La Castañeda, ubicado en la Ciudad de México, el cual fue cerrado en septiembre de 1966 (Vázquez Hernández, 2005). El hospital Sayago fue parte de los hospitales-granja u hospitales campestres, los cuales están destinados para dar atención principalmente a pacientes con “padecimientos crónicos-psiquiátricos” (Ídem). Este hospital fue:

destinado para brindar una atención diferente, planeándose para atender pacientes neuropsiquiátricos exclusivamente del sexo femenino y mayores de 18 años. Con concepto y la filosofía con que fueron construidos, se marcó un cambio muy importante la atención del enfermo mental de ese tiempo, de manera que los pabellones oscuros y de hacinamiento, los aislamientos con rejas y las camisas de fuerza, se convirtieron en áreas ventiladas, horizontales, espacios abiertos con jardines y zonas arboladas, puertas abiertas, talleres de diferentes actividades y sobre todo, la participación directa del enfermo mental en la mayor parte de actividades del hospital en combinación con el personal responsable de los diferentes departamentos y no solamente en los límites de la unidad, sino a la y en la comunidad cercana (Vázquez Hernández, 2005, pp. 32–33).

Hasta 2005 se contaban en el hospital con 346 pacientes que, al igual que en el caso del hospital Gustavo Baz, algunas tienen la posibilidad de salir de las instalaciones al pueblo, cuyo centro se ubica a un par de kilómetros, caminando por la orilla de la carretera solitaria, por donde transité para llegar por primera vez al Museo del Hombre.

Mientras investigaba sobre la relación entre estos dos hospitales y también con el Museo del Hombre de Tepexpan, no encontré mucha información, debido a la diferencia de tiempo de su creación y las distintas instituciones que lo administran. Sin embargo, la poca información que encontré fue sorpresivamente significativa y abrumante: en el artículo “La historia de una institución, la historia de un pueblo” de Juliana Cristina Rivas (2013) rescata entrevistas sobre la relación entre ambos hospitales con la gente del poblado de Tepexpan, donde se narran también historias de abuso sexual y físico hacia pacientes por parte de pobladores y trabajadores. Así, existe una importante relación con el pueblo de Tepexpan y el municipio de Acolman con estas instituciones. Es tan importante este complejo hospitalario que es gracias a la construcción del hospital Gustavo Baz que fue fundado el Museo del Hombre de Tepexpan.

En 1945, mientras se realizaba la construcción de una zanja para desazolver aguas negras del hospital Gustavo Baz, se encontraron los restos óseos, es decir huesos, de un mamut, que poco a poco se relacionaron con el descubrimiento de restos de un esqueleto humano, que pasaría a ser conocido como el Hombre de Tepexpan (Rivas Velázquez, 2013), aunque según la ficha del museo después se descubrió que era molecularmente mujer. Este hallazgo fue fundamental para la antropología física de la época, ya que este cadáver era el del *Homo sapiens* más antiguo identificado hasta ese momento en territorio mexicano. Así, tras la participación de diversos grupos de investigación para realizar excavaciones en la zona, en 1958 es creado el Museo de Sitio por parte del INAH –aun siendo una institución joven–, allí donde se llevó a cabo el descubrimiento, el cual se encontraba a unos metros del hospital Gustavo Baz y que cinco años después estaría ubicado al costado del hospital Sayago, constituyendo así un bloque de tres grandes edificaciones estatales dedicadas y marcadas por su función confinadora.

Así, en un tránsito aproximado de 20 años, a inicios de la segunda mitad del siglo XX mexicano y a través de instituciones de salud y antropología, se conforma una cuadro completa que confluye en la administración de cuerpos humanos y no-humanos para su

confinamiento, y análisis. Enfermos crónicos, pacientes psiquiátricas, los restos óseos de una mujer y de diversas especies de fauna pleistocénica. Todo en la misma cuadra. Todo esto en el paradero de camiones que transitan en el límite de una las zonas periféricas más habitadas de la Ciudad de México. Como si no bastara a la composición, entre el museo y el hospital Sayago, se encuentran unas canchas de futbol y basquetbol públicas, donde en ocasiones, muy cerca del cementerio –aunque no sea visible para quien no sabe lo que está mirando– niños y adultos salen a jugar.



Fotografía 41. Parte trasera del Hospital Psiquiátrico José Sayago, al fondo se aprecia la frontera con el terreno del Museo del Hombre de Tepexpan y una villa. Las sombras corresponden de izquierda a derecha a la autora, Paola y una policía que nos acompañó. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.

Aquella vez, cuando entré al hospital Sayago acompañando a Paola no pude imaginarme cómo alguien puede salir de ahí. Era un terreno grande, con el mismo tipo de suelo que el patio del museo: con yerba seca y gruesa y mucho polvo, aunque cada vez menos por las repentinas lluvias. Se compone por varios edificios distribuidos alrededor del predio y varios objetos abandonados, como bancas, coches, llantas o archiveros desechados en

montañas de basura que conviven con las villas, que están en los extremos más apartados a los muros del hospital; y oficinas administrativas, las cuales son las más visibles, donde también se encuentran los consultorios para pacientes que, como Paola, son usuarias, pero no residentes. Me registré como acompañante sin ningún problema y de inmediato fue evidente que el lugar estaba absolutamente vigilado, aunque en un inicio pareciera descuidado. La policía nos indicó que ella nos acompañaría hacia el consultorio que le correspondía a Paola, pero por un extraño error que no nos pudo explicar, terminamos yendo a las villas, lugar que al que mi amiga nunca había podido acercarse y donde habitan las pacientes internadas, unas unidades que se componen en pequeñas construcciones agrupadas de a cuatro o cinco, con un kiosco en medio. Como una flor con pétalos. Sólo pude ver una de estas composiciones, la cual estaba justamente más cercana a la reja que divide al terreno del hospital con una parte de la cancha y con otra del museo. Sospeché entonces que estábamos justamente a un costado del cementerio de piezas y nuevamente me sorprendí: las pacientes del hospital Sayago duermen y viven al costado de un cementerio de tepalcates gestionado por el INAH, donde parece ser que incluso hay materiales óseos.

Cuando la policía notó su error, nos guió de vuelta a una oficina que estaba mucho más cerca de la entrada. No entendí la confusión y Paola me contó que nunca le había pasado, ella no conocía esa sección, fue pura casualidad, como un campo magnético del cementerio.

Paola tomó su consulta de rutina mientras yo esperaba afuera de ese edificio, donde tuve algunos encuentros inesperados con enfermeras y una paciente de la tercera edad que paseaba por los campos y que me pidió dinero, a lo cual, sin saber si era correcto, le di una moneda de \$5 que alcancé rápidamente de mi bolsa. Antes de que Paola saliera, una policía notó mi presencia y se paró a unos metros de mí, sin quitarme la mirada de encima. Cuando por fin salió fuimos a otra oficina donde esperamos un largo rato en un pasillo lleno de botes viejos, rotos o llenos de agua que contenían seguramente el agua que caía de los techos desechos. Nos quedamos ahí como media hora, en el pasillo más desangelado y sombrío en el que he estado, sólo para que le hicieran saber que de los dos medicamentos que necesitaba, sólo tenían abasto de uno, el otro tendrá que comprarlo o volver en unos meses. Salimos indignadas. Paola me contó que suele haber desabasto o que le dan el medicamento cercano a la fecha de vencimiento, justamente ese medicamento que es el más caro y que le ayuda a concentrarse para llevar a cabo las acciones más básicas de su día a día.

Nos fuimos cansadas y asqueadas de la espera y la vigilancia. Paola me hace un chiste: me dice que no les cuente sobre “mis pedazos” que están del otro lado de la barda, porque me van a agarrar y me van a internar.

En mi diario de campo de ese día tengo la siguiente nota: **Lo que se le sale de las manos al Estado / el resto/las personas.**

La composición de esta cuadra es abrumante. Es una cuadra de confinamiento de cuerpos y objetos administrados por el Estado, pero a la vez, resaltan las marcas de abandono y de desecho vigilado. Es necesario conocer los componentes de la cuadra para poder verlo, ya que, aunque sea una composición profundamente exhibitoria a través de los letreros de los hospitales y del museo, no es visible. Lo invisibilizado es esto que es confinado tras las rejas, muros y montañas de tierra, que es visiblemente ocultada tras las capas de institucionalidad que las revisten. Esta cuadra es como ver al Estado desencarnado, entre el fierro oxidado en los campos peligrosamente cercano a las pacientes desorientadas, como el pedazo de pared caída en el pasillo del hospital. Aquí recuerdo y parafraseo el epígrafe de Raúl Zurita que inaugura este capítulo: nunca nadie vio abismos más profundos como las marcas del Estado, mordiendo con sus propios dientes sus brazos convulsos, como si quisiera devorarse a sí mismo en esa desesperada.



Fotografía 42. Interior de las instalaciones del Hospital Psiquiátrico José Sayago. En la fotografía de la izquierda se muestra el pasillo de una enfermería y en la segunda un patio con algunos autos abandonados. Fotografía propia. 19 de junio de 2023.

Regímenes de sensibilidad: El Museo del Hombre de Tepexpan

¿Cómo hubiera sido mi acercamiento al cementerio si no hubiera rodeado sus límites antes? ¿Cómo sería mi relación con ese lugar si no supiera que es el patio trasero de las villas donde están internadas las pacientes del hospital Sayago? ¿Cómo hubiera sido si no hubiera escuchado las expresiones de Edgar como “te atraviesa la realidad”, “esto es una masacre” o la historia del fémur que me hicieron pensar en una fosa clandestina? Tras esa visita me negué a profundizar en el cementerio, continué escribiendo los capítulos anteriores de esta tesis e intenté darle un espacio y un lugar a aquello que circulaba en mis prejuicios hacia ese lugar. Así, a inicios de 2024 retomé el tema y contacté a la directora del museo, quien de inmediato me permitió una entrevista para conocer el lugar y charlar sobre la relación que existe entre este museo con la Zona Arqueológica de Teotihuacán. En el correo de contacto mencioné el tema de los fragmentos y los tepalcates, sin embargo, tuve cuidado de no hacer referencia directa al cementerio, ya que no sabía si sería un tema delicado para tratar en un primer encuentro y proyecté que quizá podría plantearlo poco a poco, o jamás directamente. No ansiaba tanto ingresar al depósito, con lo que sabía y al haberlo rodeado me parecía suficiente, por lo que mi intención fue tener una perspectiva sobre cómo este lugar, ubicado en el extremo sur del Valle de Teotihuacán, se relacionaba con la ZAT y con toda la concentración que ésta genera.

Así, volví al museo de manera más formal, sin darle tantos rodeos, conociendo todos sus límites, incluso con más seguridad.

El museo tiene vigilancia 24 horas y, por ejemplo, los custodios que están ahí tienen sus áreas. Hay un custodio especial para el museo, otro para el patio, o sea, ellos se lo reparten y se encargan de cuidar el predio y mantenerlo en condiciones. Porque tiene más o menos como siete años que se abrió el depositario... ¿o cómo le llaman?⁹¹

⁹¹ María Margarita del Olmo Calzada, entrevista para la autora, 24 de abril de 2024.



Fotografía 43. Fachada del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.

Pregunta María Margarita del Olmo Calzada, director del Museo de Hombre de Tepexpan y encargada del depósito, una mujer adulta y de semblante ligero y amable, que se encuentra acompañada en todo momento por un perro de compañía pequeño y blanco que se llama Tomás, con quien mantiene una relación simbiótica sostenida por las caricias constantes a su lomo. Con esta pregunta se dirige a Elena González Colín, titular del Museo Virreinal de Acolman, una mujer más joven e igualmente amable, con una mirada aguda y despierta; fue invitada por Margarita para que dialogáramos las tres sobre lo referente al circuito de museos del Valle de Teotihuacán, más allá de la zona arqueológica. Estamos las tres sentadas en la sala principal del Museo del Hombre, es 24 de abril de 2024, es un día hermoso, sofocante y soleado de primavera, las dos se reunieron también porque ese día recibirán a un grupo de chicxs del orfanato de San Juan Teotihuacán para algunas actividades que han organizado junto a profesorxs y estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Elena González: El depósito...

María Margarita del Olmo: El depósito de material.

E. G.: Pero bueno, hace más tiempo, ¿no? Porque se amplió hace tres años, después de la pandemia que se amplió el depósito. Porque ya tenían más tiempo con él, ¿no?

M. M. O.: Entonces tendrá como diez años aproximadamente que se abrió, porque pues en todo lo que es el Estado de México y la Ciudad de México, pues ha salido muchísimo material, en las obras y lo demás. Entonces lo que hacen es tomar muestras, hacer un muestrario, estudiar, cuantificar el material, pero muchos pues son costales y costales. Ya no los pueden tener en bodega. Entonces se hace un registro y se viene y se deposita allá, ahorita si quieres vamos a que lo conozcas. Y se entierran costales, pero ya con toda la documentación necesaria para decir: bueno, en esta fecha se enterraron tantos costales que pertenecen... Por decirte, a Cuicuilco y este... En tal fecha se depositaron, quien los estudió, cuántos costales salieron... En fin, toda, toda la información, pero por la cantidad que hay ya no se puede tener en los laboratorios.

B. S.: Y ¿por qué justamente en este espacio?

M. M. O.: Porque es donde había espacio, porque es muy grande el predio y como este es un museo de sitio, es pequeño en comparación con todo lo que tiene el instituto. Entonces lo que propone el instituto –cuando había presupuesto– es crear laboratorios de osteología, de arqueología. El área de allá [señala a una habitación a un costado del museo] es de materiales que ya no se ocupan. Entonces es exactamente por el espacio que está aquí, porque finalmente cuando se llene ese depósito se tapa y se abre la otra zanja. Exactamente va por zanjas, supuestamente... bueno, no supuestamente, sí va controlado todo el depositario ahí, se tiene cuándo se depositó material de Cuicuilco, cuando se depositó material de otras zonas y en donde quedó.

Si tú lo ves dices: *ay, es un tiradero de basura, qué feo, porque finalmente los custodios también lo utilizan para tirar basura orgánica*. Todo lo que recortan de pasto y demás lo tiran ahí encima. Y una de las cosas que a nosotros nos sirve es que *no se nota, porque la gente piensa: como son material original, que muchas veces todavía tienen pintura y cosas así, pero ya está roto... piensan que vale mucho, entonces se meten a robar, entonces para evitar todo eso, se tiene la idea que tiren material orgánico para que parezca un tiradero*.⁹²

⁹² María Margarita del Olmo Calzada y Elena Gonzáles Colín, entrevista para la autora, 24 de abril de 2024.



Fotografía 44. Exteriores del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. El camino de la derecha conduce a la cancha de futbol y a la parte trasera del Hospital Sayago. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.

En medio de esta conversación nos interrumpe una trabajadora porque ya llegó el grupo de jóvenes que va a tomar la charla. Me invitan a quedarme y estar presente para que conozca las actividades que realizan de difusión. En repetidas ocasiones Margarita del Olmo y Elena González me reafirman que ellas realizan muchos esfuerzos para concretar actividades de divulgación de los espacios que dirigen. A su vez, Margarita, como antropóloga física, tiene varios contactos en la ENAH, por lo que aprovechan para que estudiantes y profesores propongan algunas actividades en el espacio. Gracias a esto, logran concretar actividades con escuelas de la región, como en este caso el grupo de infancias de diversas edades que viven en una casa hogar u orfanato en San Juan Teotihuacán.

Me quedo en la sala y llegan algunos profesores de la ENAH acompañados de sus estudiantes que facilitarán los talleres para niños y niñas. Minutos después entran a la sala un par de decenas de chicos de distintas edades, entre 8 y 14 años. Se distribuyen por la sala y yo quedo sentada en medio de ellos. Margarita y Elena comparten una presentación sobre las actividades del instituto y de los recintos de donde son directoras, en la cual Margarita profundiza sobre las labores de la antropología física para la identificación de flora y fauna pleistocénica. Particularmente se detiene en el descubrimiento del Hombre de Tepexpan, mencionando que es mujer y que en la sala podrán encontrar algunas representaciones de los

restos encontrados, así como la reconstrucción del rostro, ya que el original no se encuentra exhibido. Después de la presentación se anuncian las actividades gestionadas por estudiantes de antropología: dibujo rupestre, excavación de restos óseos en un arenero y detección de ADN en huesos. Estas actividades se llevarán a cabo en el patio, donde se han dispuesto los materiales y se han enterrado piezas para que sean descubiertas. Este patio es el mismo donde se encuentra el cementerio, a unos 10 metros del arenero donde lxs niñxs pasarán a excavar algunos restos.

Margarita, Elena y yo nos quedamos platicando en cuanto comenzaron las actividades; charlamos de la complejidad de la organización de actividades en el Valle de Teotihuacán, donde existe poca articulación con Teotihuacán, quien tiene una administración independiente por sus propias dimensiones. Ellas procuran realizar actividades con el Museo Casa de Morelos en Ecatepec, el museo de Acolman y este en Tepexpan, una ruta turística histórica que se mantuvo unido a la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT) durante la década de los años sesenta y setenta, antes de la creación de la autopista México-Pirámides que conectó a la ciudad con la ZAT sin necesidad de pasar por estos pueblos (von Saenger, 2021). Sin embargo, me comentan, estas actividades se realizan esporádicamente, cuando tienen la oportunidad, ya que para concretarlas hay poco personal y mucho menos presupuesto, incluso en ocasiones quienes brindan los talleres tienen que pagar algunos gastos. Esto me recuerda al DCAC, donde en ocasiones lxs arqueólogxs tienen que comprar cosas de sus sueldos precarizados o negociar donaciones de materiales tan básicos como cinta adhesiva, guantes de látex o cajas nuevas.

La conversación continuó con velocidad, ya que ellas tenían que atender pronto al grupo que ahora estaba organizándose en sus actividades. Yo comento más sobre mi investigación, sobre los fragmentos e investigaciones anteriores sobre la concentración económica de la ZAT en todo el valle. Así vamos generando un poco de confianza y Margarita me propone que conozca todas las instalaciones, incluido el depósito. Nerviosa y emocionada acepto y nos dirigimos hacia la parte trasera del Museo, a ese pequeño monte de tierra al que me había intentado acercar desde distintos frentes. Atravesamos el terreno caminando mientras vi a lxs chicxs excavar en un patio destinado a esas actividades. Recordé cuando Edgar Mendoza habló del fémur y tuve que contener la tensión en el estómago.

Recordé también cuando me enfermé al intentar acercarme y sospeché que debía ser a causa del miedo, el asco o lo ominoso del lugar.

En el arenero donde ahora lxs chicxs aprenden cómo funciona la excavación de material óseo es el mismo lugar donde estudiantes de antropología forense realizan algunas prácticas. Así me lo menciona Margarita:

M. M. O.: Ahí en el arenero, se ocupa para... En noviembre, sobre todo, que es final de curso, se traen los maestros a sus alumnos y ahí hacen las prácticas de excavación y también hacen prácticas de forense. O sea, tiran hueso, tiran cabello, en fin, y los alumnos tienen que estar recogiendo todo ese material, pero esas ya son prácticas profesionales, algunos hasta para obtener su título.

B. S.: ¿Y aprovechan el depósito para...?

M. M. O.: Aprovechamos el depósito para hacer toda esa práctica, como si fueran *fosas clandestinas*, como si fueran a estudiar lo que es la estratigrafía, en fin, por eso da para mucho este museo, o sea, no es nada más propiamente un museo, sino también se les dan talleres a los alumnos y se les dan prácticas a los alumnos de niveles más altos.⁹³

Como si fueran fosas clandestinas.

Como si la arqueología se hubiera adelantado y hubiera producido condiciones anticipadas, el efecto ontologizador de la ciencia (De Certeau, 1987) como la narrativa de la dominación sobre los restos y los tajos en *su* suelo. Margarita no sabía por qué este depósito se había creado hace diez años, aproximadamente en el 2013, mientras en gran parte del país proliferaban las fosas clandestinas y fosas comunes irregulares en la aún vigente guerra contra la población iniciada en 2006 por el gobierno de Felipe Calderón, cuando se dispuso a “atacar” a los cárteles del narcotráfico, iniciando un proceso bélico brutal (Castro Sam, 2021).

No me parece menor el tránsito de asociaciones a gestos de profunda violencia que aparece en el lenguaje de cada una de las personas que narramos algo relacionado con el depósito. Como cuando Edgar Mendoza dice “esto es una masacre” antes de describir que vio un fémur tirado, o como la referencia a la manera en la que se “tira” material óseo al tajo para simular una fosa clandestina. Yo misma al explicar ese espacio hago referencia en ocasiones a la fosa por su presencia con huesos, una huella absolutamente ominosa que trasciende al fragmento de barro o roca: es la dislocación de un cuerpo humano. ¿Qué hace ahí? Esta inquietante simulación y convergencia de términos (depósito-fosa) no logro cerrarla

⁹³ María Margarita del Olmo Calzada, entrevista para la autora, 24 de abril de 2024.

o definirla en este trabajo de campo, en esta tesis o en este momento. Amerita, a mi parecer, un análisis profundo en sí mismo: ¿Por qué se crea este depósito en un contexto de aumento de la desaparición forzada? ¿Por qué se crea un año antes de la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa quienes, según la Procuraduría General de la República, se presumió que estaban en al menos 3 fosas clandestinas halladas en la investigación para después ser encontrados fragmentos de sus huesos en el basurero municipal de Cocula, Guerrero –versión que sería rechazada por las familias y la sociedad civil–? ¿Es este el contexto por el cual ahora hay estudiantes fingiendo ser peritos en una fosa clandestina o es por todas las otras fosas de México? ¿Por qué incluso yo, en una visita oficial, vi un hueso desechado en el depósito? Creo que estas preguntas, coincidencias, simulaciones e instrumentos para la ciencia actual deben ser analizados para una historia presente, convulsa y desmembrada de la arqueología mexicana contemporánea.

¿Qué fue primero? ¿La arqueología mexicana o las fosas clandestinas? Este virtual paradigma ofrecido por Margarita me remite a las conexiones de prácticas en el tratamiento de restos que realiza Paulina Álvarez (Álvarez, 2024, p. 18) donde menciona:

La multiplicación de fosas clandestinas donde otro tipo de restos son dispuestos por fuera de la ley, incluso por actores gubernamentales, y los “agenciamientos forenses” que propician las exhumaciones emprendidas por colectivos de buscadorxs fuerzan al Estado a intentar restituir su debilitado dominio en esta materia. Según protocolos vigentes, la excavación arqueológica de las fosas es una instancia que debe cumplimentarse, a la vez que se regula el acceso a zonas de excavación y la visibilidad del procedimiento. La escena museística y la escena forense, entonces, pueden pensarse como versiones de un mismo drama político que involucra a los mismos actores, al menos en parte, y pone en juego los mismos saberes técnicos.

Mientras escribo esto escucho la grabación de la entrevista que se realiza mientras camino con Margarita hacia el depósito. Son 4 minutos de caminata lenta. Escucho nuestros pasos crujiendo por el piso y la graba, el viento fuerte y un zumbido. Siento nuevamente la presión en el estómago y un leve dolor de cabeza. El malestar que produce el contacto con aquellas cosas destinadas al desecho y al olvido. El malestar de esas cosas que emulan con abrumadora nitidez las pertenencias y huellas de miles de personas asesinadas en México que se encuentran en fosas clandestinas. Mientras escucho el crujir de nuestras suelas, noto en el audio que me detengo por unos segundos, los siguientes pasos serán inseguros y con un crujir distinto. Ya no sólo estoy pisando graba y tierra, sino miles de fragmentos de tepalcates y materiales arqueológicos desechados.

La fosa y la sospecha sobre el “Otro”

Un año me tomó poder asomarme por este tajo de tierra, fijar mi mirada en esta zanja enorme. Un año me tomó atreverme a asomarme a ese fondo y oler una fosa de monumentos desechados. Un año de contacto con distintos fragmentos arqueológicos para atreverme a caminar pisando miles de tepalcates que adornan el suelo de aquel pequeño pedazo de terreno que alberga una de las contradicciones más difíciles de entender del patrimonio mexicano. Margarita y yo continuamos caminando hacia la montaña de tierra que se asomaba al fondo. Nos acompaña Tomás, su perro de compañía que no se separa de ella y Elena nos alcanzará después. Ella me pidió que de esa zona no tomara fotografías ya que permanecía oculta ante toda visibilidad para evitar que las piezas depositadas allí sean robadas. Me dijo que después podría tomar fotos del archivo de material óseo que tenían en una bodega pequeña a un costado del museo, a donde iríamos al terminar este recorrido. Ese espacio es un archivo permitido, no importan sus condiciones, pero es posible representarlo.

M. M. O.: Mira, si tú ves, es un basurero, como están las bolsas... Y la idea es que los trabajadores vienen a dejar aquí todo lo que es la materia orgánica.

B. S.: ¿Y estas son las bolsas de los materiales?

M. M. O.: Sí, esta es la bolsa de los materiales, se van abriendo... Pero ahorita encontramos los tepalcates... [levanta una bolsa y hace una pausa] *Bueno, esta sí es de hueso, pero ahorita que vayamos para allá [señala al fondo] vamos a ver los tepalcates.* De aquí no se puede tomar foto, por seguridad, por eso están así las dos líneas de tierra. De fuera no se nota, y como vienen los trabajadores a tirar pasto, pues la gente piensa que es un tiradero de basura.⁹⁴

¿A nadie le ha sorprendido que haya un tiradero de basura tan grande en el patio de un museo?

La composición de un basurero gestionado por una institución patrimonial a un costado de una cancha de fútbol, de un Hospital Psiquiátrico y en el patio de un museo del INAH parecería absurdo. La forma de escenificar este basurero se mueve entre la opacidad y la visibilidad, como un gran complejo exhibitorio con una técnica similar a la del museo en un efecto de demostración sacrificial, con la marca radical del fragmento de un cuerpo humano a través del hueso (Alvarez, 2024). Es decir, que compone una escena específica de

⁹⁴ María Margarita del Olmo Calzada, entrevista para la autora, 24 de abril de 2024.

basurificación de aquello que, a la vez, es resguardado como un tesoro o una reliquia del Estado que peligra ante la profanación del “Otro” que es el pueblo de Tepexpan. La cantidad de técnicas de secrecía para que ese tajo exista conforma una manera de producción de visibilidad estatal que se establece en la manipulación de un ambiente y la producción de peligro (Scott, 1998). Como si el Estado, en esta figura mistificada que transpira cada infraestructura, retara a quien pasa: ¿quién quiere acercarse a la basura, a las locas, a los muertos, a los enfermos?

Avanzamos y aumenta el crujir de nuestros pasos en la grabación, ya no es yerba seca y graba, sino tepalcates tirados por el piso. Nunca pensé que estaría en un lugar donde me vería obligada a tratar con tanto desdén algo que he apreciado tanto, toda mi vida viví la emoción de encontrarme un pedazo prehispánico, de atesorarlo o temerlo, pero ese día tuve pena. Cruzamos el campo de visibilidad de la línea de tierra y me encuentro con una gran apertura de la tierra, como una especie de cicatriz ancha y ovalada que termina en su otro extremo en un gran árbol de pirul cuyas ramas caídas contribuyen a que no se permita ver ese tajo, únicamente desde donde estamos paradas ahora. Mide por lo menos 30 metros de largo, 4 de ancho y otros 4 de profundidad. No es tan profundo porque hay capas de bolsas y costales rasgados y apilados al fondo. En sus paredes de tierra también ha costales y piezas más tiradas. Pasé de tocar sacramentalmente tepalcates a pisarlos como se pisa una lata en un basurero.

Intento moverme poco y no pisar, pero Margarita me indica que es imposible no hacerlo, que avance. Nos detenemos porque al fondo encontramos un grupo de seis cachorros que viven en la zanja. Margarita me cuenta que muchos perros callejeros viven por ahí, que tienen ahí a sus crías y que a veces los custodios del terreno los cuidan y los dan en adopción. Tomás, el perro de compañía, les ladra. Suceden muchas cosas en ese espacio y a la vez nada. Ladridos de perros olvidables, piezas inconexas, tierra, costales rasgados, la tierra movida, un árbol apacible. Margarita levanta una pieza y me la da: “mira, esta pieza que linda, está vidriada, todo este material ya está inventariado y registrado”. Elena llega de vuelta.

M. M. O.: Cuando el fragmento es tan pequeño, nada más se va cuantificando. Es decir, si salieron mil fragmentos, entonces con eso se hace la cuantificación de cuantas ollas eran y para cuántas personas. Todo eso lo hacen los arqueólogos y a eso nosotros le decimos tepalcates.

B. S.: Y una cosa que yo preguntaba en el DCAC era, por ejemplo, si no hay en el instituto, que sepan, algún proyecto que sea que en lugar de traer al depósito, si se sabe de qué zona se extrajo, ¿por qué no se devuelve a la zona?

M. M. O.: No, porque por ejemplo muchos lugares no tienen custodia, o son muy abiertos y entonces... Sería lo ideal, pero no se puede por lo amplio que está. Y por ejemplo, hay zonas que ya se las comió la urbanización, como Tenayuca, no sé si la conozcas, ahí ya no hay donde enterrar. Entonces no... Es así. Y te digo, está todo fragmentado y a nosotros nos avisan: van a ir dos camionetas con tantos costales. Y nos dan... pues toda la... ¿cómo se dice? Pues quién la estudio... En fin, toda la descripción, todos los datos, para poderlos *tirar*. Y nosotros vamos teniendo nuestro *control*.

B. S.: Y, por ejemplo, ¿alguien les ha pedido sacar algo que hayan venido a depositar?

M. M. O.: No, hasta ahorita no. Aquí vienen y depositan todo este material y ya no... Pues se supone que pensando en los futuros arqueólogos y futuros antropólogos pues decirles: mira, se enterró tal material allí y allá por si ustedes quieren. Que avance la tecnología y que avancen los conocimientos por si ustedes quieren venir a sacarlo y analizarlo otra vez, con otro tipo de estudios.

Porque, por ejemplo, con los huesos humanos, no se pueden enterrar. Porque, por ejemplo, yo lo que estudio son patologías y pues me dedico a hacer... me traje la colección de Cuautitlán y estoy estudiando la patología, pero viene, por ejemplo Jorge y me dice: yo quiero estudiar lo que es crecimiento y desarrollo. Y pues él estudia lo que es las edades... La misma colección te da para estudiarlas de distinta forma y por ley pues obviamente los huesos humanos no se pueden tirar así como aquí, por respeto, por consideración. Entonces lo que hacemos es que tenemos un laboratorio aquí que lo estamos armando y ahí tenemos ahorita tenemos las colecciones de huesos humanos. Que se sacan prehispánicos, coloniales y hasta de la revolución.

B. S.: O sea, ¿los huesos no pueden estar ahí? [señalo el depósito/cementerio/fosa]

M. M. O.: No, los huesos humanos no se pueden quedar ahí.

B. S.: ¿Por legislación del INAH?

M. M. O.: Sí, por legislación del INAH. [...] Lo que se tira prácticamente es los tepalcates, porque es de la que hay mayor cantidad.⁹⁵

⁹⁵ María Margarita del Olmo Calzada, entrevista para la autora, 24 de abril de 2024. Las cursivas son propias.



Fotografía 45. Un grupo de estudiantes de Antropología física de la ENAH dan el taller de excavación y detección de ADN a chicxs del Orfanato de San Juan Teotihuacán en el arenero del Museo del Hombre de Tepexpan, Estado de México. Fotografía propia. 24 de abril de 2024.

Nos retiramos. No pregunto por la bolsa de huesos que habíamos encontrado antes. Noto en la grabación que después de ver el depósito o la fosa hablo más despacio, con pesadez, pregunto menos. Me recuerdo impactada por el uso forense del depósito.

Después de este recorrido pasamos a la Osteoteca que se encuentra en el museo, es una bodega pequeña, pero con algunas similitudes de resguardo del DCAC: estantes con cajas, algunas piezas grandes de hueso expuestas, dos mesas grandes para limpiar y organizar el material, a parte de una pequeña área de comedor con un microondas. Este espacio recibe alumnos de antropología que realizan su servicio social, incluso Margarita me dice que, si un día quiero ir, puedo apoyar con las actividades de organización, me explica que son muy similares a las del DCAC. En ese recorrido toco un hueso de mamut y Margarita risueña me

reta a cargarlo, cosa imposible porque es absurdamente pesado. Ahí nos despedimos, yo le agradezco la entrevista y el recorrido, Elena se fue hace rato y no me pude despedir de ella, ya que las actividades con las infancias han ido cooptando su atención. No entiendo si los restos óseos que albergan son confundidos y terminan en el depósito, pero después de la explicación legal sé que será casi imposible preguntar eso.

En noviembre de 2019 se publicaron los *Lineamientos generales para el manejo y resguardo de restos humanos* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019) para “regular los procesos de manejo y resguardo de restos humanos” (p. 3). En éste se establecen todos los procedimientos para el transporte, manejo, estudio y resguardo de los huesos de personas, así como los lineamientos para “monumentos arqueológicos muebles” que son los otros materiales que habitan en esa fosa.

En sus definiciones encontramos de manera reglamentada aquello que el INAH ha producido en este pedazo de tierra del norte del Estado de México:

Confinamiento de restos humanos: Es la acción de enterrar o inhumar en terrenos estériles, que sean propiedad del INAH, restos humanos, debido a su carente interés científico. Lo cual se puede deber a su alto grado de deterioro y degradación, por la matriz de tierra que los contuvo (los restos, si son óseos, son frágiles y quebradizos).

Restos Humanos: Esqueletos, cuerpos momificados, semi-momificados, semi-esqueletizados, fósiles y restos óseos con modificaciones culturales (artefactos de hueso humano), considerados como monumentos bienes muebles indispensables para comprender la forma de vida de una población en un amplio sentido del tiempo y el espacio.

Osteoteca o Acervo de restos humanos: Es el lugar de depósito y almacenamiento debidamente acondicionado, donde se mantienen y resguardan de manera ordenada los restos humanos procedentes de proyectos de investigación, salvamento y rescate arqueológicos, así como de denuncias, decomisos, repatriaciones y donaciones, facilitando su uso y manejo de una manera ordenada y con personal especializado (Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2019, p. 12).

El Museo del Hombre de Tepexpan es uno de los depósitos estériles y la Osteoteca destinada al material óseo del Estado de México y la Ciudad de México, dos de los estados más excavados de México. No es el único en el país, ya que existen varios destinados por direcciones estatales. Es interesante que aquellos fragmentos arqueológicos o monumentos destinados a ser olvidados y desechados, convivan de una manera tan estrecha y ominosa con los fragmentos de tepalcate. Es importante remarcar que este lugar, desconociendo los demás, carece de un elemento estéril, es un basurero, y aquí no hay orden, porque el orden no es la marca de utilidad para el encubrimiento de este lugar. Esta es la fosa muestra de todas

aquellas fosas que los nuevos antropólogos físicos de México excavan, la condición de acumulación en su momento más crítico: el desecho.

Este capítulo está concentrado en poder describir un paisaje tan complejo y contextualizar algunas de las condiciones que dan sentido no sólo semiótico, sino espacial y temporal al desecho de piezas. Al igual que el DCAC hay poca claridad en la nomenclatura, al igual que en las colecciones familiares de Teotihuacán hay un esfuerzo de hospitalidad, como el que realiza Edgar Mendoza al intentar salvar algunas piezas del depósito, pero una vez llegado a este paisaje se inauguran nuevas prácticas, materialidades, emociones y relaciones en torno a los fragmentos que son suspendidos.

Este paisaje hace evidente como el análisis de la historia patrimonialista desde los espacios y las cadenas de producción políticas, ideológicas y científicas pueden permitirnos acercarnos a los lenguajes de un mundo no exhibido, mandatado a ser olvidado, pero que existe en esta condición, suspendido en los engranajes de la producción de tiempo y espacio nacionalista.

EL TIEMPO HECHO PEDAZOS: RASTROS FINALES

La necesidad del secreto no responde más a la
intención de los otros sino que se interioriza en
la celebración de la lengua misma.

Anne Dufourmantelle.⁹⁶

El secreto es un tema crucial para la etnografía porque hace más nítidas las tensiones que generan la representación y la narración de los demás en nuestra escritura, es decir, expone profundamente a quien escribe más que al otro. Desde Fred Murdock en el clásico cuento de Borges (1969) “El etnógrafo”, quien aseguraba, tras la vuelta de su trabajo de campo, que “en esas lejanías” había comprendido algo que no podía decir. Cuando es cuestionado sobre la imposibilidad menciona: “el secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos”. Este cuento es citado en múltiples ocasiones cuando quienes realizamos etnografía nos enfrentamos al conflicto de narrar y representar aquella intimidad que compartimos con quienes nos relacionamos en el trabajo de campo. En el cuento, el protagonista se inmiscuye en la vida de “los hombres rojos”, quienes viven en “la pradera”, marcando así una distinción racializante y territorial, enunciando incluso que un ancestro de Murdock había muerto en un conflicto fronterizo con ellos. La diferencia está marcada por múltiples frentes, por lo que tenemos ante nuestros ojos un conflicto de la modernidad. Sin embargo, el giro consiste en la afinidad de Murdock con esos hombres y su incorporación al secreto, el cual no es una posesión (no “guarda” o “tiene” un secreto), sino que es algo escondido en el misterio de los caminos que lo llevaron a él.

Como se citó en páginas anteriores, Dufourmantelle (2024, p. 61) analiza la idea de la verdad de Heidegger y apunta que el secreto es un tiempo en sí, una relación con la verdad y no una verdad en sí. Murdock, en este caso, deviene en un tiempo conferido como radicalmente distinto a su vida previa a la pradera, por lo que encuentra imposible volver a

⁹⁶ *Defensa del secreto* (2024).

ese punto anterior. Pero también, al ser cuestionado, presenta una relación con la verdad (los caminos) más no la verdad dada.

Hay distintos tipos de secretos, diversidad de guardianes, testigos y excluidos del secreto. La etnografía, como experiencia social, está en contacto con narraciones tan amplias o cortas que no puede objetivarse en una sola forma de relacionarse con la alteridad, con lo humano y con lo no-humano. Esta tesis está plagada de distintos secretos, algunos defendidos (siguiendo la idea de Dufourmantelle) y otros invadidos. Procuré que los primeros fueran los propios, los que tienen que ver con la relación que establecemos quienes vivimos en Teotihuacán rodeados de tepalcates. Los segundos fueron las relaciones del Estado con los tepalcates, sus archivos, colecciones y depósitos, los cuales tienen un carácter público, pero aun así, eso no impidió que mi acercamiento se sintiera como una invasión. Es decir, esta tesis no presenta su resolución, sino que procura trabajar con la opacidad, la incompletud, la incertidumbre o la inconsistencia que los tepalcates generan ante las presunciones de relatos totalizantes. Así, propongo pensar las relaciones que establecemos con la verdad desde su imposibilidad.

La distinción de estos acercamientos es política y contextual a esta investigación, centrada en pensar al Estado como problema, donde categorías como lugar de origen, originalidad, totalidad y verdad sostienen relaciones de recolección, resguardo y desecho de tepalcates que, como se ha analizado, no son solo cosas aisladas, sino un entramado de relaciones que pasan a ser administradas. Este trabajo de investigación presenta el secreto del Estado y sus relaciones agenciantes desprendidas de la pedagogía nacional como un misterio en constante borradura y opacidad, a través de categorías planas y modernas como son la originalidad, la totalidad, la verdad y el lugar de origen. La obsesión del Estado por controlar el mundo de los pedazos a través de estas categorías constituye una forma de entender la violencia moderna sobre lo diverso, lo extraño, lo pequeño y lo roto como un entramado de paisajes, seres y tiempos.

En la introducción a este trabajo presenté la intención de pensar en el los tepalcates en sus propios términos, planteando un juego entre las formas de recolección, resguardo y desecho no sólo como una operación de relaciones con el pedazo, sino tres prácticas contingentes que se manifestaron en los tres capítulos que guían esta tesis. Es evidente en este punto que estas prácticas perviven en los tres escenarios del capitulado y que, a su vez,

no son las únicas. Considero imposible terminar de ordenar cualquier relato que involucre la inmensidad de lo mínimo, por lo que estas prácticas surtieron el efecto de desbordarse mientras me permitieron explorar al vestigio no sólo como instrumento de conocimiento, sino como el conocimiento mismo, como menciona Haber (2017, p. 25):

Si la cosa no es mera cosa sino las relaciones en las que la cosa es, pues entonces el conocimiento también ha de ser comprendido, ya no como cosa a ser apropiado, enunciado, difundido por unos en detrimento de otros, sino como relación de conversación. Ya estamos en relación al vestigio, y es en esa relación que se produce el conocimiento. Este es tanto acerca de la relación como la relación misma.

Esta es la apuesta apuntalada desde la introducción, proponer una narración y representación que no intente develar nada, sino involucrarnos en la relación con los pedazos, los paisajes y los resguardos. Como se presentó, dentro de la operación arqueológica en México, registrada a detalle en *El Leviatán arqueológico* (Vázquez León, 2003) prevalece una de las estrategias más profundas que marcan la relación disciplinar con el pasado que consiste en la separación de los pedazos, de los paisajes y de los resguardos, por lo que el reto de este relato consiste en texturizar aquellos rastros de la separación como un campo para pensar nuestra relación moderna con el Estado y los efectos de dominación sobre las temporalidades, los cuerpos y los territorios.

En ese sentido, la metodología hecha pedazos planteada desde la introducción se centró en los lugares, devenires y espectros generados de los tepalcates que están, de alguna manera, relacionados con el olvido o el abandono. Las charlas, entrevistas, colaboraciones y recorridos consistieron en transitar a contrapelo el proceso que se activa una vez que el tepalcate es encontrado o se hace encontrar, cuando entra en contacto con las políticas sobre la verdad que la arqueología, como disciplina del tiempo, que imprime sobre la cosa devenida en vestigio. Estas políticas son aquello que concentra de manera contingente e histórica las múltiples relaciones que dan sentido a la etnografía como una posibilidad de analizar el tiempo como una práctica material, espacial y diversa entre la complejidad de las prácticas sociales humanas y más-que-humanas. En este sentido, se planteó una etnografía que se pregunta por la condición dislocada y arruinada del paisaje, de los materiales, gestos, sentidos y sentimientos producidos por los pedazos, así como por las condiciones de su resguardo como forma de enunciación incompleta y, por lo tanto, potente.

La ubicación *desde* el Valle de Teotihuacán nutrió profundamente a esta tesis, siendo que el lugar de enunciación (Ribeiro, 2023) es densamente político. El transitar del trabajo

de campo y elaboración de esta tesis nutrió esta perspectiva, procurando no reducir el lugar de Teotihuacán a un lugar físico, sino como un elemento relacional significativo para mi mirada y mucho más complejo que sólo en su relación con la arqueología. Esta mirada, pedagógicamente educada, también la propuse como un acercamiento a las personas y lugares que en esta tesis se presentan, por lo que implica una potencia y un sesgo, crucial también para quienes estamos comprometidos con la investigación de nuestros lugares de origen o donde vivimos. En ese sentido, quien lee esta tesis tiene advertido que mi subjetividad está completamente comprometida en la manera de representación de esta etnografía, sin pretensión a ocultarla, pero tampoco elaboro una autoetnografía, con la intención de no caer en una constante justificación o una superposición de mi experiencia por sobre otras con quienes establecí vínculos. En este sentido, pensar la arqueología mexicana *desde* los pueblos y comunidades del Valle de Teotihuacán no es sólo un apunte metodológico, sino una marca política.

Tras esta investigación revalorizo la potencia de este tipo de estudios y deseo encontrar más etnografías hechas por mis vecinos o por quienes viven día con día con los vestigios. En este trabajo hago eco de múltiples investigaciones sobre el patrimonio y la arqueología que son vitales para seguir reflexionando, por lo que espero que este campo se siga nutriendo. Si pensamos a la arqueología nacional en términos de acontecimiento y no como realidad, siguiendo a Gnecco (2017), podremos seguir ampliando la desestabilización de las acciones de hegemonía y dominación sobre los relatos locales, asumidos como menores, tutorados hacia en circuito multicultural y que constantemente generan acciones de silenciamiento y borratura de las prácticas políticas que históricamente han construido los pueblos y comunidades como agentes políticos activos y conscientes de sus acciones. La arqueología como acontecimiento tiene un tiempo, una historia y un devenir posible, es decir, que aquello que es ahora puede ser distinto, tanto para los y las arqueólogas que viven en el presente condiciones precarizadas de trabajo, tanto como para las personas que viven de todo aquello que la arqueología genera en sus vidas. Podemos nutrir perspectivas críticas de la modernidad analizando los procesos científicos sobre las relaciones sociales del tiempo como un efecto que implica las vidas de personas diversas que viven procesos de racialización, colonización moderna, despojo, extractivismo y patriarcalización de las relaciones.

La tesis sigue el rumbo del trabajo de campo, presentando temporalmente diversos montajes, pero respetando incluso las formas en las que se fueron construyendo los acercamientos y las posibilidades de ver ciertos elementos. En este sentido, ningún capítulo está alejado de otro, sino que forman parte de las condiciones que enmarcan las discusiones, las preguntas o los rastros del otro.

En el primer capítulo de esta investigación “Cajas, bolsas y polvo: la administración estatal de los fragmentos” presenté un montaje de tres espacios singulares del INAH para pensar en un paisaje fragmentado de la institución como productora del discurso nacionalista. Así, a través del Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas (DCAC) y algunas postales de la bodega de la colección Teotihuacán en el Museo Nacional de Antropología (MNA) y el Acervo arqueológico de la Zona Arqueológica de Teotihuacán (ZAT), propuse una reflexión sobre el uso oficial de los tepalcates para la construcción del pensamiento arqueológico. Esta ruta fue marcada por una serie de indicios que me llevaron a preguntarme dónde estaba todo aquello que se excava y resguarda, imaginando que la cantidad de esos materiales era mucho menor, pero el impacto visual de la cantidad de pedazos, de la acumulación y de las condiciones de su resguardo trastocó mi relación con los tepalcates, que hasta el momento venía marcada de la singularidad de la herencia doméstica que desde mi infancia conocí.

En este capítulo se presentan los trabajos cotidianos que arqueólogas y arqueólogos realizan para organizar la masividad de la acumulación de piezas que, una vez en la intemperie, vuelven a ser enterradas en bodegas o colecciones. En este proceso se presentaron constantes contradicciones y operaciones de ocultamiento a partir de la producción de paisajes en lo que se podría considerar archivos de/hecho pedazos, esto se manifestó en la condición fragmentaria de los materiales en su intento por ser organizados, pero también en las formas de precariedad institucional de los espacios, los cuales tienen que ver con la condición de la acumulación de los tepalcates, pero también las condiciones laborales y de posibilidad de aporte creativo de quienes trabajan en ellos.

Es decir, que en esta yuxtaposición de paisajes y experiencias diversas en tres lugares del centro de México, las cuales coinciden en acumular tepalcates teotihuacanos, propongo que se pueden analizar a contrapelo las contradicciones sobre las formas de conservación y resguardo oficial, las cuales residen en la imposibilidad de su enunciación clara (representada

en la imposibilidad de definir el DCAC o de organizar los otros espacios), así como en la evidencia de la acumulación desorganizada como base para la exhibición aséptica de piezas completas y monumentales.

Este elemento es importante para pensar la forma de administración estatal de los fragmentos, ya que mientras se realiza una producción exhibitoria que organiza temporalmente relatos identitarios, los archivos y colecciones muestran las condiciones acumulativas y precarias de construcción de conocimiento arqueológico estatal a partir de la imaginaria bélica de soberanía por sobre todas las cosas, territorios y cuerpos; manifestada en formas estatales de despojos internos, fundamentados en estructuras clasistas, racistas, coloniales y patriarcales que la arqueología de Estado heredó como práctica que posibilita la acumulación de cosas. Dentro de este capítulo, resultaron vitales las discusiones latinoamericanas en torno a la crítica del patrimonio que permiten proponer una relación entre las prácticas políticas de la soberanía estatal como violencia del Estado y la construcción de relatos temporales y patrimonializados (Rufer, 2021).

El primer capítulo también consiste en muchos elementos con potencia para seguir investigando y que proponen rutas interesantes para formular preguntas contemporáneas a la arqueología, como la enorme propuesta de sistematización que realiza el equipo del DCAC, la impronta del curador de la Sala Teotihuacán del MNA por revitalizar las piezas de la bodega o lo interesante que será en un futuro trabajar en torno a las colecciones resguardadas en la ZAT. Todo esto requiere preguntas específicas para pensar en las estructuras del INAH como espacios donde arqueólogas y arqueólogos reproducen su vida, y por lo tanto, no menores.

El segundo capítulo “Evocación y profanación: la administración de pedazos no registrados en Teotihuacán” es, como lo menciono, el capítulo que motivó fuertemente la tesis, la cual se pretendía centrar en las prácticas locales de encuentro y resguardo de tepalcates en el Valle de Teotihuacán, particularmente en los municipios de San Martín de las Pirámides y San Juan Teotihuacán que rodean la ZAT y que su territorio constituye la mayoría de los 22 kilómetros delimitados como la ciudad arqueológica que en el clásico mesoamericano albergó a 200000 habitantes (Delgado, 2010). En este caso, las rutas generadas para comprender los mismos tránsitos de los tepalcates puso en perspectiva las prácticas locales, siendo similares a las de otros espacios con fuerte presencia de vestigios y

requiriendo conocer las rutas de los tepalcates de Teotihuacán y otros relacionados hacia las formas de resguardo del INAH. De esa manera, se sostuvo este capítulo como un contraste que permite entender cómo la arqueología irrumpe incluso en las prácticas cotidianas y domésticas de habitantes de Teotihuacán.

En este capítulo presento el caso de evocación a las piezas que se recuerdan de una excavación antes de ser trasladadas para ser archivadas, investigadas o exhibidas: el altar de doña Emma Ortega. La evocación que ella realiza en el acto performático de instalación de un altar que restituye un entierro excavado me permite presentar formas de resguardo que ocurren de manera cercana a este gesto evocativo, así como la dimensión de profanación y sacralización de las piezas. Estas prácticas están profundamente unidas a la territorialización histórica y contemporánea de la relación con los vestigios, incluso son participes de procesos de identificación de historias familiares marcadas por la arqueología como proyecto de Estado (Gallegos Ruiz et al., 1997). Por este motivo, este capítulo se centra también en la relación con el encuentro, desde los relatos de las personas, así como los efectos de las derivas casuales de mi trabajo de campo, con la intención de que quien lee conozca el carácter poco domesticado de los tepalcates en Teotihuacán y cómo la vida cotidiana en el valle conforma aquello que le da entidad de pedazo a un pedazo, como sustativo y verbo, es decir que deviene sin totalidad sino como multiplicidad en los campos, en las salas de las casas, en los patios o entre la basura.

Así, este capítulo presenta el trabajo de campo más sostenido y donde se involucra también mi memoria en el transitar de los encuentros. Aquí, se analizan las relaciones con el pasado que se establecen al contacto con estos pedazos y la territorialización de las relaciones sobre las cosas. En ese sentido, el altar de Emma Ortega y algunos otros en casas, así como colecciones privadas dispuestas a partir de decisiones domésticas y afectivas componen un escenario donde propongo reflexionar en torno a la producción de relaciones que provoca el encuentro, recolección y resguardo de las piezas, así como la construcción de la mirada arqueológica que se manifiesta en la identificación de éstas por parte de habitantes de Teotihuacán. Esta impresión estatal sobre la vida cotidiana condiciona la posibilidad de experimentar el pasado como una materialidad fuera de instituciones oficiales, como los museos, las zonas arqueológicas o los archivos.

Este capítulo empieza con la tensión del secreto que persiste intermitentemente en las líneas que le siguen, con la voluntad de no ceder ante la mirada fetichizada de las prácticas locales, pero procurando tampoco caer en ventriloquías y borramientos que contribuyan a negar las formas de relaciones con el pasado de quienes habitan el Valle de Teotihuacán. Un gran hallazgo de este capítulo es justamente los efectos que la legislación en torno al patrimonio arqueológico tiene sobre la vida cotidiana de las personas del valle, así como su relación histórica con formas coloniales de administración de los “tesoros” o formas estatales de exhibición y despojo de piezas a principios del siglo XX. Este capítulo también contiene puntos preguntas para análisis futuros sobre la relevancia ante las políticas contemporáneas de reconocimiento de los pueblos originarios de San Martín y San Juan, ya que implica un cuestionamiento que la arqueología mexicana, con el proyecto de Manuel Gamio intentó silenciar (López Caballero, 2016): ¿cuál es la relación histórica entre la población contemporánea del Valle de Teotihuacán y los vestigios arqueológicos?

El tercer capítulo “Cementerio, fosa, depósito o basurero: técnicas de olvido y desecho” adquiere un carácter reiterativo sobre el secreto, la opacidad y la pregunta por las relaciones con los tepalcates en condiciones de desecho, es decir, en la negación profunda a estas relaciones. Este capítulo, contrario al anterior, fue el más sorpresivo, ya que surge del conocimiento de los costales en el DCAC, sin los cuales no hubiera imaginado las formas institucionales de depósito de piezas arqueológicas. En los regímenes de visibilidad de un espacio del Estado moderno, el cual alberga hospitales, museos y depósitos, se hacen más presentes las formas de opacidad que operan en la instalación de infraestructura como un elemento fundamental para entender las estrategias estatales de administración de las cosas, los cuerpos y los territorios.

En este capítulo vuelve la reiteración marcada por el DCAC de la imposibilidad de denominar claramente este lugar, como un tartamudeo que retumba en las grietas de los pedazos. Resulta difícil delimitarlo y, a su vez, parece imposible no encontrar una especie de relación mimética con otras operaciones como la del cementerio, la fosa o el basurero. Considero que el caso de los depósitos del INAH necesita un trabajo de campo por sí mismo, para conocer las condiciones de producción de estos lugares, sus motivos, sus historias como acontecimientos que involucran una distinción clara con las formas de conservación. Me interesa en un futuro seguir explorando estos espacios en otros estados de México, ya que no

existe mucha información al respecto y puede brindar algunas reflexiones para pensar en la forma de administración de lo desechado como una operación de administración capitalista de la “basura” arqueológica (Newman, 2023). Pero también como una relación profunda con las formas de opacidad del Estado (Scott, 1998) como una marca de la modernidad en el pasado y como un tiempo marcado por la violencia de su mutilación para relatos nacionales.

En este capítulo se consolida la reflexión sobre cómo un espacio de desecho posibilita reflexionar sobre los territorios y los tiempos desde la fragmentación, como una categoría potente para el pensamiento. No como condición esencial, sino como marca moderna de la separación constante y de asedio sobre las conexiones potentes de la sociabilidad de realidades más largas y diversas entre cosas y personas que podrían nutrirse pensando más en el contacto que en su imposibilidad. Es decir, que en este capítulo se hace más nítida la pregunta que sostuve en el DCAC: ¿por qué desechar de esa manera los tepalcates en lugar de regresarlos o devolverlos a los lugares donde fueron excavados?

Esto también me lleva a pensar: ¿cómo sería la arqueología mexicana si la idea de restitución también fuera al interior, del Estado a los territorios? ¿Qué vida tendrían los tepalcates en un mundo que asumiera el pedazo fuera de la sacralización estatal (analizada en el segundo capítulo), sino integrado a nuestra condición fragmentaria e incompleta de existir?

Por estas preguntas y la impronta generada a lo largo de la investigación, en esta tesis incluí dos interludios que presentan diálogos con artistas con quienes resoné a lo largo de esta investigación. Tanto Omar Gámez como TRES, desde su práctica artística, ofrecen escenarios especulativos para imaginar otras formas de relacionarnos con los tepalcates y con aquello que consideramos desechable. Estas dos entrevistas permiten contextualizar estas preguntas en debates contemporáneos y devolver al tepalcate su carácter ambiguo y rebelde para entender los tiempos, territorios y relaciones que habita. En este sentido, estos dos interludios tienen el objetivo de ampliar la imaginación a futuros más plásticos y potentes, dentro de prácticas que involucran otras formas de acercamiento a las cosas y a las personas que viven con ellas, no sólo en contextos locales, sino también en las instituciones.

También, reconozco que en este momento hay diversos proyectos de artistas que están elaborando especulaciones en torno a los tepalcates y su relación con el territorio. Por ejemplo, “Método no oficial para la preservación patrimonial” (2025) del artista hidalguense

Víctor Badillo quien, desde hace varios años indaga sobre las relaciones territoriales y tecnológicas de los vestigios en el Valle del Mezquital, donde se encuentra la famosa Zona Arqueológica de Tula, profundamente relacionada a Teotihuacán. Víctor Badillo realiza incluso reinterpretaciones contemporáneas de los tepalcates, ensamblándolos con micrófonos y sintetizadores, o mezclando tepalcates para generar una esfera compuesta de múltiples pedazos. Aunque su trabajo se basa en tepalcates producidos contemporáneamente, es una manera interesante de pensar aquello que Omar y TRES proponen de diversos campos como otras formas de pensar el futuro con lo desechado. Darle lugar en nuestro presente, no sólo como objetos museografiados, sino también con las vidas cotidianas y domésticas de quienes los encuentran y heredan.

Así pues, este recorrido por la tesis aquí presentada tiene el objetivo de rescatar algunos rastros a manera de cierre, que como tal, es siempre incompleto. Reivindico nuevamente que este proyecto trata más del camino que de la develación de alguna verdad guardada como secreto, es más la indagación en esas pretensiones como misterios. Este afán de contrapelo es muy diverso y deja mucho temas a seguir explorando, como los depósitos que, particularmente, me parecen un campo que debe analizarse con mayor profundidad y rigor, ya que se enmarca en un contexto mexicano particular con la predominancia de la representación basurificada de cuerpos asesinados en fosas por la guerra contra la población que no ha cesado desde su inicio en 2006 y que ha dejado miles de personas desaparecidas y miles otras asesinadas (Castro Sam, 2021). ¿Por qué esta coincidencia explícita?

Por otro lado, para cerrar este texto, me parece vital reconocer que mientras se realizó este proyecto de investigación y hasta el momento donde escribo estas líneas de cierre, en Palestina miles de vidas, cuerpos, cosas, seres no humanos y relaciones están siendo fragmentadas con la intención de ser destruidas y olvidadas por completo. Esto por la ocupación ilegal y genocida de Israel a la histórica tierra palestina, lo que marca, como lo han dicho cientos de intelectuales en el mundo, un precedente de lo que entendemos como justicia, Estado, soberanía y violencia, categorías relevantes para esta investigación.

Esta tesis versa sobre los pedazos y los tepalcates como posibilidades de entender nuestra vida presente, nuestras relaciones, nuestro pensamiento, nuestros afectos y nuestras vitalidades con lo más-que-humano. Esta diversidad de posibilidades se pone en riesgo cada día mientras ocurren genocidios como proyectos civilizatorios y perpetuaciones de sistemas

coloniales/capitalistas/patriarcales. Sin embargo, el tepalcate presenta un camino contradictorio ante este escenario, un pequeño secreto escondido en la intimidad de sus grietas y sus faltas, ya que hasta el escombros más pequeño pervive, hasta la huella más mínima aparece y todo aquello mandado a ser olvidado se hará siempre presente mientras exista la impronta de la relación con la tierra, es decir, mientras las personas puedan interactuar con su mundo. Hasta el momento ni toda la tecnología genocida de Israel y Estados Unidos han podido borrarlo todo. Esa insistencia en la memoria, incluso en relaciones más-que-humanas, es una de las marcas más reconfortantes que el tepalcate ofrece. En este momento, en Palestina se están produciendo millones de tepalcates que permitirán, en un futuro, seguir sosteniendo la consigna de su memoria como un pueblo que nunca dejó de ser digno de la vida y el presente.

En este sentido, cierro este texto con una ilustración del artista sudafricano Dylan Whale sobre el genocidio en Palestina: *La tierra recuerda*.

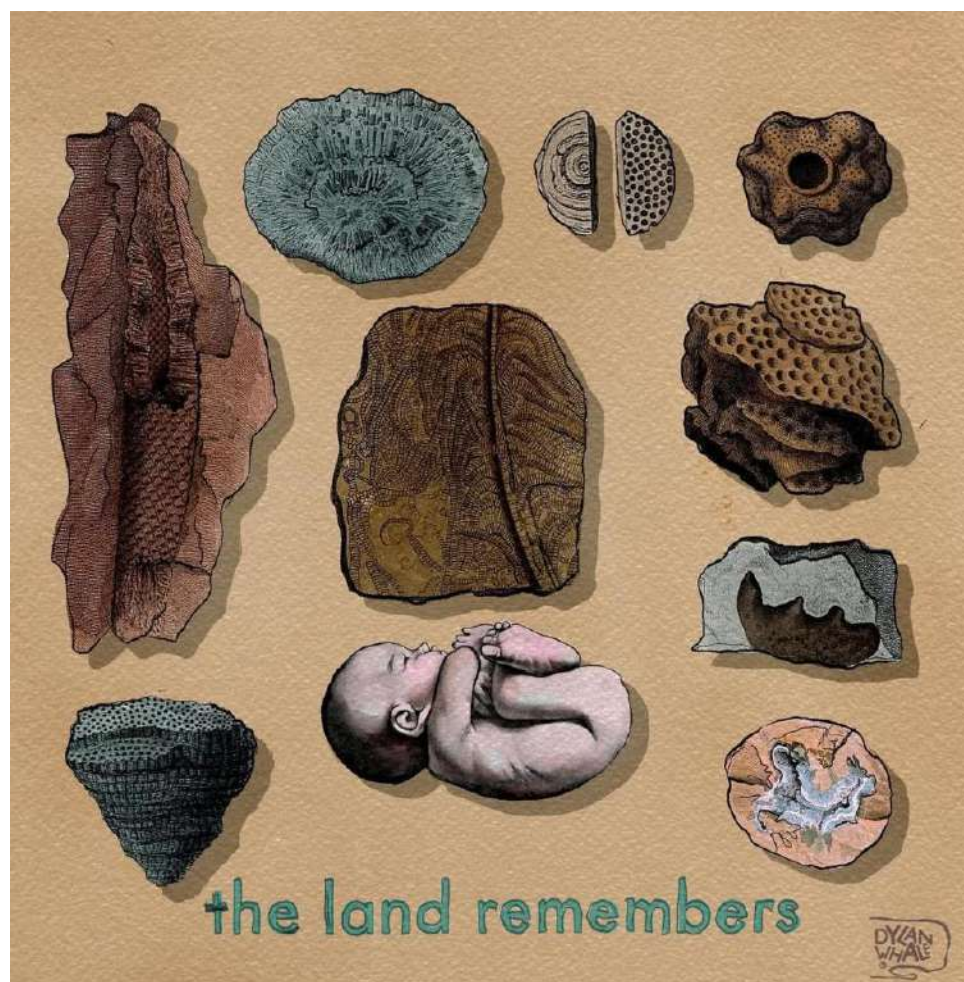


Ilustración 1. "The land remembers" de Dylan Whale [@dylan_mcgarra], 2024, Instagram.
 Recuperado de: <https://www.instagram.com/p/DCeTv9Cqihy/?hl=es>

BIBLIOGRAFÍA

- Achim, M. (2018). Los empeños de una lista. El Museo Nacional de México en sus inventarios (1825-1907). In B. Olmedo Vera & M. Achim (Eds.), *Eduardo Seler: inventario de las colecciones arqueológicas del Museo Nacional, 1907* (Ediciones, pp. 13–52). Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Achim, M., Deans-Smith, S., & Rozental, S. (2023). *Objetos en tránsito, objetos en disputa. Las colecciones del Museo Nacional de México*. UAM, Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Achim, M., & Olmedo, B. (2023). La falsificación y la ciencia de lo auténtico. In M. Achim, S. Deans-Smith, & S. Rozental (Eds.), *Objetos en tránsito, objetos en disputa: las colecciones del Museo Nacional de México* (pp. 87–129). UAM, Unidad Cuajimalpa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Adriana Hidalgo editora.
- Agamben, G. (2006). Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida. In *Homo Sacer*. Pre-Textos. <https://doi.org/10.1515/9780804764025>
- Alvarez, P. (2024). *Estado arqueológico/Estado sacrificial. Escenas de exhumación de restos humanos en México*. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Armstrong, J. (2012). *On the Possibility of Spectral Ethnography*. 10(January 2010). <https://doi.org/10.1177/153270860359510>
- Asado-Neira, D., Castillejo-Cuéllar, A., Díaz, P., & Ruiz, I. B. (2018). Materializando la desaparición: la singularidad de sus cosas. *Oñati Socio-Legal Series*, 1–15.
- Badillo Cuevas, D. D., & Cortés, C. P. (2009). *Del cultivo de maíz a la siembra de varilla. Identidades locales y procesos de urbanización en una comunidad campesina. Diagnóstico y afrontamiento*. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa.
- Batres, L. (1910). *Antigüedades mejicanas falsificadas. Falsificaciones y falsificadores*. Imprenta de Fidencio S. Soria.
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Editorial Itaca.
- Bennett, T., Cameron, F., Dias, N., Dibley, B., Harrison, R., Jacknis, I., & McCarthy, C. (2017). *Collecting, ordering, governing: anthropology, museums, and liberal*

- government*. Duke University Press.
- Buck-Morss, S. (2001). Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes. In *Jurnal Penelitian Pendidikan Guru Sekolah Dasar* (Vol. 6, Issue August). A. Machado Libros.
- Castro Sam, A. S. (2021). Desapariciones forzadas y hallazgo de fosas clandestinas en México: el caso del Colectivo Madres Buscadoras de Sonora. *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos Del Sur Global*, 2(4), 95–109. <https://doi.org/10.46652/pacha.v2i4.53>
- Chakrabarty, D. (2022). *Clima y capital: la vida bajo el antropoceno*. ediciones mimesis.
- Decreto por el cual los monumentos arqueológicos existentes en territorios mexicanos son propiedad de la nación y nadie podrá explorarlos, removerlos, ni restaurarlos, sin autorización expresa del ejecutivo de la unión de mayo 11 de 1897*, (1897) (testimony of Decreto del Congreso).
- Crespo, C. (2012). Espacios de “autenticidad”, “autoctonía” y “expropiación”: el lugar del “patrimonio arqueológico” en narrativas mapuches en El Bolsón, Patagonia Argentina. *Cuadernos Interculturales Del Centro de Estudios Interculturales y Del Patrimonio, Universidad de Valparaíso*.
- Crespo, C. (2017). Procesos de patrimonialización de manifestaciones culturales indígenas: Líneas de debate, ejes temáticos y aproximaciones metodológicas. In M. Rufer & O. Kaltmeier (Eds.), *Entangled Heritages. Postcolonial Perspectives on the Uses of the Past in Latin America*. Routledge.
- Crespo, C. (2020). Hacer desde los fragmentos. Desplazamientos conceptuales y de sentido sobre las colecciones de expresiones, espacios y ancestros indígenas. In A. M. Ramos & M. E. Rodríguez (Eds.), *Memorias fragmentadas en contexto de lucha*. Teseo.
- Crespo, C. (2022). Cuando el territorio se reclama en clave cultural y la cultura en clave de derecho. Debates sobre prácticas de conservación y exhibición de restos humanos indígenas. In C. Jofré & C. Gnecco (Eds.), *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica* (pp. 45–62). Editorial UNICEN.
- Dansac, Y. (2016). “Son más que piedras”: una biografía cultural de Los Guachimontones de Teuchitlán, basada en testimonios orales. *Revista Trace*, 64(64), 55. <https://doi.org/10.22134/trace.64.2013.65>

- Das, V. (2007). *Life and Words. Violence and the Descent into the Ordinary*. University of California Press; Berkeley Los Ángeles London.
- De Certeau, M. (1987). La historia, ciencia y ficción. *Historias* 16, 19–34.
<https://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/?p=2275>
- De la Torre, R. (2018). Tensiones entre el esencialismo azteca y el universalismo New Age a partir del estudio de las danzas “concheroaztecas.” *Revista Trace*, 54, 61.
<https://doi.org/10.22134/trace.54.2008.311>
- DeLanda, M. (2021). *Teoría de los ensamblajes y la complejidad social*. Tinta Limón.
- Delgado, J. (2008). *Zona arqueológica de Teotihuacán: Problemas y conflictos en torno a su conservación e investigación*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Delgado, J. (2010). Institución y sociedad: el caso de Teotihuacán. *Contribuciones*, 9, 198–221.
- Delgado, J., Trinidad Martínez, J., & Campos Aguilar, A. M. (2005). La zona arqueológica y el centro de estudios teotihuacanos frente a la vinculación social. *Tezontle. Boletín de Centro de Estudios Teotihuacanos*, 20, 6–15.
- Delgado Rubio, J. (2017). Teotihuacán: acceso y uso. *Diario de Campo*, 4(2), 27–39.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Editorial Trotta.
- Derrida, J. (1998). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional* (Tercera ed). Editorial Trotta.
- Derrida, J., & Stiegler, B. (1998). *Ecografías de la Televisión*. Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Diario Oficial de la Nación [D.O.F.]. (2015). *Ley orgánica del Instituto Nacional de Antropología e Historia*.
https://www.normateca.inah.gob.mx/doctos/sitios_interes/doc-1700252098.PDF
- Diario Oficial de la Nación [D.O.F.]. (2018). *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas*. Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión.
- LEY FEDERAL SOBRE MONUMENTOS Y ZONAS ARQUEOLÓGICAS, ARTÍSTICOS E HISTÓRICOS, 14 (1972).
- Dufourmantelle, A. (2024). *Defensa del secreto*. Nocturna editora.
- Enigma 360 grados. (2019). *Reconocimiento a la Abuela Emma Ortega | Guardiania de*

- Teotihuacan*. <https://www.youtube.com/watch?v=VWe5FYExPLk>
- Al rescate de Teotihuacán. “Lugar donde los Hombres se convierten en Dioses,” (1995).
- Esterling, S. (2010). Indiana Jones and the Illicit Trafficking and Repatriation of Cultural Objects. In *Courting the Media: Contemporary Perspectives on Media and Law* (pp. 149–169). Nova Science Publishers.
- Forbes. (2021). Construcción ilegal amenaza conservación de Teotihuacán. *Forbes México*. <https://www.forbes.com.mx/construccion-ilegal-amenaza-conservacion-de-teotihuacan/>
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber* (1ª. ed.). Siglo XXI Editores Argentina.
- Foucault, M. (2004). *El orden del discurso*. Tusquets Editores.
- Freud, S. (1992). Lo ominoso (1919). In *Obras completas* (Vol. 17, pp. 215–251). Amorrortu Editores.
- Gallegos Ruiz, R., Gallegos Téllez Rojo, J. R., & Pastrana Flores, G. (1997). *Antología de documentos para la historia de la arqueología en Teotihuacan*. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Gamio, M. (2017). *Forjando Patria*. Editorial Porrúa.
- Gnecco, C. (2017). *Antidecálogo. Diez ensayos (casi) arqueológicos*. Del Signo.
- Gnecco, C. (2021). Patrimonialización como despojo: Tiempos otros y tiempos de otros. *Melanges de La Casa de Velazquez*, 51(2), 319–324. <https://doi.org/10.4000/MCV.15558>
- Gnecco, C. (2023). Las ruinas de los otros: extractivismo y alterización en el camino de los incas. In C. Gnecco & M. Rufer (Eds.), *El tiempo de las ruinas*. Universidad de los Andes; Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gorbach, F., & Rufer, M. (2016). *(In)disciplinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura*. Siglo XXI editores/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gordillo, G. R. (2014). *Rubble: afterlife of destruction*. Duke University Press.
- Gorjón, M., Ciordia, S., & Segura, L. (2023). Políticas de las cosas. In E. Biset (Ed.), *Arqueologías del porvenir* (pp. 129–160). Universidad Nacional de Córdoba.
- Haber, A. F. (2010). Monumento y sedimento en la arquitectura del oasis. In *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado* (pp. 271–298). Universidad Nacional de Jujuy.

- Haber, A. F. (2017). *Al otro lado del vestigio: Políticas de conocimiento y arqueología indisciplina*. Del Signo.
- Hall, S. (2017). Patrimonio ¿de quién? des-estabilizar “el patrimonio” y re-imaginar la post-nación. *Intervenciones En Estudios Culturales*, 1(3), 15–31.
https://intervencioneseecc.files.wordpress.com/2017/01/n3_art01_hall.pdf
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni.
- Hartman, S. V. (2011). El tiempo de la esclavitud. In S. Dube (Ed.), *Encantamiento del desencantamiento. Historias de la modernidad* (1a. ed., pp. 297–321). El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África.
- Hernández Martínez, C. N. (2017). Capitalismo, separación y profanación. La crítica de la separación en Giorgio Agamben. *HYBRIS: Revista de Filosofía*, 8(1), 127–149.
<https://doi.org/10.5281/zenodo.583603>
- Huffschnid, A. (2023). La fosa y el memorial: notas sobre los sentidos de la memoria ante el terror del presente. In A. Délano Alonso, B. Nienass, A. de los Ríos Merino, & M. De Vecchi Gerli (Eds.), *Las luchas por la memoria contra las violencias en México* (pp. 129–166). El Colegio de México.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment: Essays on livelihood, dwelling and skill*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203138151-14>
- Ingold, T. (2018). *La vida de las líneas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Instituto Nacional de Antropología e Historia. (2015). *Lineamientos generales para el manejo, destino y depósito de monumentos arqueológicos muebles*.
<https://www.normateca.inah.gob.mx/pdf/01472569726.PDF>
- Instituto Nacional de Antropología e Historia. (2019). *Lineamientos Generales Para El Manejo Y Resguardo De Restos Humanos Secretaria* (p. 16).
<https://consejoarqueologia.inah.gob.mx/img/principales/pdf/11-1634852438.pdf>
- Investigación, C. K. de. (2018). Objeto antiguo: diversas narrativas sobre el pasado de Cerritos Asunción y Kaqjay. In *Kaqjay (2006-////)* (pp. 75–127). FIEBRE Ediciones.
- Jáuregui, C. A. (2020). *Espectros y conjuras. Asedios a la cuestión colonial*. Iberoamericana; Vervuert.
- Jofré Luna, I. C. (2017). Una mirada crítica de los procesos de patrimonialización en el

- contexto megaminero. In J. R. (Coord. . Pellini (Ed.), *Arqueología comercial. Dinero, alienación y anestesia* (pp. 143–175). JAS Arqueología.
- Kaltmeier, Olaf, & Rufer, M. (Eds.). (2017). *Entangled Heritages: Postcolonial Perspectives on the Uses of the Past in Latin America*. Routledge.
- Kernaghan, R., & Zamorano Villarreal, G. (2022). “Obtuso es el sentido”: visualidad y práctica etnográfica. *Encartes*, 5, 1–27. <https://encartes.mx/kernaghan-zamorano-obtuso-sentido-etnografia-richard>
- Krenak, A. (2023). *La vida no es útil*. Eterna Cadencia Editora.
- Kummels, I. (2015). El enfrentamiento de conceptos de indigenidad en el espacio arqueológico de Teotihuacan. In P. López Caballero & D. Gleizer (Eds.), *Nación y alteridad. Mestizos, indígenas y extranjetos en el proceso de formación nacional* (pp. 367–404). UAM-Cuajimalpa.
- Latour, B. (2005). *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford University Press.
- Lay Arellano, I. T., & González Zarandona, J. A. (2020). Violación al patrimonio cultural en Teotihuacán y Cuernavaca, México. *Apuntes: Revista de Estudios Sobre Patrimonio Cultural*, 33. <https://doi.org/10.11144/javeriana.apu33.vpct>
- Lepcki, A. (2009). *Agotar la Danza* (p. 247). Centro Coreográfico Galego/ Mercat de les Flors/ Universidad de Alcalá.
- López Caballero, P. (2010). De cómo el pasado prehispánico se volvió el pasado de todos los mexicanos. In P. Escalante Gonzalbo (Ed.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural* (pp. 137–151). CNCA.
- López Caballero, P. (2016). Algunas preguntas metodológicas y epistemológicas para leer las notas de campo etnográfico como documento histórico. In *(In)disciplinar la investigación: Archivo, trabajo de campo y escritura*. Siglo XXI editores/Universidad Autónoma Metropolitana.
- Lugones, M. G. (2023). Poder tutelar. In M. Rufer (Ed.), *La colonialidad y sus nombres: conceptos clave* (pp. 185–205). CLACSO; Siglo XXI Editores.
- Maihe, A. (2021). Mestizaje. In B. Colombi (Ed.), *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (pp. 317–327). CLACSO.
- Medina-González, J. H., & Ortega-Cabrera, V. (2021). Reconstruyendo el “Proyecto

- Teotihuacán” del INAH, 1962-1964 (temporadas IV y V). *Figuras Revista Académica De Investigación*, 2(3), 44–132. <https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.3.162>
- Mendoza García, J. E. (2017). Tierras de común repartimiento y pequeña propiedad en San Juan Teotihuacán, Estado de México, 1856-1940. *Historia Mexicana*, 1961–2011. <https://doi.org/10.24201/hm.v66i4.3423>
- Mirzoeff, N. (2011). *The Right to Look. A Counterhistory of Visuality*. Duke University Press.
- Navaro-Yashin, Y. (2013). Espacios afectivos, objetos melancólicos: la ruina y la producción de conocimiento antropológico. *Bifurcaciones*, 14. www.bifurcaciones.cl
- Newman, S. (2023). *Unmaking Waste: new histories of old things*. The University of Chicago Press.
- Ortega-Cabrera, V., & Medina-González, J. H. (2020). Exploraciones y reconstrucciones en Teotihuacan 1960-1962: intervenciones previas al “Proyecto Teotihuacán.” *Figuras: Revista Académica de Investigación*, 2(1), 24–64.
- Ortega Cabrera, V. (2018, March). *El monolito de Chalchiuhtlicue de Teotihuacan*. Pieza Del Mes Arqueología. https://www.mna.inah.gob.mx/detalle_pieza_mes.php?id=63
- Proudhon, P. J. (2010). *¿Qué es la propiedad?* editorialsol90.
- Quijano, A. (2021). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. *Cuestiones y Horizontes*, 13(29), 861–920. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1gm019g.31>
- Ramírez Castilla, G. A. (2023). Legislación mexicana del patrimonio arqueológico. *Antropología. Revista Interdisciplinaria Del INAH*, 47, 54–62. <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/article/view/19147>
- Ribeiro, D. (2023). *Lugar de enunciación*. tumbalacasa ediciones; Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rivas Velázquez, J. C. (2013). La historia de una institución, la historia de un pueblo. *Margen*, 69, 1–19. <https://www.margen.org/suscri/margen69/rivas.pdf>
- Rivera Garza, C. (2012). Las aventuras de la escritora errante y el extraño caso de la vida acentuada y los dilemas siempre abiertos de la lengua postmaterna. In G. Heffes (Ed.), *Poéticas de los (Dis)locamientos* (pp. 91–111). Literal Publishing.
- Rivera Garza, C. (2021). Deambulatoria: cuerpos que caminan sobre el territorio del capitalosceno. In S. Almada, C. Rivera Garza, & J. P. Villalobos (Eds.), *Deambular otra vez* (pp. 27–32). Impronta Casa Editora.

- Rozental, S. (2010). La creación del patrimonio en Coatlinchan: ausencia de piedra, presencia de Tláloc. In P. Escalante Gonzalbo (Ed.), *La idea de nuestro patrimonio histórico y cultural* (pp. 341–361). CNCA.
- Rozental, S. (2014). Stone replicas: The iteration and itinerancy of Mexican Patrimonio. *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 19(2), 331–356. <https://doi.org/10.1111/jlca.12099>
- Rufer, M. (2010). La temporalidad como política: nación, formas de pasado y perspectivas poscoloniales. *Memoria y Sociedad*, 14(28), 11–31. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-51972010000100002
- Rufer, M. (2011). LA MEMORIA DE LOS OTROS: Subalternidad, poscolonialismo y regímenes de verdad. *Revista de Estudos AntiUtilitaristas e PosColoniais*, 1(1), 13–43.
- Rufer, M. (2017). The ambivalence of tradition: heritage, time, and violence in postcolonial cotexts. In Olaf Kaltmeier & M. Rufer (Eds.), *Entangled Heritages. Postcolonial Perspectives on the Uses of the Past in Latin America* (pp. 175–196). Routledge.
- Rufer, M. (2019). Postcolonialism and Decoloniality. In O Kaltmeier, J. Raab, M. Stewart, & M. Rufer (Eds.), *The Routledge Handbook to the History and Society of the Americas* (pp. 379–392). Routledge.
- Rufer, M. (2020). *Lenguajes del archivo: extracción, silencio, secrecía*. 3(6).
- Rufer, M. (2021). La memoria como conexión desobediente: disputar la potencia soberana. In B. Nehe (Ed.), *Geographien der Gewalt* (pp. 1–11). Fundación Rosa Luxemburgo.
- Rufer, M. (2023). Función escópica y duplicidad: la ambivalencia de la cultura en el presente colonial. In W. Western & X. Picallo (Eds.), *Presente colonial: Asia, África, América Latina* (pp. 1–21). UACM.
- Rufer, M., & Gnecco, C. (Eds.). (2023). *El tiempo de las ruinas*. Ediciones Uniandes; Universidad Autónoma Metropolitana.
- Salas Landa, M. (2018). (In)visible ruins: The Politics of Monumental Reconstruction in Postrevolutionary Mexico. *HAHR - Hispanic American Historical Review*, 98(1), 43–76. <https://doi.org/10.1215/00182168-4294456>
- Salas Landa, M. (2024). *Visible ruins: the politics of perception and the legacies of Mexico's revolution*. University of Texas Press.

- Schávelzon, D. (2008). Rafael Yela Gunther y Manuel Gamio en Teotihuacan: una historia desconocida para el arte y la arqueología. *Anales Del Instituto de Investigaciones Estéticas*, 92, 229–236.
<https://doi.org/http://dx.doi.org/10.22201/iiie.18703062e.2008.92.2257>
- Scott, J. C. (1998). *Seeing Like a State*. Yale University Press; New Haven and London.
<https://doi.org/10.1093/ajcn/27.1.96>
- Segato, R. (2015). *La crítica de la colonialidad en coho ensayos y una antropología por demanda*. Prometeo libros.
<http://repositorio.ciem.ucr.ac.cr/jspui/handle/123456789/123>
- Stoler, A. L. (Ed.). (2013). *Imperial Debirs. On Ruins and Ruination*. Duke University Press.
- Taussig, M. (2015). *La magia del Estado*. Siglo XXI editores/UNAM, Dirección General de Artes Visuales/UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas/UAM: Palabra de Clío.
<https://doi.org/10.16309/j.cnki.issn.1007-1776.2003.03.004>
- Torres, D. A. (2020). La vulnerabilidad institucional en el patrimonio cultural mexicano. *CR. Conservación y Restauración*, 16.
- Trouillot, M.-R. (2017). *Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia*. Comares.
[https://sicuaplus.uniandes.edu.co/bbcswebdav/pid-515190-dt-announcement-rid-36738564_1/courses/201820_HIST2104_01/Trouillot Una historia impensable.pdf](https://sicuaplus.uniandes.edu.co/bbcswebdav/pid-515190-dt-announcement-rid-36738564_1/courses/201820_HIST2104_01/Trouillot%20Una%20historia%20impensable.pdf)
- Tsing, A. L. (2021). *La seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Capitán Swing.
- Vásquez Banda, S. (2024). *Agencia humana y no-humana en la transformación territorial. Caso de estudio del Valle de Teotihuacán*. Colegio de la Frontera Norte.
- Vázquez Hernández, S. (2005). *Análisis geográfico del área de influencia del Hospital Psiquiátrico “José Sayago” ubicado en le municipio de Acolman, Estado de México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Vázquez León, L. (2003). *El Leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*. CIESAS.
- von Saenger, B. (2021). *Turismo patrimonial en Teotihuacán: desposesión, apropiación y participación local*. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

- von Saenger Hernández, B. (2021). *Turismo patrimonial en Teotihuacán: desposesión, apropiación y participación local*.
- von Saenger Hernández, B. (2025). Olvido y desecho. Reflexiones etnográficas sobre las prácticas arqueológicas de resguardo de tepalcates en las colecciones del INAH. *Memorias Disidentes*, 2(3), 52–73.
- Zona Arqueológica de Teotihuacán. Plan de manejo 2010-2015*. (2010). Consejo Nacional Para la Cultura y las Artes; Instituto Nacional de Antropología e Historia; Patrimonio Mundial; Unesco; Zona de Monumentos Arqueológicos de Teotihuacán.

ANEXO

Autorización para la reproducción del material recabado en el Departamento de Colecciones Comparadas del INAH



Dirección de Estudios Arqueológicos
Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas
CIUA: 07CMX00

Ciudad de México, a 21 de Abril 2023
No. de Oficio 401.3S.1-2023/278

MTRA. BEATRIZ VON SAENGER HERNÁNDEZ
ESTUDIANTE DEL DOCTORADO EN HUMANIDADES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD XOCHIMILCO
P R E S E N T E

Por este medio me dirijo a usted para comentarle que no existe ningún inconveniente en que utilice el material recabado en las entrevistas a personal del DCAC, así como las tomas fotográficas realizadas, como parte de su proyecto de tesis titulada *“El mundo hecho pedazos: Altares, tepalcates y archivos de las temporalidades poscoloniales en Teotihuacan.”*.

No obstante, se le solicita de la manera más atenta otorgarle los créditos correspondientes al Departamento de Colecciones Arqueológicas Comparativas (DCAC), en cualquier tipo de informe y/o publicación.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial saludo.

ATENTAMENTE

ARQ.LGA. SARA CAROLINA CORONA LOZADA
JEFA DE DEPARTAMENTO
DEPARTAMENTO DE COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS COMPARATIVAS

c.c.p. ArqLgo. Morrison Lason Limón Boyce - Dirección de Estudios Arqueológicos.
ArqLgo. Ramón López Valenzuela - Subdirector de Investigación y Conservación de la DEA.
Dr. Mario Rufer - Profesor Investigador Titular C, División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM, Xochimilco.
Archivo DCAC
SCCL/djd

Ciudad No 5, Cpl. Los Cipreses, Alcaldía de Coyoacán, Ciudad de México, C.P. 04830 Tel. 5556844183, e-mail: coleccioncomparativas@inah.gob.mx

